



**EL
DIABLO A TODAS
HORAS
DONALD RAY POLLOCK**

de

Cuando Willard Russell, veterano de la primera guerra mundial, descubre que el cáncer empuja a su mujer hacia una muerte inevitable, concluye que solo Jesús podrá socorrer a quien la ciencia ha condenado; tras erigir un altar en pleno bosque, se entrega a unas sesiones de oración que, poco a poco, se tornarán peligrosamente sangrientas, y en las que participará, estoico, su hijo Arvin. Durante más de dos décadas, desde la resaca posbélica hasta los aparentemente esperanzados años sesenta, Arvin crece en busca de su propia versión de la justicia, rodeado de personajes tan particulares como siniestros: Carl y Sandy Henderson, una pareja de asesinos en serie que patrullan América en una extraña misión homicida; el fugitivo Roy, predicador circense y febril, y su compañero Theodore, guitarrista paralítico y asediado por sus pulsiones; el religioso Preston Teagardin, cruel, sádico y lascivo, y el *sheriff* corrupto Lee Bodecker, que está dejando de beber. Hombres y mujeres frecuentemente dominados por formas monstruosas de la fe, que perdieron el rumbo en un mundo a la deriva donde Dios no es más que una sombra.

Tras el sensacional éxito de *Knockemstiff* he aquí la esperadísima primera incursión en la novela de Donald Ray Pollock: *El diablo a todas horas* mezcla la imaginería del gótico norteamericano con la sequedad y crudeza de la novela negra más descarnada en una trama adictiva y contundente, que replica y expande la intensidad de sus mejores relatos. Todo un despliegue de poder narrativo, y la reválida de una firma imprescindible.



Donald Ray Pollock

El diablo a todas horas

ePub r1.1

17ramsor 16.12.14

Título original: *The Devil All The Time*
Donald Ray Pollock, 2011
Traducción: Javier Calvo
Diseño de cubierta: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor
Corrección de erratas: (1.1) sorprenent
ePub base r1.2



PRÓLOGO

Una sombría mañana de finales de un lluvioso octubre, Arvin Eugene Russell iba correteando detrás de su padre, Willard, por el borde de un pastizal que dominaba una hondonada larga y rocosa del sur de Ohio llamada Knockemstiff. Willard era alto y huesudo y a Arvin le costaba seguirle el paso. El campo estaba invadido de zarzas y de matas descoloridas de pamplinas y cardos, y la niebla del suelo, tan espesa como las nubes grises del cielo, le llegaba hasta las rodillas a aquel chico de nueve años. Al cabo de unos minutos se desviaron para meterse en el bosque y siguieron un estrecho camino de ciervos colina abajo hasta llegar a un tronco que había tirado en un pequeño claro, lo que quedaba de un enorme roble rojo que se había caído hacía muchos años. Una cruz desgastada por los elementos, hecha de tablones sacados de la parte de atrás del cobertizo destartalado que tenían detrás de su granja, se inclinaba un poco hacia el este en el terreno reblandecido que tenían unos cuantos metros por debajo.

Willard se apoyó en el lado más alto del tronco y le hizo un gesto a su hijo para que se arrodillara a su lado sobre las hojas muertas y empapadas. A menos que le corriera el *whisky* por las venas, Willard venía al claro todas las mañanas y todos los anocheceres para hablar con Dios. Arvin no sabía qué era peor, si la bebida o el rezo. Por lo que él recordaba, su padre llevaba peleando desde siempre contra el diablo. La humedad hizo que Arvin se estremeciera un poco y se arrebujara en su chaqueta. Le gustaría estar todavía en la cama. Hasta la escuela, con todas sus miserias, era mejor que esto, pero era sábado y no había forma de librarse.

Al otro lado de los árboles mayormente desnudos que se levantaban más allá de la cruz, Arvin vio volutas de humo elevándose de unas cuantas

chimeneas, a menos de un kilómetro de distancia. En 1957 vivían en Knockemstiff unas cuatrocientas personas aproximadamente, casi todas unidas por vínculos de sangre en virtud de una u otra calamidad, ya fuera la lujuria, la necesidad o la ignorancia pura y simple. Además de los cobertizos de cartón alquitranado y las casas de bloques de hormigón, en la hondonada había dos tiendas, una Iglesia de Cristo en la Unión Cristiana y un garito conocido en toda la parroquia como el Bull Pen. Aunque los Russell llevaban cinco años alquilando la casa que había encima de las Mitchell Fiats, la mayor parte de los vecinos que tenían más abajo seguían considerándolos forasteros. En el autobús de la escuela, Arvin era el único niño que no estaba emparentado con nadie. Hacía tres días, había vuelto a casa otra vez con el ojo morado.

—No apruebo el hecho de pelear porque sí, pero a veces eres demasiado manso —le había dicho Willard aquella noche—. Puede que esos chavales sean más grandes que tú, pero la próxima vez que uno empiece con sus mierdas, quiero que lo hagas callar.

Willard estaba de pie en el porche, cambiándose la ropa del trabajo. Le dio a Arvin los pantalones marrones, acartonados por culpa de la sangre seca y la grasa.

Trabajaba en un matadero de Greenfield, y aquel día habían sacrificado a mil seiscientos cerdos, lo cual suponía un nuevo récord para Cárnicas R. J. Carroll. Aunque el chaval aún no sabía qué quería ser de mayor, estaba bastante seguro de que no deseaba ganarse la vida matando cerdos.

Acababan de empezar sus oraciones cuando resonó tras ellos el crujido seco de una rama. Willard estiró el brazo para impedir que su hijo se girara, pero antes el chico acertó a ver a dos cazadores bajo la luz pálida, un par de hombres sucios y andrajosos a quienes había visto unas cuantas veces repanchigados en los asientos delanteros de un viejo sedán con manchones de óxido en el aparcamiento de la tienda de Maude Speakman. Uno de ellos llevaba un saco de arpillera marrón con una mancha de color rojo intenso.

—No les prestes atención —dijo Willard en voz baja—. Este tiempo es del Señor y de nadie más.

Saber que los hombres estaban cerca lo ponía nervioso, pero Arvin volvió a colocarse en su sitio y cerró los ojos.

Willard consideraba aquel tronco igual de sagrado que cualquier iglesia construida por el hombre, y la última persona del mundo a la que el chaval quería ofender era a su padre, por mucho que a veces eso pareciera una batalla perdida de antemano. Salvo por las gotas que caían de las hojas y por una ardilla que atravesaba un árbol cercano, el bosque volvió a quedar en calma. Arvin ya estaba empezando a pensar que los hombres se habían marchado, cuando uno de ellos dijo con voz ronca:

—Caray, pero si están haciendo un pequeño servicio de campaña.

—Baja la voz —oyó Arvin que decía el otro hombre.

—Joder. Se me ocurre que es buen momento para ir a hacerle una visita a su parienta. Seguro que está en la cama ahora mismo, calentándola bien para cuando llegue yo.

—Calla la puta boca, Lucas —dijo el otro.

—¿Qué? No me digas que tú no te la tirarías. Está buena, joder, no me digas que no.

Arvin echó un vistazo nervioso a su padre. Willard seguía con los ojos cerrados y las manos enormes unidas encima del tronco caído. Los labios se le movían a toda prisa, pero hablaba en voz demasiado baja para que lo oyera nadie que no fuera el Señor. El chico se acordó de lo que le había dicho Willard el otro día, lo de defenderte cuando alguien se estuviera metiendo contigo. Al parecer, también aquello era pura palabrería. Tuvo la sensación de que el largo trayecto en el autobús de la escuela no iba a mejorar precisamente.

—Vamos, atontado de los cojones —dijo el otro hombre—, que esto pesa cantidad.

Arvin escuchó cómo los cazadores daban media vuelta y se alejaban cruzando la colina en la misma dirección de la que habían venido. Un buen rato después de que sus pasos se apagaran, el chico todavía oía las risas del deslenguado.

Al cabo de unos minutos, Willard se puso de pie y esperó a que su hijo dijera «amén». Luego caminaron en silencio hasta la casa, se rasparon el barro de los zapatos en los escalones del porche y entraron en el calor de la cocina. La madre de Arvin, Charlotte, estaba friendo tiras de beicon en una sartén de hierro y batiendo huevos con un tenedor dentro de un cuenco azul.

Le sirvió una taza de café a Willard y puso un vaso de leche en la mesa, delante de Arvin. Tenía el pelo negro y brillante recogido en una coleta atada con una goma elástica, y llevaba una bata desvaída de color rosa y un par de calcetines mullidos, uno de ellos con un agujero en el talón.

Mientras Arvin la veía moverse por la cocina, intentó imaginarse qué habría pasado si los dos cazadores hubieran venido a la casa en vez de dar media vuelta. Se preguntó si los habría invitado a entrar.

En cuanto Willard terminó de comer, empujó la silla hacia atrás y salió con una mirada fúnebre en la cara.

Llevaba sin decir ni una palabra desde que había terminado sus oraciones. Charlotte se levantó de la mesa con su café y se acercó a la ventana. Se quedó mirando cómo cruzaba el jardín con pasos furiosos y se metía en el granero. Se planteó la posibilidad de que él tuviera otra botella escondida allí. La que tenía debajo del fregadero hacía semanas que no la tocaba. Se giró para mirar a Arvin.

—¿Tu padre se ha enfadado contigo por algo?

Arvin negó con la cabeza.

—Yo no he hecho nada.

—Eso no es lo que te he preguntado —dijo Charlotte, apoyándose en la encimera—. Los dos sabemos cómo se pone a veces.

Por un momento, Arvin consideró la posibilidad de contarle a su madre lo sucedido en el tronco de rezar, pero le daba demasiada vergüenza. Le ponía enfermo pensar que su padre pudiera oír hablar a un hombre así de su mujer y no hacer nada.

—Hemos hecho un pequeño servicio de campaña, nada más —dijo.

—¿Servicio de campaña? —dijo Charlotte—. ¿De dónde has sacado eso?

—No sé, lo habré oído por ahí. —Luego se levantó y se alejó por el pasillo hacia su habitación. Cerró la puerta, se tumbó en la cama y se tapó con la manta. Puesto de costado, se quedó mirando la pintura enmarcada del Cristo crucificado que Willard había colgado encima de la cajonera llena de ralladuras y golpes. Se podían encontrar imágenes parecidas de la ejecución del Salvador en todas las habitaciones de la casa excepto en la cocina.

Charlotte se había negado de plano, igual que cuando su marido había empezado a llevarse a Arvin a rezar al bosque.

—Solamente los fines de semana, Willard, nada más —le había dicho. Tal como ella lo veía, el exceso de religión podía ser igual de malo que la carencia, o tal vez incluso peor; el problema era que la moderación no formaba parte de la naturaleza de su marido.

Aproximadamente una hora más tarde, a Arvin lo despertó la voz de su padre en la cocina. Se levantó de un salto y alisó las arrugas de la manta de lana; a continuación fue hasta la puerta y pegó la oreja. Oyó que Willard le preguntaba a Charlotte si necesitaba algo de la tienda.

—Tengo que poner gasolina en la camioneta para ir al trabajo —le dijo él.

Cuando oyó los pasos de su padre en la entrada, Arvin se apartó rápidamente de la puerta y cruzó la habitación.

Se quedó de pie junto a la ventana, fingiendo que examinaba una punta de flecha que acababa de coger de la pequeña colección de tesoros que tenía en la repisa.

Willard abrió la puerta.

—Vamos a dar una vuelta —le dijo al chico—. No tiene sentido que te pases el día entero tirado ahí como un gato.

Mientras salían de la casa, Charlotte les gritó desde la cocina:

—No os olvidéis del azúcar.

Se subieron a la camioneta y fueron hasta el final de su camino lleno de baches antes de coger Baum Hill Road. Al llegar a la señal de *stop*, Willard giró a la izquierda para tomar la carretera asfaltada que pasaba justo por el medio de Knockemstiff. Aunque nunca tardaban más de cinco minutos en llegar a la tienda de Maude, a Arvin siempre le parecía que cuando salía de las Fíats estaba entrando en un país distinto. En la propiedad de los Patterson vieron a un grupo de chicos, algunos más pequeños que él, pasándose cigarrillos en la entrada de un garaje ruinoso y dando puñetazos a la carcasa sin tripas de un ciervo que colgaba de una viga. Al verlos pasar, uno de los chicos gritó y le dio un par de puñetazos al aire helado, y Arvin se encogió un poco en su asiento. Delante de la casa de Janey Wagner, un bebé rosado gateaba bajo un arce del jardín. Janey estaba en el porche

desvencijado, señalando al bebé y hablando a gritos con alguien que estaba dentro a través de una ventana rota y reparada con cartones. Llevaba el mismo vestido que se ponía para ir a la escuela todos los días, una falda roja a cuadros y una blusa blanca deshilachada.

Aunque solamente iba un curso por delante de Arvin, Janey siempre se sentaba con los chicos mayores en el autobús de camino a casa. Él había oído decir a algunas de las demás chicas que la dejaban sentarse allí porque se abría de piernas y les dejaba jugar al dedo apestoso con su chocho. Arvin confiaba en descubrir algún día, cuando fuera un poco mayor, qué quería decir exactamente aquello.

En lugar de pararse en la tienda, Willard giró bruscamente a la derecha para coger el camino de grava al que la gente llamaba Shady Glen. Aceleró un poco la camioneta y entró a toda pastilla en el descampado fangoso que rodeaba el Bull Pen. El suelo estaba cubierto por una alfombra de tapones de botella, colillas y cajas de cerveza. Allí vivía un exferroviario con verrugas cancerígenas en la piel llamado Snooks Snyder, con su hermana Agatha, una solterona que se pasaba el día sentada junto a una ventana del piso de arriba vestida de negro y fingiendo ser una viuda de luto. Snooks vendía cerveza y vino en la parte delantera de la casa, y si tu cara le resultaba ni que fuera vagamente familiar, también algo un poco más fuerte en la parte de atrás. Para comodidad de sus clientes, había varias mesas de *picnic* debajo de unos sicómoros altos situados a un lado de la casa, además de una pista para jugar a las herraduras y una letrina que siempre parecía a punto de desplomarse. Los dos hombres que Arvin había visto aquella mañana en el bosque estaban sentados encima de una de las mesas, bebiendo cerveza y con las escopetas apoyadas en un árbol detrás de ellos.

Sin apagar el motor de la camioneta, Willard abrió la puerta y salió de un salto. Uno de los cazadores se puso en pie y les tiró una botella, que rebotó en el parabrisas de la camioneta y aterrizó en el suelo con un repiqueteo. Luego dio media vuelta y echó a correr, con el abrigo mugriento ondeando tras él y echando vistazos frenéticos con los ojos inyectados en sangre al hombretón que lo perseguía. Willard lo alcanzó y lo derribó sobre el lodo grasiento que había delante de la puerta de la letrina.

Después de ponerlo boca arriba, le sujetó los hombros flacos con las rodillas y empezó a darle puñetazos en la cara barbuda. El otro cazador cogió una de las escopetas y echó a correr hacia un Plymouth verde, llevando una bolsa de papel marrón debajo del brazo. Arrancó y se fue a toda prisa, provocando una lluvia de grava con los neumáticos desgastados hasta dejar atrás la iglesia.

Al cabo de un par de minutos, Willard dejó de pegar al tipo. Se sacudió las manos para aliviarse el escozor, respiró hondo y caminó hasta la mesa donde los hombres habían estado sentados. Cogió la escopeta apoyada en el árbol, le sacó los dos cartuchos rojos y, como si fuera un bate, se puso a pegar con ella contra el sicómoro hasta romperla en varios pedazos. Mientras se giraba y echaba a andar hacia el coche, divisó a Snooks Snyder plantado en su puerta y apuntándolo con una pistola corta. Se acercó unos pasos al porche:

—Viejo, ¿tú también quieres lo que se ha llevado ese? —dijo Willard en voz bien alta—. Pues ven para aquí. Y te meto esa pistola por el culo. —Y se quedó esperando hasta que Snooks cerró la puerta.

Ya dentro de la camioneta, Willard cogió un trapo que tenía bajo el asiento y se limpió los restos de sangre de las manos.

—¿Te acuerdas de lo que te dije el otro día? —le preguntó a Arvin.

—¿Lo de los chavales del autobús?

—Eso mismo —dijo Willard, señalando al cazador con la cabeza. Tiró el trapo por la ventanilla—. Lo único que tienes que hacer es esperar el momento adecuado.

—Sí, señor —dijo Arvin.

—Este sitio está lleno de hijos de la gran puta.

—¿Más de cien?

Willard se rio un poco.

—Sí, por lo menos. —Se puso a soltar el embrague—. Creo que será mejor que esto no salga de aquí. Para qué vamos a preocupar a tu madre, ¿no?

—No, no hace falta.

—Bien —dijo Willard—. Y ahora, ¿qué te parece si te compro una chocolatina?

Arvin se pasó mucho tiempo considerando aquel día como el mejor que había pasado nunca con su padre. Esa noche, después de la cena, siguió una vez más a Willard hasta el tronco de rezar. Para cuando llegaron ya estaba saliendo la luna: una astilla de hueso antiguo y moteado acompañada de una única estrella reverberante. Se arrodillaron y Arvin le echó un vistazo a los nudillos despellejados de su padre. Cuando Charlotte le había preguntado por aquello, Willard le había contado que se había hecho daño en la mano cambiando un neumático pinchado. Era la primera vez que Arvin oía mentir a su padre, pero ahora estaba seguro de que Dios iba a perdonarle. Aquella noche, en el bosque inmóvil, sumido en la penumbra, los ruidos que subían la colina procedentes de la hondonada se oían con una claridad especial. En el Bull Pen, el claqueteo de las herraduras contra las estacas de metal sonaba casi como un tañido de campanas, y los chillidos de burla de los borrachos hicieron que el chico se acordara del cazador ensangrentado y tirado en el barro. Su padre le había enseñado a aquel tipo una lección que no olvidaría jamás; y la próxima vez que alguien se metiera con él, Arvin iba a hacer lo mismo. Cerró los ojos y se puso a rezar.

PRIMERA PARTE
SACRIFICIO

1

Corría un miércoles por la tarde del otoño de 1945, poco después del final de la guerra. El autobús Greyhound hizo su parada habitual en Meade, Ohio, un pueblecito montado alrededor de una fábrica de papel situada a una hora al sur de Columbus que olía a huevos podridos. Los forasteros siempre se quejaban del hedor, pero a los nativos les gustaba jactarse de que era el dulce olor del dinero. El conductor del autobús, un hombre bajito y rechoncho que llevaba zapatos de plataforma y una pajarita mustia, detuvo el vehículo en el callejón de detrás del almacén y anunció una parada de cuarenta minutos.

Le apetecía una taza de café, pero la úlcera le estaba dando guerra otra vez. Bostezó y dio un trago de una botella de medicina de color rosa que guardaba en la guantera. La chimenea del otro lado del pueblo, que era con diferencia la construcción más alta de aquella parte del estado, eructó otra nube de color marrón sucio. Se la veía a millas de distancia, soltando humaradas como un volcán a punto de lanzar por los aires su fina corteza superior.

Reclinándose en su asiento, el conductor del autobús se caló la gorra de cuero hasta los ojos. Vivía en las afueras de Philadelphia, y le parecía que si tuviera que vivir en un lugar como Meade, Ohio, se pegaría un tiro. En aquel pueblo era imposible encontrar ni un plato de lechuga. La gente de allí parecía alimentarse de grasa y nada más que grasa. Si comiera la misma bazofia que ellos, no tardaría ni dos meses en morir. Su mujer les contaba a sus amigas que él era un hombre delicado, pero en su tono de voz había algo que a veces le hacía preguntarse si en realidad se compadecía de él. De no haber sido por la úlcera, se habría ido a la guerra igual que los demás hombres. Habría masacrado a un pelotón entero de alemanes y le habría

enseñado a ella si era delicado o qué, joder. Lo que más le pesaba eran todas las medallas que se estaba perdiendo. A su viejo, una vez, el ferrocarril le había dado un certificado por no haberse perdido un solo día de trabajo en veinte años, y él se había pasado los veinte siguientes enseñándoselo a su enfermizo hijo cada vez que lo veía. Al palmarla por fin el viejo, el conductor del autobús había intentado convencer a su madre para que metiera el certificado dentro del ataúd junto con el cuerpo para no tener que verlo más. Ella, sin embargo, había insistido en colgarlo en la sala de estar, a modo de ejemplo de lo que una persona podía lograr en la vida si no dejaba que se lo impidiera una pequeña indigestión. El funeral, un evento que el conductor del autobús se había pasado mucho tiempo esperando, casi se había ido al garete por culpa de todas las discusiones sobre aquel papel cochambroso. Se iba a alegrar cuando todos los soldados de permiso llegaran a sus destinos y él no tuviera que seguir viendo a todos esos idiotas. Al cabo de un tiempo, los logros ajenos acababan agobiándote.

El soldado Willard Russell había estado bebiendo en la parte de atrás del autobús con dos marineros de Georgia, pero uno de ellos había perdido el conocimiento y el otro había vomitado dentro de su última botella. Willard no paraba de pensar que si conseguía llegar a su casa en Coal Creek, Virginia Occidental, ya no volvería a marcharse jamás. Durante su infancia en las montañas había visto cosas feas, pero no eran nada comparado con lo que había visto en el Pacífico Sur. En una de las islas Salomón, él y otros dos hombres de su unidad se habían encontrado a un marine desollado vivo por los japoneses y clavado a una cruz hecha con dos palmeras. El cuerpo descarnado y ensangrentado estaba cubierto de moscas negras. Tenía las placas identificativas colgadas de los restos de uno de los dedos gordos del pie: sargento de artillería Miller Jones. Incapaz de ofrecer nada más que un poco de piedad, Willard le había pegado un tiro al marine detrás de la oreja, y luego lo habían descolgado y cubierto de rocas al pie de la cruz. Desde entonces, el interior de la cabeza de Willard no había vuelto a ser el mismo.

Cuando oyó que el rechoncho conductor del autobús anunciaba a gritos una parada de descanso, Willard se puso de pie y echó a andar hacia la

puerta, asqueado por los dos marineros. En su opinión, la Armada era el único cuerpo militar al que no habría que permitirle la bebida.

En los tres años que llevaba en el ejército, no había conocido ni a un solo marinero que supiera beber. Alguien le había contado que era culpa del salitre que les daban para evitar que se volvieran locos y follaran entre ellos cuando estuvieran en alta mar. Salió paseando por la estación y vio un pequeño restaurante al otro lado de la calle llamado Wood en Spoon. En el escaparate había pegado un cartón blanco que anunciaba un pastel de carne especial por treinta y cinco centavos. Su madre le había hecho pastel de carne el día antes de irse al ejército, de modo que ahora lo consideró una buena señal. Se sentó en un reservado junto a la ventana y encendió un cigarrillo. Un estante cubierto de viejas botellas y artículos de cocina antiguos y fotografías en blanco y negro cogiendo polvo daba la vuelta entera a la sala.

Pegado a la pared junto al reservado había un recorte descolorido de periódico que hablaba de un agente de policía de Meade que había sido abatido por un atracador de bancos delante de la estación de autobuses. Willard miró más de cerca y vio que llevaba fecha del 11 de febrero de 1936. Calculó que aquello había sucedido cuatro días antes de que él cumpliera doce años. Un viejo, el único otro cliente de la cafetería, estaba encorvado sobre una mesa en medio de la sala, sorbiendo sopa verde de un cuenco. Había dejado su dentadura postiza encima de la barra de mantequilla que tenía delante.

Willard se terminó el cigarro y ya se estaba preparando para marcharse cuando por fin salió de la cocina una camarera morena. La camarera agarró un menú de una pila que había junto a la caja registradora y se lo dio.

—Lo siento —le dijo—. No lo he oído entrar.

Cuando él le vio los pómulos altos, los labios carnosos y las piernas largas y esbeltas, y cuando a continuación ella le preguntó qué quería comer, Willard descubrió que se le había secado del todo la boca. No podía ni hablar.

Aquello no le había pasado jamás, ni siquiera en medio del peor combate en Bougainville. Cuando la camarera se fue a buscar su pedido y a traerle el café, a él se le pasó por la cabeza que hacía únicamente un par de

meses había estado seguro de que su vida iba a terminarse en una roca humeante y absurda en medio del océano Pacífico. Y ahora se veía allí: todavía respirando y a pocas horas de casa, servido por una mujer que parecía una versión de carne y hueso de una de aquellas modelos *pin-up* de las películas. A juicio de Willard, fue en ese momento preciso cuando se enamoró. No importaba que el pastel de carne estuviera reseco y las judías verdes deshechas y el pan fuera tan duro como un trozo de carbón del número. Por lo que a él respectaba, le sirvió la mejor comida de su vida. Y, después de terminársela, volvió al autobús sin saber siquiera cómo se llamaba Charlotte Willoughby.

Cuando el autobús hizo otra parada de descanso, encontró una licorería al otro lado del río, en Huntington; se compró cinco botellas de *whisky* de una pinta en depósito aduanero y se las guardó en el petate. Se sentó en la primera fila, justo detrás del conductor, pensando en la chica de la cafetería y buscando algo que le indicara que ya estaba cerca de su hogar. Todavía iba un poco borracho. Sin venir a cuento de nada, el conductor del autobús dijo:

—¿Traes alguna medalla a casa? —Y le echó un vistazo por el retrovisor. Willard negó con la cabeza.

—Nada más que esta carcasa raquítica que llevo a todos lados.

—Yo quería ir, pero me rechazaron.

—Qué suerte —dijo Willard.

El día en que habían encontrado al marine, los combates en la isla ya estaban a punto de terminar, y el sargento los había mandado a buscar agua potable. Un par de horas después de enterrar el cadáver desollado del sargento Miller Jones, cuatro soldados japoneses famélicos con manchas de sangre recientes en los machetes salieron de entre las rocas con las manos en alto y se rindieron. Cuando Willard y sus dos compañeros empezaron a llevárselos de vuelta a donde estaba la cruz, los soldados se pusieron de rodillas y empezaron a suplicar o a pedir perdón; él nunca supo cuál de las dos cosas.

—Intentaron escapar —le mintió Willard al sargento, más tarde en el campamento—. No nos dieron opción.

Después de ejecutar a los japos, uno de los hombres que iban con él, un chaval de Louisiana que llevaba una pata de rata de los pantanos colgada del cuello para protegerse de las balas de aquellos monos amarillos, les cortó las orejas con una navaja. Tenía una caja de puros llena de orejas que ya había secado. Su plan era vender aquellos trofeos por cinco pavos en cuanto regresaran a la civilización.

—Tengo una úlcera —le dijo el conductor del autobús.

—No te has perdido nada.

—No sé —dijo el conductor—. Me habría gustado traer una medalla a casa. Tal vez un par de ellas. Bueno, supongo que podría haber matado a bastantes boches de mierda como para conseguir dos. Soy bastante rápido con las manos.

Con la vista clavada en el pescuezo del conductor de autobús, Willard se acordó de la conversación que había tenido con el joven y lúgubre sacerdote de a bordo del barco después de confesar que le había pegado un tiro al marine para aliviar su sufrimiento. El sacerdote estaba asqueado de ver tanta muerte y de todas las oraciones que había tenido que decir frente a filas enteras de soldados muertos y a montones de pedazos de cadáveres. Le dijo a Willard que si la mitad de su historia era cierta, entonces la única utilidad que podía tener este mundo depravado y corrupto era prepararnos para el siguiente.

—¿Sabías —le dijo Willard al conductor— que los romanos destripaban burros, metían a cristianos vivos dentro y luego los cosían otra vez y los dejaban al sol para que se pudrieran? —El sacerdote le había contado montones de historias como aquella.

—¿Y eso qué coño tiene que ver con las medallas?

—Tú piénsalo. Estás todo atado como un pavo dentro del horno, sin nada más que la cabeza asomando del culo de un burro; y entonces los gusanos te empiezan a comer hasta que ves la gloria.

El conductor del autobús frunció el ceño y agarró el volante un poco más fuerte.

—Colega, no sé adónde quieres ir a parar. Yo te estaba hablando de volver a casa con una medalla enorme sujeta a la pechera. ¿Qué pasa, que

los romanos esos le ponían medallas a la gente antes de meterla dentro de los burros? ¿Es eso lo que quieres decir?

Willard no sabía qué era lo que quería decir. De acuerdo con el sacerdote, Dios era el único que entendía los caminos de los hombres. Se lamió los labios reseco y pensó en el *whisky* que tenía en el petate.

—Lo que digo es que, a fin de cuentas, todo el mundo sufre cuando le llega la hora —dijo Willard.

—Bueno —dijo el conductor—, pues a mí me gustaría conseguir mi medalla antes de esa hora. Carajo, tengo a una mujer en casa que pierde la cabeza cada vez que ve una. Háblame a mí de sufrir. Siempre que salgo a la carretera, me angustio pensando que se va a fugar con alguno que tenga un corazón púrpura.

Willard se inclinó y el conductor notó el aliento cargado del soldado en el pescuezo rechoncho, pudo oler los efluvios del *whisky* y los restos rancios de un almuerzo barato.

—¿Crees que a Miller Jones le importaría un carajo que su mujer estuviera por ahí follando con otros? —dijo Willard—. Colega, se cambiaría por ti sin dudarle un momento.

—¿Quién coño es Miller Jones?

Willard miró por la ventanilla cómo a lo lejos empezaba a aparecer la cúspide neblinosa de Greenbrier Mountain. Le temblaban las manos y la frente le brillaba por el sudor.

—Un pobre desgraciado que se fue a combatir en esa guerra que a ti te estafaron, simplemente.

Willard ya estaba a punto de rendirse y abrir una de las botellas de *whisky* cuando su tío Earskell paró su Ford destartado ante la estación Greyhound de Lewisburg, en la esquina de Washington y Court. Llevaba casi tres horas sentado en un banco en frente de la estación, con un café frío en un vaso de plástico en las manos y mirando a la gente que pasaba caminando junto al Pioneer Drugstore. Se avergonzaba del modo en que le había hablado al conductor de autobús, y se sentía mal por haber sacado de aquella manera el nombre del marine; se había jurado que, aunque jamás lo olvidaría, no volvería a mencionarle a nadie el nombre del sargento de artillería Miller Jones. Una vez estuvieron de camino metió la mano en su

petate y le dio a Earskell una de las botellas junto con una pistola Luger alemana. En la base de Maryland, justo antes de recibir la baja del ejército, había cambiado una espada ceremonial japonesa por aquella pistola.

—Se supone que es la pistola que usó Hitler para volarse los sesos —dijo Willard, intentando refrenar una sonrisa.

—Y una mierda —dijo Earskell.

Willard se rio.

—¿Qué pasa? ¿Crees que el tipo me mintió?

—¡Ja! —dijo el viejo. Desenroscó el tapón de la botella, dio un trago largo y se estremeció—. Joder, pero qué bueno.

—Bébetelo. Me quedan tres botellas más en el petate. —Willard se abrió otra y encendió un cigarrillo. Sacó el brazo por la ventanilla—. ¿Cómo está mi madre?

—Bueno, tengo que decir que cuando mandaron de vuelta el cuerpo de Júnior Carver se le fue un poco la cabeza. Pero ahora parece que está bastante bien. —Earskell dio otro trago a la pinta y se la puso entre las piernas—. Ha estado preocupada por ti, nada más.

Subieron lentamente por las colinas que llevaban a Coal Creek. Earskell quería oír anécdotas de la guerra, pero durante la hora siguiente su sobrino no habló de nada que no fuera una mujer a la que había conocido en Ohio. Jamás en la vida había oído hablar tanto a Willard.

Tenía ganas de preguntarle si era verdad que los japoneses se comían a sus propios muertos, tal como decía el periódico, pero supuso que aquello podía esperar. Además, necesitaba prestar atención a la carretera. El *whisky* le estaba entrando como si nada, y su vista ya no era la de antaño. Emma llevaba mucho tiempo esperando que su hijo volviera a casa, y sería una lástima que ahora él se estrellara y los matara a los dos antes de que ella tuviera ocasión de verlo. La idea hizo que a Earskell se le escapara una risilla. Su hermana era una de las personas más temerosas de Dios que él había conocido nunca, pero sería capaz de seguirlo al mismo infierno para hacerle pagar por aquello.

—Pero bueno, ¿qué es exactamente lo que te gusta de esa chica? —le preguntó Emma Russell a Willard. Ya era casi medianoche cuando Earskell y él habían aparcado el Ford al pie de la colina y habían subido el sendero

que llevaba a la diminuta cabaña de troncos. Cuando entró por la puerta, ella no lo soltó durante un buen rato; se le agarró fuerte y le mojó toda la pechera del uniforme con sus lágrimas. Él miró por encima del hombro de ella cómo su tío se metía en la cocina. A su madre se le había puesto el pelo blanco desde la última vez que la había visto.

—Te pediría que te arrodillaras conmigo y le dieras las gracias a Jesucristo —le dijo ella, secándose las lágrimas de la cara con los bajos del delantal—, pero huelo el licor en tu aliento.

Willard asintió con la cabeza. Lo habían educado en la idea de que si estabas embriagado no tenías que hablar nunca con Dios. Con el Señor había que ser sincero en todo momento, por si acaso alguna vez existía una necesidad perentoria de Él. Hasta el padre de Willard, Tom Russell, un destilador ilegal que había vivido acosado por la mala suerte y los problemas hasta el mismo día en que había muerto de una enfermedad del hígado en la cárcel de Parkersburg, había suscrito aquella creencia. Daba igual cuán desesperada fuera la situación, y su viejo se había visto en algunas muy desesperadas: si había probado ni que fuera una cucharadita de alcohol ya no pedía ayuda a las alturas.

—Venga, vente a la cocina —dijo Emma—. Así comes algo y te hago un café. Te he hecho pastel de carne.

A las tres de la mañana, Earskell y él ya se habían ventilado cuatro pintas, además de un tazón de alcohol destilado en casa, y estaban con la última botella de la licorería. Willard tenía la cabeza embotada y le costaba juntar las palabras, aunque al parecer le había mencionado a su madre la camarera a la que había conocido en la cafetería.

—¿Qué es lo que me has preguntado? —le dijo él.

—Esa chica de la que estabas hablando —le contestó—. ¿Qué te gusta de ella?

Su madre le estaba sirviendo otra taza de café hirviente con un cazo. Aunque tenía la lengua entumecida, estaba seguro de habérsela quemado más de una vez. Iluminaba la cocina una lámpara de queroseno que colgaba de una viga del techo. La ancha sombra de su madre temblaba en la pared. Willard derramó un poco de café en el hule que cubría la mesa. Emma negó con la cabeza y cogió un trapo de secar platos que tenía detrás.

—Todo —dijo él—. Tendrías que verla.

Emma se imaginó que era el *whisky* el que hablaba por su boca, pero aun así el anuncio de que su hijo había conocido a una mujer la ponía nerviosa. Mildred Carver, una de las mejores cristianas que había habido nunca en Coal Creek, había rezado todos los días por su Júnior, y sin embargo se lo habían mandado a casa dentro de un cajón. Poco después de oír que los portadores del féretro decían no creer que hubiera casi nada dentro del ataúd, de tan poco que pesaba, Emma se puso a buscar una señal que le indicara qué tenía que hacer para asegurar que Willard estuviera a salvo. Todavía la estaba buscando cuando la familia de Helen Hatton murió al incendiarse su casa, dejando a la pobre chica sola en el mundo. Dos días más tarde, después de mucho pensarlo, Emma se puso de rodillas y le prometió a Dios que si le mandaba a su hijo de vuelta vivo, ella haría lo necesario para que se casara con Helen y cuidara de ella. Pero ahora, plantada en la cocina y mirando su pelo negro y ondulado y sus rasgos afilados, se dio cuenta de que había estado loca al prometer una cosa semejante. Helen llevaba un gorro atado por debajo de la barbilla cuadrada, y su cara larga de caballo era idéntica a la de su abuela Rachel, a quien muchos consideraban la mujer menos atractiva que había caminado jamás por los riscos del condado de Greenbrier.

Por entonces, Emma no se había planteado qué podía pasar si ella no era capaz de mantener su promesa. Ojalá hubiera recibido la bendición de un hijo feo, pensó. Dios tenía algunas maneras curiosas de comunicarle a la gente que estaba descontento.

—El físico no lo es todo —dijo Emma.

—¿Quién lo dice?

—Cállate, Earskell —dijo Emma—. ¿Cómo has dicho que se llama esa chica?

Willard se encogió de hombros. Miró con los ojos entornados la estampa de Jesucristo cargando con la cruz que colgaba encima de la puerta. Desde que había entrado en la cocina había evitado mirarla, por miedo a estropear su llegada a casa con más recuerdos de Miller Jones. Pero ahora, por un momento nada más, se entregó a aquella imagen. La estampa llevaba allí desde que tenía memoria, en su marco barato de madera, y

ahora ya moteada por el paso del tiempo. Bajo la luz parpadeante del quinqué, parecía casi viva. Se imaginaba perfectamente el restallido de los látigos y los insultos de los soldados de Pilatos. Echó un vistazo a la Luger alemana que había en la mesa junto al plato de Earskell.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera sabes cómo se llama?

—No se lo he preguntado —dijo Willard—. Pero le he dejado un dólar de propina.

—De eso no se olvidará —dijo Earskell.

—Bueno, pues tendrías que rezar antes de hacer todo el camino de vuelta a Ohio —dijo Emma—. Queda muy lejos. —Ella se había pasado la vida entera convencida de que la gente tenía que obedecer la voluntad de Dios y no la suya propia. Había que confiar en el hecho de que todo en el mundo iba a salir tal como estaba planeado. Sin embargo, después Emma había perdido la fe y había terminado regateando con Dios como si Él no fuera más que un tratante de caballos con un bocado de tabaco en el carrillo o un chatarrero desarrapado que vendiera sus mercancías melladas junto a la carretera. Ahora, sin importar cómo fuera la cosa, ella tenía que hacer por lo menos un esfuerzo para mantener su parte del trato. Después, lo dejaba todo en manos de Él—. No creo que eso le vaya a hacer daño a nadie, ¿verdad?, el hecho de que reces. —Ella se dio la vuelta y se puso a cubrir lo que quedaba del pastel de carne con un paño limpio.

Willard sopló hacia su café, dio un sorbo e hizo una mueca. Se acordó de la camarera y de la cicatriz diminuta y apenas visible que tenía encima de la ceja izquierda.

Dentro de dos semanas, pensó, iría en coche hasta allí para hablar con ella. Le echó un vistazo a su tío, que estaba intentando liarse un cigarrillo. Earskell tenía las manos retorcidas y deformadas por la artritis, con los nudillos hinchados hasta tener el diámetro de monedas de cuarto de dólar.

—No —dijo Willard, sirviéndose un poco de *whisky* en el vaso—. Eso nunca hace daño a nadie.

2

Willard estaba resacoso y temblaba sentado a solas en uno de los bancos traseros de la Iglesia del Espíritu Santo Santificado de Coal Creek. Eran casi las siete y media de un jueves por la tarde pero el servicio religioso todavía no había empezado. Era la cuarta noche de la semana anual de renacimiento de la iglesia, que estaba dirigida sobre todo a los reincidentes y a los que aún no habían sido salvados. Willard llevaba más de una semana de vuelta en casa y aquel era el primer rato que pasaba sobrio.

Anoche él y Earskell habían ido al Lewis Theater a ver a John Wayne en *La patrulla del coronel Jackson*. Él se había salido a media película, asqueado de lo falso que era todo, y había terminado peleándose en el salón de billares de la misma calle. Ahora se desperezó y miró a su alrededor, flexionando la mano dolorida. Emma seguía en la parte delantera, saludando a sus conocidos. Había fanales humeantes colgando de las paredes; en mitad del pasillo de la derecha había una estufa destartalada de madera. Los bancos de pino estaban desgastados por los veinte años que llevaban en uso. Aunque la iglesia era el mismo lugar humilde que había sido siempre, Willard tenía la sospecha de que él había cambiado bastante a raíz de su paso por el extranjero.

La iglesia la había fundado el reverendo Albert Sykes en 1924, poco después de que una mina de carbón se desplomara y lo atrapara en la oscuridad junto con dos hombres más que murieron al instante. A él le quedaron las dos piernas rotas por varios lugares. Consiguió alcanzar el paquete de tabaco de mascar Five Brothers que Phil Drury tenía en el bolsillo, pero no pudo estirarse lo suficiente para alcanzar el bocadillo de mantequilla y mermelada que sabía que Burl Meadows llevaba en la

chaqueta. Contaba el reverendo que el Espíritu Santo lo había tocado la tercera noche. Era consciente de que se iba a reunir pronto con aquellos dos hombres que tenía al lado y que ya olían a podrido, pero había dejado de importarle. Al cabo de unas horas, la patrulla de rescate se abrió paso por entre los escombros mientras él dormía.

Por un momento estuvo convencido de que la luz que le acababan de poner delante de los ojos era la cara de Dios.

Era una buena historia para explicar en la iglesia, y siempre se oían montones de aleluyas cuando llegaba a aquella parte. Willard creía habérsela oído contar al predicador unas cien veces a lo largo de los años, mientras cojeaba de un lado para otro por delante del púlpito barnizado. Al final de la historia siempre se sacaba el paquete vacío de Five Brothers de la chaqueta raída del traje y lo levantaba hacia el techo con las palmas ahuecadas de las manos. Lo llevaba consigo a todas partes. Muchas de las mujeres de Coal Creek, sobre todo las que seguían teniendo maridos e hijos en las minas, lo trataban como si fuera una reliquia religiosa y lo besaban siempre que tenían oportunidad. Era un hecho que Mary Ellen Thompson, en su lecho de muerte, había pedido que le trajeran el paquete en lugar de al médico.

Willard miró cómo su madre hablaba con una mujer flaca que llevaba gafas de montura metálica en la cara larga y delgada, y un gorro de color azul descolorido atado por debajo de la barbilla angulosa. Al cabo de un par de minutos, Emma cogió a la mujer de la mano y se la llevó a donde estaba sentado Willard.

—Le he pedido a Helen que se siente con nosotros —le dijo Emma a su hijo. Él se puso de pie para dejarla pasar, y, cuando la chica pasó por su lado, el tufo a sudor rancio hizo que se le saltaran las lágrimas. Ella llevaba una Biblia de cuero gastada y no levantó la cabeza cuando Emma la presentó. Por fin Willard entendía por qué su madre llevaba días largándole que el físico no era importante. Él estaba de acuerdo en la mayoría de casos, pero, joder, hasta su tío Earskell se lavaba los sobacos de vez en cuando.

Como la iglesia no tenía campana, el reverendo Sykes salió a la puerta abierta en cuanto fue hora de empezar el servicio y se puso a llamar a gritos a los que seguían remoloneando fuera con sus cigarrillos, sus cotilleos y sus

dudas. Un pequeño coro de dos hombres y tres mujeres se puso de pie y cantó «Sinner, You Better Get Ready».

Por fin Sykes subió al púlpito. Echó un vistazo por encima de las cabezas de los feligreses y secó el sudor de su frente con un pañuelo blanco. Había cincuenta y ocho personas sentadas en los bancos. Las había contado dos veces. El reverendo no era un hombre codicioso, pero esta noche confiaba en recoger en la cesta tal vez cuatro o cinco dólares. Él y su mujer llevaban toda la semana sin comer nada más que galletas duras y carne de ardilla infectada de larvas de mosca.

—Caray, hace calor —dijo con una sonrisa—. Pero todavía va a hacer más calor, ¿verdad? Sobre todo para los que no estén a buenas con el Señor.

—Amén —dijo alguien.

—Está claro —dijo otro.

—Bueno —continuó Sykes—. De eso nos encargaremos pronto. Ahora esos dos chavales de Topperville van a officiar el servicio, y, por lo que me cuenta todo el mundo, nos traen un mensaje que vale la pena. —Echó un vistazo a los dos forasteros sentados a un lado del altar, escondidos de la congregación por una cortina negra deshilachada—. Hermano Roy y hermano Theodore, venid aquí y ayudadnos a salvar unas cuantas almas perdidas —dijo, haciéndoles señales con la mano para que se acercaran.

Un hombre alto y flaco se levantó y se puso a empujar la silla de ruedas donde iba su compañero, un chaval gordo, para sacarlo de detrás de la cortina y acercarlo al centro del altar. El que podía andar llevaba un traje negro que le venía grande y unos mocasines voluminosos y desvencijados. Tenía el pelo negro repeinado hacia atrás con brillantina y las mejillas hundidas llenas de cicatrices violáceas de acné.

—Me llamo Roy Laferty —dijo en voz baja—, y este de aquí es mi primo, Theodore Daniels.

El inválido asintió con la cabeza y dedicó una sonrisa a la congregación. Llevaba una guitarra destartalada en el regazo y un peinado estilo tazón. Tenía el peto remendado con parches de tela de saco y las piernas flacas retorcidas en ángulos abruptos. Llevaba puesta una camisa blanca sucia y una corbata de flores de colores vivos. Más tarde Willard diría que aquel se parecía al Príncipe de las Tinieblas y el otro a un payaso en horas bajas.

En silencio, el hermano Theodore terminó de afinar una cuerda de su guitarra de caja plana. Unas cuantas personas bostezaron y otras se pusieron a cuchichear entre ellas, ya incómodas por lo que parecía ser el inicio de un servicio aburrido oficiado por un par de recién llegados tímidos y hechos polvo. Willard deseaba haber salido al aparcamiento y haberse encontrado con alguien que tuviera una botella antes de que empezara la cosa.

Nunca se había sentido cómodo venerando a Dios dentro de un edificio abarrotado de desconocidos.

—Esta noche no vamos a pasar la cesta, amigos —dijo por fin el hermano Roy, después de que el inválido asintiera con la cabeza para indicar que estaba listo—. No queremos cobrar por hacer el trabajo del Señor. Theodore y yo podemos vivir de la dulzura del aire si no nos queda otro remedio, y, creedme, lo hemos hecho muchas veces. Salvar almas no tiene nada que ver con los dólares del demonio. —Roy miró al viejo predicador, que consiguió esbozar una sonrisa alicaída y asintió con la cabeza a regañadientes para mostrar su conformidad—. Ahora vamos a invocar al Espíritu Santo para hacer que venga esta noche a esta pequeña iglesia, o bien os juro a todos que moriremos en el intento. —Y diciendo aquello, el chaval gordo dio un guitarrazo y el hermano Roy se echó hacia atrás y soltó un berrido lastimero que sonaba como si tratara de arrancar de una sacudida las puertas del cielo.

La mitad de la congregación estuvo a punto de caerse de su asiento. Willard soltó una risita cuando sintió que su madre daba un brinco a su lado.

El joven predicador echó a andar de arriba abajo por el medio del pasillo, preguntándole a la gente en voz alta:

—¿A qué le tenéis más miedo? —Agitó los brazos y describió la inmundicia del infierno, su repugnancia, su horror y su desesperación, y la eternidad sin final que le espera absolutamente a todo el mundo—. Si lo que más teméis son las ratas, Satanás se asegurará de que no os falten. Hermanos y hermanas, se os comerán las caras mientras vosotros estáis allí tumbados sin poder levantar ni un dedo contra ellas, y nunca pararán. Un millón de años en la eternidad no es ni una tarde aquí en Coal Creek. Ni siquiera tratéis de entenderlo. No hay cabeza humana que pueda calcular un

sufrimiento así. ¿Os acordáis de aquella familia de Millersburg a la que asesinaron en sus camas el año pasado? ¿A los que aquel lunático les sacó los ojos? Pues imaginaos eso durante un billón de años, que es un millón de millones, amigos, lo he consultado, imaginaos ser torturados de esa manera pero sin morir. Que os saquen los ojos de la cara con un cuchillo ensangrentado por toda la eternidad sin fin.

»Espero que esa pobre gente estuviera a buenas con el Señor cuando aquel maníaco se les metió por la ventana, lo espero con toda mi alma. Y en verdad, hermanos y hermanas, no podemos llegar a imaginarnos las maneras que tiene el diablo de darnos tormento, ningún hombre ha sido lo bastante malvado, ni siquiera el Hitler ese, como para inventarse las formas en que Satanás va a hacer pagar a los pecadores cuando llegue el Día del Juicio.

Mientras el hermano Roy predicaba, Theodore se dedicaba a marcar con su guitarra un ritmo acompasado con sus palabras, siguiendo hasta el último movimiento del otro con la mirada. Roy era primo suyo por parte de madre, pero a veces el chaval gordo deseaba que no fueran parientes tan cercanos. Aunque a él le bastaba con acompañarlo a difundir el Evangelio, hacía mucho tiempo que tenía sentimientos que no conseguía sacarse de encima con sus oraciones. Sabía lo que decía la Biblia al respecto, pero no podía creerse que el Señor considerara aquello como pecado. En opinión de Theodore, el amor era el amor. Carajo, ¿acaso él no lo había demostrado? ¿Acaso no le había demostrado a Dios que lo amaba más que nadie? Había tomado aquel veneno hasta quedar lisiado, le había demostrado al Señor que tenía fe, aunque a veces le parecía que se había pasado de entusiasta. Pero, de momento, tenía a Dios y tenía a Roy y tenía su guitarra, y ya no necesitaba nada más en el mundo, aun en el caso de que nunca más pudiera volver a ponerse de pie. Y si Theodore tenía que demostrarle a Roy cuánto lo amaba, también estaría encantado de hacerlo, haría lo que él le pidiera. Dios era amor y estaba en todas partes y en todo el mundo.

Luego Roy volvió a subirse de un brinco al altar, metió la mano por debajo de la silla de ruedas de Theodore y sacó una garrafa de cuatro litros. Todo el mundo se inclinó un poco hacia adelante en sus bancos. Dentro de la garrafa parecía bullir una masa oscura. Alguien gritó: «Alabado sea

Dios», y el hermano Roy dijo: «Así es, amigo, así es». Sostuvo la garrafa en alto y le dio una violenta sacudida.

—Amigos, dejadme que os cuente una cosa —continuó—. Antes de encontrar al Espíritu Santo, a mí me daban total pavor las arañas. ¿Verdad que sí, Theodore? Ya desde que era un renacuajo y me escondía detrás de las faldas de mi madre. Las arañas se colaban en mis sueños y ponían sus huevos en mis pesadillas, y yo no era capaz ni de ir al cuarto de baño sin que alguien me cogiera de la mano. Estaban por todas partes, colgadas de sus telarañas y esperándome. Era espantoso vivir así, aterrorizado todo el tiempo, daba igual si estaba dormido o despierto. Y así es el infierno, hermanos y hermanas. Esas diablas de ocho patas no me daban ni un respiro. Hasta que encontré al Señor.

A continuación Roy se puso de rodillas y zarandeó la garrafa una vez más antes de quitarle el tapón. Theodore ralentizó la música hasta que solamente se oyó una triste y ominosa marcha fúnebre que heló la sala e hizo que a todos los presentes se les erizara el pelo de la nuca. Sosteniendo la garrafa por encima de su cabeza, Roy miró a los congregados, respiró hondo y le dio la vuelta. Una masa abigarrada de arañas de todos los colores —marrones, negras y a rayas amarillas y anaranjadas— cayó sobre su cabeza y sus hombros. Luego un estremecimiento le recorrió el cuerpo entero como si fuera una corriente eléctrica, y se levantó y tiró la garrafa al suelo, provocando una lluvia de cristales rotos en todas direcciones. Volvió a soltar aquel berrido espantoso y se puso a sacudir los brazos y las piernas, haciendo que las arañas cayeran al suelo y empezaran a corretear por doquier. Una mujer envuelta en un chal de punto se levantó de un salto y echó a correr hacia la puerta, al tiempo que varias más gritaban, y, en medio de aquel alboroto, Roy dio un paso adelante, con unas cuantas arañas todavía pegadas a la cara sudorosa, y vociferó:

—Escuchad mis palabras, amigos, el Señor se llevará vuestros miedos si vosotros se lo permitís. Mirad lo que ha hecho por mí. —Luego tuvo una arcada y escupió algo negro que se le había metido en la boca.

Otra mujer se puso a darse manotazos en el vestido y a chillar que algo la había picado, y un par de criaturas rompieron a lloriquear. El reverendo Sykes corría de un lado para otro, intentando restaurar el orden, pero la

gente ya se apresuraba hacia la estrecha puerta, presa del pánico. Emma cogió a Helen del brazo y trató de sacarla de la iglesia, pero la chica se la sacudió de encima, dio media vuelta y se adentró en el pasillo. Sujetó la Biblia contra el pecho y se quedó mirando fijamente a Roy. Sin dejar de rasgar su guitarra, Theodore vio cómo su primo se sacudía despreocupadamente una araña de la oreja y le dedicaba una sonrisa a aquella chica frágil y feúcha. Y no dejó de tocar hasta que vio que Roy le hacía señas a aquella zorra para que se acercara.

De camino a casa, Willard dijo:

—Caray, lo de las arañas ha sido un buen detalle. —Extendió la mano hacia su madre y empezó a pasearle los dedos por el brazo gordo y flácido.

Ella soltó un chillidito y le dio un manotazo.

—Para. Ya no voy a poder dormir esta noche con lo que he visto.

—¿Habías visto predicar al chaval ese alguna vez?

—No, pero hacen cosas raras en esa iglesia de Topperville. Seguro que el reverendo Sykes se ha arrepentido de haberlos invitado. El de la silla de ruedas bebió demasiada estircnina o anticongelante o algo así, y es por eso que no puede caminar. Menuda pena. Poner la fe a prueba, lo llaman. Pero a mí me parece que eso es llevar las cosas demasiado lejos. —Suspiró y reclinó la cabeza en el asiento—. Ojalá Helen hubiera venido con nosotros.

—Bueno, en su sermón no se ha dormido nadie, eso se lo reconozco.

—¿Sabes? —dijo Emma—. A lo mejor se habría venido si tú le hubieses hecho un poco más de caso.

—Oh, por lo que yo he visto, el hermano Roy le va a hacer todo el caso que ella quiera y más.

—Eso es lo que me da miedo —dijo Emma.

—Madre, me vuelvo a Ohio dentro de un par de días. Ya lo sabes.

Emma hizo ver que no le oía.

—Helen sería una buena esposa, ya lo creo.

Varias semanas después de que Willard se marchara a Ohio a ver qué pasaba con la camarera, Helen llamó a la puerta de Emma. Era media tarde de un día templado de noviembre. La anciana estaba sentada en su sala de estar, escuchando la radio y releyendo la carta que había recibido aquella mañana. Willard y la camarera se habían casado hacía una semana. Se iban

a quedar en Ohio, por lo menos de momento. Él había encontrado trabajo en una planta cárnica y contaba que no había visto tantos cerdos juntos en su vida. El locutor de la radio le echaba la culpa de lo raro del clima a las secuelas de las bombas atómicas lanzadas para ganar la guerra.

—Quiero contárselo a usted primero porque sé que ha estado preocupada por mí —dijo Helen. Era la primera vez que Emma la veía sin el gorro.

—¿Contarme el qué, Helen?

—Roy me ha pedido en matrimonio —dijo ella—. Dice que Dios le ha mandado una señal de que estamos hechos el uno para el otro.

Plantada en la puerta con la carta de Willard en la mano, Emma se acordó de la promesa que no había podido cumplir. Había estado temiendo un accidente violento, o bien una enfermedad espantosa, pero aquello era una buena noticia. Tal vez a fin de cuentas las cosas iban a salir bien. Sintió que empezaban a llenársele los ojos de lágrimas.

—¿Dónde vais a vivir? —le preguntó, porque no se le ocurría nada más.

—Oh, Roy tiene una casa detrás de la gasolinera de Topperville —dijo Helen—. Theodore se quedará con nosotros, por lo menos de momento.

—¿Ese es el de la silla de ruedas?

—Sí, señora —dijo Helen—. Llevan mucho tiempo juntos.

Emma salió al porche y le dio un abrazo a la chica. Olía un poco a jabón Ivory, como si acabara de bañarse.

—¿Quieres entrar y sentarte un rato?

—No, tengo que irme —dijo Helen—. Roy me está esperando. —Emma miró la ladera de la colina que se extendía tras la chica. En el camino, detrás del viejo Ford de Earskell, había un coche del color de la bosta y con forma de tortuga—. Esta noche tiene que predicar en Millersburg, que es donde les sacaron los ojos a aquella gente. Llevamos toda la mañana recogiendo arañas.

Gracias a Dios, con este tiempo que ha hecho no cuesta nada encontrarlas.

—Ten cuidado, Helen —dijo Emma.

—Oh, no se preocupe —dijo la chica, mientras bajaba del porche—. Cuando uno se acostumbra a ellas no están tan mal.

3

En la primavera de 1948, a Emma le llegó de Ohio la noticia de que por fin era abuela; la mujer de Willard había dado a luz a un bebé sano al que habían llamado Arvin Eugene. Para entonces la anciana ya estaba convencida de que Dios la había perdonado por su breve pérdida de confianza. Ya hacía casi tres años de aquello y no había pasado nada malo. Un mes más tarde, todavía estaba dando gracias al Señor porque su nieto no hubiera nacido ciego y microcéfalo como los tres hijos de Edith Maxwell, la de Spud Run, cuando Helen se presentó a su puerta con otra cosa que anunciarle. Emma apenas la había visto un puñado de veces desde que se había casado con Roy y se había pasado a la iglesia de Topperville.

—Quería pasar a darle a usted la noticia —dijo Helen.

Tenía los brazos y piernas pálidos y flacos pero barriga de embarazada.

—Dios bendito —dijo Emma, abriendo la puerta mosquitera—. Entra, cariño, y descansa un poco. —Ya era tarde, y el jardín invadido de maleza estaba cubierto de sombras de color gris azulado. Un pollo soltaba débiles cloqueos bajo el porche.

—Ahora no puedo.

—Bah, no te andes con tantas prisas. Deja que te saque algo para comer —le dijo la anciana—. Llevamos una eternidad sin hablar.

—Gracias, señora Russell, pero tal vez otro día. Me tengo que volver.

—¿Roy predica esta noche?

—No —dijo Helen—. Ya lleva un par de meses sin predicar. ¿No se enteró usted? Sufrió una picadura muy grave de una araña. Se le hinchó la cabeza como si fuera una calabaza. Fue espantoso. Se pasó una semana o más sin poder abrir los ojos.

—Bueno —dijo la anciana—. A lo mejor puede trabajar para la compañía eléctrica. Alguien me ha dicho que andan buscando gente. Se supone que no van a tardar mucho en hacer pasar la electricidad por aquí.

—Uy, para nada —dijo Helen—. Roy no va a dejar de predicar, solamente está esperando un mensaje.

—¿Un mensaje?

—Sí, Él lleva tiempo sin mandarle ninguno, y eso tiene a Roy preocupado.

—¿Quién no le manda ninguno?

—Pues el Señor, señora Russell —dijo Helen—. Roy no escucha a nadie más. —Empezó a bajar del porche.

—¿Helen?

La chica se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Sí, señora?

Emma vaciló, sin saber muy bien qué decir. Miró más allá de la chica, al coche de color bosta que había en la ladera. Vio una figura negra sentada dentro, al volante.

—Vas a ser una buena madre —dijo.

Después de la picadura de araña, Roy había empezado a pasar la mayor parte del tiempo encerrado en el armario del dormitorio, esperando una señal. Estaba convencido de que el Señor lo había frenado a fin de prepararlo para algo más grande. En opinión de Theodore, el hecho de que Roy hubiera preñado a la zorra ya era la gota que colmaba el vaso. Empezó a beber y a pasar fuera toda la noche, a tocar en clubes privados y en garitos ilegales perdidos en el monte. Se aprendió docenas de canciones pecaminosas sobre mujeres que engañaban a sus maridos, asesinatos a sangre fría y vidas malgastadas entre los barrotes de la cárcel. La persona con la que terminaba la noche se limitaba a dejarlo tirado borracho y meado delante de la casa; Helen se veía obligada a salir al amanecer para ayudarlo a entrar mientras él la maldecía, maldecía sus piernas inútiles y maldecía a aquel falso predicador al que se follaba. Ella no tardó en cogerles miedo a los dos, y hasta le cambió la habitación a Theodore y le dejó que durmiera en la cama grande al lado del armario de Roy.

Una tarde, cuando el bebé, una niña a la que llamaron Lenora, ya tenía unos meses, Roy salió del dormitorio convencido de que podía resucitar a los muertos.

—Joder, eres un chiflado —le dijo Theodore. Se estaba bebiendo una lata de cerveza caliente para asentarse el estómago. En el regazo tenía una lima pequeña de metal y un destornillador Craftsman. La noche antes había tocado ocho horas seguidas en una fiesta de cumpleaños celebrada en Hungry Hoer por diez dólares y un litro de vodka ruso. Un hijo de puta se había puesto a mofarse de su incapacidad y había intentado sacarlo de la silla de ruedas para hacerle bailar. Theodore dejó la cerveza en el suelo y se puso a limar otra vez la cabeza del destornillador. Odiaba aquel mundo de mierda. La próxima vez que alguien se metiera con él de aquella manera, el hijo de la gran puta iba a terminar con un agujero en las tripas—. Has perdido el don, Roy. El Señor te ha abandonado, igual que me abandonó a mí.

—No, Theodore —dijo Roy—. No es verdad. Acabo de hablar con Él. Estaba ahí sentado conmigo hace un minuto. Y tengo que decir que no se parece al de los cuadros. Para empezar, no tiene barba.

—Como una cabra —dijo Theodore.

—¿Lo puedo demostrar!

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Roy se pasó un par de minutos caminando de un lado para otro, agitando las manos como si estuviera intentando sacar inspiración del aire mismo.

—Vamos a matar un gato —dijo—. Y te demuestro que lo puedo resucitar.

Junto con las arañas, los gatos eran lo que más miedo le daba a Roy. Su madre siempre le había contado que había pillado a uno intentando quitarle el aire cuando él era bebé. Roy y Theodore habían matado a docenas de gatos a lo largo de los años.

—¿Estás de broma, no? —dijo Theodore—. ¿A un puto gato? —Se rio—. No, vas a tener que ponerte un poco más en serio si quieres que yo te crea. —Apretó el pulgar contra la punta del destornillador. Estaba afilada.

Roy se secó el sudor de la frente con uno de los pañales sucios del bebé.

—¿Pues qué?

Theodore miró por la ventana. Helen estaba plantada en el jardín con el mocoso de cara rosácea en los brazos. Aquella mañana se había vuelto a mosquear con él y le había dicho que estaba harta de que le despertara al bebé. Últimamente se había estado quejando mucho, demasiado, en su opinión. Joder, si no fuera por el dinero que él traía a la casa, todos estarían muriéndose de hambre. Miró a Roy con cara de astucia.

—¿Por qué no resucitas a Helen? Entonces sabremos con seguridad que no estás diciendo memeces.

Roy negó violentamente con la cabeza.

—No, no. Eso no lo puedo hacer.

Theodore soltó una risita y cogió la lata de cerveza del suelo.

—¿Lo ves? Ya sabía yo que no decías más que trolas.

Como siempre. No eres más predicador que esos borrachos para los que yo toco todas las noches.

—No digas eso, Theodore —dijo Roy—. ¿Por qué te da por decir esas cosas?

—Porque lo teníamos bien montado tú y yo, joder, y entonces tuviste que casarte y joderlo todo. Te ha robado la luz que tenías y eres demasiado tonto para darte cuenta. Demuéstrame que la has recuperado y podremos volver a difundir el Evangelio.

Roy se acordó de la conversación que acababa de tener en el armario y de cómo la voz de Dios había sonado alta y fuerte en su cabeza. Miró por la ventana a su mujer, que estaba de pie junto al buzón, canturreándole al bebé. Al fin y al cabo, se dijo a sí mismo, Helen estaba a buenas con el Señor, y por lo que él sabía siempre lo había estado. Eso solamente podía ayudar al tema de la resurrección. Pese a todo, tenía que probarlo primero con un gato.

—Me lo voy a tener que pensar.

—No puede haber truco —dijo Theodore.

—Los trucos solamente los necesita el diablo. —Roy dio un sorbo de agua del grifo de la cocina, lo justo para humedecerse los labios. Una vez se hubo refrescado decidió rezar más y echó a andar hacia el dormitorio.

—Si eres capaz de hacerlo, Roy —dijo Theodore—, no habrá iglesia en toda Virginia Occidental lo bastante grande como para que quepa toda la gente que va a querer oírte predicar. Joder, vas a ser más famoso que Billy Sunday.

Al cabo de unos días, Roy le pidió a Helen que dejara al bebé con su amiga, la señora Russell, mientras ellos daban una vuelta en coche.

—Es solamente para salir un rato de esa casa apestosa —le explicó—. Te prometo que no vuelvo al armario.

Helen se sentía aliviada; de repente Roy había empezado a actuar como antes, y hasta hablaba de volver a predicar. Y no solamente eso: Theodore había dejado de salir de noche, estaba ensayando algunas canciones religiosas nuevas y no probaba más que el café. Hasta había tenido en brazos al bebé unos minutos, cosa que no había hecho nunca.

Después de dejar a Lenora en casa de Emma, condujeron cuarenta y cinco kilómetros hasta un bosque situado a unas millas al este de Coal Creek. Roy aparcó el coche y le pidió a Helen que saliera a dar un paseo con él.

Theodore se quedó en el asiento de atrás fingiendo que dormía.

Después de caminar unos metros, Roy dijo:

—Tal vez deberíamos rezar primero.

Él y Theodore habían discutido sobre aquello, y Roy había dicho que quería que fuera un momento privado entre él y su mujer nada más, mientras que el inválido había insistido en que necesitaba ver con sus propios ojos cómo el Espíritu salía de ella para asegurarse de que no lo estaban falsificando. Cuando se arrodillaron debajo de un abedul, Roy se sacó el destornillador de dentro de la camisa holgada. Rodeó el hombro de Helen con el brazo y la atrajo hacia sí. Pensando que estaba mostrándose afectuoso, ella se giró para besarlo en el mismo momento en que él le clavaba la punta afilada bien hondo en el costado del cuello. A continuación la soltó y ella cayó de lado, pero un momento más tarde se levantó y se puso a intentar agarrarse frenéticamente el destornillador.

Cuando por fin se lo arrancó del cuello, la sangre empezó a manarle a chorros del agujero y cubrió la pechera de la camisa de Roy. Theodore miró por la ventanilla cómo ella intentaba alejarse gateando. Solamente avanzó

un par de metros antes de desplomarse sobre las hojas y sacudirse durante un minuto o dos. La oyó gritar varias veces el nombre de Lenora. Encendió un cigarrillo y esperó unos minutos antes de salir como pudo del coche.

Tres horas más tarde, Theodore dijo:

—No lo vas a conseguir, Roy.

Estaba sentado en su silla de ruedas a un par de metros del cuerpo de Helen, sujetando el destornillador. Roy estaba de rodillas junto a su mujer, cogiéndole la mano y todavía intentando devolverle la vida. Al principio sus súplicas habían resonado por el bosque, fervorosas y llenas de fe, pero cuanto más rato pasaba sin que el cuerpo frío de ella emitiera ni un solo temblor, más embrolladas y dementes se fueron volviendo. Theodore notó que le venía un dolor de cabeza. Deseó haberse traído algo para beber.

Roy levantó la vista hacia su primo lisiado con la cara surcada de lágrimas.

—Dios mío, creo que la he matado.

Theodore se acercó más con la silla y le puso el dorso de la mano sucia en la cara a Helen.

—Muerta está, sí.

—No la toques —vociferó Roy.

—Solamente estoy intentando ayudar.

Roy golpeó el suelo con el puño.

—No tenía que salir así.

—Odio decir esto, pero, como te pillen, los chavales de Moundsville te van a freír como si fueras beicon.

Roy negó con la cabeza y se limpió los mocos de la cara con la manga de la camisa.

—No sé qué ha salido mal. Yo estaba seguro de que... —Su voz se apagó y soltó la mano de su mujer.

—Joder, has calculado mal, ya está —dijo Theodore—. Le puede pasar a cualquiera.

—¿Qué cojones voy a hacer ahora? —dijo Roy.

—Siempre te puedes escapar —dijo Theodore—. Es la única salida inteligente en una situación como esta. O sea, joder, ¿qué tienes que perder?

—¿Escaparme adónde?

—He estado aquí sentado pensando en ello, y supongo que ese viejo coche podría llegar a Florida si lo mimas un poco.

—No sé —dijo Roy.

—Claro que sí —dijo Theodore—. Mira, en cuanto lleguemos, vendemos el coche y nos ponemos a predicar otra vez. Si es que no tendríamos que haberlo dejado nunca. —Miró el cuerpo pálido y sanguinolento de Helen.

Se habían acabado sus días de rezongar. Casi desearía haberla matado él. Ella lo había estropeado todo. A estas alturas, ya podrían tener su propia iglesia, o hasta haber salido en la radio.

—¿«Lleguemos»?

—Bueno, sí —dijo Theodore—, va a hacerte falta un guitarrista, ¿no? —Llevaba tiempo soñando con ir a Florida y vivir junto al océano. No era fácil vivir lisiado en medio de todas aquellas puñeteras colinas y árboles.

—¿Pero qué pasa con ella? —dijo Ray, señalando el cuerpo de Helen.

—Vas a tener que enterrarla bien hondo, hermano —dijo Theodore—. Antes he guardado una pala en el maletero, por si acaso la cosa no salía como esperabas.

—¿Y Lenora?

—Créeme, ese bebé estará mejor con la vieja —dijo Theodore—. No querrás que tu hija crezca como una fugitiva de la ley, ¿no? —Miró a través de los árboles. El sol había desaparecido detrás de una muralla de nubes oscuras, y el cielo se había vuelto del color de la ceniza. El aire traía consigo un olor húmedo a lluvia. De la zona de Rocky Gap venía el retumbar lento y débil de los truenos—. Será mejor que empieces a cavar antes de que nos quedemos empapados.

Cuando aquella noche llegó Earskell, Emma estaba sentada en una silla junto a la ventana meciendo a Lenora. Eran casi las once y la tormenta empezaba a amainar.

—Helen me dijo que no iban a tardar más que un par de horas —dijo la anciana—. Solamente me ha dejado un biberón.

—Bah, ya sabes cómo son los predicadores —dijo Earskell—. Lo más seguro es que hayan salido y se estén corriendo una buena juerga. Joder, por lo que me han dicho ese lisiado puede tumbarme a mí bebiendo.

Emma negó con la cabeza.

—Ojalá tuviéramos teléfono. Hay algo en todo esto que me da mala espina.

El viejo echó un vistazo a la criatura dormida.

—Pobrecilla —dijo—. Es clavada a su madre, ¿verdad?

4

Cuando Arvin tenía cuatro años, Willard decidió que no quería que su hijo creciera en un sitio tan lleno de degenerados como Meade. Llevaban desde su boda viviendo en el viejo apartamento que Charlotte tenía encima de una tintorería. A él le daba la impresión de que todos los perversos del sur de Ohio tenían su residencia en Meade. Últimamente el periódico iba lleno de sus chanchullos asquerosos. Hacía solamente dos días que habían detenido a un tipo llamado Calvin Clayton en los grandes almacenes Sears and Roebuck con dos palmos de salchichas de cerdo atados al muslo. De acuerdo con la Meade Gazette, el sospechoso, vestido únicamente con un peto roto, fue cogido frotándose contra ancianas de una forma que el periodista describió como «lasciva y agresiva». Por lo que a Willard respectaba, aquel cabrón de Clayton era todavía peor que el congresista estatal jubilado a quien el *sheriff* había pillado junto a la autopista, en las afueras, con un pollo encallado en sus partes, un Rhode Island Red que había comprado en una granja cercana por cincuenta centavos. Habían tenido que llevarlo a un hospital para quitárselo. Se contaba que el ayudante del *sheriff*, por respeto a los demás pacientes o tal vez a la víctima, había cubierto la gallina con la chaqueta de su uniforme mientras metían al hombre en la sala de urgencias.

—Ese cabrón le estaba haciendo eso a la madre de alguien —le dijo Willard a Charlotte.

—¿Cuál de los dos? —preguntó ella. Estaba plantada delante de los fogones, removiendo una olla de espaguetis.

—Joder, Charlotte, el de la salchicha —dijo—. Tendrían que embutírsela por la garganta.

—No lo sé —dijo su mujer—. No me parece tan mal como hacerles cosas a los animales.

Él miró a Arvin, que estaba sentado en el suelo y hacía rodar un camión de juguete adelante y atrás. A juzgar por todas las señales, el país se estaba yendo al garete a marchas forzadas. Hacía dos meses, su madre le había escrito para contarle que por fin habían encontrado el cadáver de Helen Laferty, o por lo menos lo que quedaba de él, enterrado en el bosque a pocos kilómetros de Coal Creek. Él se había pasado una semana entera leyendo la carta todas las noches. Charlotte se había dado cuenta de que después de aquello Willard había empezado a angustiarse cada vez más con las noticias que traía el periódico. Aunque Roy y Theodore eran los sospechosos principales, hacía casi tres años que no había rastro de ellos, de manera que el *sheriff* todavía no podía descartar la posibilidad de que alguien los hubiera asesinado también y hubiera tirado sus cuerpos en otra parte.

—No lo sabemos, podría ser el mismo tipo que asesinó a aquella gente de Millersburg la otra vez —le dijo el *sheriff* a Emma al llevarle la noticia de que un par de buscadores de ginseng habían encontrado la tumba de Helen—. Podría haber matado a la chica y luego haber descuartizado a los tipos y haberlos desperdigado. El de la silla de ruedas habría sido una presa fácil, y todo el mundo sabe que al otro le faltaba un tornillo, y dos también.

Pese a lo que decía la ley, Emma estaba convencida de que aquellos dos estaban vivos y eran culpables, y no iba a descansar hasta que estuvieran encerrados o muertos.

Le dijo a Willard que estaba criando a la niña lo mejor que podía. Él le había mandado cien dólares para contribuir al pago de un entierro decente. Sentado allí y mirando a su hijo, de repente Willard sintió un intenso deseo de ponerse a rezar. Aunque llevaba años sin hablar con Dios, sin hacerle ni una sola petición ni dirigirle una palabra de alabanza desde que se había encontrado al marine crucificado durante la guerra, ahora sintió crecer dentro de sí el impulso de hacer las paces con su Creador antes de que algo malo le pasara a su familia.

Cuando miró el apartamento diminuto, sin embargo, se dio cuenta de que allí no iba a poder ponerse en contacto con Dios, igual que tampoco

había podido dentro de una iglesia. Iba a necesitar un bosque para adorar a Dios a su manera.

—Tenemos que marcharnos de aquí —le dijo a Charlotte, dejando el periódico sobre la mesa del café.

La granja que había encima de las Mitchell Fiats se la alquilaron por treinta dólares al mes a Henry Delano Dunlap, un abogado regordete y afeminado que tenía unas uñas relucientes, sin mácula, vivía cerca del club de campo de Meade y de vez en cuando se dedicaba al negocio inmobiliario a modo de *hobby*. Aunque al principio Charlotte se había mostrado en contra, luego no había tardado en enamorarse de aquella casa destartada y llena de goteras. Ni siquiera le importaba tener que sacar el agua del pozo. Al cabo de unas semanas de instalarse allí, ya estaba hablando de comprarla algún día.

Su padre había muerto de tuberculosis cuando ella tenía cinco años y su madre sucumbió a una infección de la sangre poco después de que Charlotte empezara noveno. Llevaba toda la vida en apartamentos oscuros e infestados de cucarachas, alquilados por semanas o por meses. El único miembro de su familia que le quedaba con vida era su hermana Phyllis, pero Charlotte ya ni siquiera sabía dónde estaba. Un día, hacía seis años, Phyllis había entrado en el Wooden Spoon con un sombrero nuevo y le había dado a Charlotte su llave de las tres habitaciones que compartían encima de la tintorería de Walnut Street:

—Bueno, hermanita —le había dicho—. Ya te he criado y ahora me toca vivir a mí. —Y había salido por la puerta.

Ser propietaria de la granja comportaría por fin cierta estabilidad en su vida, algo que ansiaba más que nada en el mundo, sobre todo ahora que era madre.

—Arvin necesita un lugar que siempre pueda considerar su casa —le dijo a Willard—. Yo nunca lo tuve.

Todos los meses las pasaban canutas para reunir los treinta dólares del alquiler.

—Tú espera y verás —le decía ella—. Un día este sitio será nuestro.

Pronto descubrieron que no resultaba fácil tener cualquier clase de trato con su casero. Willard siempre había oído decir que la mayoría de abogados

eran unos capullos corruptos y maquinadores, pero Henry Dunlap resultó ser un maestro en aquel sentido. En cuanto descubrió que los Russell tenían interés en comprar la casa, se puso a jugar con ellos, a subirles el precio un mes, bajárselo al siguiente y luego echarse atrás e insinuar que no estaba nada seguro de querer venderla. Además, cada vez que Willard se presentaba en su despacho para llevarle el dinero del alquiler, un dinero que lo obligaba a deslomarse en el matadero, al abogado le gustaba contarle exactamente en qué se lo iba a gastar. Por algún motivo, a aquel ricachón le parecía necesario hacerle entender al pobre hombre que para él aquel puñado de dólares sujetos en un fajo no representaba nada. Le dedicaba a Willard una sonrisa con sus labios de color higadillo y le soltaba como si nada que aquel dinero apenas cubría el precio de un par de buenos filetes en la cena del domingo, o de los helados que les compraba a los amigos de su hijo en el club de tenis. Pasaron los años pero Henry no se cansó nunca de provocar a su inquilino; cada mes había un insulto nuevo, una razón más para que Willard le arreara una paliza a aquel gordo. Lo único que lo frenaba era acordarse de Charlotte, que en aquellos momentos estaría sentada a la mesa de la cocina con una taza de café, esperando nerviosa a que él regresara a casa sin que los hubieran desahuciado. Tal como ella le recordaba de vez en cuando, no importaba un pimiento lo que dijera aquel gilipollas. Los ricos siempre pensaban que tú querías lo que ellos tenían, y no era verdad, por lo menos en el caso de Willard. Mientras permanecía sentado al otro lado del enorme escritorio de madera de roble del abogado y lo escuchaba pavonearse, Willard se dedicaba a pensar en el tronco para rezar que había instalado en el bosque y en la paz y la tranquilidad que iba a reportarle en cuanto llegara a casa, cenara y se acercase hasta allí. A veces incluso ensayaba mentalmente una oración que siempre decía junto al tronco después de su visita mensual al despacho del abogado: «Gracias, Dios, por darme la fuerza necesaria para no ponerle las manos en el puto cuello a ese gordo de Henry Dunlap. Y que ese hijo de puta tenga todo lo que quiera en esta vida, aunque, Señor, tengo que confesar que no me importaría ver cómo algún día se le atraganta su dinero».

Lo que Willard no sabía era que Henry Dunlap usaba sus fanfarronadas para ocultar el hecho de que su vida era un desastre vergonzoso y

pusilánime. En 1943, recién salido de la Facultad de Derecho, se había casado con una mujer que, tal como descubrió poco después de la noche de bodas, no podía parar de tirarse a desconocidos. Edith llevaba años follando con todo el mundo: repartidores de periódicos, mecánicos de coches, viajeros, lecheros, amigos, clientes, el antiguo socio de su marido... la lista era interminable. Él lo había soportado, y hasta había llegado a aceptarlo, pero hacía poco que había contratado a un hombre de color para encargarse de su jardín, en sustitución del adolescente blanco al que su mujer había estado tirándose, convencido de que ni siquiera ella iba a caer tan bajo. Pero, menos de una semana después, había llegado a casa en mitad del día sin avisar y la había visto inclinada sobre el sofá del salón, con el culo en pompa y el alto y flaco jardinero dándole como si le fuera la vida en ello. Estaba haciendo unos ruidos que él no había oído jamás. Después de mirarlos durante un par de minutos, se marchó sin hacer ruido y regresó a su despacho, donde se ventiló una botella de escocés y se dedicó a recordar la escena una y otra vez. Sacó de su mesa una Derringer con revestimiento de plata, se la quedó mirando un rato largo y por fin la volvió a guardar en el cajón. Le parecía mejor plantearse otras formas de resolver su problema. No tenía sentido volarse los sesos cuando no había necesidad.

Después de casi quince años ejerciendo la abogacía en Meade había conocido a varios hombres en el sur de Ohio que podrían deshacerse de Edith por unos pocos centenares de dólares, pero le daba la sensación de que no podía fiarse de ninguno de ellos. «Que no te entre la prisa ahora, Henry —se dijo a sí mismo—. Es así como uno la caga.»

Un par de días más tarde contrató al negro a jornada completa, y hasta le subió el sueldo un cuarto de dólar por hora. Le estaba asignando una lista de tareas cuando Edith llegó a la entrada de la casa al volante de su nuevo Cadillac. Desde el jardín los dos miraron cómo ella salía del coche cargada de bolsas de la compra y entraba en casa. Llevaba unos pantalones negros ajustados y un jersey de color rosa que le marcaba las tetas grandes y flácidas. El jardinero miró al abogado con una sonrisa pícaro en su cara chata y marcada de viruelas. Al cabo de un momento Henry le devolvió la sonrisa.

—Más tontos que Abundio —les dijo Henry a sus amigos con los que jugaba al golf. Dick Taylor le había vuelto a preguntar por sus inquilinos de Knockemstiff.

Aparte de escuchar cómo Henry se pavoneaba y hacía el ridículo, los demás ricos de Meade no tenían mucha relación con él. Era el hazmerreír absoluto del club de campo. Hasta el último de ellos se había follado a su mujer en un momento u otro. Edith ya ni siquiera podía ir a nadar a la piscina sin que alguna mujer le intentara sacar los ojos. Se rumoreaba que ahora le gustaba la carne negra. La gente decía en broma que lo más seguro es que ella y Dunlap no tardaran en mudarse a White Heaven, la zona para la gente de color del lado oeste de la ciudad.

—Os lo juro —continuó Henry—, me da la impresión de que ese chaval se ha casado con su hermana, por la forma en que se tratan. Aunque, por Dios, la tendríais que ver. No estaría nada mal si la lavaras un poco. Si se retrasan con el alquiler, a lo mejor me lo cobro con ella.

—¿Y qué le harías? —le preguntó Elliot Smitt, guiñándole un ojo a Dick Taylor.

—Joder, haría que ese pimpollo se pusiera a cuatro patas y...

—¡Ja! —dijo Bernie Hill—. Menudo perro estás hecho, seguro que ya te la has tirado.

Henry cogió un palo de golf de la bolsa. Suspiró, escrutó la calle con expresión nostálgica y se puso una mano sobre el corazón:

—Chicos, le he prometido que no se lo diría a nadie.

Más tarde, después de que volvieran al edificio del club, un hombre llamado Cáster Oxley se acercó al gordo y sudoroso abogado en el bar y le dijo:

—Yo de usted me andaría con cuidado con lo que va diciendo de esa mujer.

Henry se dio la vuelta y frunció el ceño. Oxley era un socio nuevo del club de campo de Meade, un ingeniero que había ascendido a fuerza de trabajar hasta el puesto de subdirector de la fábrica de papel. Bernie Hill se lo había traído para que pudieran ser cuatro. No había abierto la boca en todo el partido.

—¿Qué mujer? —dijo Henry.

—Ahí afuera estaba usted hablando de un hombre llamado Willard Russell, ¿verdad?

—Sí, se llama Russell. ¿Y qué?

—Amigo, no es asunto mío, pero el otoño pasado Russell casi mató a un hombre a puñetazos por decir guarradas de su mujer. El hombre al que le dio la paliza todavía no se ha recuperado, tiene que sentarse con una lata de café colgando del cuello para que le recoja las babas. Tal vez debería tenerlo usted en cuenta.

—¿Está seguro de que hablamos del mismo tipo? El que yo conozco no diría una palabrota ni aunque le llenaras la boca de mierda.

Oxley se encogió de hombros.

—Tal vez sea un tipo callado. Esos son los más peligrosos.

—¿Y cómo sabe usted todo esto?

—No es usted el único que tiene tierras en Knockemstiff.

Henry se sacó una pitillera de oro del bolsillo y le ofreció un cigarrillo al nuevo socio.

—¿Qué más sabe usted de él? —preguntó.

Aquella mañana Edith le había dicho que creía que tenían que comprarle una camioneta al jardinero. Estaba de pie junto a la ventana de la cocina comiéndose un bollo de hojaldre. Henry no pudo evitar fijarse en que la parte superior del bollo estaba cubierta de glaseado de chocolate. Qué apropiado, pensó él, la muy puta. Sin embargo, se alegró de ver que estaba ganando peso. Su culo no tardaría mucho en ser tan ancho como largo es el mango de un hacha. Que aquel cabrón de jardinero se la tirara entonces.

—No hace falta que sea nueva —le dijo ella—. Cualquier cosa, para que se pueda desplazar. Willie tiene los pies demasiado grandes para ir andando al trabajo todos los días. —Metió la mano en la bolsa para coger otro bollo—. Dios mío, Henry, los tiene el doble de largos que los tuyos.

5

Desde principios de año, a Charlotte le estaba dando guerra la barriga. Se decía a sí misma que no era más que reflujo, o tal vez indigestión. Su madre había sufrido mucho de úlceras, y Charlotte se acordaba de que durante los últimos años de su vida la mujer no había comido nada más que tostadas sin mantequilla y pudín de arroz. De manera que dejó las grasas y la pimienta, pero no le sirvió de mucho. Luego, en abril, empezó a sangrar un poco. Se pasaba horas tumbada en la cama sin deshacer cuando Arvin y Willard no estaban, y descubrió que los calambres se atenuaban considerablemente si se encogía de lado y no se movía. Como les tenía miedo a las facturas del hospital y no quería gastarse todo el dinero que habían ahorrado para la casa, mantuvo su dolor en secreto, confiando como una tonta en que fuera lo que fuera que tuviese se le terminaría pasando, se curaría solo. Al fin y al cabo, solamente tenía treinta años, era demasiado joven para que le pasara nada grave. A mediados de mayo, sin embargo, las manchitas de sangre se habían convertido en un hilillo continuo, y para aliviar el dolor había empezado a beber a hurtadillas de la garrafa de Oíd Crow que Willard guardaba debajo del fregadero de la cocina. Casi a final de mes, justo antes de que empezaran las vacaciones de verano de la escuela, Arvin se la encontró desmayada en el suelo de la cocina en medio de un charco de sangre acuosa. En el horno se le estaban quemando un par de bizcochos.

Como no tenían teléfono, le puso una almohada debajo de la cabeza y limpió la sangre lo mejor que pudo. A continuación se sentó en el suelo a su lado, escuchando su respiración poco profunda y rezando para que no se detuviera. Ella todavía estaba inconsciente cuando su padre llegó a casa del trabajo aquella noche. Tal como el médico le dijo a Willard un par de días

después, para entonces ya era demasiado tarde. Siempre había alguien muriéndose en alguna parte, y en el verano de 1958, el año en que Arvin Eugene Russell tenía diez años, le llegó el turno a su madre.

Después de un par de semanas en el hospital, Charlotte se incorporó en su cama y le dijo a Willard:

—Creo que he tenido un sueño.

—¿Agradable?

—Sí —dijo ella. Estiró el brazo y le apretó un poco la mano a su marido. Echó un vistazo a la cortina blanca que la separaba de la mujer de la cama de al lado y bajó la voz—. Sé que parece una locura, pero quiero volver a casa y fingir que es nuestra durante unos días.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Con esta medicación que me dan —dijo ella—, podrían decirme que soy la reina de Saba y me lo creería. Además, ya has oído lo que ha dicho el médico. Lo tengo más claro que el agua que no quiero pasar el tiempo que me queda en este sitio.

—¿Y eso es lo que pasaba en el sueño?

Ella lo miró con cara perpleja.

—¿Qué sueño? —le dijo.

Dos horas más tarde, estaban saliendo del aparcamiento del hospital. Mientras cogían la ruta 50 con rumbo a casa, Willard se detuvo y le compró un batido, pero lo vomitó. La llevó al dormitorio de atrás, la puso cómoda y le dio algo de morfina. A ella se le pusieron los ojos vidriosos y no tardó ni un minuto en quedarse dormida.

—Quédate aquí con tu madre —le dijo a Arvin—. Vuelvo dentro de un rato.

Cruzó los campos, con una brisa fría dándole en la cara. Se arrodilló junto al tronco de rezar y escuchó los ruidos débiles y plácidos del bosque vespertino. Se pasó varias horas mirando la cruz. Contempló su desgracia desde todos los ángulos posibles, en busca de una solución, pero siempre terminaba con la misma respuesta. Por lo que decían los médicos, el caso de Charlotte era insalvable. Le habían dado cinco semanas, seis, como mucho. No quedaba otra opción: ya solamente podía recurrir a Dios. Para cuando regresó a la casa, estaba oscureciendo. Charlotte seguía dormida y Arvin

estaba sentado junto a su cama en una silla de respaldo duro. Se dio cuenta de que el chico había estado llorando.

—¿Se ha despertado? —preguntó Willard en voz baja.

—Sí —dijo Arvin—. Pero, papá, ¿cómo es que no sabe quién soy?

—Es por la medicina que le están dando. Se pondrá bien dentro de unos días.

El chico le echó un vistazo a Charlotte. Hacía solamente un par de meses había sido la mujer más guapa que él hubiera visto nunca, pero la mayor parte de su belleza se había esfumado. Se preguntó qué aspecto tendría cuando se recuperara.

—Tal vez deberíamos comer algo —dijo Willard.

Preparó unos bocadillos de huevo para él y para Arvin, y calentó una lata de caldo para Charlotte. Ella la vomitó y Willard lo limpió todo y la cogió en brazos, sintiendo cómo su corazón latía rápidamente contra el de él. Apagó la luz y se sentó en la silla de al lado de su cama. En algún momento de la noche se quedó adormilado, pero se despertó todo sudado de un sueño acerca de Miller Jones y del modo en que su corazón había seguido latiendo aun después de que lo colgaran de aquellas palmeras desollado vivo. Willard se acercó el despertador a la cara y vio que eran casi las cuatro de la madrugada. No volvió a dormirse.

Al cabo de unas horas derramó todo su *whisky* en el suelo y fue al cobertizo a buscar unas cuantas herramientas: un hacha, un rastrillo y una guadaña. El resto del día se lo pasó expandiendo el claro que rodeaba el tronco de rezar, cortando las zarzas y los arbolitos más pequeños y rastrillando el suelo hasta dejarlo bien liso. Al día siguiente empezó a arrancar tablones del cobertizo e hizo que Arvin lo ayudara a cargar con ellos hasta el tronco. Trabajando hasta bien entrada la noche, levantaron ocho cruces más alrededor del claro, todas igual de altas que la original.

—Esos médicos no pueden ayudar a tu madre —le dijo a Arvin mientras regresaban a la casa a oscuras—. Pero yo tengo la esperanza de que podemos salvarla si lo intentamos de verdad.

—¿Se va a morir? —dijo Arvin.

Willard lo pensó un segundo antes de contestar:

—El Señor puede hacer lo que sea si se lo pides como es debido.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Empezaré a enseñártelo a primera hora de la mañana. No va a ser fácil, pero no hay otro remedio.

Willard pidió un permiso en el trabajo, le dijo al capataz que tenía a su mujer enferma, pero que pronto iba a mejorar. Él y Arvin se pasaban horas rezándole al tronco todos los días. Cada vez que se ponían a cruzar el campo en dirección al bosque, Willard volvía a explicarle que sus voces tenían que llegar al cielo, y que la única forma de conseguirlo era que sus súplicas fueran absolutamente sinceras. A medida que Charlotte se consumía, las oraciones subían de tono, hasta el punto de que empezaron a oírse colina abajo y hasta en la hondonada.

Todas las mañanas sus ruegos despertaban a la gente de Knockemstiff y todas las noches los acompañaban a la cama. A veces, cuando Charlotte estaba teniendo una racha particularmente mala, Willard acusaba a su hijo de no querer que se pusiera bien. Le pegaba y le daba patadas y después lo devoraban los remordimientos. A veces Arvin creía que su padre le pedía disculpas todos los días. Al cabo de un tiempo dejó de hacer caso y empezó a aceptar los golpes, los insultos y las disculpas consiguientes como una simple parte más de la vida que tenían ahora. Por las noches se dedicaban a rezar hasta quedarse sin voz, luego volvían dando tumbos a la casa, bebían agua templada del cubo del pozo sobre la encimera de la cocina y se desplomaban agotados en sus camas. Por la mañana volvían a empezar. Y sin embargo Charlotte seguía adelgazándose, acercándose a la muerte. Cada vez que salía del letargo de la morfina, le rogaba a Willard que detuviera aquella locura y que la dejara morir en paz. Pero él no tenía intención de rendirse. Si requería toda la fuerza que a él le quedaba, pues adelante. Esperaba que en cualquier momento el espíritu de Dios bajara y la curase. Cuando la segunda semana de julio tocó a su fin, le reconfortó un poco el hecho de que ella ya hubiera durado más de lo que los médicos habían predicho.

Corría la primera semana de agosto y Charlotte ya estaba ida la mayor parte del tiempo. Una tarde de calor asfixiante en que estaba intentando refrescarla con paños húmedos, a Willard le dio por pensar que tal vez se esperara de él algo más que oraciones y sinceridad. La tarde siguiente

volvió de los corrales de la ciudad trayendo un cordero en la parte de atrás de la camioneta. Tenía una pata mala y solamente le había costado cinco dólares. Arvin bajó del porche de un salto y salió corriendo al jardín.

—¿Le puedo poner nombre? —le preguntó a su padre mientras este detenía la camioneta delante del cobertizo.

—No es ninguna puñetera mascota, joder —gritó Willard—. Métete en la casa con tu madre.

Entró en el cobertizo marcha atrás, salió de la camioneta y ató a toda prisa las patas traseras del animal con una cuerda; a continuación lo izó cabeza abajo usando una polea sujeta a una de las vigas de madera que sostenían el pajar. Movié la camioneta unos metros hacia adelante. Por fin bajó al animal aterrado hasta que su hocico estuvo a medio metro del suelo. Lo degolló con un cuchillo de matarife y recogió la sangre en un cubo de pienso de veinte litros. Se sentó sobre una bala de paja y esperó a que dejara de manar sangre de la herida. Luego llevó el cubo hasta el tronco de rezar y vertió con cuidado la sangre del sacrificio sobre él. Aquella noche, después de que Arvin se fuera a la cama, cargó con el cadáver peludo hasta la otra punta del campo y lo tiró por un barranco.

Un par de días más tarde, Willard empezó a recoger animales muertos en la carretera: perros, gatos, mapaches, zarigüeyas, marmotas y ciervos. Los cadáveres que estaban demasiado rígidos y descompuestos para desangrarlos los colgaba de las cruces y las ramas de los árboles que rodeaban el tronco. El calor y la humedad no tardaban en pudrirlos. El hedor hacía que Arvin y él tuvieran que aguantarse el vómito mientras permanecían de rodillas y pedían a gritos que el Señor se apiadara.

Llovían gusanos de los árboles y de las cruces como si fueran goterones palpitantes de grasa blanca. El suelo alrededor del tronco estaba enfangado de sangre. La cantidad de insectos que se agolpaba a su alrededor se multiplicaba a diario. Los dos estaban cubiertos de picaduras de moscas, mosquitos y pulgas. Pese a que era agosto, Arvin empezó a ponerse camisa de franela de manga larga, guantes de trabajo y un pañuelo que le tapaba la cara. Los dos habían dejado de bañarse. Vivían de fiambre y galletas saladas que compraban en la tienda de Maude. A Willard se le puso una

mirada dura y febril, y a su hijo le dio la impresión de que la barba apelmazada se le volvía gris de la noche a la mañana.

—Así es la muerte —le dijo en tono sombrío Willard una noche en que estaban los dos arrodillados junto al tronco pútrido y empapado de sangre—. ¿Es esto lo que quieres para tu madre?

—No, señor —dijo el chico.

Willard dio un puñetazo en la parte superior del tronco.

—¡Pues reza, me cago en la puta!

Arvin se quitó el pañuelo inmundo de la cara e inhaló profundamente la podredumbre. A partir de entonces dejó de intentar evitar la inmundicia, las oraciones interminables, la sangre putrefacta y los cadáveres descompuestos. Y, sin embargo, su madre seguía consumiéndose. Todo olía ya a muerte, hasta el pasillo que llevaba a su lecho de enferma. Willard empezó a cerrarle la puerta con llave y a decirle a Arvin que no la molestara.

—Necesita descansar —le dijo.

6

Una tarde en que Henry Dunlap ya se disponía a marcharse de su despacho, se presentó Willard para traerle el alquiler con más de una semana de retraso. El abogado llevaba unas cuantas semanas pasando por su casa en mitad del día para mirar cómo su mujer lo hacía con su amante negro. Sospechaba que aquella costumbre debía de ser indicativa de que estaba enfermo, pero no podía evitarlo. Su esperanza, sin embargo, era conseguir que la culpa del asesinato de Edith recayera en el tipo. Dios sabía que el cabrón se lo merecía, por follarse a la mujer del blanco que le daba trabajo. Para entonces el zapaton de Willie ya se estaba poniendo gallito, y se presentaba al trabajo por las mañanas oliendo al coñac de importación de la reserva privada de Henry y a su loción francesa para después del afeitado. El jardín daba pena. Iba a tener que contratar a un eunuco solamente para que le cortara el césped. Y Edith le seguía dando la tabarra para que le comprara un vehículo a aquel hijo de puta.

—Joder, hombre, qué mal se lo ve a usted —le dijo Henry a Willard cuando su secretaria le hizo entrar.

Willard sacó la cartera y dejó treinta dólares sobre la mesa.

—Pues mire, a usted también —dijo.

—Ya, es que estoy pasando una mala racha —dijo el abogado—. Coja una silla y siéntese un momento.

—Hoy no quiero oír chorradas —dijo Willard—. Deme un recibo y punto.

—Oh, venga ya —dijo Henry—. Tomemos una copa. Parece que la necesita.

Willard se quedó un momento mirando fijamente a Henry, nada seguro de haberlo oído correctamente. Era la primera vez que Dunlap le ofrecía

una copa o se mostraba mínimamente cortés en los seis años que hacía que habían firmado el contrato de alquiler. Él venía preparado para que el abogado le echara una bronca tremenda por retrasarse con el pago y ya tenía decidido noquear a aquel subnormal como se le pusiera respondón. Echó un vistazo al reloj de la pared. Charlotte necesitaba que le prepararan otra receta, pero la farmacia no cerraba hasta las seis.

—Sí, supongo que la necesito —dijo Willard. Se sentó en la silla de madera que había delante de la butaca de cuero acolchada del abogado, mientras este sacaba dos vasos y una botella de *whisky* de un aparador. Henry sirvió las copas y le dio una al inquilino.

El abogado dio un sorbo a su *whisky*, se reclinó en su butaca y echó un vistazo al dinero que había encima de la mesa, delante de Willard. Henry tenía el estómago revuelto por la angustia que le causaba su mujer. Llevaba varias semanas pensando en lo que le había dicho el golfista de que su inquilino le había dado una paliza de muerte a un tipo.

—¿Sigue usted interesado en comprar la casa? —le preguntó Henry.

—Ahora no puedo reunir ese dinero ni en broma —dijo Willard—. Tengo a mi mujer enferma.

—Lo lamento mucho —dijo el abogado—. Lo de su mujer, digo. ¿Cómo de grave es? —Empujó la botella hacia Willard—. Adelante, sírvase.

Willard se sirvió un par de dedos de la botella.

—Cáncer —dijo.

—Mi madre murió de cáncer de pulmón —dijo Henry—. Pero de eso ya hace mucho tiempo. Desde entonces los tratamientos han avanzado una barbaridad.

—Si tiene el recibo... —dijo Willard.

—Con esa casa vienen casi cuarenta acres —dijo Henry.

—Ya le he dicho que ahora no puedo juntar el dinero.

El abogado giró sobre su silla y miró la pared más lejana a Willard. No se oía más ruido que el de un ventilador que oscilaba de un lado para otro en el rincón, moviendo el aire caliente por la sala. Dio otro trago.

—Hace una temporada pillé a mi mujer engañándome —comentó—. Llevo desde entonces hecho una mierda. —Admitir ante aquel palurdo que

era un cornudo le había resultado más duro de lo que esperaba. Willard examinó el perfil del gordo y vio un hilo de sudor que le resbalaba por la frente y le caía desde la punta de la narizota hasta la camisa blanca. No le sorprendía lo que le acababa de decir el abogado. A fin de cuentas, ¿qué mujer era capaz de casarse con un hombre como aquel? Pasó un coche por el callejón. Willard cogió la botella y se llenó el vaso. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa.

—Sí, eso debe de ser duro —dijo. Le importaban un carajo los problemas maritales de Dunlap, pero llevaba sin probar una buena copa desde que se había llevado a casa a Charlotte, y el *whisky* del abogado era de primera. El abogado examinó lo que tenía en el vaso.

—Me limitaría a divorciarme de ella, pero, joder, el tipo al que se está follando es más negro que el as de picas —dijo, y echó un vistazo a Willard—. Por el bien de mi hijo, preferiría que la ciudad no se enterara.

—Joder, hombre, ¿y por qué no darle una paliza? —sugirió Willard—. Arréele en toda la cabeza con una pala, ya verá como lo pilla. —La hostia, pensó Willard, los ricos no tenían problemas siempre y cuando las cosas les salieran bien, pero en cuanto aparecían, se deshacían como muñecas de papel bajo la lluvia. Dunlap negó con la cabeza.

—No serviría absolutamente de nada. Simplemente encontraría a otro —dijo—. Mi mujer es una puta y lo ha sido toda la vida. —El abogado sacó un cigarrillo de la pitillera que tenía sobre la mesa y lo encendió—. En fin, dejemos estas cosas. —Exhaló una nubecilla de humo hacia el techo—. Volvamos a lo de la casa. He estado pensando. ¿Y si le dijera que puede usted ser propietario de esa casa completamente gratis?

—Nada es gratis —dijo Willard.

El abogado esbozó una sonrisita.

—Supongo que no le falta razón. Pero, aun así, ¿estaría usted interesado? —Dejó su vaso sobre la mesa.

—No estoy seguro de a qué se refiere usted.

—Ni yo tampoco —dijo Dunlap—. ¿Pero por qué no me llama usted la semana que viene aquí a la oficina y a lo mejor podemos hablar del tema? Para entonces ya lo habré pensado bien.

Willard se puso de pie y apuró su vaso.

—Eso dependerá —dijo—. Tengo que ver cómo anda mi mujer.

Dunlap señaló el dinero que Willard había dejado sobre la mesa.

—Ande, cójalo —dijo—. Parece que lo necesita.

—No —dijo Willard—. El dinero es suyo. Pero sigo queriendo el recibo.

Continuaron rezando, derramando sangre sobre el tronco y colgando animales aplastados y hechos polvo que recogían en la carretera. Pero Willard no conseguía quitarse ni un solo momento de la cabeza la conversación que había tenido con el gordo de su casero. La repasó mentalmente cien veces y llegó a la conclusión de que lo más seguro era que Dunlap quisiera que él matara al negro o a la mujer o tal vez a los dos. No se le ocurría nada más que pudiera valer el hecho de cederle la casa y las tierras. Pero tampoco podía evitar preguntarse por qué pensaba Dunlap que él iba a hacer algo así, y la única respuesta que se le ocurría a Willard era que el abogado lo tomaba por tonto, que estaba intentando aprovecharse de él. Y que iba a asegurarse de que su inquilino acabara entre rejas antes incluso de que se enfriaran los cadáveres. Después de hablar con Dunlap había acariciado muy brevemente la idea de que tal vez fuera posible hacer realidad el sueño de Charlotte. Pero no existía posibilidad alguna de que llegaran a ser propietarios de aquella casa. Ahora se daba cuenta.

Un día de mediados de agosto, Charlotte pareció encontrarse mejor y hasta se comió una lata de sopa de tomate Campbell's sin vomitarla. Aquella tarde quiso sentarse en el porche; era la primera vez en semanas que salía al aire libre. Willard se bañó, se recortó la barba y se peinó mientras Arvin hacía unas palomitas en el fuego. Del oeste venía algo de brisa que aliviaba un poco el calor. Bebieron Seven Up frío y miraron cómo las estrellas cruzaban lentamente el cielo. Arvin se sentó en el suelo al lado de la mecedora de ella.

—Ha sido un verano duro, ¿verdad, Arvin? —dijo Charlotte, pasándose la mano huesuda por el pelo negro. Era un chico dulce y bueno. Confiaba en que Willard se diera cuenta de aquello cuando ella faltara. Tenían que hablar de una cosa, volvió a recordarse a sí misma. La medicina hacía que se olvidara de todo.

—Pero ahora estás mejorando —dijo él. Se metió en la boca otro puñado de palomitas. Hacía semanas que no comía nada caliente.

—Sí, me encuentro bastante bien, para variar —dijo ella, dedicándole una sonrisa.

Se quedó dormida en la mecedora sobre las doce y Willard la llevó a la cama. En mitad de la noche se despertó pataleando mientras el cáncer le abría otro agujero a dentelladas por dentro. Él estuvo sentado junto a ella hasta la mañana, mientras Charlotte le clavaba las uñas más y más hondo en la carne de la mano cada vez que le venía una nueva oleada de dolor. Era el peor episodio que había tenido hasta entonces.

—No te preocupes —no paraba de decirle él—. Todo va a mejorar muy pronto.

A la mañana siguiente se pasó varias horas conduciendo por las carreteras secundarias y buscando por las cunetas nuevas víctimas de sacrificios, pero volvió con las manos vacías. Aquella tarde se fue a los corrales y compró otro cordero a regañadientes. Hasta él tenía que admitir que no parecía que los corderos estuvieran funcionando. Mientras salía de la ciudad, ya de mal humor, pasó frente al despacho de Dunlap. Todavía estaba pensando en aquel hijo de puta cuando dio un volantazo inesperado y paró la camioneta en el arcén de Western Avenue. Los coches pasaban a su lado haciendo sonar las bocinas, pero él no los oía. Había una cosa que todavía no había probado. No podía creer que no se le hubiera ocurrido antes.

—Casi lo daba a usted por perdido —dijo Dunlap.

—He estado ocupado —dijo Willard—. Oiga, si todavía quiere hablar, ¿por qué no nos vemos en su despacho a las diez de esta noche? —Estaba de pie en una cabina telefónica del Dusty's Bar de Water Street, a un par de manzanas al norte del despacho del abogado. De acuerdo con el reloj de la pared, ya eran casi las cinco. Le había dicho a Arvin que se quedara en la habitación de Charlotte, y que él probablemente llegaría tarde. Le había preparado un camastro al chico al pie de la cama de ella.

—¿A las diez? —dijo el abogado.

—Es lo más pronto que puedo llegar —dijo Willard—. Depende de usted.

—Muy bien —dijo el abogado—. Nos vemos entonces.

Willard compró una botella de *whisky* de una pinta al camarero y estuvo el par de horas siguientes conduciendo y escuchando la radio. Pasó junto al Wooden Spoon mientras cerraba y vio a una adolescente flacucha que salía con el viejo cocinero patizambo, el mismo que se había encargado de la parrilla en la época en que Charlotte hacía de camarera. Lo más seguro es que todavía no tuviera ni puta idea de hacer pastel de carne, pensó Willard. Después se paró a llenar el depósito de la camioneta y puso rumbo al Tecumseh Lounge, en la otra punta de la ciudad. Se sentó a la barra, se bebió un par de cervezas y vio cómo un tipo con gafas gruesas y casco amarillo de operario ganaba cuatro partidas de billar seguidas. Cuando salió de vuelta al aparcamiento de grava, el sol ya se estaba empezando a poner por detrás de la chimenea de la fábrica de papel. A las nueve y media estaba sentado en la camioneta aparcada en Second Street, a una manzana al este del despacho del abogado. Al cabo de unos minutos vio cómo Dunlap aparcaba delante del viejo edificio de ladrillo y entraba. Willard condujo hasta el callejón y se metió marcha atrás hasta pegarse al edificio. De detrás del asiento sacó un martillo, se metió el mango por dentro de los pantalones y tapó el resto con la camisa. Miró de un lado a otro del callejón; a continuación fue a la puerta de atrás y llamó. Al cabo de un minuto más o menos, el abogado le abrió la puerta. Llevaba una camisa azul arrugada y un par de pantalones grises anchos aguantados con unos tirantes rojos.

—Buena idea, lo de entrar por la parte de atrás —dijo Dunlap. Llevaba un vaso de *whisky* en la mano y sus ojos inyectados en sangre indicaban que ya se había tomado unas cuantas copas. Mientras se volvía hacia su mesa, se tambaleó un poco y soltó un pedo—. Perdón —dijo, justo antes de que Willard le arreara un martillazo en la sien y un crujido espantoso llenara la sala. Dunlap se desplomó de bruces sin hacer ningún ruido y derribó una estantería de libros. El vaso que tenía en la mano se hizo añicos contra el suelo. Willard se inclinó sobre el cuerpo y le dio otro martillazo. Cuando se aseguró de que el hombre estaba muerto, se apoyó en la pared y escuchó con atención durante un momento largo. Un par de coches pasaron por la calle de delante del edificio y luego nada.

Willard se puso un par de guantes de trabajo que llevaba en el bolsillo de atrás y arrastró el pesado cuerpo del abogado hasta la puerta. Volvió a levantar la estantería, recogió los cristales y limpió el *whisky* derramado con la cazadora que colgaba sobre el respaldo de la silla del abogado. Buscó en los bolsillos del pantalón del abogado y encontró unas llaves y doscientos dólares dentro de su cartera. Metió el dinero en un cajón del escritorio y se guardó las llaves en el peto. Abrió la puerta del despacho, salió a la diminuta sala de espera y comprobó que la puerta de delante estuviera cerrada con llave. Entró en el lavabo, enjuagó la cazadora de Dunlap y volvió para limpiar la sangre del suelo. Por sorprendente que pareciera, no había mucha. Después de tirar la cazadora encima del cuerpo, se sentó a la mesa. Buscó algo que pudiera tener su nombre escrito, pero no encontró nada. Dio un trago a la botella de *whisky* que había en la mesa, la tapó y la guardó en otro cajón. Sobre la mesa había una foto con marco dorado de un adolescente regordete, la viva imagen de Dunlap, con una raqueta de tenis en la mano. La de la esposa ya no estaba. Willard apagó las luces del despacho, salió al callejón y dejó la cazadora y el martillo en el asiento delantero de la camioneta. Luego abrió la compuerta de atrás, arrancó el motor y dio marcha atrás hacia la puerta abierta. No tardó más que un minuto en arrastrar al abogado hasta el maletero de la camioneta, cubrirlo con una lona y anclar las esquinas con bloques de cemento. Le dio al embrague y dejó que se deslizara un metro, luego salió y cerró la puerta del despacho. Mientras se alejaba por la ruta 50, pasó junto a un coche patrulla del *sheriff* que estaba en el aparcamiento vacío de Slate Mills. Se quedó mirándolo por el retrovisor y contuvo la respiración hasta que el letrero luminoso de Texaco desapareció de su vista. Cuando llegó al puente de Schott, se detuvo a tirar el martillo a las aguas del Paint Creek. A las tres de la mañana ya estaba terminando.

A la mañana siguiente, cuando Willard y Arvin llegaron al tronco de rezar, todavía goteaba sangre fresca de los costados sobre la tierra rancia.

—Esto no estaba aquí ayer —dijo Arvin.

—Anoche atropellé a una marmota —dijo Willard—. La cogí y la desangré al llegar a casa.

—¿A una marmota? Caray, debía de ser grande.

Willard sonrió mientras se ponía de rodillas.

—Sí que lo era. Era una cabrona grande y gorda.

7

A pesar del sacrificio del abogado, a Charlotte empezaron a rompérsele los huesos un par semanas más tarde, con una serie de crujidos repulsivos que la hacían gritar y arañarse los brazos hasta hacerse sangrar. Cada vez que Willard intentaba moverla, ella se desmayaba del dolor. Una llaga purulenta que tenía en la espalda se le extendió hasta alcanzar el tamaño de un plato. Su habitación emitía el mismo olor pútrido y fétido que el tronco de rezar. Llevaba un mes sin llover y el calor no aflojaba. Willard se dedicó a comprar más corderos en los corrales y a derramar cubos de sangre sobre el tronco hasta que a los dos se les empezaron a hundir los zapatos en el fango inmundo hasta cubrirlos casi del todo. Una mañana en que estaba fuera, un chucho cojo y famélico con el pelo blanco y suave se aventuró hasta el porche tímidamente y con el rabo entre las patas. Arvin le dio de comer unas sobras de la nevera y ya le había puesto de nombre Jack cuando su padre llegó. Sin decir palabra, Willard entró en la casa y salió con su rifle. Apartó a Arvin del perro con un empujón y le pegó un tiro al animal entre los ojos mientras el chico le suplicaba que no lo hiciera. Luego lo arrastró hasta el bosque y lo clavó a una de las cruces. Después de aquello Arvin dejó de dirigirle la palabra. Se dedicaba a escuchar los gemidos de su madre mientras Willard salía con el coche a buscar más víctimas para sacrificar. La escuela ya estaba a punto de empezar de nuevo y él no había bajado la colina ni una sola vez en todo el verano. Al cabo de unas cuantas noches Willard entró corriendo en el dormitorio de Arvin y lo zarandó hasta despertarlo.

—Vete al tronco ahora mismo —dijo. El chico se incorporó hasta sentarse y miró a su alrededor, confuso. La luz del pasillo estaba encendida. Oía a su madre jadear y tratar de respirar en la habitación del otro lado del

pasillo—. No dejes de rezar hasta que yo vaya a buscarte. Haz que Él te oiga, ¿me entiendes? —Arvin se vistió a toda prisa y echó a correr por el campo. Pensó en desearle la muerte, a su propia madre. Y apretó el paso. A las tres de la mañana ya tenía la garganta ronca e irritada. Su padre vino una vez, le vació un cubo de agua sobre la cabeza y le imploró que no dejara de rezar. Pero aunque Arvin no paró de pedirle a gritos al Señor que tuviera piedad, no sintió nada ni tampoco fue atendido. Algunos de los vecinos de Knockemstiff cerraron las ventanas a pesar del calor. Otros dejaron una luz encendida el resto de la noche y se sumaron a los rezos.

La hermana de Snook Haskins, Agnes, se sentó en una silla a escuchar aquella voz lastimera y a pensar en los fantasmas de los maridos que había enterrado con la imaginación. Arvin levantó la vista para mirar al perro muerto, sus ojos vacíos que miraban a través del bosque a oscuras y la barriga hinchada y a punto de reventar.

—¿Puedes oírme, Jack? —le dijo.

Justo antes del amanecer, Willard cubrió a su mujer muerta con una sábana blanca y limpia y cruzó el campo, aturdido por el dolor y la desesperación. Se acercó con sigilo a Arvin por detrás y pasó un par de minutos escuchando las oraciones del chico, que ya apenas eran un susurro ronco. Bajó la vista y se dio cuenta, asqueado, de que tenía su navaja abierta en la mano. Negó con la cabeza y se la guardó.

—Vamos, Arvin —dijo, dirigiéndose con voz amable a su hijo por primera vez en semanas—. Se acabó. Tu madre se ha ido.

A Charlotte la enterraron dos días más tarde en el pequeño cementerio que había en las afueras de Bourneville. De camino a casa después del funeral, Willard dijo:

—Estoy pensando que podríamos hacer un pequeño viaje. Ir a visitar a tu abuela a Coal Creek. Tal vez pasar allí una temporada. Así puedes conocer al tío Earskell, y esa chica que vive con ellos solamente es un poco más pequeña que tú. Te va a gustar.

Arvin no dijo nada. Todavía no se había olvidado de lo del perro, y estaba seguro de que tampoco iba a poder olvidarse de lo de su madre. Willard siempre le había prometido que, si rezaban lo bastante, ella se curaría. Al llegar a casa se encontraron en el porche una tarta de arándanos

envuelta en papel de periódico, junto a la puerta. Willard se alejó por los campos de detrás de la casa. Arvin entró, se quitó la ropa de domingo y se tiró en la cama. Cuando se despertó al cabo de unas horas, Willard todavía no había vuelto, lo cual ya le parecía bien. Se comió la mitad de la tarta y guardó el resto en la nevera. Salió al porche, se sentó en la mecedora de su madre y miró cómo el sol vespertino se hundía tras la hilera de árboles perennes que se levantaban al oeste de la casa.

Pensó que era la primera noche que ella pasaba bajo tierra; debía de estar muy oscuro allí abajo. En el entierro había oído cómo un viejo que estaba apoyado en una pala, debajo de un árbol un poco lejano, le decía a Willard que la muerte era o bien un viaje muy largo o bien un sueño muy largo, y, aunque su padre había puesto mala cara y se había alejado, a Arvin aquello le parecía bastante probable. Confiaba, por el bien de su madre, en que fuera un poco de ambas cosas. Al funeral solamente habían ido un puñado de personas: una mujer con la que su madre había trabajado en el Wooden Spoon y un par de viejitas de la iglesia de Knockemstiff. Se suponía que Charlotte tenía una hermana que vivía en algún lugar al oeste, pero Willard no sabía cómo ponerse en contacto con ella. Arvin nunca había estado antes en un funeral, pero le daba la sensación de que aquel no había sido ninguna maravilla.

Cuando la oscuridad se extendió por el jardín invadido de maleza, Arvin se levantó, dio la vuelta al lateral de la casa y llamó a su padre varias veces. Esperó unos minutos y pensó en volver simplemente a la cama. A continuación, sin embargo, entró y sacó la linterna del cajón de la cocina. Después de mirar dentro del cobertizo, echó a andar hacia el tronco de rezar. Ninguno de ellos había estado allí en los tres días transcurridos desde la muerte de su madre. Ahora estaba anocheciendo muy deprisa. En el campo los murciélagos se cernían sobre los insectos y un ruiseñor se quedó mirándolo desde su nido situado bajo una enramada de madreselvas. Él vaciló, pero por fin se metió en el bosque y siguió el sendero. Se detuvo en el borde del claro y lo iluminó con su linterna. Vio a Willard arrodillado frente al tronco. Le llegó el hedor a podrido y le entraron ganas de vomitar. Notó cómo empezaba a subirle la tarta por la garganta.

—No pienso hacerlo más —le dijo a su padre en voz bien alta. Sabía que aquello iba a causarle problemas, pero no le importó—. No pienso rezar.

Esperó respuesta un minuto más o menos y luego dijo:

—¿Me oyes?

Se acercó al tronco, sin dejar de enfocar la figura arrodillada de Willard con la linterna. Luego tocó el hombro de su padre y la navaja cayó al suelo. A Willard se le desplomó la cabeza a un lado, dejando al descubierto la raja sanguinolenta que se había abierto en la garganta de oreja a oreja. La sangre cayó por un costado del tronco y le salpicó los pantalones del traje.

Una ligera brisa bajó por la colina y le enfrió el sudor del pescuezo. Las ramas crujióron sobre su cabeza. Un mechón de pelo blanco flotó por el aire. Algunos de los huesos que colgaban de los alambres y los clavos traqueteaban suavemente al chocar entre sí, emitiendo un ruido que sonaba a música hueca y triste.

A través de los árboles, Arvin vio unas cuantas luces encendidas en Knockemstiff. Oyó cómo se cerraba la portezuela de un coche allí abajo y cómo una herradura golpeaba una estaca de metal. Se quedó esperando el siguiente lanzamiento, pero este no llegó. Le daba la impresión de que habían pasado mil años desde la mañana en que los dos cazadores los habían seguido hasta allí a Willard y a él. Se sentía culpable y avergonzado por no estar llorando, pero ya no le quedaban lágrimas. La larga agonía de su madre lo había dejado seco. Como no sabía qué más hacer, esquivó el cuerpo de Willard y apuntó con la linterna hacia adelante. Empezó a bajar por el bosque.

8

A las nueve en punto de aquella noche, Hank Bell puso el letrero de CERRADO en el escaparate de la tienda de Maude y apagó las luces. Se metió detrás del mostrador, cogió un paquete de seis cervezas del fondo de la nevera y al fin salió por la puerta trasera. Llevaba un pequeño transistor de radio en el bolsillo de la pechera de la camisa. Se sentó en una silla de jardín, abrió una cerveza y encendió un cigarrillo. Llevaba cuatro años viviendo en una autocaravana detrás de aquel edificio de bloques de hormigón. Se metió la mano en el bolsillo y encendió la radio justo cuando el locutor estaba informando de que los Reds iban perdiendo por tres carreras en la sexta manga. Estaban jugando en la Costa Oeste. Hank calculó que allí debían de ser las cinco en punto. Había que ver qué raro funcionaba aquello del tiempo, pensó.

Echó un vistazo a la pequeña catalpa que había plantado en su primer año como dependiente en la tienda. Desde entonces había crecido casi un metro y medio. Era un esqueje del árbol que había en el jardín de la casa donde él y su madre habían vivido antes de que ella falleciera y él perdiera su puesto en el banco. No estaba seguro de por qué lo había plantado. Tenía planeado marcharse de Knockemstiff dentro de un par de años como mucho. Se lo contaba a todos los clientes que estuvieran dispuestos a escucharlo. Todas las semanas ahorraba un pellizco de los treinta dólares que le pagaba Maude. Algunos días pensaba en mudarse al norte y otras veces decidía que era mejor ir al sur. Pero había tiempo de sobras para decidir adonde ir. Todavía era joven.

Se quedó mirando cómo una niebla de color gris plateado de medio metro de altura se elevaba lentamente desde el Black Run Creek y cubría el prado llano y pedregoso al otro lado de la tienda, que formaba parte de los

pastos de las vacas de Clarence Meyers. Era su parte favorita del día, después de ponerse el sol y justo antes de que desaparecieran las sombras alargadas. Cada vez que pasaba un coche por el puente de cemento frente a la tienda oía los chillidos y el alboroto de los chavales que iban en él. Unos cuantos de ellos rondaban por allí casi todas las noches, sin importar el tiempo que hiciera.

Pobres como ratas, del primero al último. Lo único que le pedían a la vida era un coche que corriera y una tía buena. A él le parecía que en cierto modo aquello era agradable, el hecho de vivir toda tu vida sin más expectativas que aquellas. A veces desearía no ser tan ambicioso.

Hacía tres noches que se habían acabado por fin los rezos en la cima de la colina. Hank intentaba no pensar en la pobre mujer que se estaba muriendo allí arriba, encerrada en su cuarto, según decía la gente, mientras Russell y su hijo se volvían medio locos. Joder, pero si habían estado a punto de volver loca varias veces a la hondonada entera, con aquella manía de pasarse horas gritando todas las mañanas y todas las noches. Y por lo que él había oído, lo que hacían parecía más vudú que nada remotamente cristiano. Un par de semanas atrás, dos de los chavales de los Lynch se habían encontrado varios animales muertos colgados de los árboles de allí arriba; luego uno de sus perros había desaparecido. Dios, el mundo se estaba convirtiendo en un lugar espantoso.

Ayer mismo había leído en el periódico que habían detenido a la mujer de Henry Dunlap y al amante negro de esta como sospechosos de su muerte. Las autoridades todavía no habían encontrado el cadáver, pero Hank opinaba que el hecho de que ella se hubiera acostado con un negro ya era prueba más que suficiente de que eran culpables. Al abogado lo conocía todo el mundo; tenía tierras por todo el condado de Ross y de vez en cuando pasaba por la tienda en busca de alcohol de destilación casera para impresionar a algunos de sus amigos peces gordos. Por lo que Hank había visto del hombre, lo más seguro es que mereciera que lo mataran, pero ¿por qué no se había limitado aquella mujer a divorciarse y mudarse a White Heaven con la gente de color? Nadie usaba ya la sesera. Era asombroso que el abogado no la hubiera matado a ella primero, si estaba al corriente de lo del novio que tenía. Nadie lo habría culpado por aquello, pero ahora el

muerto era él y probablemente había salido ganando. Hubiera sido un infierno vivir con el hecho de que todo el mundo supiera que tu mujer te la pegaba con un negro.

Les llegó a los Reds el turno de batear y Hank se puso a pensar en Cincinnati. Pronto iba a coger el coche e irse para allí a ver un partido doble. Su plan era comprar un buen asiento, beber cerveza y atiborrarse de perritos calientes. Había oído decir que las salchichas estaban más buenas en los campos de béisbol, y quería averiguarlo por sí mismo. Cincinnati no estaba a más de ciento cincuenta kilómetros al otro lado de las Mitchell Fiats, un trayecto directo por la ruta 50, pero él nunca había estado allí; de hecho, en los veintidós años que tenía, lo más al oeste que había llegado era a Hillsboro. A Hank le daba la sensación de que su vida iba a empezar realmente cuando hiciera aquel viaje. Todavía no había ultimado todos los detalles, pero cuando terminaran los dos partidos tenía planeado adquirir los servicios de una puta, una que fuera guapa y que lo tratara bien. Le pagaría extra por desnudarlo, por quitarle los pantalones y los zapatos.

Se iba a comprar una camisa nueva para la ocasión, iba a parar en Bainbridge por el camino y se iba a cortar el pelo como era debido. Él la desnudaría muy despacio, se tomaría su tiempo con cada botón o lo que fuera que las putas usaran para sujetarse la ropa. Le vertería un poco de *whisky* en las tetas y se lo lamería, como había oído decir a algunos hombres cuando pasaban por la tienda después de tomarse unas copas en el Bull Pen. Cuando por fin se la metiera, ella le diría que tuviera cuidado, que no estaba acostumbrada a estar con un hombre que la tuviera tan grande. La puta no iba a parecerse en nada a la bocazas de Mildred McDonald, la única mujer con la que él había estado hasta el momento.

—Un chasquidito de nada —le había contado Mildred a todo el mundo en el Bull Pen—, y luego nada más que humo.

De aquello ya hacía más de tres años, pero la gente todavía se burlaba de él. La puta de Cincinnati insistiría en que se guardara su dinero después de terminar con ella, le pediría su número de teléfono y tal vez hasta le suplicaría que se la llevara. Se imaginaba que probablemente volvería a casa convertido en un hombre distinto, igual que le había pasado a Slim Gleason al volver de la guerra de Corea. Antes de marcharse de

Knockemstiff para siempre, Hank pensaba que tal vez hasta podría pasarse por el Bull Pen para invitar a algunos de los muchachos a una cerveza de despedida, solamente para demostrarles que no les guardaba ningún rencor por todos sus chistes. En cierto modo, suponía, Mildred le había hecho un favor; él había podido ahorrar mucho dinero desde que había dejado de ir por allí.

Ahora estaba escuchando a medias el partido y pensando en la putada que le había hecho Mildred cuando vio que alguien con una linterna venía cruzando el pasto de Clarence. Vio que la pequeña figura se agachaba para pasar bajo la alambrada de púas e iba hacia él. Ya casi era oscuro, pero cuando tuvo al visitante más cerca Hank pudo ver que era el hijo de Russell. Era la primera vez que veía al chico solo fuera de la colina, tenía entendido que su padre no se lo permitía. Pero acababan de enterrar a su madre aquella misma tarde, y tal vez aquello había cambiado las cosas y le había ablandado un poco el corazón a Russell.

—Hola —dijo Hank mientras Arvin se acercaba. El chico tenía la cara demacrada, sudorosa y pálida. No tenía buen aspecto, ni hablar. Parecía que tenía la cara y la ropa manchadas de sangre o de algo parecido.

Arvin se detuvo a un par de metros del tendero y apagó la linterna.

—La tienda está cerrada —dijo Hank—, pero si te hace falta algo puedo abrirtela otra vez.

—¿Cómo puede uno hacer venir a las autoridades?

—Bueno, pues debe causar algún problema o bien llamarlos por teléfono, supongo —dijo Hank.

—¿Puede usted llamarlos por mí? Yo es que nunca he usado un teléfono.

Hank se metió la mano en el bolsillo y apagó la radio. De todas maneras, los Reds se estaban llevando una paliza.

—¿Por qué quieres llamar al *sheriff*, hijo?

—Porque está muerto —dijo el chico.

—¿Quién?

—Mi padre —dijo Arvin.

—Quieres decir tu madre, ¿verdad?

Al chico se le puso una expresión confusa en la cara, pero al cabo de un momento negó con la cabeza.

—No, mi madre lleva tres días muerta. Le hablo de mi padre.

Hank se puso de pie y sacó del bolsillo del pantalón las llaves de la puerta negra de la tienda. Se preguntaba si tal vez el chaval habría perdido la chaveta por culpa del dolor. Hank se acordaba de lo mal que lo había pasado él al morir su madre. Era algo que no se superaba nunca, eso lo sabía. Seguía recordándola todos los días.

—Entra. Se te ve sediento.

—No tengo dinero —dijo Arvin.

—No pasa nada —dijo Hank—. Te puedo fiar.

Entraron y el tendero abrió la tapa corredera del refrigerador metálico de los refrescos.

—¿Cuál te gusta?

El chico se encogió de hombros.

—Ten un refresco de raíces —dijo Hank—. Es el que bebo yo. —Le dio la botella de refresco al chico y se rascó la barba de un día—. A ver, te llamas Arvin, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo el chico. Dejó la linterna sobre el mostrador y dio un trago largo seguido de otro.

—Muy bien, ¿qué te hace pensar que a tu padre le pasa algo?

—Su cuello —dijo Arvin—. Se ha degollado.

—Eso que tienes encima no es sangre, ¿verdad?

Arvin se miró la camisa y las manos.

—No —dijo—. Es tarta.

—¿Dónde está tu padre?

—No muy lejos de la casa —dijo el chico—. En el bosque.

Hank sacó el listín telefónico de debajo del mostrador.

—A ver —dijo—. No me importa llamar a las autoridades en tu nombre, pero a mí no me tomes el pelo, ¿vale? No les gusta nada que les vengan con chorradas. —Hacía solamente un par de días que Marlene Williams le había hecho llamar para denunciar a otro mirón en su ventana. Era la quinta vez en dos meses. El secretario le había colgado el teléfono.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso?

—No —dijo Hank—. Supongo que no lo harías.

Después de hacer la llamada, él y Arvin salieron por la puerta de atrás y Hank recogió sus cervezas. Dieron la vuelta al edificio y se sentaron en el banco frente a la tienda. Una nube de polillas flotaba alrededor de la luz de seguridad que había encima de los surtidores de gasolina.

Hank se acordó de la paliza que el padre del chico le había dado el año anterior a Lucas Hayburn. No es que no se la mereciera, pero Lucas no se había recuperado. Ayer mismo se había pasado toda la mañana sentado en su banco con un chorro de babas colgándole de la boca.

Hank abrió otra cerveza y encendió un cigarrillo. Dudó un segundo y le ofreció al chico otro pitillo de su paquete. Arvin negó con la cabeza y dio otro trago de refresco.

—Esta noche no están jugando a las herraduras —dijo al cabo de un par de minutos.

Hank levantó la vista hacia la hondonada y vio las luces del Bull Pen encendidas. Había cuatro o cinco coches aparcados afuera.

—Deben de estar haciendo un descanso —dijo el tendero, apoyando la espalda en la pared de la tienda y estirando las piernas. Él y Mildred habían ido un día a la pocilga de Platter's Pasture. Ella decía que le gustaba el olor fuerte del estiércol de cerdo, que le gustaba imaginarse cosas un poco distintas que la mayoría de chicas.

—¿Y qué te gusta imaginarte? —le había preguntado Hank, en tono un poco preocupado. Llevaba años escuchando a los chicos y a los hombres hablar de sexo, pero jamás había oído a ninguno hablar de mierda de cerdo.

—Lo que haya dentro de mi cabeza no es cosa tuya —le dijo ella. Tenía la barbilla afilada como un hacha y unos ojos que parecían canicas grises deslustradas. El único rasgo que la salvaba era lo que tenía entre las piernas, y que algunos habían comentado que les recordaba a una tortuga dando mordiscos.

—Vale —le dijo Hank.

—A ver qué tienes ahí —le dijo Mildred, abriéndole la bragueta y tumbándolo sobre la paja sucia. Después de su triste actuación, ella lo apartó de un empujón y le dijo:

—Joder, tendría que haberme tocado yo.

—Lo siento —dijo él—. Es que me has puesto nervioso. La próxima vez lo haré mejor.

—¡Ja! ¡Dudo mucho que haya una próxima vez, chato! —dijo ella.

—Bueno, ¿no quieres por lo menos que te lleve a casa? —le preguntó cuando ya se marchaba. Era casi medianoche. La chabola de dos habitaciones donde ella vivía con sus padres estaba en Nipgen, a un par de horas a pie.

—No, me voy a quedar un rato por aquí —dijo ella—. A lo mejor se presenta alguien que valga un pimiento.

Hank tiró su cigarrillo al suelo de grava y dio otro trago de cerveza. Le gustaba decirse a sí mismo que al final las cosas habían salido bien. Aunque no era una persona rencorosa, tenía que admitir que le satisfacía saber que ahora Mildred estaba con un chaval barrigudo llamado Jimmy Jack que iba en una Harley antigua y que, cuando no estaba vendiendo el cuerpo de ella en alguno de los bares de la ciudad, la tenía encerrada en una caseta de perro de plafones de madera en su porche trasero. La gente decía que Mildred era capaz de hacer cualquier cosa que pudieras imaginar por cincuenta centavos. Hank la había visto el de Julio pasado en Meade, de pie frente a la puerta del Dusty's Bar con un ojo morado y aguantándole el casco de cuero al motero aquel. Mildred ya había dejado atrás los mejores años de su vida, mientras que los de la suya estaban a punto de empezar.

La mujer con la que iba a ligar en Cincinnati sería cien veces más elegante que todas las Mildred McDonald del mundo. Un par de años después de marcharse de aquí, lo más seguro era que ya ni siquiera se acordara de cómo se llamaba. Se frotó la cara con la mano, se giró y vio que el hijo de Russell lo estaba mirando.

—Mierda, ¿estaba hablando solo? —le preguntó al chico.

—Pues no —dijo Arvin.

—A saber cuándo va a presentarse ese alguacil —comentó Hank—. No les gusta mucho venir por aquí.

—¿Quién es Mildred? —preguntó Arvin.

9

A Lee Bodecker ya casi se le había terminado el turno cuando le llegó el aviso por radio. Veinte minutos más y habría estado recogiendo a su novia y yendo por Bridge Street al autocine de Johnny. Se moría de hambre. Todas las noches después de terminar, él y Florence iban en coche o bien al Johnny o al White Cow o al Sugar Shack. A él le gustaba pasarse el día entero sin comer para después atiborrarse de hamburguesas con queso, patatas fritas y batidos; y por fin rematarlo todo con un par de cervezas heladas en River Road, reclinado en su asiento mientras Florence le hacía una paja y él se le corría en su vaso vacío de Pepsi. Tenía unas manos que ni una lechera amish. El verano entero había sido una sucesión de noches casi perfectas. Ella se estaba guardando lo bueno para la luna de miel, lo cual a Bodecker ya le parecía bien. Con veintiún años, solamente hacía seis meses que se había licenciado del servicio militar, y no tenía prisa por atarse a una familia. Aunque no llevara más que cuatro meses como ayudante de *sheriff*, ya le veía muchas ventajas a ser la autoridad de un sitio tan dejado de la mano de Dios como el condado de Ross, Ohio. Hasta podía ganarse dinero si uno se andaba con cuidado y no se le subían los humos, que era lo que le había pasado a su jefe. En la actualidad, al *sheriff* Hen Matthews le sacaban una foto de su estúpido y orondo gato en la portada de la Meade Gazette tres o cuatro veces por semana, a menudo sin razón imaginable. Los ciudadanos ya empezaban a hacer chistes al respecto.

Bodecker ya estaba planeando su estrategia de campaña. Lo único que tenía que hacer era encontrarle algún trapo sucio a Matthews antes de las siguientes elecciones y ya podría mudarse con Florence a una de las casas nuevas que estaban construyendo en Brewer Heights, en cuanto pasaran por

el altar. Había oído que absolutamente todas aquellas casas tenían dos cuartos de baño.

Giró con el coche patrulla por Paint Street, cerca de la fábrica de papel, y cogió la Huntington Pike en dirección a Knockemstiff. Cinco kilómetros después de salir de la ciudad pasó junto a la casita de Brownsville donde vivía con su hermana y su madre. Había una luz encendida en la sala de estar. Negó con la cabeza y se sacó un cigarrillo del bolsillo de la pechera. Seguía pagando casi todas las facturas, pero al volver del servicio militar les había dejado claro que no podían continuar dependiendo de él durante mucho tiempo más. Su padre los había abandonado hace años; había salido una mañana hacia la fábrica de zapatos y ya no había vuelto. Recientemente habían oído el rumor de que estaba viviendo en Kansas City y trabajando en un salón de billares, lo cual resultaba más que creíble si uno conocía a Johnny Bodecker. Las únicas veces en que el hombre sonreía era cuando estaba haciendo el saque de una partida o bien ganándola. A su hijo le había decepcionado mucho la noticia; nada habría hecho más feliz a Bodecker que descubrir que el cabrón de su padre seguía ganándose la vida a base de coser suelas de mocasines en un edificio sombrío de ladrillo rojo con ventanales altos y mugrientos. De tanto en tanto, cuando patrullaba las calles y todo estaba tranquilo, Bodecker se imaginaba que su padre regresaba a Meade de visita. En su fantasía, él seguía al viejo hasta el campo, donde no hubiera testigos, y lo detenía por alguna razón inventada. Luego le daba una buena paliza con la porra o bien con la culata del revolver antes de llevarlo al puente de Schott y empujarlo por encima de la baranda. La fantasía siempre tenía lugar un par de días después de una fuerte lluvia, de manera que las aguas del Paint Creek estaban crecidas y discurrían veloces y profundas hacia el este en dirección al río Scioto. A veces dejaba que se ahogara, otras le permitía que nadara hasta la orilla fangosa. Era una buena forma de pasar el tiempo.

Dio una calada al cigarrillo mientras sus pensamientos iban de su padre a su hermana Sandy. Aunque la chavala acababa de cumplir dieciséis años, Bodecker ya le había encontrado trabajo de camarera por las noches en el Wooden Spoon. Hacía unas semanas había parado al propietario de la cafetería por conducir borracho, por tercera vez en lo que iba de año, y una

cosa había llevado a otra. En un abrir y cerrar de ojos, era cien dólares más rico y Sandy tenía trabajo. Cuando estaba con gente, su hermana era igual de tímida y nerviosa que una zarigüeya sorprendida en pleno día; lo había sido siempre, y Bodecker estaba seguro de que el hecho de aprender a tratar con los clientes durante aquellas primeras dos semanas había sido una tortura para ella, pero la mañana anterior el dueño le había dicho que la chica ya parecía estar cogiéndole el tranquillo. Las noches en que no pasaba a recogerla a la hora de cerrar, la llevaba a casa el cocinero, un hombre grueso de ojos azules soñolientos a quien le gustaba hacer retratos picantes de personajes de dibujos animados en su gorro blanco de cocinero de papel; esto preocupaba un poco a Bodecker, sobre todo porque Sandy tenía tendencia a hacer cualquier cosa que le dijeran que hiciera. Bodecker no la había visto tomar una decisión propia ni una vez en la vida, y, como de tantas otras cosas, culpaba de aquello a su padre. Pese a todo, se dijo, era hora de que su hermana empezara a aprender a salir adelante por ella misma. No podía pasarse el resto de la vida encerrada en su cuarto y soñando despierta: y cuanto antes empezara a ganar algo de dinero, antes podría salir. Hacía unos días, él había llegado al punto de sugerirle a su madre que sacara a Sandy de la escuela y la pusiera a trabajar a jornada completa, pero la vieja no había querido ni oír hablar del tema.

—¿Por qué no? —preguntó él—. En cuanto alguien se dé cuenta de lo fácil que es camelarla, va a acabar preñada de todos modos; así pues, ¿qué más da si aprende álgebra o no?

Ella no le ofreció razón alguna, pero, una vez plantada la semilla, sabía que solamente tenía que esperar un par de días para volver a sacarle el tema. Puede que tardara un poco, pero Lee Bodecker siempre conseguía lo que quería.

Lee giró a la derecha por Black Run Road y condujo hasta la tienda de comestibles de Maude. El tendero estaba sentado en el banco de delante, bebiendo una cerveza y hablando con un chaval. Bodecker salió del coche patrulla con su linterna. El tendero era un cabrón triste y de aspecto consumido, aunque el alguacil suponía que debía de tener su misma edad. Había gente que ya nacía lista para que la enterraran; su madre era así, y él

siempre había sospechado que era por eso que el viejo se había marchado, aunque tampoco es que él fuera ninguna maravilla.

—A ver, ¿qué pasa esta vez? —preguntó Bodecker—. Espero que no sea otro de esos puñeteros mirones por los que llamáis siempre.

Hank se inclinó y escupió al suelo.

—Ojalá —dijo—. Pero no, es el padre de este mozo.

Bodecker enfocó con la linterna a aquel chico flaco y de pelo negro.

—¿Y qué le pasa a tu padre, hijo?

—Que está muerto —dijo Arvin, levantando una mano para bloquear la luz que lo estaba deslumbrando.

—Y hoy mismo han enterrado a su pobre madre —dijo Hank—. Es una puñetera desgracia.

—O sea que tu padre está muerto, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Eso que tienes en la cara es sangre?

—No —dijo Arvin—. Alguien nos ha regalado una tarta.

—Esto no es ninguna broma, ¿verdad? Como lo sea, ya sabes que te meto en el calabozo.

—¿Por qué todo el mundo cree que estoy mintiendo? —dijo Arvin.

Bodecker miró al tendero. Hank se encogió de hombros, se llevó la cerveza a los labios y la vació.

—Viven en lo alto de Baum Hill —dijo—. Arvin puede enseñarle el camino. —Luego se puso de pie, eructó y se alejó por el costado de la tienda.

—Puede que tenga algunas preguntas para ti más tarde —le dijo Bodecker, levantando la voz.

—Es una puñetera desgracia, es lo único que puedo decirle —oyó que contestaba Hank.

Bodecker hizo sentarse a Arvin en el asiento delantero del coche patrulla y subió por Baum Hill. En la cima viró para coger un camino estrecho de tierra flanqueado de árboles que el chico le señaló. Aminoró la marcha todo lo que pudo.

—Es la primera vez que vengo por aquí —dijo el alguacil. Bajó la mano y abrió en silencio la funda de la pistola.

—Hace tiempo que nadie nuevo viene por aquí —dijo Arvin. Contemplando el bosque a oscuras por la ventanilla lateral, se dio cuenta de que se había dejado la linterna en la tienda. Confiaba en que el tendero no la vendiera antes de que pudiera volver a bajar. Echó un vistazo a las luces brillantes del salpicadero.

—¿Va usted a encender la sirena?

—No tiene sentido asustar a alguien.

—Ya no queda nadie a quien asustar —dijo Arvin.

—¿O sea que vives aquí? —le preguntó Bodecker mientras se acercaban a la casita pequeña y cuadrada. No había luces encendidas ni más señal de que allí viviera alguien que una mecedora en el porche. Las hierbas del jardín tenían dos o tres palmos de altura. A la izquierda había un viejo cobertizo. Bodecker aparcó detrás de una camioneta herrumbrosa. La típica chatarra de palurdo, pensó. Costaba saber en qué clase de lío se estaba metiendo. El estómago vacío le ronroneaba como un retrete averiado.

Arvin salió sin contestar y se plantó delante del coche patrulla a esperar al alguacil.

—Por aquí —dijo. Dio la vuelta y empezó a rodear la esquina de la casa.

—¿Cómo de lejos está? —preguntó Bodecker.

—No muy lejos. Unos diez minutos.

Bodecker encendió la linterna y siguió al chico por el borde de un campo invadido de maleza. Se metieron en el bosque y avanzaron un centenar de metros por un sendero bien hollado. El chico se detuvo en seco y señaló la oscuridad que tenían delante.

—Está ahí mismo —dijo Arvin.

El alguacil enfocó con su linterna a un hombre que llevaba una camisa blanca y pantalones de vestir y estaba hecho un guiñapo encima de un tronco. Se le acercó unos pasos y acertó a ver que tenía un tajo en el cuello. La pechera de su camisa estaba empapada de sangre.

—Dios, ¿cuánto tiempo lleva aquí tirado?

Arvin se encogió de hombros.

—No mucho. Me quedé dormido un rato y al despertar estaba así.

Bodecker se tapó la nariz con los dedos y trató de respirar por la boca.

—¿Qué coño es ese olor?

—Son esos de ahí arriba —dijo Arvin, señalando los árboles.

Bodecker enfocó la linterna hacia arriba. A su alrededor los animales colgaban en diversas fases de descomposición, algunos de las ramas y otros de unas cruces altas de madera. Clavado en la parte alta de una de las cruces había un perro muerto con un collar de cuero, como si fuera una especie de Cristo repulsivo. Al pie de otra cruz había una cabeza de ciervo. Bodecker manoseó su pistola.

—Me cago en la puta, chaval, ¿qué coño es esto? —dijo, apuntando con la linterna hacia Arvin en el mismo momento en que al chico le caía en el hombro un gusano blanco retorciéndose. Se lo sacudió de encima con gesto tan despreocupado como quien se quita una hoja o una semilla. Bodecker se puso a mover su revólver en todas direcciones mientras empezaba a retroceder.

—Es un tronco para rezar —dijo Arvin, con la voz reducida a un susurro.

—¿Qué? ¿Un tronco para rezar?

Arvin asintió con la cabeza, mirando fijamente el cadáver de su padre.

—Pero no funciona —añadió.

**SEGUNDA PARTE
DE CACERÍA**

10

Corría el verano de 1965 y la pareja llevaba varias semanas deambulando por el interior del país, siempre de cacería; dos seres anónimos en una ranchera Ford negra adquirida por cien dólares en un negocio de coches usados de Meade, Ohio, que se llamaba Brother Whitey's.

Era el tercer vehículo que le compraban al pastor en tres años. El tipo que iba en el asiento del pasajero se estaba convirtiendo en pura grasa, creía en los augurios y tenía la costumbre de hurgarse los dientes podridos con una navaja Buck. La mujer siempre iba al volante y llevaba pantalones cortos ajustados y blusas muy delgadas que mostraban su cuerpo pálido y huesudo de una forma que a los dos les resultaba seductora. Ella fumaba sin descanso cualquier clase de cigarrillos mentolados que pudiera encontrar, mientras que él mordisqueaba unos puros negros baratos a los que llamaba «pichas de perro».

La ranchera quemaba aceite, tenía un escape de líquido de frenos y amenazaba con desparramar sus tripas de metal por toda la carretera cada vez que uno la hacía pasar de ochenta kilómetros por hora. Al hombre le gustaba pensar que parecía un coche fúnebre, pero la mujer prefería imaginarse que era una limusina. Se llamaban Carl y Sandy Henderson, aunque a veces respondían a otros nombres.

A lo largo de los últimos cuatro años, Carl había llegado a la conclusión de que no había nada como los autoestopistas, y últimamente las carreteras andaban repletas de ellos. Llamaba a Sandy «el cebo», y ella a él lo llamaba «el tirador», mientras que ambos llamaban a los autoestopistas «los modelos». Aquella misma noche, al norte de Hannibal, Missouri, habían engañado, torturado y matado a un joven recluta en una zona boscosa

infestada de humedad y mosquitos. En cuanto lo habían cogido, el chaval les había dado amablemente barritas de chicle Juicy Fruit y se había ofrecido para conducir un rato si a la señora le hacía falta descansar.

—No llegará ese puñetero día —dijo Carl, y Sandy puso los ojos en blanco por el tono insidioso que a veces usaba su marido, como si creyera que él era una clase de escoria mejor que la que encontraban en los márgenes de la carretera. Siempre que se ponía así, a ella le venían ganas de parar el coche y decirle al pobre idiota que iba en el asiento de atrás que se escapara mientras todavía tenía la opción. Uno de aquellos días, solía prometerse a sí misma, iba a hacer exactamente eso: dar un buen frenazo y bajarle los humos al Señor Importante.

Pero no iba a ser aquella noche. El chico que iba en el asiento de atrás había sido bendecido con una cara suave como la mantequilla, pecas diminutas y el pelo rojizo, y Sandy jamás podía resistirse a los que tenían aspecto angelical.

—¿Cómo te llamas, cielo? —le preguntó ella, cuando ya llevaban tres o cuatro kilómetros en la carretera. Puso una voz amable y simpática, y cuando el chico levantó la vista y sus miradas se encontraron en el retrovisor, Sandy le guiñó el ojo y le dedicó aquella sonrisa que le había enseñado Carl, la que le había hecho ensayar noche tras noche, sentada a la mesa de la cocina, hasta que poco le había faltado a su cara para caérsele y quedarse pegada al suelo como si fuera la corteza de una tarta; una sonrisa que insinuaba hasta la posibilidad más sucia que un hombre pudiera imaginarse.

—Soldado Gary Matthew Bryson —dijo el chico. A ella se le hizo raro que diera su nombre completo de aquella forma, como si estuviera presentándose a una inspección o algo parecido, pero decidió pasarlo por alto y siguió hablando como si nada. Confiaba en que el chico no fuera uno de aquellos tipos seriotos. Esos siempre hacían que su parte del trabajo resultara mucho más difícil.

—Qué nombre tan bonito —dijo Sandy. Por el espejo vio que al chico se le extendía por la cara una sonrisa tímida y que se metía otro chicle en la boca—. ¿Y cómo te llaman tus amigos? —le preguntó.

—Gary —dijo él, tirando el envoltorio del chicle por la ventanilla—. Así se llamaba mi padre.

—El otro nombre, Matthew, viene de la Biblia, ¿verdad, Carl? —dijo Sandy.

—Joder, todo viene de la Biblia —dijo su marido, escrutando el otro lado del parabrisas—. El viejo Matt era uno de los apóstoles.

—Antes Carl daba clases de catecismo, ¿verdad, nene?

Carl suspiró y retorció su corpachón en el asiento, principalmente para echarle otro vistazo al chico.

—Cierto —dijo, con una sonrisa rígida—. Antes daba clases de catecismo.

Sandy le dio una palmadita en la rodilla y él se volvió a girar sin decir palabra y sacó un mapa de carreteras de la guantera.

—Pero probablemente ya lo sabías, ¿verdad, Gary? —dijo Sandy—. Lo de que tu segundo nombre viene de las Escrituras...

El chaval dejó de masticar su chicle un momento.

—Cuando yo era niño no íbamos mucho a la iglesia —contestó.

A Sandy le pasó por la cara una expresión preocupada; sacó sus cigarrillos de la guantera.

—Pero sí que te bautizaron, ¿verdad? —preguntó.

—Bueno, claro, no somos unos paganos totales —dijo el chico—. Simplemente no conozco esas historias de la Biblia.

—Eso está bien —dijo Sandy, con un matiz de alivio en la voz—. No tiene sentido correr riesgos, con esas cosas. Dios, ¿quién sabe dónde puede acabar uno si no es salvado?

El soldado estaba yendo de visita a casa de su madre antes de que el ejército lo destinara a Alemania o a aquel sitio nuevo llamado Vietnam: Carl no se acordaba de a cuál. Le importaba un pimiento que al chaval le hubieran puesto el nombre de algún cabrón chiflado del Nuevo Testamento, o el hecho de que su novia le hubiera prometido que iba a llevar colgado del cuello el anillo de graduación hasta que él volviera del extranjero. Conocer aquella clase de datos solamente servía para acabar complicando las cosas, de manera que Carl prefería evitar la charla intrascendente y dejar que Sandy se encargara de hacer todas las preguntas idiotas. A ella se le daba

bien lo de flirtear y darle a la lengua, hacía que ellos se sintieran cómodos. Los dos habían cambiado mucho desde la primera vez que se vieron, cuando ella no era más que una chiquilla de dieciocho años solitaria y raquítica que hacía de camarera en el Wooden Spoon de Meade y aguantaba guarradas de los clientes para poder ganarse un cuarto de dólar de propina. ¿Y él? Pues no mucho mejor: un niño de mamá de cara rechoncha que acababa de perder a su madre y no tenía ni futuro ni más amigos que los que pudiera conseguirle una cámara. Lo único que él había sabido a ciencia cierta, mientras permanecía sentado en el reservado de la cafetería mirando cómo aquella camarera flacucha terminaba de limpiar las mesas antes de apagar las luces, era que necesitaba hacerle una foto más que nada en el mundo. Y llevaban juntos desde entonces.

Por supuesto, a Carl también le tocaba hablar con los autoestopistas, pero normalmente su parte podía esperar a que aparcasen el coche.

—Echa un vistazo a esto —les decía, sacando la cámara de la guantera, una Leica M3 de 35mm, y sosteniéndola en alto para que ellos la vieran—. Nueva cuesta cuatrocientos pavos, pero yo la he conseguido por cuatro perras. —Y aunque la sonrisa sexy nunca abandonaba los labios de Sandy, ella no podía evitar sentir un poco de rencor cada vez que se jactaba de aquello. No sabía por qué había seguido a Carl tras aquella vida, ni siquiera se planteaba ponerle un nombre a lo que hacían, pero sí sabía que aquella maldita cámara no había sido ninguna ganga, y que al final les iba a salir muy cara. Luego lo oía preguntarles a los modelos, con una voz que sonaba casi como si estuviera bromeando—: Así pues, ¿te gustaría que te sacara alguna foto con una mujer guapa? —Incluso después de tanto tiempo, seguía asombrándola que los hombres adultos pudieran ser tan fáciles.

Después de cargar con el cuerpo desnudo del soldado, arrastrarlo unos metros por el bosque y esconderlo bajo unas matas cargadas de bayas de color púrpura, registraron su ropa y su petate y encontraron casi trescientos dólares guardados dentro de un par de calcetines blancos. Allí había más dinero del que Sandy ganaba en un mes.

—Menuda rata embustera —dijo Carl—. ¿Te acuerdas de cuando le he pedido algo suelto para gasolina? —Apartó a manotazos una nube de insectos que se había reunido alrededor de su cara sudorosa y roja y se

metió el fajo de billetes en el bolsillo de los pantalones. En el suelo, a su lado, junto a la cámara, había una pistola de cañón herrumbroso—. Como decía mi madre —siguió—, no se puede confiar en ninguno de ellos.

—¿En quiénes? —dijo Sandy.

—En los puñeteros pelirrojos —dijo él—. Joder, te sueltan una mentira hasta cuando la verdad encaja mejor. No lo pueden evitar. Algo se jodió en su evolución.

Por la carretera pasó muy despacio un coche con el silenciador quemado, y Carl inclinó la cabeza para escuchar el pop pop hasta que desapareció a lo lejos. Luego miró a Sandy, que seguía arrodillada junto al muchacho, y le examinó la cara un momento bajo el atardecer gris.

—Ten, límpiate —le dijo, dándole la camiseta del chico, todavía húmeda de sudor. Le señaló la barbilla—. Estás toda salpicada ahí. Con lo flaco que era, ese capullo estaba más lleno que una garrapata.

Después de limpiarse la cara con la camiseta, Sandy la tiró encima del petate de color verde y se puso en pie. Se abotonó la blusa con manos temblorosas y se sacudió de las piernas la suciedad y los trozos de hojas muertas. Caminó hasta el coche, se agachó y se examinó en el espejo lateral; después metió el brazo por la ventana y agarró sus cigarrillos de la guantera. Se apoyó en el guardabarros delantero, encendió un pitillo y usó una uña pintada de color rosa para sacarse una piedrecita de grava que se le había incrustado en la rodilla despellejada.

—Joder, odio que lloriqueen así —dijo—. Es lo peor.

Carl negó con la cabeza mientras registraba una vez más la billetera del chico.

—Chica, tienes que superar eso —le dijo—. Las lágrimas son justamente lo que hace que la foto sea buena. Esos dos últimos minutos han sido el único momento de toda su perra vida en que no estaba fingiendo.

Mientras Sandy miraba cómo devolvía al petate todas las pertenencias del chico, estuvo tentada de preguntarle si podía quedarse el anillo de graduación de la novia, pero decidió que no valía la pena discutir. Carl lo tenía todo organizado, y si ella intentaba cuestionar ni que fuera una minúscula norma, podía convertirse en un maníaco furioso. De los objetos personales había que deshacerse de la forma adecuada. Era la regla número

4, o tal vez la 5. Sandy nunca conseguía aprenderse el orden de las normas, daba igual cuántas veces él se las intentara meter en la cabeza; en cambio, ahora siempre iba a acordarse de que a Gary Matthew Bryson le encantaba Hank Williams y de que odiaba los huevos en polvo del ejército. Luego le gruñó el estómago y se preguntó, solamente por un segundo, si aquellas bayas que colgaban sobre la cabeza del chico allí en el bosque serían o no comestibles.

Una hora más tarde detuvieron el coche en una cantera de grava desierta frente a la que habían pasado antes, cuando Sandy y el soldado Bryson todavía estaban haciendo chistes y mirándose con cara lasciva. Ella aparcó detrás de un cobertizo para herramientas, hecho de cualquier modo con maderas sobrantes y láminas oxidadas de hojalata, y apagó el motor. Carl salió del coche con el petate y una lata de gasolina que siempre llevaban con ellos. Unos metros más allá del cobertizo, lo dejó en el suelo y lo roció con la gasolina. Cuando ya estaba ardiendo bien, volvió al coche, examinó el asiento de atrás con una linterna y encontró un chicle masticado pegado bajo uno de los reposabrazos.

—Peor que un niño —dijo—. Lo normal sería que el ejército les enseñara a comportarse un poco mejor. Con soldados como este, estamos apañados si a los rusos les da por invadirnos, joder. —Despegó el chicle con cuidado usando la uña del pulgar y regresó al fuego. Sandy se quedó sentada en el coche y miró cómo él avivaba las llamas con un palo. Una cascada de chispas anaranjadas y azules saltaba y crepitaba y desaparecía en la oscuridad. Se rascó unas picaduras de ácaro que tenía en los tobillos y se preocupó por la quemazón que sentía entre las piernas. Aunque todavía no se lo había mencionado a Carl, estaba bastante segura de que otro chico, uno al que habían recogido en Iowa hacía un par de indias, le había contagiado alguna clase de infección. El médico ya la había avisado de que un par de dosis más podían acabar con sus posibilidades de tener un bebé algún día, pero a Carl no le gustaba cómo quedaban los condones en sus fotos.

Cuando se apagó el fuego, Carl dispersó las cenizas por la grava con el pie; a continuación se sacó del bolsillo de atrás un pañuelo sucio y lo usó para recoger la hebilla caliente del cinturón y los restos humeantes de las

botas militares. Lo tiró todo al fondo de la cantera y oyó un débil chapoteo. Plantado al borde del profundo foso, Carl pensó en la forma en que Sandy había abrazado al recluta cuando él había dejado la cámara en el suelo y sacado la pistola, como si aquel abrazo fuera a salvarlo. Siempre intentaba aquella mierda con los guapos, y aunque no podía culparla por querer que la cosa durara un rato más, aquello era algo más que una puta fiesta. En su opinión, era la única religión verdadera, lo que llevaba toda la vida buscando. Solamente en presencia de la muerte podía sentir la presencia de algo parecido a Dios. Levantó la vista y vio que empezaban a aglutinarse nubes negras en el cielo. Se secó el sudor que le caía sobre los ojos y echó a andar de vuelta hacia el coche. Si tenían suerte, tal vez aquella noche llovería y la lluvia podría llevarse algo de la suciedad del aire y lo refrescaría todo un poco.

—¿Qué coño estabas haciendo allí? —le preguntó Sandy.

Carl sacó otro puro del bolsillo de la pechera y se puso a quitar el envoltorio.

—Si te andas con prisas, es cuando la cagas.

Ella extendió la mano.

—Dame la puta linterna.

—¿Qué quieres hacer?

—Tengo que mear, Carl —le dijo—. Joder, estoy a punto de reventar y tú te quedas ahí como un pasmarote.

Carl mordisqueó el puro y se quedó mirando cómo ella se metía detrás del cobertizo. Un par de semanas en la carretera y ya volvía a estar en los huesos, con unas piernas que parecían palillos y el culo más plano que una tabla de planchar. Metió dentro de un botecito metálico el carrete de película con las fotos que les había sacado a ella y al recluta y lo guardó en la guantera junto con los demás. Para cuando Sandy volvió, ya había puesto otro carrete de película en la cámara. Ella le dio la linterna y él la guardó debajo del asiento.

—¿Podemos dormir en un motel esta noche? —le preguntó ella con voz cansada mientras él arrancaba el motor.

Carl se sacó el puro de la boca y se quitó una hebra de tabaco que le había quedado entre los dientes.

—Primero tenemos que poner tierra de por medio —dijo.

Pusieron rumbo al sur por la 79 y entraron en Illinois cruzando el Misisipi por la ruta 50, una carretera que habían llegado a conocer muy bien durante los últimos dos años. Sandy no paraba de acelerar y tuvo que recordarle varias veces que se tranquilizase. Uno de sus miedos más grandes era estrellar el coche y quedarse atrapado dentro o perder el conocimiento. A veces tenía pesadillas con aquello: se veía a sí mismo esposado a una cama de hospital y tratando de explicarle a las autoridades esos carretes de película. El mero hecho de pensar en ello empezó a joderle el subidón que le había provocado el soldado, de manera que estiró el brazo y giró el botón de la radio hasta encontrar una emisora de música Country que emitía desde Covington. Ninguno de ellos rompió el silencio, aunque en un momento dado Sandy se puso a tararear una de las canciones lentas. Luego bostezó y se encendió otro cigarrillo. Carl contó los bichos que se estrellaban contra el parabrisas y permaneció atento por si acaso ella se quedaba dormida y tenía que agarrar el volante.

Después de recorrer ciento cincuenta kilómetros de pueblecitos amodorrados y campos de maíz gigantescos y oscuros, llegaron a un motel ruinoso hecho a base de bloques de cemento color rosa y llamado The Sundowner. Era casi la una de la madrugada. En el aparcamiento lleno de baches había tres automóviles. Carl llamó varias veces al timbre antes de que por fin se encendiera una luz dentro de la oficina y una ancianita con rulos metálicos entreabriera la puerta y se asomara.

—¿Esa que está en el coche es su mujer? —preguntó, mirando a la ranchera con los ojos entornados. Él se giró y a duras penas consiguió distinguir el resplandor del cigarrillo de Sandy en las sombras.

—Tiene usted buena vista —dijo él, esbozando una breve sonrisa—. Sí, es ella.

—¿De dónde son ustedes? —le preguntó la mujer.

Carl estuvo a punto de pronunciar Maryland, uno de los pocos estados en los que todavía no había puesto el pie, pero luego se acordó de la matrícula delantera del coche. Se imaginó que aquella arpía chismosa ya la habría comprobado.

—De cerca de Cleveland —le dijo.

La mujer negó con la cabeza y se arrebujo dentro de su bata.

—No viviría en un sitio así ni aunque me pagaran, con todos los robos y asesinatos que hay.

—En eso no le falta razón —dijo Carl—. Yo estoy siempre preocupado. Para empezar, hay demasiados negros. Carajo, si mi mujer ya casi no sale de casa. —Luego se sacó del bolsillo el dinero del recluta—. ¿Cuánto vale una habitación? —preguntó.

—Seis dólares —dijo la mujer. Él se humedeció el pulgar, contó varios billetes de un dólar y se los dio. Ella se marchó un momento y volvió con una llave sujeta a una tarjeta raída y arrugada de cartón—. La número siete —dijo—. Al final de todo.

En el cuarto hacía mucho calor y el aire iba cargado y olía a insecticida Black Flag. Sandy se fue directa al cuarto de baño y Carl encendió el televisor portátil, aunque a aquella hora de la noche las ondas no traían nada más que grano y ruido de estática, por lo menos en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Se quitó los zapatos con los pies y bajó la fina colcha de cuadros. Encima de las almohadas planas había seis moscas muertas. Se las quedó mirando un momento; a continuación se sentó en el borde de la cama y metió la mano en el bolso de Sandy para cogerle un cigarrillo. Volvió a contar las moscas, pero la cantidad no varió.

Observando al otro lado de la habitación, posó la mirada en un cuadro de marco barato que colgaba de la pared, un boderio total con flores y frutas que nadie recordaría jamás, ni una sola de las personas que durmieran alguna vez en aquel cuarto apestoso. No se le ocurría qué propósito podía tener, más que recordarle a uno que el mundo era un sitio espantosamente sórdido. Se inclinó, apoyó los codos en las rodillas y trató de imaginarse una de sus fotos en su lugar. Tal vez la del *beatnik* de Wisconsin que tenía la bolsita de celofán llena de hierba, o la de aquel cabrón enorme y rubio del año pasado que había ofrecido tanta resistencia. Por supuesto, algunas eran mejores que otras, hasta Carl tenía que admitirlo. Pero una cosa sí sabía a ciencia cierta: que cualquiera que viera una de sus fotos, ni que fueran aquellas tan torpes de hacía tres o cuatro años, jamás la podría olvidar. Se apostaba todo el fajo de billetes del recluta.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y volvió a mirar la almohada. Seis era el número de modelos que se habían trabajado en aquel viaje; y seis dólares era lo que la vieja zorra le había cobrado por la habitación; y ahora se encontraba seis moscas sobre su cama. El olor persistente a insecticida empezó a escocerle en los ojos, y se los frotó con el borde de la colcha.

—¿Y qué quiere decir ese trío de seises, Carl? —se preguntó a sí mismo en voz alta. Sacó su navaja y se hurgó en uno de los agujeros de sus muelas mientras buscaba mentalmente una respuesta adecuada, una que evitara la implicación más obvia de aquellos tres números, el símbolo bíblico que la loca de su madre le habría señalado con entusiasmo si todavía estuviera viva—. Pues, Carl —añadió por fin, cerrando su navaja—, quiere decir que es hora de volverse a casa. —Y, de un manotazo, tiró los minúsculos cadáveres con alas a la moqueta sucia y les dio la vuelta a las almohadas.

11

Aquel mismo día, en Meade, Ohio, el *sheriff* Lee Bodecker estaba sentado en una silla giratoria de madera de roble frente a su mesa, comiéndose una chocolatina y haciendo algo de papeleo. Llevaba dos meses sin probar el alcohol, ni que fuera una triste cerveza, y el médico de su mujer le había dicho que los dulces podían calmarle la ansiedad. Florence había repartido golosinas por toda la casa, hasta le había metido galletas bajo la almohada. A veces él se despertaba en plena noche masticándolas y con la garganta más pegajosa que una trampa para moscas. Si no fuera por las cápsulas rojas que tomaba para dormir, jamás podría descansar. Se ponía enfermo solamente de pensar en lo mal que se había puesto, sobre todo cuando oía la voz preocupada con que su mujer le hablaba y veía la forma en que lo cuidaba. Aunque todavía faltaba un mes para las elecciones a *sheriff* del condado, Hen Matthews estaba resultando ser un mal perdedor. Su antiguo jefe ya estaba jugando sucio, soltando mierda sobre ciertos agentes de la ley que eran igual de incapaces de atrapar maleantes que de controlar la bebida. Pero cada chocolatina que Bodecker se comía le hacía querer diez más, y la panza le estaba empezando a colgar por encima del cinturón como si fuera una bolsa llena de sapos muertos. Como no parara, cuando le tocase empezar otra vez a hacer campaña ya sería un gordo asqueroso igual que el cara de cerdo de su cuñado, Carl.

Sonó el teléfono, y, antes de que le diera tiempo de contestar, una voz aguda de anciana le preguntó desde el otro lado de la línea:

—¿Es usted el *sheriff*?

—Yo mismo —dijo Bodecker.

—¿Tiene usted una hermana que trabaja en el Tecumseh?

—Es posible —dijo Bodecker—. Llevo tiempo sin hablar con ella. —El tono de aquella mujer le decía que no se trataba de una llamada amistosa. Dejó el resto de la chocolatina sobre sus papeles. Últimamente a Lee le ponía nervioso hablar de su hermana. En 1958, a su vuelta del ejército, se habría partido el culo de la risa si alguien le hubiera sugerido que la flaca y tímida Sandy iba a volverse tan salvaje, pero es que por entonces todavía no había conocido a Carl. Ahora Bodecker apenas la reconocía. Hacía años que Carl la había convencido para que dejara el trabajo en el Wooden Spoon y se mudase a California. Aunque solamente se marcharon un par de semanas, a su vuelta ella había cambiado. Se puso a trabajar de camarera en el Tecumseh, el local menos recomendable de la ciudad. Y ahora iba por ahí con unas minifaldas que apenas le cubrían el culo y la cara pintada como una de aquellas putas que él había echado de Water Street después de que lo eligieran—. He estado demasiado ocupado persiguiendo a maleantes —bromeó, intentando mitigar un poco el mal humor de la mujer que estaba llamando. Bajó la vista y vio una raspadura en la puntera de una de sus botas marrones nuevas. Se escupió en el pulgar y se agachó para intentar quitarla.

—Sí, no me cabe duda —dijo la mujer.

—¿Tiene usted algún problema? —dijo Bodecker.

—Pues mire, sí —dijo la mujer con furia—. Esa hermana suya ya lleva más de un año vendiéndose el coño en la misma puerta de atrás de ese antro inmundo, pero, que yo sepa, *sheriff*, usted no ha movido una mano para impedirselo. A saber cuántos matrimonios decentes habrá roto. Como le he dicho esta misma mañana al señor Matthews, una se pregunta cómo puede ser que lo hayan elegido a usted, con parientes como los que tiene.

—¿Con quién demonios hablo? —dijo Bodecker, inclinándose en su silla.

—¡Ja! —dijo la mujer—. No voy a picar con eso. Sé cómo funciona la ley en el condado de Ross.

—Funcionamos bien, gracias —dijo Bodecker.

—Eso no es lo que dice el señor Matthews. —Y, diciendo esto, la mujer colgó.

Bodecker colgó el teléfono de un golpe, echó su silla hacia atrás y se puso de pie. Miró su reloj y cogió las llaves de encima del archivador. Cuando ya estaba llegando a la puerta, se detuvo y volvió hacia el escritorio. Buscó en el cajón de arriba y encontró una bolsa abierta de bolas de caramelo de mantequilla. Se guardó un puñado de ellas en el bolsillo.

Mientras Bodecker pasaba frente al mostrador de recepción camino a la salida, el secretario, un joven de ojos verdes saltones con peinado de portaaviones, levantó la vista de la revista guarra que estaba leyendo:

—¿Todo bien, Lee? —le preguntó.

Con la enorme cara roja de indignación, el *sheriff* pasó de largo sin decir palabra, pero un momento más tarde se detuvo en la puerta y miró hacia atrás. El secretario estaba sosteniendo la revista justo debajo de la luz del techo, examinando a una mujer desnuda, fuertemente atada con correas de cuero y cuerdas de nailon y con las bragas hechas una pelota dentro de la boca.

—Willis —dijo Bodecker—. Que no entre nadie aquí y te pille mirando esa puñetera revista cerda, ¿me oyes? Ya tengo bastantes problemas.

—Claro, Lee —dijo el secretario—. Tendré cuidado. —Y empezó a pasar otra página.

—Me cago en la puta, hombre, ¿es que no pillas las indirectas? —le gritó Bodecker—. Guarda eso, hostia.

Mientras conducía hacia el Tecumseh, se puso a chupar una de las bolas de caramelo de mantequilla y a pensar en la mujer que le había dicho por teléfono que Sandy estaba haciendo la calle. Aunque sospechaba que Matthews la había hecho llamar solamente para tocarle los cojones, tenía que admitir que no le sorprendería nada que fuese verdad. En el aparcamiento había un par de cafeteras destartadas, además de una motocicleta Indian recubierta de barro seco. Se quitó el sombrero y la insignia y los guardó en el maletero. La última vez que había ido al Tecumseh, a principios de verano, había vomitado Jack Daniels por toda la mesa de billar. Sandy había echado a todo el mundo antes de hora y había cerrado el local. Él se había quedado tirado en el suelo pegajoso, entre las colillas, los escupitajos y la cerveza derramada, mientras ella intentaba

absorber con toallas aquella porquería que cubría el fieltro verde. Luego colocó un ventilador en el extremo seco de la mesa y lo encendió.

—Leroy se va a cagar cuando vea esto —dijo ella, con los brazos en jarras y las manos en las caderas huesudas.

—Que se vaya a la mierda ese hijoputa —balbuceó Bodecker.

—Sí, para ti es fácil decir eso —dijo Sandy, mientras lo ayudaba a levantarse del suelo y a sentarse en una silla—. Tú no tienes que trabajar para ese capullo.

—Pues cierro el puto local y a correr —dijo Bodecker, agitando los brazos frenéticamente—. Lo juro.

—Tranquilízate, hermano —dijo ella. Le limpió la cara con un trapo mojado y le preparó una taza de café instantáneo. En cuanto Bodecker dio el primer sorbo, la taza se le cayó y se hizo añicos contra el suelo.

—Joder, me lo tendría que haber imaginado —dijo Sandy—. Venga, que te llevo a casa.

—¿Qué clase de puñetera chatarra de coche tienes ahora? —dijo él con voz gangosa mientras ella lo ayudaba a sentarse en el asiento delantero de su coche.

—Cariño, esto no es ninguna chatarra —dijo ella.

Le echó un vistazo a la ranchera, intentando enfocar la mirada.

—¿Pues qué coño es? —dijo.

—Es una limusina —dijo Sandy.

12

En el cuarto de baño del motel, Sandy llenó la bañera y le quitó el envoltorio a una de las chokolatinas que llevaba en el neceser para aquellos días en los que Carl se negaba a parar para comer. Cuando estaban de viaje, él era capaz de pasarse días enteros sin comer y sin pensar en nada más que en encontrar al siguiente modelo. Pues él podía chupar aquellos puros asquerosos y hurgarse con aquella navaja sucia en los colmillos todo lo que quisiera, pero ella no tenía intención de irse a la cama con hambre.

El agua caliente le alivió el picor de la entrepierna, y ella se reclinó hacia atrás y cerró los ojos mientras mordisqueaba la barrita de Milky Way. El día en que se habían encontrado al chaval de Iowa, ella acababa de salir de la carretera principal en busca de algún sitio donde parar a echarse una siesta, cuando aquel apareció de un salto de entre un campo de soja, con pinta de espantapájaros.

En cuanto el chaval les enseñó el pulgar, Carl dio una palmada y dijo:
—Aquí lo tenemos.

El autoestopista iba cubierto de barro, porquería y briznas de paja, como si hubiera dormido en un establo. Incluso con todas las ventanillas abiertas, el olor a podrido que echaba les llenó el coche. Sandy sabía que no es fácil ir limpio cuando vives en la carretera, pero aquel espantapájaros era lo peor que habían recogido nunca.

Ahora dejó la chokolatina en el borde de la bañera. Respiró hondo, sumergió la cabeza debajo del agua y escuchó el sonido lejano de los latidos de su corazón, intentando imaginar que se detenía para siempre.

No se habían alejado mucho cuando el chaval empezó a canturrear con voz aguda: «California, ya vengoo, California, ya vengoo», y ella supo que Carl se iba a ensañar con él porque los dos se morían de ganas de olvidarse

de aquel maldito lugar. En una gasolinera de las afueras de Ames, Sandy llenó el depósito del coche y compró dos botellas de vodka con naranja, pensando que con ellas podrían callar un poco al chaval; sin embargo, en cuanto dio un par de tragos, se puso a corear todas las canciones de la radio, lo cual empeoró todavía más la cosa. Después de que el espantajo se pasara cinco o seis canciones graznando sin piedad, Carl se inclinó hacia ella y le dijo:

—Por Dios que este cabrón la va a pagar.

—Creo que tal vez sea retrasado o algo parecido —dijo ella en voz baja, confiando en que lo soltara por superstición hacia aquellas cosas.

Carl le echó un vistazo al chaval, se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—No, solamente es idiota. O un puto chiflado. No es lo mismo, ya sabes.

—Bueno, pero por lo menos apaga la radio —sugirió ella—. No tiene sentido animarlo.

—A la mierda, déjale que se divierta —dijo Carl—. Yo le haré enmudecer directamente.

Ella tiró al suelo el envoltorio de la chocolatina y dejó correr el agua caliente. Por entonces no había querido discutir, pero ahora desearía con todas sus fuerzas no haber tocado a aquel chaval. Enjabonó el paño de la bañera, se metió una punta dentro y cerró las piernas bien fuerte. En la otra habitación, Carl estaba hablando solo, aunque aquello normalmente no quería decir nada, sobre todo cuando acababan de terminar con un modelo. Luego él levantó un poco la voz y ella estiró el brazo para asegurarse de que la puerta estuviera cerrada con pestillo, por si acaso.

Con el chaval de Iowa habían aparcado al borde de un vertedero de basuras y Carl había sacado la cámara y empezado su perorata mientras ella y el chaval se terminaban la segunda botella de vodka con naranja.

—A mi mujer le gusta tontear, pero yo estoy demasiado cascado para que se me levante —le dijo al chico aquella tarde—. ¿Me entiendes?

Sandy le había dado una calada a su cigarrillo y había mirado al espantapájaros por el retrovisor. El chico se mecía de delante hacia atrás, con una sonrisa chiflada y asintiendo con la cabeza a todo lo que decía Carl; tenía los ojos tan vacíos como guijarros. Por un momento, ella pensó que

iba a vomitar. Era más que nada por nervios, y la náusea se le pasó enseguida, igual que siempre. Luego Carl sugirió que salieran del coche, y mientras él extendía una manta en el suelo, ella empezó a quitarse la ropa de mala gana. El chaval se puso a cantar otra vez, pero ella se llevó un dedo a los labios y le dijo que se quedara callado un ratito.

—Ahora vamos a divertirnos un poco —dijo ella, obligándose a sonreír y dando palmaditas al trozo de manta que tenía al lado.

Al chaval de Iowa le costó más tiempo que a la mayoría darse cuenta de lo que estaba pasando, pero aun así no ofreció mucha resistencia. Carl se tomó su tiempo y sacó por lo menos una veintena de fotos de objetos saliéndole de varios lugares: bombillas, perchas y latas de sopa. Para cuando dejó la cámara y dio el asunto por acabado, ya empezaba a oscurecer. Se limpió las manos y la navaja en la camisa del chaval y luego se puso a caminar hasta que encontró una nevera Westinghouse entre la basura, le quitó la porquería de encima y abrió la puerta, mientras Sandy le registraba los pantalones al chico.

—¿Nada más? —dijo Carl cuando ella le entregó un silbato de plástico y un centavo con un busto indio.

—¿Qué te esperabas? —le dijo ella—. No tiene ni billetera. —Echó un vistazo al interior de la nevera. Las paredes estaban cubiertas de una fina capa de moho verde y en un rincón había un frasco roto de mermelada viscosa y gris—. Joder, ¿vas a meterlo ahí adentro?

—Me da la impresión de que ha dormido en sitios peores —dijo Carl.

Doblaron al chico por la cintura y lo embutieron dentro de la nevera; luego Carl insistió en hacer una última foto, una de Sandy en bragas y sujetador rojos haciendo el gesto de cerrar la puerta. Se puso de cuclillas y la enfocó con la cámara.

—Esta es buena —dijo, después de darle al obturador—. Genial. —Por fin se puso de pie y se metió el silbato del chaval en la boca—. Ahora cierra la puta puerta. Ya puede soñar todo lo que quiera con California. —Y usó la pala para desparramar un buen montón de basura encima de la tapa de aquella tumba de metal. El agua se enfrió y Sandy salió de la bañera. Se cepilló los dientes, se puso crema limpiadora en la cara y se pasó un peine por el pelo mojado. El del soldado era el mejor polvo que había echado en

una temporada, y tenía planeado irse a dormir pensando en él. Lo que fuera con tal de sacarse de la cabeza aquel maldito espantajo.

Cuando salió del cuarto de baño con su albornoz amarillo, Carl estaba tumbado en su cama mirando el techo. Ella calculó que llevaría una semana sin bañarse. Se encendió un cigarrillo y le dijo que no pensaba dormir con él hasta que se lavara para quitarse el olor de aquellos chicos.

—No se llaman chicos, se llaman modelos —dijo él. Se levantó y dejó que le colgaran las gruesas piernas del borde de la cama—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—No me importa cómo se llamen —dijo Sandy—. Esa cama está limpia.

Carl echó un vistazo a las moscas de la moqueta.

—Sí, eso es lo que tú te crees —le dijo, y se fue para el cuarto de baño. Se quitó la ropa mugrienta y se olisqueó a sí mismo. Le gustaba su propio olor, aunque tal vez debería andarse con más cuidado. Últimamente le preocupaba un poco estar volviéndose marica, y sospechaba que Sandy también lo pensaba. Probó el agua de la ducha con la mano y se metió en la bañera. Se frotó la pastilla de jabón contra el cuerpo fofo y peludo. El hecho de hacerse pajas con las fotos no era buena señal, y él lo sabía, pero es que a veces no podía controlarse. Le resultaba duro volver a casa y pasarse noche tras noche sentado solo en aquel apartamento espantoso mientras Sandy servía copas en el bar. Mientras se secaba, intentó acordarse de la última vez que habían hecho el amor. Tal vez fuera la primavera pasada, aunque no podía estar seguro. Intentó imaginarse a Sandy otra vez joven y lozana, antes de que empezaran con toda aquella mierda. Por supuesto, él se había enterado enseguida de lo del cocinero que la había desvirgado y de sus encuentros de una noche con todos aquellos gamberros con granos, pero aun así en aquella época ella conservaba cierto aire de inocencia. A veces Carl pensaba que tal vez se debiera a que él tampoco tenía demasiada experiencia en la época en que la había conocido. Ciertamente, se había acostado con unas cuantas putas —el barrio estaba lleno de ellas—, pero él solamente tenía veintitantos años cuando a su madre le había dado el derrame que la dejó paralizada y casi sin habla. Para entonces ya hacía varios años que no venía ningún novio a llamar a su puerta, de manera que

le tocó a Carl cuidar de ella todo el tiempo. Durante los primeros meses estuvo considerando la posibilidad de aplastarle aquella cara retorcida con una almohada y liberarlos a los dos, pero a fin de cuentas ella era su madre. De modo que lo que hizo fue empezar a documentar su largo declive por medio de la cámara, y se pasó los trece años siguientes sacándole dos fotos por semana a su cuerpo consumido. Al final ella acabó acostumbrándose. Luego, una mañana, Carl la encontró muerta. Se sentó al borde de la cama y trató de comerse el huevo que acababa de aplastarle con el tenedor para que desayunara, pero no consiguió tragárselo. Tres días más tarde echaba la primera palada de tierra sobre su ataúd.

Después de pagarle el funeral, le quedaron, además de la cámara, doscientos diecisiete dólares y un Ford destartado que solamente arrancaba cuando no había humedad. La posibilidad de que aquel coche pudiera cruzar algún día el país era prácticamente nula, pero llevaba soñando con una nueva vida prácticamente desde el momento de nacer, y ahora su mejor y última excusa por fin descansaba en paz en el cementerio de Saint Margaret. Y así pues, el día antes de que venciera su alquiler, metió en cajas las pilas combadas de fotos que le había sacado a la enferma en su lecho y las dejó en la acera para que se las llevara el camión de la basura.

Luego condujo en dirección oeste desde Parsons Avenue hasta High Street y salió de Columbus. Su destino era Hollywood, pero por aquella época carecía de sentido de la orientación, y fue así como terminó aquella noche en Meade, Ohio, y en el Wooden Spoon. Cuando lo recordaba, Carl estaba convencido de que era el destino el que lo había llevado allí, pero a veces se acordaba de la Sandy dulce y suave de cinco años atrás y casi deseaba no haber parado nunca el coche.

Saliendo de su ensoñación con un estremecimiento, se metió una bola de pasta de dientes en la boca con la mano mientras se manoseaba con la otra. Tardó unos minutos, pero por fin estuvo listo. Salió del cuarto de baño desnudo y con cierta aprensión, con la punta del pene erecto morada y clavándosele en la barriga caída llena de estrías.

Pero Sandy ya estaba dormida, y cuando él estiró el brazo para tocarle el hombro, ella abrió los ojos y soltó un gemido.

—No me encuentro bien —le dijo, dándose la vuelta y encogiéndose en la otra punta de la cama.

Carl se quedó de pie junto a ella un par de minutos, respirando por la boca y sintiendo que se le retiraba la sangre. Por fin apagó la luz y se fue al cuarto de baño.

Joder, a ella le importaba un carajo que aquella noche él le estuviera pidiendo algo importante. Se sentó en el retrete y se metió la mano entre las piernas. Imaginó el cuerpo blanco y suave del joven recluta, cogió el paño mojado del suelo y lo mordió. Al principio la punta afilada de una rama con hojas había resultado demasiado grande para encajarla en el agujero de la bala, pero Carl la había movido de un lado a otro hasta colocarla bien enhiesta, con pinta de arbolito joven que brotara del pecho musculoso del soldado Bryson. Después de terminar, se puso de pie y escupió el paño al interior del lavabo. Con la vista clavada en su reflejo jadeante en el espejo, Carl comprendió que era muy probable que él y Sandy jamás volvieran a hacer el amor, y que estaban mucho peor de lo que él se había imaginado nunca.

Aquella misma noche se despertó presa del pánico, con el corazón grasiento temblándole dentro de la caja torácica como si fuera un animal atrapado y aterrado. De acuerdo con el reloj de la mesilla de noche, no llevaba dormido ni una hora. Empezó a darse la vuelta en la cama, pero de pronto se levantó bruscamente, fue dando tumbos a la ventana y abrió la cortina de un tirón. Gracias a Dios, la ranchera seguía en el aparcamiento.

—Puto imbécil —se dijo a sí mismo.

Se puso los pantalones, cruzó descalzo el aparcamiento de grava hasta el coche y abrió la portezuela con la llave. Por encima de su cabeza acechaba una masa de gruesos nubarrones. Sacó de la guantera los seis carretes de película, los llevó de vuelta a la habitación y se los metió dentro de los zapatos. Se había olvidado por completo de ellos, una violación flagrante de la regla número 7. Sandy murmuró algo en sueños sobre un espantapájaros o una cosa parecida. Carl volvió a la puerta abierta, encendió otro de los cigarrillos de ella y se quedó contemplando la noche. Mientras se maldecía por ser tan descuidado, las nubes se abrieron, dejando al descubierto un trozo de cielo estrellado al este. Se quedó mirándolo con los

ojos entornados a través del humo del cigarrillo y se puso a contar las estrellas, pero enseguida se detuvo y cerró la puerta. Un número más, un augurio más, no iba a cambiar nada esta noche de mierda.

13

Cuando Bodecker entró en el Tecumseh Lounge, se encontró a tres hombres sentados a una mesa y bebiendo cerveza. La luz del sol iluminó un instante el local a oscuras y proyectó la sombra alargada del *sheriff* por el suelo. Un momento más tarde la puerta se cerró detrás de él y todo volvió a quedar sumido en la penumbra. En la máquina de discos una canción de Patsy Cline llegaba a sus últimos compases tristes y temblorosos. Ninguno de los hombres dijo nada mientras el *sheriff* pasaba por su lado de camino a la barra. Uno de ellos robaba coches y el otro pegaba a su mujer. Los dos habían estado entre rejas y le habían sacado lustre a su coche patrulla en diversas ocasiones. Aunque Bodecker no conocía al tercero, sospechaba que era una simple cuestión de tiempo.

Bodecker se sentó en un taburete y esperó a que Juanita terminara de freír una hamburguesa en la parrilla grasienta. Se acordó de que ella le había servido su primer *whisky* en aquel bar, no hacía tantos años. Él se había pasado los siete años siguientes persiguiendo la sensación que había alcanzado aquella primera noche, pero jamás había vuelto a encontrarla. Ahora se metió la mano en el bolsillo para coger una de las golosinas, pero decidió aguantarse. Ella colocó la hamburguesa en un plato de plástico, al lado de unas pocas patatas fritas que sacó de una mantquera metálica, y un pepinillo alargado de color claro que pescó con un tenedor del interior de un frasco sucio de cristal. Luego llevó el plato hasta la mesa y se lo puso delante al ladrón de coches. Bodecker oyó que uno de los hombres decía algo de cubrir la mesa de billar antes de que alguien vomitara. Otro de los hombres se rio y él notó que empezaba a arderle la cara.

—Parad con eso —les dijo Juanita en voz baja. Fue a la caja registradora, sacó el cambio del ladrón de coches y se lo llevó.

—Estas patatas fritas están rancias —le dijo él.

—Pues no te las comas —contestó ella.

—A ver, cariño —dijo el maltratador—. Eso no está bien.

Juanita no le hizo caso, se encendió un cigarrillo y caminó hasta la punta de la barra, donde estaba sentado Bodecker.

—Dichosos los ojos —dijo ella—. ¿Qué te puedo...?

—Anda, pero si se le acaba de abrir el coño como si fuera una fiambarrera —dijo uno de los hombres en voz bien alta justo entonces, y la mesa estalló en risas.

Juanita negó con la cabeza.

—¿Puedo cogerte prestada la pistola? —le dijo a Bodecker—. Esos cabrones llevan aquí desde que he abierto por la mañana.

Él se los quedó mirando a través del largo espejo que discurría por detrás de la barra. El ladrón de coches estaba soltando una risita de chica mientras el maltratador aplastaba las patatas fritas sobre la mesa con el puño. El tercer hombre estaba reclinado en su silla con cara de aburrimiento, limpiándose las uñas con una cerilla.

—Los puedo echar, si quieres.

—No, da igual —dijo ella—. Se limitarían a volver luego y meterse conmigo todavía más. —Expulsó el humo con el costado de la boca y esbozó una media sonrisa. Confiaba en que su chaval no volviera a andar metido en líos. La última vez ella había tenido que pedir adelantada la paga de dos semanas para sacarlo de la cárcel, y todo por cinco discos que se había metido dentro de los pantalones en el Woolworths. Merle Haggard o Porter Wagoner ya estaban mal, pero ¿Gerry and the Pacemakers? ¿Hermaris Hermits? ¿The Zombies? Gracias a Dios que su padre estaba muerto, era lo único que ella podía decir—. ¿En qué te puedo ayudar entonces? —Bodecker se quedó mirando un momento las botellas que cubrían la pared de detrás del bar.

—¿Tienes café?

—Solamente instantáneo —dijo ella—. Por aquí no vienen muchos bebedores de café.

Él hizo una mueca.

—El instantáneo me hace daño al estómago —le dijo—. ¿Y un Seven Up?

Después de que Juanita le pusiera delante la botella de refresco, Bodecker se encendió un cigarrillo y dijo:

—Así pues, Sandy todavía no ha vuelto, ¿verdad?

—Ja —dijo Juanita—. Ya me gustaría a mí. Hace dos semanas que se fue.

—¿Cómo? ¿Ha dejado el trabajo?

—No, nada de eso —dijo la camarera—. Está de vacaciones.

—¿Otra vez?

—No sé cómo lo hacen —dijo Juanita, animándose, aliviada porque la visita del *sheriff* no tuviera al parecer nada que ver con su hijo—. No creo que se queden en ningún sitio caro, pero es que lo que yo gano aquí apenas me llega para pagar el alquiler de esa vieja caravana en la que vivo. Y sabes perfectamente que Carl no paga nada.

Bodecker dio un sorbo al refresco y volvió a acordarse de la llamada telefónica. De manera que probablemente fuera cierto; pero si Sandy llevaba más de un año haciendo la calle, tal como decía aquella zorra, ¿cómo era posible que él no se hubiera enterado hasta ahora? Tal vez fuera bueno que hubiera dejado la bebida. Estaba claro que el *whisky* ya había empezado a ablandarle el cerebro. A continuación echó un vistazo a la mesa de billar y pensó en otras cosas que tal vez había estado descuidando durante los últimos meses. Le vino un escalofrío repentino. Tuvo que tragar varias veces para evitar vomitar el Seven Up.

—¿Y cuándo vuelve? —preguntó.

—Le dijo a Leroy que volvía a finales de esta semana. Espero que sea verdad. El puto tacaño no quiere contratar a nadie más.

—¿Y no tienes ni idea de adónde iban?

—Con esa chica es difícil saberlo —dijo Juanita, encogiéndose de hombros—. Estaba hablando de Virginia Beach, pero no me imagino para nada a Carl tomando el sol dos semanas junto al océano, ¿a que no?

Bodecker negó con la cabeza.

—Para serte sincero, no me imagino a ese hijoputa haciendo nada. — Por fin se puso de pie y dejó un dólar sobre la barra—. Mira —le dijo—,

cuando vuelva, dile que necesito hablar con ella, ¿vale?

—Claro, Lee, no hay problema —dijo la camarera.

Después de que saliera por la puerta, uno de los hombres gritó:

—Eh, Juanita, ¿has oído lo que ha estado diciendo Hen Matthews sobre ese cabezón de mierda?

14

Una portezuela se cerró de golpe en el aparcamiento. Carl abrió los ojos y miró las flores y las frutas de la pared del otro lado de la habitación. Salió de la cama para ir al baño y vaciar la vejiga. No se peinó ni se cepilló los dientes ni tampoco se lavó la cara. Se vistió con la misma ropa que había llevado toda la semana anterior, una camisa púrpura y unos pantalones holgados de tela de traje gris reluciente. Se guardó los botes con las películas en los bolsillos, se sentó en el borde de una silla y se puso los zapatos. Consideró la posibilidad de despertar a Sandy para que pudieran salir ya, pero decidió dejarla descansar. Al fin y al cabo, se habían pasado tres noches durmiendo en el coche. Supuso que le debía aquello, y además se volvían a casa. Ya no tenían prisa alguna.

Mientras esperaba a que ella se despertara, Carl mordisqueó un puro y se sacó del bolsillo el fajo de billetes del recluta. Mientras contaba una vez más el dinero, se acordó de cuando el año pasado habían cruzado la punta sur de Minnesota. Ya no les quedaban más que tres dólares cuando se les perforó el radiador del Chevy cupé del 49 en el que viajaban aquel verano. Él se las apañó para sellar de forma provisional la gotera con una lata de pimienta negra que llevaba para emergencias como aquella, un truco que había oído una vez en un bar de carretera. Tras conducir un par de kilómetros más, encontraron una gasolinera rural justo antes de que volviera a abrirseles el agujero, y terminaron pasando casi todo un día esperando allí mientras un ayudante de mecánico al que le asomaba un paquete de Red Man del bolsillo de atrás se dedicaba a prometerles que se lo arreglaría en cuanto terminara una puesta a punto que su jefe quería para ayer.

—Ya no tardo nada, caballero —le decía a Carl cada quince puñeteros minutos.

Sandy tampoco contribuía precisamente a aligerar la espera. Se repanchingó en un banco que había justo delante de la puerta del garaje y se puso a limarse las uñas y a provocar al pobre desgraciado enseñándole las bragas de color rosa hasta que ya no sabía ni dónde estaba ni quién era, de tan nervioso que lo había puesto.

Por fin Carl levantó las manos en gesto exasperado, sacó los carretes de película de la guantera y se encerró en el lavabo de detrás de la gasolinera. En aquella sauna apestosa se pasó varias horas sentado, hojeando una pila de revistas de detectives ajadas y amontonadas en el suelo mojado al lado del retrete mugriento y asqueroso.

De vez en cuando oía la campanilla de la puerta principal, que anunciaba a otro cliente de la gasolinera. Una cucaracha marrón ascendió a ritmo de caracol por la pared. Él se encendió una de sus pichas de perro, pensando que tal vez le ayudaría a ir de vientre, pero tenía las tripas como el cemento. Lo único que le salía era un hilillo de sangre de vez en cuando. Los muslos gordos se le entumecieron. En un momento dado, alguien aporreó la puerta, pero no estaba dispuesto a renunciar a su asiento solamente para que algún hijo de puta asqueroso se lavara las manos como un remilgado. Ya estaba a punto de secarse el culo sanguinolento cuando se encontró con el artículo en un ejemplar empapado del True Crime. Se acomodó otra vez en la taza, tiró la ceniza del puro. El detective al que entrevistaban en el artículo contaba que habían encontrado los cadáveres de dos hombres; uno embutido en una alcantarilla de las inmediaciones de Red Cloud, Nebraska, y el otro clavado al suelo de un cobertizo de una granja abandonada de las afueras de Seneca, Kansas.

«Hablamos de ciento sesenta millas entre uno y otro», señaló el detective. Carl miró la fecha de la portada de la revista: noviembre de 1964. Joder, el artículo era de hacía nueve meses. Leyó con atención aquellas tres páginas cinco veces. Aunque no quería dar más detalles, el detective sugería que había una posibilidad muy grande de que los dos asesinatos estuvieran relacionados debido a la «naturaleza» de los crímenes. Al parecer, y a juzgar por el estado de los restos, la fecha estimada de las muertes era el verano de 1963, o por ahí andaría, dijo.

—Bueno, por lo menos el año lo has acertado— murmuró Carl para sus adentros. Había sido en su tercer viaje cuando se cargaron a aquellos dos. Uno era un marido fugitivo que confiaba en empezar una vida nueva en Alaska y el otro un vagabundo al que habían visto hurgando a la busca de comida en un cubo de basura tras la consulta de un veterinario. Los clavos habían quedado de narices en la foto. Se habían encontrado una lata de café llena de ellos nada más entrar en el cobertizo, como si los hubiera dejado allí el diablo sabiendo que Carl iba a presentarse un día.

Se limpió y se secó las manos sudorosas en los pantalones. Arrancó el artículo de la revista, lo dobló y se guardó las páginas en la billetera. Silbando una cancioncilla, mojó el peine en el lavabo y se peinó hacia atrás el pelo ralo y gris; luego se reventó un par de forúnculos que tenía en la cara. Encontró al ayudante de mecánico dentro del garaje, hablando en voz baja con Sandy. Tenía una pierna flaca pegada a las de ella.

—Joder, ya era hora —dijo ella cuando levantó la vista y lo vio.

Carl no hizo caso y le preguntó al mecánico:

—¿Lo has arreglado?

El hombre se alejó de Sandy y se metió las manos grasientas en los bolsillos del mono de trabajo con gesto nervioso.

—Eso creo —dijo—. Lo he llenado de agua y de momento no pierde.

—¿Qué más has llenado? —dijo Carl, mirándolo con cara de recelo.

—Nada, señor, nada de nada.

—¿Lo has dejado correr un rato?

—Lo hemos dejado correr diez minutos —dijo Sandy—. Mientras tú estabas encerrado en el retrete haciendo lo que fuera que hacías.

—Muy bien —dijo Carl—. ¿Qué te debemos?

El mecánico se rascó la cabeza y sacó el paquete de tabaco de mascar.

—Pues no sé. ¿Le parecen bien cinco pavos?

—¿Cinco pavos? —dijo Carl—. Joder, colega, ¿con lo bien que te lo has pasado con mi mujer? Se va a tirar una semana dolorida. Voy a tener suerte si no me la has preñado.

—¿Cuatro? —dijo el mecánico.

—Escucha a este cabrón —dijo Carl—. Te gusta aprovecharte de la gente, ¿verdad? —Le echó un vistazo a Sandy y ella le guiñó el ojo—. Muy

bien, si nos pones un par de botellas de refresco bien frías, te doy dos dólares, pero es mi última oferta. Mi mujer no es ninguna puta barata.

Ya era media tarde pasada para cuando salieron de allí, y aquella noche durmieron en el coche en el margen de una carretera rural tranquila. Compartieron una lata de paté de carne, usando de cuchara la navaja de Carl; a continuación Sandy se pasó al asiento de atrás y le dio las buenas noches. Al cabo de poco rato, justo cuando Carl estaba empezando a quedarse adormecido en el asiento de delante, un fuerte espasmo le recorrió las tripas y le hizo buscar a tientas la manecilla de la puerta. Salió corriendo del coche y se metió en una zanja de drenaje que discurría junto a la carretera. Se bajó los pantalones justo a tiempo y vació una semana entera de nervios y porquería sobre las hierbas mientras se agarraba al tronco de una asimina. Después de limpiarse con unas hojas secas, se quedó fuera del coche bajo la luz de la luna y leyó una vez más el artículo de la revista. Por fin sacó el encendedor y le pegó fuego. Decidió no mencionárselo a Sandy. A veces ella era una bocazas, y a él no le gustaba preocuparse por lo que iba a tener que hacer al respecto a largo plazo.

15

El día después de conversar con la camarera del Tecumseh, Bodecker condujo hasta el apartamento del lado este de la ciudad donde vivían su hermana y su cuñado. Básicamente le importaba un pimiento cómo viviera Sandy su asco de vida, pero no iba a dejarle que se vendiera el coño en el condado de Ross, por lo menos mientras él fuera *sheriff*. Ponerle los cuernos a Carl era una cosa —joder, él no podía culparla por eso—, pero hacerlo por dinero era algo completamente distinto. Aunque Hen Matthews iba a intentar ensuciar su nombre con aquello en cuanto llegaran las elecciones, a Bodecker le preocupaba por otros motivos. Las personas son como los perros: en cuanto se ponen a escarbar, ya no quieren parar. Primero sería el hecho de que el *sheriff* tenía una hermana puta, después alguien se enteraría de sus negocios con Tater Brown, y, al final, de todos los sobornos y demás mierdas que se habían ido acumulando desde que llevaba la insignia. Ahora que lo pensaba, debería haber trincado a aquel hijoputa ladrón y chuloputas cuando tenía oportunidad. Una detención grande como aquella prácticamente le podría haber limpiado la hoja de servicios. Sin embargo, se había dejado vencer por la codicia y ahora aquello iba a acompañarle de por vida.

Aparcado ante el mísero dúplex, vio cómo una camioneta de ganado se metía en los corrales del otro lado de la calle. El aire tórrido de agosto iba cargado con el olor penetrante del estiércol. No veía por ningún lugar esa vieja chatarra de coche en que Sandy lo había llevado a casa aquella última noche antes de dejar el alcohol, pero salió igualmente del coche patrulla. Estaba bastante seguro de que había sido una ranchera. Rodeó el costado de la casa y subió las escaleras desvencijadas que llevaban a la puerta del apartamento de ellos, en la segunda planta. En lo alto había un pequeño

rellano que Sandy llamaba la terraza. En un rincón se encontró una bolsa de basura volcada por el suelo, con una nube de moscas verdes pululando sobre las cáscaras de huevo, los posos del café y los envoltorios arrugados de hamburguesas. Al lado de la baranda de madera había una silla de cocina acolchada, y debajo de ella una lata de café llena hasta la mitad de colillas. Carl y Sandy tenían un estilo de vida peor que el de los negros de White Heaven y el de los palurdos analfabetos de Knockemstiff, pensó. Joder, cómo odiaba a los vagos. Los presos de la cárcel del condado se turnaban para lavarle el coche patrulla todas las mañanas; llevaba la raya de los pantalones caquis más marcada que el filo de un cuchillo. Le dio una patada a una lata vacía de Dinty Moore para quitarla del medio y llamó a la puerta, pero no le contestó nadie.

Cuando ya se estaba yendo, oyó una ráfaga débil de música procedente de algún sitio cercano. Se asomó por encima de la barandilla y vio a una mujer regordeta con un bañador floreado tumbada sobre una manta amarilla en el jardín de la casa de al lado. Por entre las hierbas altas que la rodeaban había desparramada una colección de carcacas y piezas herrumbrosas de motos viejas. La mujer llevaba el pelo castaño recogido sobre la coronilla y tenía en la mano un diminuto transistor. Estaba toda untada de aceite para bebé y relucía como un centavo nuevo bajo el sol radiante. La vio girar el dial en busca de otra emisora y por fin oyó el tañido gangoso de una canción palurda sobre corazones rotos. Luego la mujer dejó la radio en el borde de la manta y cerró los ojos. La barriga reluciente le subía y le bajaba. Ella se dio la vuelta, levantó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Tras comprobar que no había nadie mirando, se quitó la pieza superior del traje de baño. Después de vacilar un momento, alargó el brazo y tiró hacia arriba de la pieza de abajo para revelar ocho o diez centímetros de nalgas blancas.

Bodecker encendió un cigarrillo y empezó a bajar las escaleras. Se imaginó a su cuñado sentado allí bajo el sol, sudando a mares y tratando de ver todo lo que pudiera. Era bastante fácil, teniendo en cuenta cómo la mujer se tumbaba allí para que la viera todo el mundo. Hacer fotos parecía ser lo único que le importaba a Carl, y Bodecker se preguntó si le habría hecho alguna a aquella vecina sin que ella lo supiera. Aunque no estaba

seguro, supuso que habría una ley que prohibía aquella clase de rollos. Y si no la había, tendría que haberla, joder.

16

Para cuando se fueron del Sundowner ya era mediodía. Sandy se había despertado a las once y se había pasado una hora en el cuarto de baño hasta quedar lista. Solamente tenía veinticinco años, pero en el pelo castaño ya se le veían mechones grises. A Carl le preocupaban sus dientes, que siempre habían sido su mejor rasgo. Ahora los tenía manchados de un color amarillo feísimo por culpa de todo lo que fumaba. También se había dado cuenta de que tenía mal aliento todo el tiempo, sin importar cuántas pastillas de menta consumiera. Algo estaba empezando a pudrirse dentro de su boca, estaba seguro.

En cuanto volvieran a casa tenía que llevarla a un dentista. Odiaba pensar en lo que iba a costarle, pero una sonrisa bonita era parte importante de sus fotografías, y proporcionaba un contraste necesario a todo el dolor y el sufrimiento. Aunque lo había intentando de vez en cuando, Carl nunca había conseguido que ninguno de los modelos fingiera ni que fuera una sonrisita en cuanto él sacaba la pistola y empezaba con ellos.

—Chica, ya sé que a veces cuesta, pero si queremos que estas fotos salgan bien necesito que parezcas contenta —le decía a Sandy cada vez que le hacía a uno de los hombres algo que le disgustaba—. Tú piensa en el cuadro de la Mona Lisa. Haz ver que eres ella y que estás colgada en la pared del museo.

No llevaban más que unos kilómetros en la carretera cuando Sandy pisó el freno de golpe y paró en una pequeña cafetería llamada Tiptop. Tenía una forma como de choza india y estaba pintada de distintos tonos de rojo y verde. El aparcamiento se veía casi lleno.

—¿Qué cojones estás haciendo? —le dijo Carl.

Sandy apagó el motor, salió y dio la vuelta al coche.

—No pienso conducir ni un kilómetro más sin comer algo como Dios manda —dijo ella—. Llevo tres días sin probar más que golosinas. Joder, me están empezando a bailar los dientes.

—Hostia puta, pero si acabamos de coger la carretera —dijo Carl, mientras ella daba media vuelta y echaba a andar hacia la puerta de la cafetería—. Espera —le gritó—. Voy contigo.

Cerró el coche con llave, fue tras ella y encontraron un reservado junto al ventanal. La camarera les trajo dos tazas de café y un menú ajado y lleno de manchas de *ketchup*. Sandy se pidió una torrija y Carl una guarnición de beicon muy hecho. Ella se puso unas gafas de sol y miró cómo un hombre ataviado con un delantal sucio intentaba instalar un rollo de papel nuevo dentro de la máquina registradora. A ella aquel sitio le recordaba al *Wooden Spoon*. Carl examinó el local atestado, lleno sobre todo de granjeros y ancianos, y con un par de viajeros demacrados que estudiaban una lista de clientes potenciales. Luego se fijó en un joven de unos veintipocos años que estaba sentado en la barra comiéndose un trozo de tarta de merengue de limón. De constitución robusta, grueso y con el pelo ondulado. Apoyada en el taburete a su lado tenía una mochila con una banderita americana cosida.

—¿Y qué? —dijo Carl, después de que la camarera les trajera la comida—. ¿Te encuentras mejor hoy? —Mientras hablaba, se dedicaba a vigilar con un ojo inyectado en sangre al tipo de la barra y con el otro el coche de ellos.

Sandy tragó saliva y negó con la cabeza. Echó un poco más de sirope sobre la torrija.

—De hecho, tenemos que hablar de eso —dijo ella.

—¿Qué pasa? —preguntó él, quitándole la corteza quemada a una tira de beicon y metiéndosela en la boca. Luego le cogió un cigarrillo del paquete y lo hizo rodar entre sus dedos. Puso delante de ella lo que quedaba de su plato.

Sandy dio un sorbo a su café y echó un vistazo a la gente que tenían en la mesa de al lado.

—Puede esperar —dijo.

El tipo de la barra se puso de pie y le dio algo de dinero a la camarera. Luego se echó la mochila al hombro con un gemido cansado y salió por la

puerta con un mondadientes en la boca. Carl lo vio ir hasta el arcén de la carretera y tratar de parar a un coche que pasaba haciendo dedo. El coche pasó de largo y el tipo echó a caminar en dirección oeste con andares perezosos. Carl se volvió hacia Sandy y señaló al otro lado de la ventana con la cabeza.

—Sí, ya lo he visto —dijo ella—. Vaya cosa. Están por todas partes. Son como cucarachas.

Carl escrutó la carretera en busca de coches mientras Sandy terminaba de comer. Pensó en su decisión de volverse a casa hoy. Anoche había visto que las señales eran muy claras, pero ahora ya no estaba tan seguro. Un modelo más estropearía los tres números seis, pero podían pasarse una semana en el coche y no encontrar a otro que tuviera el aspecto de aquel chico. Sabía que no debía interferir con las señales, pero de pronto se acordó de que la habitación donde habían pasado la noche era la número siete. Y desde que se había marchado el chico no había pasado ni un solo coche. Tenían al tipo allí afuera, esperando a que alguien lo recogiera bajo un sol de justicia.

—Muy bien —dijo Sandy, secándose la boca con una servilleta de papel—. Ya puedo conducir. —Se levantó y cogió su bolso—. No hagamos esperar a ese cabrón.

TERCERA PARTE
HUÉRFANOS Y FANTASMAS

17

Después del suicidio de su padre, a Arvin lo habían mandado a vivir con su abuela, y aunque Emma se aseguraba de que el chico las acompañara a ella y a Lenora a la iglesia todos los domingos, jamás le pedía ni que rezara ni que se arrodillara delante del altar. Los servicios sociales de Ohio le habían contado a la anciana el terrible verano que el chico había pasado mientras se estaba muriendo su madre, y ella había decidido no obligarlo a nada más que al simple hecho de asistir.

Sabiendo que a veces el reverendo Sykes tenía propensión al exceso de celo en sus intentos de traer al redil a los recién llegados que no lo tenían muy claro, Emma había acompañado a Arvin un par de días después de su llegada y le había explicado al predicador que su nieto entraría en la fe a su manera y cuando estuviera listo. Lo de colgar animales atropellados en cruces y derramar sangre sobre el tronco había impresionado en secreto al viejo predicador —al fin y al cabo, ¿acaso no eran fanáticos en su fe todos los cristianos famosos?—, pero asintió y se mostró de acuerdo con Emma en que tal vez aquella no fuera la mejor manera de introducir a una persona joven en la fe.

—Ya entiendo lo que me quieres decir —le dijo Sykes—. No conviene convertirlo en uno de esos chiflados de Topperville.

Estaba sentado en los escalones de la iglesia pelando con una navaja una manzana amarilla y majada. Corría una mañana soleada de septiembre. Llevaba puesta la chaqueta de vestir de los domingos por encima de un peto descolorido y una camisa blanca a la que estaba empezando a deshilachársele el cuello. Últimamente le había estado doliendo el pecho, y se suponía que Clifford Odell lo tenía que llevar a ver a un médico nuevo en Lewisburg, pero todavía no se había presentado. Sykes había oído decir en

la tienda de Banner que aquel matasanos había ido seis años a la universidad y tenía ganas de conocerlo. Se imaginó que un hombre con semejante formación podría curar cualquier cosa.

—¿Y qué quieres decir tú con eso, Albert? —preguntó Emma.

Sykes levantó la vista de la manzana y vio la cara severa con que la mujer lo estaba mirando. Tardó un momento en darse cuenta de lo que acababa de decir, y la vergüenza hizo que se le ruborizara la cara arrugada.

—Lo siento, Emma —dijo atropelladamente—. No estaba hablando de Willard para nada. Willard era un buen hombre. Uno de los mejores. Caray, todavía me acuerdo del día en que fue salvado.

—No pasa nada —dijo ella—. No sirve de nada dar coba a los muertos, Albert. Yo sé cómo era mi hijo. Simplemente no atosigues a su chaval, es lo único que te pido.

Lenora, en cambio, parecía que nunca tenía bastante religión. Llevaba encima una Biblia allí donde iba, hasta a la letrina, igual que había hecho Helen, y todas las mañanas se levantaba antes que nadie y se pasaba una hora rezando de rodillas en el suelo de madera astillado de al lado de la cama que compartía con Emma. Aunque no tenía recuerdos ni de su padre ni de su madre, la chica dedicaba la mayoría de las oraciones que le dejaba oír a Emma al alma de su madre asesinada, y la mayoría de las que se callaba a encontrar alguna noticia de su padre desaparecido. La anciana le había dicho mil veces que era mejor olvidarse de Roy Laferty, pero Lenora no podía evitar preguntarse por él. Casi todas las noches se quedaba dormida imaginándose que él se acercaba por el porche vestido con un traje negro nuevo y lo arreglaba todo. Le producía un pequeño consuelo, y se permitía a sí misma confiar en que, con la ayuda del Señor, y en caso de que siguiera con vida, su padre realmente iba a regresar un día. Varias veces por semana, sin importar qué tiempo hiciera, ella visitaba el cementerio y leía la Biblia en voz alta, sobre todo los Salmos, sentada en el suelo junto a la tumba de su madre. Emma le había contado una vez que aquella era la parte de las Escrituras que más le gustaba a Helen, y para cuando terminó sexto curso, Lenora ya se los sabía todos de memoria.

El *sheriff* ya había renunciado hacía mucho tiempo a encontrar a Roy y Theodore. Parecía que se hubieran convertido en fantasmas. Nadie era

capaz de encontrar ni una mala fotografía ni ninguna otra prueba de su existencia.

—Joder, hasta los retrasados de Hungry Holler tienen certificados de nacimiento —decía a modo de excusa cada vez que alguno de sus electores aludía a la desaparición de aquellos dos. No le había mencionado a Emma el rumor que había oído justo después de que desaparecieran: que el lisiado estaba enamorado de Roy y que tal vez hubiera habido algún rollo de mariconeo entre los dos antes de que el predicador se casara con Helen.

Durante la investigación inicial, varias personas testificaron que Theodore se había quejado amargamente de que la mujer le había quitado toda la vida al mensaje espiritual de Roy.

—Ha estropeado a muchos hombres buenos, esa maldita arpía —le oían decir al lisiado después de unas cuantas copas—. Predicador y qué más —añadía—. Si ya no piensa en nada más que en mojar.

Al *sheriff* le irritaba sobremanera que aquellos dos imbéciles sodomitas pudieran haber cometido un asesinato en su condado y haberse escapado de rositas; de manera que se dedicaba a repetir el mismo cuento de siempre, que lo más probable era que el mismo maníaco que había masacrado a la familia de Millersburg hubiera matado también a Helen y hubiera cortado en pedazos a Roy y Theodore o bien tirado sus cuerpos al río Greenbrier. Lo repetía tanto que había veces en que hasta él se lo creía a medias.

Aunque Arvin nunca le creaba problemas graves, a Emma no le costaba ver a Willard en él, sobre todo en lo tocante a las peleas. Para cuando tuvo catorce años, ya lo habían echado varias veces de la escuela por pelearse a puñetazos. «Elige el momento adecuado», recordaba que le había dicho su padre, y Arvin había aprendido bien aquella lección: se dedicaba a pillar al enemigo de turno a solas y desprevenido en los lavabos, o bien en la escalera, o debajo de la tribuna del gimnasio. Principalmente, sin embargo, en todo Coal Creek se lo conocía por su temperamento tranquilo, y había que reconocerle que casi todas las broncas en que se metía eran por Lenora, por defenderla de todos los matones que se burlaban de sus modales beatos, de su cara transida y de aquel puñetero gorrito que se empeñaba en llevar. Aunque solamente era unos meses más joven que Arvin, ya se la veía reseca, como si fuera una pálida patata de invierno dejada demasiado

tiempo en la tierra. Él la quería como si fuera su hermana, pero a veces le daba vergüenza entrar por las mañanas en la escuela con aquella chica siguiéndole recatadamente los pasos.

—No va a llegar a animadora del equipo, eso está claro —le dijo al tío Earskell.

Arvin deseaba con todas sus fuerzas que su abuela nunca le hubiera dado a Lenora la fotografía en blanco y negro de Helen de pie bajo el manzano de detrás de la iglesia con un vestido largo y sin forma y la cabeza cubierta por un gorro con volantes. Por lo que a él respectaba, a la chica no le hacía falta que le dieran nuevas ideas para conseguir parecerse más a la sombra de su triste madre.

Siempre que Emma le preguntaba por las peleas, Arvin se acordaba de su padre y de aquel día húmedo de otoño en que había defendido el honor de Charlotte en el aparcamiento del Bull Pen. Aunque era el mejor día que recordaba haber pasado nunca con Willard, jamás le había hablado a nadie de él, igual que tampoco mencionaba nunca la mala época que había llegado poco después. Lo que hacía en cambio era limitarse a decir, con los débiles ecos de la voz de su padre resonándole en la cabeza:

—Abuela, es que la escuela está llena de hijos de la gran puta.

—Dios mío, Arvin, ¿por qué siempre estás diciendo eso?

—Porque es verdad.

—Bueno, pues en ese caso quizá lo que deberías hacer es rezar por ellos —le sugirió—. No le haría daño a nadie, ¿verdad que no? —Era en momentos como aquel cuando se arrepentía de haberle dicho al reverendo Sykes que dejara que el chico encontrara el camino de Dios por su cuenta. Por lo que ella veía, a Arvin siempre le faltaba poco para ponerse a andar en la dirección contraria.

El puso los ojos en blanco; aquel era el consejo de su abuela para todo.

—Tal vez no —dijo—. Pero Lenora ya reza bastante por los dos, y tampoco veo que le esté sirviendo de mucho.

18

Compartían carpa al final del carril del medio con la Mujer Flamenco, una mujer más flaca que una escoba, y con la nariz más larga que Roy le hubiera visto nunca a un ser humano.

—Pero no es verdad que sea un pájaro, ¿a que no? —le preguntó Theodore después de que la conocieran, con una voz tímida y temblorosa que contrastaba con su habitual berrido. Lo había asustado la extraña apariencia de aquella mujer. No era la primera vez que trabajaban con fenómenos de circo, pero nunca se habían encontrado con nada parecido.

—No —lo tranquilizó Roy—. Solamente lo hace ver.

—Ya me parecía a mí —dijo el lisiado, aliviado al saber que era un montaje. Echó un vistazo y se fijó en que Roy le estaba mirando el culo a la mujer mientras ella se iba andando a su caravana—. A saber qué clase de enfermedades tiene una tipa así —añadió, recuperando rápidamente su chulería en cuanto se aseguró de que ella no lo podía oír—. Esa clase de mujeres se follan un perro o un burro o lo que sea por un par de dólares.

La Mujer Flamenco tenía el pelo espeso y alborotado teñido de color rosa, y llevaba un bikini con plumas de paloma raídas encoladas a la tela de color carne. Su espectáculo consistía básicamente en aguantarse sobre una pierna en una piscinita de plástico llena de agua sucia mientras se acicalaba con el pico. En una mesa detrás de ella había un tocadiscos del que salía una música lenta y triste de violines que a veces la hacía llorar si ese día se había tomado por accidente demasiadas de sus pastillas para los nervios. Tal como había temido, Theodore se dio cuenta al cabo de un par de meses de que Roy se la estaba tirando, aunque por mucho que lo intentara jamás conseguía pillarlos en pleno acto inmundo.

—Un día de estos esa fea asquerosa va a poner un huevo —le recriminaba a Roy—, y me apuesto lo que quieras a que el puto pollito se va a parecer a ti.

A veces aquello le importaba y a veces no. Dependía de cómo se llevara en aquel momento con el Payaso Panqueque. Panqueque había acudido a Theodore para aprender unos cuantos acordes de guitarra, pero había acabado enseñándole al lisiado a tocar la flauta de carne.

En cierta ocasión Roy cometió el error de comentarle a su primo que lo que estaba haciendo con el payaso era una abominación a los ojos de Dios. Theodore dejó la guitarra en el suelo de serrín y escupió un salivazo marrón en un vaso de plástico. Había empezado a mascar tabaco hacía poco. Le daba un poco de ganas de vomitar, pero a Panqueque le gustaba el olor que adquiría su aliento.

—Joder, Roy, mira quién fue a hablar, el chiflado de los cojones —le contestó.

—¿Y eso qué coño quiere decir? Yo no soy ningún sarasa.

—Puede que no, pero me parece a mí que te cargaste a tu parienta con un destornillador, ¿no? ¿O es que te has olvidado de eso?

—No me he olvidado, no —dijo Roy.

—Bueno, ¿y te parece que el Señor tiene peor concepto de mí del que tiene de ti?

Roy vaciló un momento antes de contestar. Según lo que había leído en un panfleto que encontró debajo de una almohada en un albergue del Ejército de Salvación, lo más seguro era que acostarse con otro hombre estuviera a la misma altura que matar a su mujer, pero Roy no estaba seguro de cuál de las dos cosas era peor. A veces le confundía la manera en que se calculaba el peso de ciertos pecados.

—No, supongo que no —dijo por fin.

—Entonces te sugiero que te quedes con tu cuervo de pelo rosa o tu pelícano o lo que coño sea y nos dejes en paz a mí y a Panqueque —dijo Theodore, sacándose el pegote de tabaco de la boca con los dedos y tirándolo a la piscinita de la Mujer Flamenco. Los dos oyeron un suave chapoteo—. No le hacemos daño a nadie.

La pancarta de fuera de la tienda decía: EL PROFETA Y EL GUITARRISTA. Roy declamaba su siniestra versión del fin de los tiempos mientras Theodore ponía la música de fondo. Costaba un cuarto de dólar entrar en la carpa, y no era fácil convencer a la gente de que la religión podía ser entretenida cuando a pocos metros había bastantes distracciones más emocionantes y menos serias, de manera que a Roy se le ocurrió que podía comer insectos durante su sermón, lo cual era una versión ligeramente distinta de su viejo espectáculo con arañas. Cada dos minutos dejaba de predicar para sacar de un viejo cubo de pesca un gusano escurridizo o una cucaracha crujiente o una babosa viscosa y se ponía a masticarlos como si fueran golosinas. A partir de entonces el negocio empezó a ir mejor. Dependiendo del público, hacían cuatro o a veces cinco funciones por noche, alternándose cada cuarenta y cinco minutos con la Mujer Flamenco. Al final de cada función Roy salía rápidamente por la parte de atrás de la tienda para regurgitar los bichos, seguido por Theodore en su silla de ruedas. Mientras esperaban para entrar otra vez, se dedicaban a fumar, dar sorbos de una botella y escuchar a medias cómo los borrachos de dentro gritaban jovialmente y trataban de convencer a la falsa ave para que se despojara de sus plumas.

En 1963 ya llevaban casi cuatro años con aquel circo en concreto, la Diversión Familiar de Billy Bradford, viajando de una punta del sur húmedo y caluroso a la otra desde principios de primavera hasta finales de otoño a bordo de un autobús escolar retirado de circulación y atiborrado de lona mohosa, sillas plegables y postes metálicos, siempre montando las carpas en poblachos inmundos donde los lugareños creían que un par de atracciones giratorias chirriantes, unos gatos monteses desdentados y llenos de pulgas y una penosa colección de fenómenos de la naturaleza eran un espectáculo de primera. En una buena noche, Roy y Theodore podían sacarse veinte o treinta pavos. La Mujer Flamenco y el Payaso Panqueque se llevaban la mayor parte de lo que ellos no podían gastarse en bebida o en bichos o en el tenderete de los perritos calientes. Virginia Occidental parecía estar a un millón de kilómetros y los dos fugitivos no se podían imaginar que la autoridad de Coal Creek pudiera nunca estirar tanto el

brazo. Hacía casi catorce años que habían enterrado a Helen y habían huido al sur. Ya ni siquiera se molestaban en usar nombres falsos.

19

El día que Arvin cumplía quince años, el tío Earskell le dio una pistola envuelta en una tela junto con una caja polvorienta de cartuchos.

—Era de tu padre —le dijo el viejo—. Es una Luger alemana. Se la trajo de la guerra. Me imagino que él querría que la tuvieras tú. —Al viejo nunca le habían gustado nada las pistolas, de manera que después de que Willard se marchara a Ohio la había tenido escondida debajo de un tablón del suelo en el ahumadero. Desde entonces no la había tocado más que para limpiarla de vez en cuando. Cuando vio ahora la expresión de euforia del chico, se alegró de no haberla vendido. Acababan de terminar de cenar y quedaba un trozo de conejo frito en el plato del medio de la mesa. Earskell se planteó si guardarse o no aquella pata para el desayuno, pero al final la cogió y se puso a mordisquearla. Arvin desenvolvió la tela con cuidado. La única arma que su padre había tenido en casa era un rifle del 22, y Willard nunca le había permitido que lo tocara, ni mucho menos que lo disparara. Earskell, en cambio, le había dado al chico un Remington del calibre 16 y se lo había llevado al bosque solamente tres o cuatro semanas después de que viniera a vivir con ellos.

—En esta casa más vale saber manejar un arma, a menos que te quieras morir de hambre —le había dicho el viejo.

—Pero yo no quiero dispararle a nada —dijo aquel día Arvin, cuando Earskell se paró y señaló dos ardillas grises que estaban dando saltitos en las ramas altas de un nogal.

—¿No te he visto esta mañana comerte una chuleta de cerdo?

—Sí.

El anciano se encogió de hombros.

—Alguien ha tenido que matar a ese cerdo y descuartizarlo, ¿no?

—Supongo.

Earskell levantó su escopeta y disparó. Una de las ardillas cayó al suelo y el viejo echó a andar hacia ella.

—Hay que intentar no destrozarlas demasiado —dijo por encima del hombro—. Se trata de que quede algo para servir en el plato.

La capa de lubricante hacía que la Luger brillara como nueva bajo la luz temblorosa de las lámparas de queroseno que colgaban de los extremos de la sala.

—Nunca le oí hablar del tema —dijo Arvin, levantando la pistola por la empuñadura y apuntando con ella a la ventana—. De cuando estaba en el ejército, digo. —Había unas cuantas cosas de las que su madre le había prevenido en relación a su padre, y hacer preguntas sobre lo que había visto en la guerra estaba en los primeros puestos de la lista.

—Sí, lo sé —dijo Earskell—. Me acuerdo de que cuando volví intenté que me hablara de los japos, pero cada vez que yo sacaba el tema se ponía a hablar otra vez de tu madre. —Se terminó el conejo y dejó el hueso en el plato—. Joder, yo creo que por entonces no sabía ni cómo se llamaba. Solamente la había visto hacer de camarera en una cafetería cuando estaba de camino a casa.

—El Wooden Spoon —dijo Arvin—. Cuando ya estaba enferma me llevó a verlo un día.

—Creo que en aquellas islas vio cosas chungas —dijo el viejo. Miró a su alrededor en busca de un trapo y se acabó limpiando las manos en la pechera del peto—. Nunca averigüé si se comían a sus cadáveres o no.

Arvin se mordió el labio y tragó saliva.

—Este es el mejor regalo que me han hecho nunca.

En ese momento entró en la cocina Emma, trayendo una tarta amarilla de aspecto sencillo en una bandeja pequeña. En el centro había una sola vela. Lenora entró detrás, vestida con el vestido largo y azul y el gorro que normalmente no llevaba más que a la iglesia. Tenía una caja de cerillas en una mano y su Biblia de cuero agrietado en la otra.

—¿Qué es eso? —dijo Emma cuando vio a Arvin con la Luger en la mano.

—Es la pistola de Willard, la que me dio —dijo Earskell—. Me ha parecido que era hora de pasársela al chico.

—Ay, Dios —dijo Emma. Dejó el pastel sobre la mesa y se agarró los bajos del delantal a cuadros para secarse una lágrima. Ver la pistola acababa de recordarle otra vez a su hijo y a la promesa que ella no había cumplido tantos años atrás. A veces no podía evitar preguntarse si acaso no seguirían todos vivos hoy si ella hubiera conseguido convencer a Willard para que se quedara y se casara con Helen.

Todo el mundo se quedó un momento en silencio, casi como si adivinaran lo que la anciana estaba pensando. Por fin Lenora encendió una cerilla y dijo con voz cantarina:

—Feliz cumpleaños, Arvin. —Y encendió la vela, la misma que habían usado para celebrar su decimocuarto cumpleaños de ella hacía solamente unos meses.

—No sirve para gran cosa —continuó Earskell, haciendo caso omiso del pastel y señalando la pistola con la cabeza—. Tienes que estar justo encima de algo para darle.

—Venga, Arvin —dijo Lenora.

—Para eso tiras una piedra —bromeó el anciano.

—¿Arvin?

—La escopeta te irá mucho mejor.

—Pide el deseo antes de que se apague la vela —dijo Emma.

—Son balas de nueve milímetros —comentó Earskell—. Banner no las vende en su tienda, pero puede encargarnos especialmente.

—¡Date prisa! —gritó Lenora.

—Vale, vale —dijo el chico, dejando la pistola sobre la tela. Se inclinó y apagó la llamita.

—¿Qué deseo has pedido? —preguntó Lenora. Confiaba en que tuviera algo que ver con el Señor, pero, conociendo a Arvin, tampoco se hacía muchas ilusiones.

Todas las noches rezaba para que se despertara con el corazón resplandeciente de amor a Cristo. Odiaba pensar que el chico terminaría en el infierno igual que el Elvis Presley aquel y todos aquellos pecadores a los que escuchaba por la radio.

—Ya sabes que esas cosas no se preguntan —dijo Emma.

—No pasa nada, abuela —dijo Arvin—. He deseado poderos llevar a todos a Ohio y enseñaros el sitio donde vivíamos. Era muy bonito, vivir en lo alto de aquella colina. Por lo menos antes de que mi madre se pusiera enferma.

—¿Alguna vez os he contado que viví en Cincinnati? —dijo Earskell.

Arvin miró a las mujeres y les guiñó el ojo.

—A mí no me suena.

—Dios, otra vez no —murmuró Emma, mientras Lenora, sonriendo para sí misma, sacaba del pastel el trozo de vela y lo guardaba en la caja de cerillas.

—Sí, me fui para allá detrás de una moza —dijo el viejo—. Era de Fox Knob, se había criado justo al lado de los Riley. Su casa ya no está allí. Quería estudiar para secretaria. Yo debía de tener tu edad, no mucho más.

—¿Quién quería estudiar para secretaria? —preguntó Arvin—. ¿Tú o la chica?

—¡Ja! Ella —dijo Earskell. Respiró hondo y soltó lentamente el aire—. Se llamaba Alice Louise Berry. Te acuerdas de ella, ¿verdad, Emma?

—Me acuerdo, Earskell.

—¿Y por qué no te quedaste? —dijo Arvin, sin pensar. Aunque había oído partes de la historia un centenar de veces, nunca le había preguntado al viejo cómo era que había acabado en Coal Creek. Viviendo con su padre, Arvin había aprendido que no había que meter demasiado las narices en los asuntos de los demás. Todo el mundo tenía cosas de las que no quería hablar, él incluido.

En los cinco años transcurridos desde las muertes de sus padres, por ejemplo, jamás había mencionado el rencor que le tenía a Willard por haberlo abandonado. Ahora se sentía un idiota por haber abierto la boca y haber metido al viejo en un brete. Se puso a envolver la pistola con la tela.

Earskell contempló la habitación con ojos vidriosos y apagados, como si estuviera buscando la respuesta en el papel floreado de la pared, aunque sabía perfectamente la razón. Alice Louise Berry había muerto en la epidemia de gripe de 1918, junto con tres millones más de pobres

desgraciados, pocas semanas después de empezar las clases en la Escuela de Secretariado Gilmore Sanderson.

Si se hubieran quedado en las colinas, pensaba a menudo Earskell, tal vez ella seguiría con vida. Pero Alice estaba llena de sueños ambiciosos, era una de las cosas que le habían encantado de ella, y se alegraba de no haber intentado disuadirla. Estaba seguro de que aquella temporada que habían pasado en Cincinnati entre edificios altos y calles atestadas, antes de que Alice sucumbiera a la fiebre, había sido la más feliz de su vida.

Y también de la de él. Al cabo de un momento largo, desechó los recuerdos con un parpadeo y dijo:

—Esa tarta tiene pinta de estar de narices.

Emma cogió el cuchillo y la cortó en cuatro pedazos, uno para cada uno de ellos.

20

Un día Arvin se puso a buscar a Lenora después de que terminaran las clases y la encontró acorralada contra la incineradora de basura al lado del garaje para autobuses, arrinconada por tres chicos. Mientras se les acercaba por detrás, oyó que Gene Dinwoodie le decía:

—Joder, eres tan asquerosamente fea que para que se me pusiera dura tendría que taparte la cabeza con una bolsa.

Los otros dos, Orville Buckman y Tommy Matson, se rieron y se arrimaron más a ella. Eran alumnos de último curso que habían repetido un año o dos, y todos eran más grandes que Arvin. En la escuela se pasaban la mayor parte del tiempo sentados en el edificio del taller, contándose chistes verdes con el inútil del profesor de Artes Industriales y fumando tabaco de liar Bugler.

Lenora tenía los ojos fuertemente cerrados y se había puesto a rezar. Le resbalaban las lágrimas por la cara rosada. Arvin solamente pudo darle un par de golpes a Dinwoodie antes de que los otros dos lo derribaran y se turnaran para darle puñetazos. Mientras estaba tumbado en la grava, se puso a pensar, tal como hacía a menudo en medio de las peleas, en el cazador al que su padre había dado una paliza tan salvaje aquel día sobre el barro de la letrina. Pero, a diferencia de aquel tipo, Arvin no se rendía nunca. Podrían haberlo matado de no haberse presentado el conserje con un carro lleno de cajas de cartón para quemar. Se pasó una semana entera con dolor de cabeza y varias más con dificultades para leer la pizarra.

Aunque tardó casi dos meses, Arvin se las apañó para pillarlos a todos por separado. Una tarde justo antes de que oscureciera, siguió a Orville Buckman a la tienda de Banner. Se escondió detrás de un árbol, a un centenar de metros camino abajo, y vio cómo el chaval salía dando tragos a

un refresco y terminando de comerse un bollo Little Debbie. Cuando Orville estaba pasando por delante de él con la botella en alto para dar otro trago, Arvin salió al camino. Le dio una fuerte palmada a la base de la botella de cristal de Pepsi y se la metió a aquel grandullón hasta el fondo de la garganta, rompiéndole dos incisivos. Para cuando Orville se dio cuenta de lo que estaba pasando, la pelea ya prácticamente había terminado, con la salvedad del golpe que le hizo perder el conocimiento. Una hora más tarde se despertó tumbado en la zanja de al lado de la carretera, atragantándose con la sangre y con la cabeza tapada con una bolsa de papel.

Al cabo de dos semanas, Arvin condujo el Ford de Earskell al partido de baloncesto de la Escuela Secundaria de Coal Creek. Estaban jugando contra el equipo de Millersburg, que siempre traía a mucho público. Se quedó sentado en el coche, fumando cigarrillos Camel y mirando la puerta principal, a la espera de que apareciera Tommy Maison. Estaba lloviznando y corría una noche oscura y helada de principios de noviembre. A Matson le gustaba considerarse el follador del instituto, y siempre estaba jactándose de las chatis que se llevaba al huerto durante los partidos mientras los tontos de sus novios se dedicaban a corretear de un lado para otro de la cancha del gimnasio persiguiendo una pelota de plástico. Justo antes de la media parte, mientras Arvin estaba tirando otra colilla por la ventanilla, vio que su siguiente objetivo salía rodeando con el brazo a una chica de primer curso llamada Susie Cox y se dirigía a la hilera de autobuses escolares que había al fondo del aparcamiento. Arvin salió del Ford con una palanca de hierro en la mano y se puso a seguirlos. Observó cómo Maison abría la portezuela de atrás de uno de los autobuses amarillos y ayudaba a Susie para que entrara. Después de esperar unos minutos, Arvin giró la manecilla de la portezuela y la abrió con un chirrido áspero.

—¿Qué ha sido eso? —oyó que decía la chica.

—Nada —le dijo Matson—. No debo de haber cerrado bien. Venga, chata, a quitarse esas bragas.

—Primero cierra bien esa puerta —dijo ella.

—Joder —gruñó Matson, levantándosele de encima—. Será mejor que valgas la pena. —Recorrió el estrecho pasillo aguantándose los pantalones con una mano. Cuando se asomó afuera para agarrar el pestillo y cerrar la

puerta otra vez, Arvin blandió la palanca y le dio a Matson en todas las rodillas, haciéndolo caer del autobús.

—¡Hostia! —gritó al impactar contra la grava, con todo su peso sobre el hombro derecho. Arvin blandió otra vez la palanca y le rompió dos costillas. A continuación se puso a darle patadas hasta que el chaval dejó de intentar levantarse. Por fin sacó una bolsa de papel de la chaqueta y se arrodilló junto a aquel cuerpo que gimoteaba. Agarró a Matson del pelo rizado y tiró de su cabeza hacia arriba. La chica de dentro del autobús ni siquiera se quiso asomar.

El lunes siguiente en el instituto, Gene Dinwoodie se acercó a Arvin en la cafetería y le dijo:

—Me gustaría ver cómo intentas ponerme una bolsa en la cabeza a mí, hijo de puta.

Arvin estaba sentado a una mesa con Mary Jane Turner, una chica nueva en el instituto. Su padre había crecido en Coal Creek, pero luego se había pasado quince años en la marina mercante antes de volver a casa para reclamar su herencia, una granja destartalada que le había legado su abuelo. Aquella chica pelirroja soltaba palabrotas como un marinero cada vez que se le presentaba la oportunidad, y, aunque Arvin no estaba seguro de por qué, a él le encantaba que lo hiciera, sobre todo cuando se lo estaban montando.

—Déjanos en paz, atontado de los cojones —le dijo ella, mirando con sorna al chico alto que tenían delante. Arvin sonrió.

Gene no hizo caso de la chica y dijo: —Russell, cuando termine contigo, a lo mejor me llevo a tu novia a dar una vueltecita. No es ninguna belleza, pero tengo que decir que no es ni de lejos tan fea como esa hermana con cara de rata que tienes. —Se inclinó por encima de la mesa con los puños cerrados, esperando a que Arvin se levantara de un salto y se pusiera a intentar pegarle, pero lo único que pudo hacer fue mirar con cara de perplejidad cómo el chaval cerraba los ojos y juntaba las manos—. No me lo puedo creer. —Gene escrutó la cafetería abarrotada. El profesor de gimnasia, un hombre fornido de barba pelirroja que los fines de semana hacía lucha libre para sacarse un extra en Huntington y Charleston, lo estaba mirando con el ceño fruncido. En la escuela se rumoreaba que nadie

lo había inmovilizado nunca, y que ganaba todos los combates porque odiaba todo y a todo el mundo en Virginia Occidental. Hasta Gene le tenía miedo. De manera que se acercó más a Arvin y le dijo en voz baja—. No te creas que rezar te va a salvar de esta, gilipollas.

Después de que Gene se marchara, Arvin abrió los ojos y bebió un trago de un cartón de leche con cacao.

—¿Estás bien? —dijo Mary.

—Claro —dijo—. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Estabas rezando de verdad?

—Sí —dijo él, asintiendo con la cabeza—. Rezando para que llegue el momento oportuno.

Una semana más tarde pilló finalmente a Dinwoodie en el garaje de su padre, mientras estaba cambiando una bujía de su Chevy del 56. Para entonces, Arvin ya había reunido una docena de bolsas de papel. La cabeza de Gene estaba estrechamente enfundada en ellas cuando su hermano pequeño lo encontró unas horas más tarde. El médico dijo que había tenido suerte de no asfixiarse.

—Arvin Russell —le dijo Gene al *sheriff* después de recobrar el conocimiento. Se había pasado las últimas doce horas en el hospital convencido de que iba el último en una carrera del Indy 500. Había sido la noche más larga de su vida; cada vez que pisaba a fondo el acelerador, el coche aminoraba la marcha hasta ir a paso de caracol. Todavía le resonaba en los oídos el rugido de los motores de los coches que lo dejaban atrás.

—¿Arvin Russell? —dijo el *sheriff*, con un matiz de duda en la voz—. Ya sé que a ese chaval le gustan las peleas, pero, joder, hijo, tú eres el doble de grande que él.

—Me ha pillado con la guardia baja.

—¿O sea que lo viste antes de que te atara eso a la cabeza? —preguntó el *sheriff*.

—No —dijo Gene—, pero ha sido él.

El padre de Gene estaba apoyado en la pared, clavando en su hijo una mirada huraña de ojos inyectados en sangre. El chico notaba las oleadas de tufo a Wild Irish Rose que llegaban del lado de la habitación donde estaba su padre. Carl Dinwoodie no era demasiado malo si no bebía más que

cerveza, pero cuando se pasaba al vino podía ser peligroso de verdad. «Esto puede rebotarme y reventarme en la cara si no me ando con cuidado», pensó Gene. Su madre iba a la misma iglesia que los Russell. Su padre le daría otra paliza como se enterara de que había estado metiéndose con aquella zorra de Lenora.

—Puede que me equivoque —le dijo al *sheriff*.

—Entonces, ¿por qué has dicho que ha sido el chaval de los Russell?

—No lo sé. Quizá lo he soñado.

En el rincón, el padre de Gene hizo un ruido como de perro con arcadas y dijo:

—Diecinueve años y sigue en la escuela. ¿Qué le parece a usted, *sheriff*? Más inútil que una bicicleta con puertas, ¿a que sí?

—¿De quién estamos hablando? —dijo el *sheriff*, con cara perpleja.

—De esa cosa ridícula que hay ahí tirada en esa cama, de ese —dijo Carl. A continuación dio media vuelta y salió tambaleándose de la habitación.

El *sheriff* volvió a mirar al chico.

—Bueno, pues, ¿alguna idea de por qué quien te ha pegado te ha puesto todas esas bolsas en la cabeza?

—No —dijo Gene—. Ni idea.

21

—¿Qué has traído? —dijo Earskell mientras Arvin se acercaba al porche—. Te he oído disparar por ahí con esa pistolita de juguete. —Cada semana estaba peor de las cataratas; era como si alguien estuviera cerrando unas cortinas sucias en una habitación que ya de por sí tenía poca luz. Se temía que dentro de un par de meses ya no iba a poder conducir. Hacerse viejo era la mierda más grande que le había pasado nunca. Últimamente pensaba cada vez más en Alice Louise Berry. El hecho de que se hubiera muerto tan joven había hecho que ambos se perdieran muchas cosas.

Arvin sostuvo en alto tres ardillas rojas. Llevaba la pistola de su padre metida en la cintura de los pantalones.

—Esta noche cenaremos bien —dijo. Emma llevaba cuatro días seguidos sin servirles nada más que alubias y patatas fritas. Siempre les tocaba apretarse el cinturón a final de mes, antes de que llegara el cheque de su pensión. Tanto él como el viejo se morían de ganas de comer algo de carne. Earskell se inclinó en su silla.

—No las habrás cazado con esa porquería alemana, ¿verdad? —En secreto estaba orgulloso de la forma en que el chaval era capaz de manejar la Luger, aunque seguía sin tener en gran estima las pistolas. Prefería con diferencia los trabucos o los rifles.

—No está tan mal —dijo Arvin—. Solamente tienes que aprender a dispararla. —Era la primera vez que el viejo se burlaba de la pistola en bastante tiempo.

Earskell dejó el catálogo de utensilios que llevaba toda la mañana ojeando y se sacó la navaja del bolsillo.

—Bueno, trae una olla para meterlas y te ayudo a limpiarlas.

Arvin despellejó las ardillas mientras el viejo las sostenía por las patas delanteras. Les sacaron las vísceras sobre una hoja de papel de periódico, les cortaron las cabezas y las patas y metieron la carne sanguinolenta en una olla de agua salada. Después de terminar, Arvin enrolló el papel de periódico con los desperdicios dentro y se lo llevó al borde del jardín. Earskell esperó a que volviera al porche, luego se sacó una botella del bolsillo y le dio un trago. Emma le había pedido que hablara con Arvin. Tras enterarse del último incidente del chico, la mujer estaba fuera de sí. De manera que se secó la boca y dijo:

—Anoche estuve jugando a las cartas en el garaje de Eider Stubb.

—¿Y ganaste?

—No, la verdad es que no —dijo Earskell. Estiró las piernas y se miró los zapatos desvencijados. Iba a tener que intentar remendarlos otra vez—. Pero vi a Carl Dinwoodie.

—¿Ah, sí?

—Y no estaba nada contento.

Arvin se sentó al otro lado de su tío abuelo, en una silla chirriante rescatada de la basura y recompuesta con alambre de empacar. Examinó el bosque gris del otro lado de la carretera y se pasó un minuto mordiéndose el interior de la mejilla.

—¿Está cabreado por lo de Gene? —preguntó. Hacía una semana que le había puesto la bolsa a aquel cabrón.

—Un poco tal vez, pero creo que lo que le mosquea en realidad es la factura del hospital que va a tener que pagar. —Earskell miró las ardillas que flotaban en la olla—. Así pues, ¿qué pasó?

Aunque Arvin no veía nunca la necesidad de ofrecerle explicaciones detalladas a su abuela por arrearle una buena tunda a alguien, principalmente porque no quería preocuparla, sabía que el viejo no se quedaría contento con nada que no fueran los hechos.

—Ha estado metiéndose con Lenora, él y un par de maricas amigos suyos —dijo—. Insultándola y esos rollos. De manera que le he leído la cartilla.

—¿Y a los otros?

—También.

Earskell soltó un largo suspiro y se rascó la barba del cuello.

—¿No te parece que podías haberte refrenado aunque fuera un poco? A ver, yo entiendo lo que me cuentas, pero, aun así, no puedes dedicarte a mandar gente al hospital porque insulten a alguien. No pasa nada porque le pongan un par de puntos en la cabeza, pero, por lo que he oído, lo has dejado bastante hecho polvo.

—No me gustan los matones.

—Joder, Arvin, en la vida vas a conocer a un montón de gente que no te va a gustar.

—Es posible, pero apuesto a que ese ya no se vuelve a meter con Lenora.

—Mira, quiero que me hagas un favor.

—¿Qué?

—Guarda esa Luger en un cajón y olvídate de ella de momento.

—¿Por qué?

—Porque las pistolas no están hechas para cazar. Están hechas para matar a gente.

—Pero yo al cabrón ese no le disparé —dijo Arvin—. Le di una paliza.

—Sí, ya lo sé. Esta vez.

—¿Y qué pasa con las ardillas? Les he dado a todas en la cabeza. Eso con una escopeta no se puede hacer.

—Tú guárdala una temporada, ¿vale? Si lo que quieres es cazar, usa el rifle.

El chaval examinó un momento el suelo del porche y luego miró al viejo con los ojos entornados en una mueca de recelo.

—¿Se te ha puesto insolente?

—¿Te refieres a Carl? —preguntó Earskell—. No, no es tan tonto. —No veía la necesidad de contarle a Arvin que anoche le había salido una escalera de color cuando estaba en juego el último y más cuantioso bote de la noche, y que se había retirado para que Carl pudiera llevarse el dinero con dos parejas de mierda. Aunque sabía que había sido lo correcto, aun así se ponía enfermo cuando se acordaba. Debía de haber doscientos dólares en aquel bote. Confiaba en que una parte llegara al médico del chaval.

Arvin estaba apoyado en la baranda sin pulir del porche a altas horas de una noche despejada de marzo, contemplando las estrellas suspendidas sobre las colinas con todo su misterio remoto y su fulgor solemne. Él, Hobart Finley y Daryl Kuhn, sus dos mejores amigos, le habían comprado una botella aquella misma noche a Tragaperras, un contrabandista manco que operaba en Hungry Holler, y todavía no se la había acabado. Soplaban un viento cortante, pero el *whisky* lo ayudaba a mantener el calor. Oyó que Earskell gemía y murmuraba algo en sueños, dentro de la casa. Cuando hacía buen tiempo, el viejo dormía en un barracón lleno de corrientes de aire que había añadido con clavos a la parte de atrás de la casa de su hermana al mudarse, ya hacía años, pero, en cuanto empezaba el frío, se echaba en el suelo al lado de la estufa de leña sobre un camastro hecho de mantas ásperas hiladas a mano que olían a queroseno y a bolas de naftalina. En la ladera, aparcada en la entrada detrás del Ford de Earskell, estaba la posesión más preciada de Arvin, un Chevy Bel Air azul de 1954 con la transmisión suelta. Para poder comprárselo se había tenido que pasar cuatro años haciendo todos los trabajos que podía conseguir: cortar leña, construir cercas, recoger manzanas o dar de comer a los cerdos.

Aquel mismo día Arvin había llevado a Lenora al cementerio para que visitara a su madre. Aunque jamás lo admitiría, la única razón de que la acompañara al cementerio era la esperanza de que ella pudiera desenterrar algún recuerdo de su padre o del lisiado que lo acompañaba. Había llegado a fascinarle el enigma de su desaparición. Aunque tanto Emma como mucha otra gente del condado de Greenbrier parecían convencidos de que aquellos dos seguían vivos y coleando, a Arvin le costaba creer que dos cabrones tan chiflados como se suponía que lo estaban Roy y Theodore

podieran esfumarse sin más y no dejar ningún rastro. Si fuera tan fácil, suponía que mucha más gente querría hacerlo. Deseaba a menudo que su padre hubiera elegido esa opción.

—¿No te parece gracioso que los dos hayamos terminado huérfanos y viviendo en la misma casa? —le dijo Lenora después de que entraran en el cementerio. Dejó su Biblia en una lápida cercana, se aflojó un poco el gorro y se lo echó hacia atrás—. Casi parece que todo haya pasado para que podamos conocernos. —Estaba de pie junto a la tumba de su madre, mirando la losa cuadrada y plana del suelo que decía: HELEN HATTON LAFERTY 96-98. En las esquinas superiores había labrados dos angelitos con alas, pero sin cara. Arvin se había llenado la boca de saliva y había echado un vistazo a los restos muertos de las flores del año anterior que había en las demás tumbas y por fin a los puñados de hierba y alambrada herrumbrosa que rodeaban el cementerio.

Le incomodaba que Lenora hablara de aquellas cosas, y desde que había cumplido los dieciséis cada vez lo hacía más. Era posible que no tuvieran ningún parentesco de sangre, pero le daba asco pensar en ella más que como su hermana. Aunque era consciente de que no había demasiadas posibilidades, confiaba en que ella encontrara novio antes de que dijera alguna estupidez de las gordas.

Se tambaleó un poco mientras iba del borde del porche a la mecedora de Earskell y se sentaba. Se puso a pensar en sus padres y de repente la garganta se le puso seca y se le hizo un nudo. Le encantaba el *whisky*, pero a veces le causaba una profunda tristeza que solamente se le pasaba durmiendo. Tenía ganas de llorar, pero lo que hizo fue levantar la botella y dar otro trago. Un perro ladró en una colina vecina, y Arvin se acordó de Jack, el pobre chucho inofensivo al que su padre había matado solamente para conseguir un poco más de sangre. El del perro había sido uno de los peores días de aquel verano, por lo que recordaba, casi tan malo como la noche de la muerte de su madre. Pronto, se prometió a sí mismo Arvin, iba a volver al tronco de rezar para ver si aquellos huesos de perro seguían allí. Quería enterrarlos como Dios manda, hacer lo que pudiera para reparar algunas de las fechorías del loco de su padre. Juró que no se iba a olvidar de Jack ni aunque viviera cien años.

A veces se preguntaba si no estaría simplemente celoso porque el padre de Lenora tal vez siguiera con vida mientras que el suyo estaba muerto. Había leído todos los viejos periódicos amarillentos y hasta había ido a peinar el bosque donde habían encontrado el cadáver de Helen, con la esperanza de descubrir alguna prueba que demostrara que todo el mundo se equivocaba: una tumba poco profunda con dos esqueletos que emergían lentamente de la tierra, codo con codo, o bien una silla de ruedas herrumbrosa y con marcas de disparos escondida en las profundidades de un barranco que les hubiera pasado a todos por alto. Pero lo único que había podido encontrar eran dos cartuchos usados de escopeta y el envoltorio de un chicle Spearmint. Mientras Lenora hacía caso omiso aquella mañana de todos los interrogantes sobre su padre y seguía parloteando sobre el destino y los amantes desventurados y todas aquellas chorradas románticas que leía en los libros que sacaba de la biblioteca, él se dio cuenta de que tendría que haberse quedado en casa trabajando en el Bel Air. Llevaba sin funcionar bien desde el día en que lo había comprado.

—Coño, Lenora, deja de decir esas bobadas —dijo Arvin—. Además, es posible que ni siquiera seas huérfana. Todo el mundo de por aquí está convencido de que tu padre sigue vivo y coleando. Joder, es posible que cualquier día aparezca en la colina bailando una giga.

—Eso espero —dijo ella—. Rezo todos los días para que así sea.

—¿Aunque eso signifique que mató a tu madre?

—No me importa —dijo ella—. Ya lo he perdonado. Podemos empezar desde cero.

—Estás chiflada.

—Para nada. ¿Qué me dices de tu padre?

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, si pudiera volver...

—Mujer, calla la boca. —Arvin echó a andar hacia la puerta del cementerio—. Los dos sabemos que eso no va a pasar.

—Lo siento —dijo ella, y la voz se le quebró en un sollozo.

Arvin suspiró, se detuvo y se dio la vuelta. A veces le daba la impresión de que ella se pasaba media vida llorando. Le enseñó las llaves del coche que tenía en la mano.

—Mira, si quieres que te lleve, vente.

Cuando llegó a casa, limpió el carburador del Bel Air con un cepillo de alambre mojado en gasolina y se volvió a marchar después de la cena para recoger a Hobart y Daryl. Llevaba toda la semana deprimido, pensando en Mary Jane Turner, y sentía la necesidad de agarrarse una buena cogorza. El padre de ella no había tardado mucho en decidir que la vida en la marina mercante era mucho más fácil que arar suelos pedregosos y preocuparse por si llovía o no, de manera que el domingo anterior había cogido a su familia y se había ido para Baltimore, donde le esperaba un barco nuevo. Aunque Arvin no había dejado de intentarlo desde la primera cita, ahora se alegraba de que Mary no le hubiera dejado follársela. Despedirse de ella ya había sido suficientemente difícil.

—Por favor —le había pedido mientras los dos estaban frente a la puerta de la casa de ella la noche antes de su partida; y ella había sonreído, se había puesto de puntillas y le había susurrado guarradas al oído por última vez. Él, Hobart y Daryl habían juntado dinero para la botella, una caja de doce cervezas, un par de paquetes de Pall Mall y gasolina para el coche. A continuación habían estado hasta la medianoche conduciendo de arriba para abajo por las tediosas calles de Lewisburg, escuchando cómo la señal de la radio se iba y volvía y fanfarroneando sobre lo que iban a hacer después de acabar el instituto, hasta que las voces se les pusieron pedregosas de tanto fumar y beber *whisky* y hacer planes grandiosos de futuro.

Arvin se reclinó en la mecedora y se preguntó quién habría ahora viviendo en su antigua casa, y si el tendero seguiría solo en aquella pequeña autocaravana, y si Janey Wagner ya estaría preñada.

—Dedo apestoso —murmuró para sí mismo.

Volvió a acordarse de cómo aquel ayudante de *sheriff* apellidado Bodecker lo había encerrado en la parte de atrás del coche patrulla después de que él lo llevara al tronco de rezar, como si el agente de la ley le tuviera miedo a él, a un chaval de diez años con la cara sucia de tarta de arándanos. Aquella noche lo habían metido en una celda vacía, puesto que no sabían qué otra cosa hacer con él, y la mujer de los servicios sociales se había presentado la tarde siguiente con algo de ropa suya y la dirección de su

abuela. Ahora levantó la botella y vio que al fondo quedaban casi cinco dedos. La metió debajo de la mecedora para que Earskell se la encontrara por la mañana.

23

El reverendo Sykes tosió un poco y la congregación entera de la Iglesia del Espíritu Santo Santificado de Coal Creek vio un pequeño hilo de sangre que le caía por la barbilla y le goteaba sobre la camisa. Él siguió predicando, sin embargo, y les dio a sus feligreses un sermón decente sobre ayudar a tu vecino. Entonces, al acabar, les anunció que se retiraba.

—De forma temporal —les dijo—. Solamente hasta que me encuentre mejor. —Les dijo que su mujer tenía un sobrino en Tennessee que acababa de graduarse en una de aquellas universidades cristianas—. Dice que quiere trabajar con los pobres —continuó Sykes—. Yo sospecho que debe de ser demócrata. —Sonrió y esperó que alguna risa aligerara un poco el ambiente, pero lo único que oyó fue a un par de mujeres al fondo, cerca de la puerta, que estaban llorando junto con su esposa. Se dio cuenta de que hoy tendría que haberle dicho que se quedara en casa.

Respiró con cuidado y carraspeó.

—Yo llevo sin verlo desde que era niño, pero su madre dice que es buen tipo. Él y su mujer tienen que llegar dentro de dos semanas, y, como he dicho, solamente viene para ayudar una temporada. Ya sé que no es de por aquí, pero intentad hacer que se sienta cómodo de todas maneras. —Sykes se tambaleó un poco y se agarró al púlpito para no caerse. Sacó el paquete vacío de Five Brothers y lo sostuvo en alto—. Por si acaso alguno de vosotros necesita esto, voy a dárselo a él. —En aquel momento le vino un ataque de tos que lo dobló por la cintura, pero esta vez pudo taparse la boca con el pañuelo para esconder la sangre. Cuando recobró el aliento, se levantó y miró a su alrededor, con la cara ruborizada y sudorosa por la tensión. Le daba demasiada vergüenza contarles que se estaba muriendo. El pulmón negro contra el que llevaba años peleando por fin le había ganado la

partida. En cuestión de semanas o meses, según el médico, iba a reunirse con su Creador. Si tenía que ser sincero, Sykes no podía decir que tuviera muchas ganas, pero sabía que había tenido una vida mejor que la mayoría. Al fin y al cabo, ¿acaso no había vivido cuarenta y dos años más que aquellos pobres desgraciados que se habían muerto en la mina que le había señalado su vocación? Sí, había sido un hombre con suerte. Se secó una lágrima del ojo y guardó el pañuelo ensangrentado en el bolsillo de los pantalones—. Bueno —dijo—. No hay necesidad de entreteneros más. Ya lo he dicho todo.

24

Roy sacó a Theodore de la silla de ruedas y cargó con él por la arena sucia. Estaban en el extremo norte de una playa pública de Saint Petersburg, un poco al sur de Tampa. Las piernas inútiles del lisiado se mecían de un lado para otro como si fueran las de una muñeca. Apestaba a meado rancio, y Roy se había dado cuenta de que ya no usaba su botella de leche, sino que cada vez que le venían ganas de mear se limitaba a mojarse el pantalón podrido. Tuvo que dejar varias veces a Theodore en el suelo para descansar, pero por fin consiguió llevarlo al borde del agua. Dos mujeres robustas con sombreros de ala ancha se levantaron, se los quedaron mirando y por fin recogieron a toda prisa sus toallas y sus lociones y se fueron para el aparcamiento.

Roy volvió a la silla de ruedas y recogió la cena: dos botellas de litro de oporto blanco y un paquete de jamón de York. Lo habían mangado todo de una tienda de comestibles situada a un par de manzanas, justo después de que los dejara allí el transportista de naranjas que los había traído.

—¿Aquí no es donde estuvimos en el calabozo una vez? —le preguntó Theodore.

Roy se tragó la última loncha de jamón y asintió con la cabeza.

—Tres días, me parece.

La policía los había trincado por vagabundos justo antes de que oscureciera. Ellos habían estado predicando en un rincón de la calle. América se estaba poniendo igual de mal que Rusia, les gritó aquella noche un hombre flaco y medio calvo mientras pasaban escoltados por delante de su celda. ¿Por qué la policía podía meterlo a uno en la cárcel solamente porque no tenía ni dinero ni dirección? ¿Y si uno no quería tener dinero ni tampoco una puta dirección? ¿Dónde estaba toda la libertad de la que se

jactaban siempre? Cada mañana los policías sacaban a aquel descontento de las celdas y lo obligaban a pasarse el día entero llevando una pila de listines telefónicos escaleras arriba y escaleras abajo. De acuerdo con los demás reclusos, al tipo lo habían detenido por vagabundo veintidós veces solamente en lo que iba de año, y ya estaban hartos de alimentar a aquel comunista de mierda. Por lo menos iban a hacerlo sudar a cambio de sus salchichas y sus gachas.

—No me acuerdo —dijo Theodore—. ¿Cómo era la cárcel?

—No estaba mal —dijo Roy—. Me parece que de postre daban café. — La segunda noche que habían pasado allí, la policía trajo a un bruto más grande que un armario con la cara cortada al que llamaban Comegranos. Justo antes de la hora de ir a dormir, lo metieron en la celda del final del pasillo donde estaba el comunista. En aquella cárcel todo el mundo conocía al Comegranos salvo Roy y Theodore. Era famoso por toda la costa del Golfo.

—¿Por qué lo llaman así? —le había preguntado Roy al estafador de bigote encerado que ocupaba la celda contigua a la suya.

—Porque el cabrón te inmoviliza y como tengas granos te los revienta —dijo el hombre. Se retorció las puntas enceradas del bigote negro—. Por suerte para mí, siempre he tenido una tez muy bonita.

—¿Y para qué cojones hace eso?

—Le gusta comérselos —dijo otro hombre desde una celda más allá—. Hay quien dice que es un caníbal y que tiene sobras enterradas por toda Florida, pero yo no me lo trago. Yo lo que creo es que le gusta llamar la atención y ya está.

—Joder, a un cabrón así habría que matarlo —dijo Theodore. Se quedó mirando las marcas de acné que tenía Roy en la cara.

El del bigote negó con la cabeza.

—No sería nada fácil matarlo —dijo—. ¿Tú has visto a alguno de esos retrasados que son capaces de cargar un coche con la espalda? Tenían a uno en una granja de cocodrilos de Naples donde yo estuve trabajando un verano. En cuanto aquel cabrón arrancaba, no lo podías parar ni con una ametralladora. Pues el Comegranos es igual.

Luego oyeron un alboroto al final del pasillo. Al parecer, el comunista no tenía intención de tirar la toalla tan fácilmente, lo cual animó un poco a Roy y Theodore, pero al cabo de un par de minutos ya solamente se le oía llorar.

A la mañana siguiente, tres hombres de espaldas anchas y vestidos con batas blancas llegaron blandiendo cachiporras y se llevaron al Comegranos metido en una camisa de fuerza a un manicomio en la otra punta de la ciudad. Después de eso, el comunista dejó de quejarse de la ley, y tampoco lo oyeron quejarse ni una sola vez de las marcas de pellizcos que tenía en la cara ni de las ampollas que tenía en los pies, y se limitaba a cargar sus listines telefónicos escaleras arriba y escaleras abajo como si estuviera agradecido de que le hubieran asignado un trabajo importante.

Theodore suspiró y contempló el azul del golfo, el agua que aquel día estaba lisa como un cristal.

—Pues tiene buena pinta, lo del café de postre. A lo mejor podemos hacer que nos detengan y así descansamos un poco.

—Joder, Theodore, no quiero pasarme la noche en la cárcel. —Roy no le quitaba ojo a la silla de ruedas nueva. Hacía un par de días que se había colado en un asilo de ancianos y la había cogido prestada después de que la otra se quedara sin ruedas. Se preguntó cuántos kilómetros habría empujado a Theodore desde que habían salido de Virginia Occidental. Aunque no se le daban bien los números, calculaba que a estas alturas ya debían de ser un millón.

—Estoy cansado, Roy.

Theodore no había vuelto a ser el mismo desde que el verano pasado les había hecho perder el trabajo en el circo. Un niño de unos cinco o seis años, comiendo algodón de azúcar en un cucurucho de cartón, había entrado por la parte de atrás de la carpa mientras Roy estaba en la de delante intentando reunir a unos cuantos espectadores. Theodore juraba que el niño le había pedido que lo ayudara a subirse la cremallera de los pantalones, pero aquello no se lo tragaba ni Roy. Billy Bradford había tardado cinco minutos en subirlos a su Cadillac y dejarlos a varios kilómetros en medio del campo. Ni siquiera les dio tiempo a despedirse de Panqueque ni de la Mujer Flamenco; y aunque desde entonces habían probado a encontrar trabajo con

otras compañías, la historia del lisiado pedófilo y su amigo que comía bichos se había propagado como la pólvora entre los dueños de circo.

—¿Quieres que vaya a buscarte la guitarra? —le preguntó Roy.

—No —dijo Theodore—. Hoy no tengo música en el cuerpo.

—¿Estás enfermo?

—No lo sé —dijo el lisiado—. Es como que nunca tenemos un respiro.

—¿Quieres una de las naranjas que nos ha dado el camionero?

—Joder, no. Ya he comido suficientes hasta el día del Juicio. Todavía tengo diarrea.

—Te puedo dejar en el hospital —dijo Roy—. Y paso a buscarte dentro de un par de días.

—Los hospitales son peores que las cárceles.

—¿Quieres que rece por ti?

Theodore se rio.

—Ja. Esa sí que es buena, Roy.

—Tal vez tu problema sea ese. Que ya no tienes fe.

—No empieces otra vez con esos rollos —dijo Theodore—. He servido al Señor desde diversos cargos. Y mis piernas lo demuestran.

—Tú lo que necesitas es descansar —dijo Roy—. Voy a buscar un buen árbol para que duermas a la sombra hasta que se vaya la luz.

—Sigo pensando que tiene buena pinta. Lo de que te den café de postre.

—Joder, si lo que quieres es un café, yo te lo traigo. Todavía nos quedan algunas monedas.

—Ojalá siguiéramos en el circo —dijo Theodore con un suspiro—. Nunca nos había ido tan bien.

—Sí, bueno, si eso era lo que querías tendrías que haberle quitado las manos de encima a aquel niño.

Theodore cogió un guijarro del suelo y lo tiró al agua.

—Le hace a uno pensar, ¿no?

—¿El qué? —preguntó Roy.

—No sé —dijo el lisiado, encogiéndose de hombros—. Pero le hace a uno pensar.

CUARTA PARTE
INVIERNO

25

Corría una fría mañana de febrero de principios de 1966, el quinto año que Carl y Sandy pasaban juntos. El apartamento parecía una nevera, pero a Carl le daba miedo que si tenía que volver a bajar a decirle a la casera que subiera el termostato, se le fuera la cabeza y la estrangulara con aquella reddecilla mugrienta para el pelo que llevaba. Nunca había matado a nadie en Ohio, no le parecía buena idea cagar donde comía. Era la regla número 2. De manera que la señora Burchwell, aunque se lo merecía más que nadie, era territorio prohibido. Sandy se despertó un poco antes de mediodía y se fue a la sala de estar con una manta echada sobre los hombros estrechos, arrastrando el extremo por el polvo y la suciedad del suelo. Se encogió en el sofá hecha una bola temblorosa y esperó a que Carl le trajera una taza de café y le encendiera la tele. Las horas siguientes las pasó fumando cigarrillos, mirando culebrones y tosiendo. A las tres Carl le gritó desde la cocina que ya era hora de arreglarse para ir a trabajar. Sandy hacía de camarera seis noches por semana, y aunque se suponía que tenía que relevar a Juanita a las cuatro, siempre llegaba tarde. Ella se sentó soltando un gemido, aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se quitó la manta de los hombros. Apagó la tele y se fue tiritando al cuarto de baño. Allí se inclinó sobre el lavabo y se echó un poco de agua de la pileta. Se secó la cara, se examinó en el espejo y trató en vano de quitarse con el cepillo las manchas amarillas de los dientes. Se pintó los labios de color carmín; a continuación se arregló los ojos y se recogió el pelo castaño en una coleta mustia. Estaba toda dolorida y llena de moretones. La noche anterior, después de cerrar el bar, había dejado que se la tirara encima de la mesa de billar por veinte pavos un trabajador de la fábrica de papel que hacía poco había perdido una mano en una rebobinadora. Últimamente su hermano la vigilaba de cerca,

desde que había recibido aquella puta llamada de teléfono, pero veinte pavos eran veinte pavos, daba igual cómo uno lo mirara. Con aquel dinero ella y Carl podían recorrer medio estado en coche, o pagar la factura eléctrica de un mes entero. Aun así la irritaba, con todas las corruptelas en que Lee andaba metido, que luego se preocupara porque ella fuera a quitarle votos. El hombre dijo que le daría otros diez si ella dejaba que le metiera dentro su garfio de metal, pero Sandy le dijo que aquello parecía más bien algo que tendría que reservarse para su mujer.

—Mi mujer no es ninguna puta —dijo el tipo.

—Ya, claro —le soltó Sandy con brusquedad, mientras se bajaba las bragas—. Se casó contigo, ¿no?

Ella tuvo bien agarrado su billete de veinte durante todo el rato que se la estuvo cepillando. Hacía muchísimo tiempo que nadie se la follaba tan fuerte; estaba claro que aquel cabronazo quería sacarle el máximo partido a su dinero. Parecía que le fuera a dar un ataque al corazón, de tanto como jadeaba y respiraba con dificultad, con el frío garfio de metal pegado a la cadera derecha de ella. Para cuando terminó, el billete ya estaba hecho una bola dentro de su mano y empapado de sudor. Después de que se separara de ella, Sandy lo alisó sobre el fieltro verde y se lo guardó dentro del jersey.

—Además —dijo ella, mientras iba a abrirle la puerta con la llave al tipo para que saliera—, esa cosa es igual de insensible que una lata de cerveza.

A veces, después de noches como aquella, Sandy desearía estar trabajando otra vez en el Wooden Spoon. Por lo menos Henry, el viejo cocinero de la parrilla, era amable con ella. Había sido su primer hombre, recién cumplidos los dieciséis. Aquella noche se habían quedado mucho rato tumbados juntos en el suelo del almacén, cubiertos por la harina de un saco de veinticinco kilos que habían hecho caer. Él todavía se pasaba por el bar de vez en cuando para charlar y le decía en broma que a ver cuándo amasaban un poco más de empanada.

Cuando ella entró en la cocina, se encontró a Carl sentado delante de los fogones y leyendo el periódico por segunda vez en lo que iba de día. Ya tenía los dedos grises de tinta. Todos los fogones de la cocina estaban encendidos y la puerta del horno abierta. Detrás de él danzaban llamas

azules que parecían pequeñas hogueras de campamento. Su pistola estaba sobre la mesa de la cocina, con el cañón apuntando a la puerta. Tenía el blanco de los ojos surcado de venas rojas, y su cara gorda, pálida y sin afeitar tenía pinta de estrella fría y distante cuando la veías reflejada en la bombilla desnuda que colgaba sobre la mesa. Se había pasado la mayor parte de la noche encorvado en el trastero diminuto del pasillo que usaba como cuarto oscuro, devolviendo a la vida los últimos carretes de película que tenía guardados del verano anterior. Odiaba que se terminaran. Al revelar la última foto había estado a punto de llorar. El próximo agosto quedaba muy lejos.

—Esa gente está bien jodida —dijo Sandy mientras buscaba las llaves del coche dentro de su bolso.

—¿Qué gente? —preguntó Carl, pasando otra página del periódico.

—Los de la tele. No saben lo que quieren.

—Joder, Sandy, les prestas demasiada atención a esos cabrones —dijo él, mirando el reloj con impaciencia—. Joder, ¿te crees que a ellos les importas una mierda? —Ya hacía cinco minutos que ella tendría que estar en el trabajo. Llevaba todo el día esperando a que se fuera.

—Bueno, yo ya no lo vería si no fuera por el médico —dijo ella. Siempre estaba hablando del médico de una de las series, un tipo alto y atractivo: Carl estaba convencido de que debía de ser el hijo de puta con más suerte del planeta. Aquel tipo era capaz de caerse en un nido de ratas y salir con un maletín lleno de dinero y las llaves de un nuevo El Dorado. A lo largo de los años que Sandy llevaba mirándolo, lo más seguro es que hubiera llevado a cabo más milagros que Jesucristo. Carl no lo soportaba, ni su nariz falsa de estrella de cine ni sus trajes de sesenta dólares.

—¿Y a quién le ha chupado la polla hoy? —dijo Carl.

—¡Ja! Mira quién habla —dijo Sandy, poniéndose el abrigo. Estaba harta de tener que defender siempre sus culebrones.

—¿Y eso qué coño quiere decir?

—Quiere decir lo que a ti te parezca —dijo Sandy—. Te has vuelto a pasar la noche en ese trastero.

—¿Sabes qué? Me encantaría encontrarme con ese hijo de la gran puta.

—No me cabe duda —dijo Sandy.

—Le haría chillar como a un puto cerdo, ¡lo juro por Dios! —gritó Carl mientras ella cerraba de un portazo al salir.

Unos minutos después de que ella se fuera, Carl se cansó de insultar al actor y apagó los fogones. Apoyó la cabeza en los brazos y se quedó adormecido. Cuando se despertó, la cocina estaba a oscuras. Tenía hambre, pero en la nevera no encontró nada más que dos puntas mohosas de pan y una pizca de queso a la pimienta vetusto y metido en un recipiente de plástico. Abrió la ventana de la cocina y tiró el pan al jardín. Unos cuantos copos de nieve caían flotando a través del haz de luz procedente del porche de la casera. De los corrales que había al otro lado de la calle le vino un ruido de risas y el sonido metálico de una cancela al cerrarse. Se dio cuenta de que hacía más de una semana que no salía de casa. Cerró la ventana, fue a la sala de estar y se puso a caminar de un lado para otro, cantando viejas canciones religiosas y agitando los brazos en el aire como si estuviera dirigiendo un coro. Una de sus favoritas era «Bringing in the Sheaves», y la cantó varias veces seguidas. Cuando era niño, su madre solía cantarla mientras hacía la colada. Su madre tenía canciones especiales para cada tarea, para cada tristeza y para cada maldita cosa que les pasara desde que muriera su marido. Ella lavaba ropa para gente rica, y la mitad del tiempo aquellos cabrones del infierno la estafaban. A veces él se saltaba la escuela y se quedaba oculto debajo del porche podrido, junto con las babosas y las arañas y lo poco que quedaba del gato del vecino, y allí se pasaba el día escuchándola. La voz de su madre jamás parecía fatigarse. Él se racionaba el bocadillo de mantequilla que ella le había preparado para el almuerzo y daba sorbos de agua sucia de una lata oxidada de sopa que tenía guardada dentro de la caja torácica del gato. Le gustaba fingir que era caldo de ternera con verduras o de pollo, pero por mucho que lo intentara siempre le sabía a barro. Daría cualquier cosa por haber comprado algo de sopa la última vez que fue a la tienda. El recuerdo de aquella vieja lata hizo que le volviera a entrar hambre. Se pasó varias horas cantando, con su vozarrón retumbando por las habitaciones y la cara ruborizada y sudorosa por el esfuerzo. Luego, justo antes de las nueve, la casera se puso a golpear furiosamente con el mango de una escoba el techo del piso de abajo. Él estaba en mitad de una versión vehemente de «Onward Christian Soldiers».

En cualquier otro momento no habría hecho caso de la vieja, pero hoy su voz se entrecortó hasta detenerse. Estaba de humor para pasar a otras cosas.

Aunque si ella no subía pronto la puta calefacción, iba a empezar a no dejarla dormir hasta la medianoche. No le costaba aguantar el frío, pero los temblores y las quejas continuas de Sandy le estaban poniendo los nervios de punta.

De vuelta a la cocina, sacó una linterna del cajón de las cucharas y se aseguró de que la puerta estuviera cerrada con llave. Luego fue a cerrar todas las cortinas y terminó en el dormitorio. Se puso de rodillas y sacó una caja de zapatos de debajo de la cama. Llevó la caja a la sala de estar, apagó todas las luces y se apoltronó a oscuras en el sofá. Las ventanas no cerraban bien y dejaban entrar aire frío, de manera que se echó la manta de Sandy sobre los hombros.

Con la caja en el regazo, cerró los ojos y metió la mano por debajo de la tapa de cartón. Dentro había más de doscientas fotos, pero solamente sacó una. Frotó lentamente el papel satinado con el pulgar, intentando adivinar qué imagen sería, algo que solía hacer para prolongar el momento. Después de hacer su conjetura, abrió los ojos y encendió la linterna solamente un segundo. Clic, clic. Un pequeñísimo vislumbre y dejó la foto a un lado. Volvió a cerrar los ojos y a sacar otra foto.

Clic, clic. Espaldas desnudas, agujeros ensangrentados y Sandy con las piernas abiertas. A veces recorría la caja entera sin adivinar correctamente ni una sola de las fotos.

En un momento dado le pareció oír algo, el ruido de una portezuela de coche y unos pasos en la escalera de atrás. Se levantó y fue de puntillas de una habitación a otra, echando vistazos por las ventanas. Por fin comprobó la puerta y regresó al sofá. El tiempo parecía cambiar de velocidad, acelerarse y ralentizarse y moverse de un lado a otro como un sueño absurdo que no lo abandonaba nunca. Primero estaba plantado en un campo de soja fangoso a las afueras de Jasper, Indiana, y el siguiente clic de la linterna lo llevaba al fondo de una barranca pedregosa al norte de Sugar City, Colorado. Antiguas voces le hurgaban la cabeza como si fueran gusanos, algunas de ellas cargadas de palabrotas amargas y otras todavía suplicando piedad. A medianoche, ya había recorrido una gran parte del

interior del país y había revivido los últimos momentos de la vida de veinticuatro desconocidos. Se acordaba de todo. Era como si cada vez que sacaba la caja resucitara a cada uno de ellos, los despertara y les permitiera cantar como les apeteciera. Un último clic y decidió dejarlo por aquella noche.

Después de devolver la caja a su escondrijo debajo de la cama, volvió a encender las luces y limpió la manta lo mejor que pudo con el paño que ella usaba para lavarse.

Las dos horas siguientes se las pasó sentado a la mesa de la cocina limpiando la pistola, estudiando sus mapas de carreteras y esperando a que Sandy volviera del trabajo.

Después de pasar un rato con la caja siempre tenía necesidad de su compañía. Sandy le había contado lo del tipo de la fábrica de papel, y él se había pasado un rato pensando en aquello, en lo que haría con el garfio si alguna vez se encontraba un autoestopista como aquel. Se había olvidado del hambre que tenía hasta que ella entró con dos hamburguesas frías untadas de mostaza, tres botellas de cerveza y el periódico de la tarde.

Mientras él comía, ella se le sentó delante y se puso a sumar meticulosamente sus propinas, haciendo montoncitos pulcros de monedas de cinco centavos, de diez y de un cuarto de dólar; él se acordó de cómo había actuado antes con aquella tonta serie de televisión suya.

—Te ha ido muy bien —dijo él cuando terminó de contar.

—No ha estado mal para ser miércoles, supongo —dijo ella con una sonrisa fatigada—. ¿Y tú qué has estado haciendo?

Se encogió de hombros.

—Pues he limpiado la nevera y he cantado unas cuantas canciones.

—No habrás vuelto a cabrear a la vieja, ¿verdad?

—Es broma —dijo él—. Tengo unas fotos nuevas que enseñarte.

—¿De cuál? —preguntó ella.

—De aquel que llevaba el pañuelo atado a la cabeza. Han quedado bastante bien.

—Esta noche no —dijo ella—. Ya no me iría a dormir. —Luego le pasó la mitad de las monedas. Él las recogió con la mano y las metió en una lata de café que guardaba debajo del fregadero. Siempre estaban ahorrando para

el próximo coche decrepito, para el próximo carrete de película, para el próximo viaje. Abrió la última cerveza y se la sirvió a ella en un vaso. Luego se le puso enfrente de rodillas, le quitó los zapatos y se puso a frotarle los pies para aliviarles la fatiga del trabajo.

—No tendría que haberte dicho nada hoy de tu médico de las narices —dijo él—. Puedes ver lo que te apetezca.

—Es un simple pasatiempo, cielo —dijo Sandy—. Me distrae, ya sabes. —Él asintió con la cabeza y le masajeó suavemente las plantas blandas de los pies con los dedos—. Ahí, ahí —dijo ella, estirando las piernas. Luego, después de que ella se terminara la cerveza y fumara un último cigarrillo, cogió en brazos su cuerpo flaco y la llevó en volandas y entre risitas por el pasillo hasta el dormitorio. Hacía semanas que no la oía reírse. Esa noche le iba a dar calor, era lo menos que podía hacer por ella. Eran casi las cuatro de la mañana y de alguna manera, con mucha suerte y pocos pesares, habían llegado al final de otro largo día de invierno.

26

Al cabo de unos días, Carl llevó a Sandy al trabajo en coche y le dijo que necesitaba salir un poco del apartamento. La noche antes habían caído varios dedos de nieve y aquella mañana el sol había conseguido traspasar por fin el grueso banco gris de nubes que se había pasado las últimas semanas suspendido encima de Ohio como una maldición sombría e implacable. Ahora mismo en Meade no había nada, ni siquiera la chimenea de la fábrica de papel, que no fuera blanco y resplandeciente.

—¿Quieres entrar un momento? —le preguntó ella cuando él paró el coche delante del Tecumseh—. Te invito a una cerveza.

Carl echó un vistazo a los coches que había en el aparcamiento cubierto de nieve sucia. Le sorprendía que estuviera tan atestado en mitad del día. Llevaba tanto tiempo recluido en el apartamento que no le parecía que pudiera tolerar a tanta gente en su primera incursión en el mundo real desde antes de Navidad.

—No, creo que paso —dijo él—. Supongo que me daré una vuelta con el coche y ya está. Intentaré volver a casa antes de que se haga oscuro.

—Como tú quieras —dijo ella, abriendo la portezuela—. Pero no te olvides de venir a recogerme esta noche.

En cuanto ella entró, Carl se volvió directo al apartamento de Watt Street. Se sentó a mirar por la ventana de la cocina hasta que el sol se puso y por fin volvió al coche. Metió la cámara en la guantera y la pistola debajo del asiento. Llevaba el depósito de la ranchera hasta la mitad y cinco dólares en la billetera que había cogido del frasco del dinero de los viajes. Se prometió a sí mismo que no iba a hacer nada, solamente dar una vueltecita por el pueblo y fingir. A veces, sin embargo, desearía no haber inventado nunca aquellas malditas reglas. Joder, lo más seguro era que allí

podiera matar a un palurdo cada noche si le venía en gana. «Pero es por eso que hiciste las reglas, hostia, Carl —se dijo a sí mismo mientras se alejaba por la calle—. Para no joderlo todo.»

Cuando pasó por delante del White Cow Diner de High Street, vio a su cuñado de pie junto al coche patrulla, hablando con alguien que estaba sentado al volante de un Lincoln negro y reluciente. Parecía que estuvieran discutiendo, a juzgar por la forma en que Bodecker agitaba los brazos. Carl aminoró la marcha y se los quedó mirando por el retrovisor todo el tiempo que pudo. Se acordó de algo que le había dicho Sandy hacía solamente un par de noches: que su hermano iba a terminar en la cárcel si no dejaba de andar con tipos como Tater Brown y Bobo McDaniels.

—¿Y esos quiénes coño son? —le había preguntado él.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, desenvolviendo una de las hamburguesas con queso que ella le había traído del trabajo. Alguien le había dado un bocado a una esquina de la hamburguesa. Él sacó la cebolla troceada raspando con la navaja.

—Son quienes lo dirigen todo desde Circleville hasta Portsmouth —le contó ella—. Bueno, todo lo que es ilegal.

—Ya —dijo Carl—. ¿Y cómo es que tú sabes eso? —Ella siempre estaba volviendo a casa con alguna trola que le había endilgado algún borracho. La semana anterior, sin ir más lejos, había estado hablando con alguien que tenía información confidencial sobre el asesinato de Kennedy. A veces a Carl le ponía furioso que ella fuera tan crédula, aunque al mismo tiempo sabía que seguramente era una de las razones de que llevaran tanto tiempo juntos.

—Bueno, pues porque hoy ha entrado un tipo en el bar justo después de que Juanita se marchara y me ha dado un sobre para que yo se lo diera a Lee. —Ella se encendió un cigarrillo y exhaló una bocanada de humo hacia las manchas del techo—. Estaba atiborrado de dinero, y no todo eran billetes de un dólar. Debía de haber cuatrocientos o quinientos dólares en ese sobre, como poco.

—Joder, ¿y no te has quedado una parte?

—Tú estás de broma, ¿no? A esa clase de gente no se le roba. —Ella sacó una de las patatas fritas de la cajita grasienta de cartón que había

delante de Carl y la mojó en un manchurrón de *ketchup*. De hecho, se había pasado toda la noche fantaseando con meterse en el coche y largarse con el sobre.

—Pero si es tu hermano, joder. No va a hacerte nada.

—Joder, Carl, tal como está ahora Lee, estoy segura de que se desharía de nosotros sin pensárselo dos veces. Por lo menos de ti.

—Bueno, ¿y qué has hecho con el sobre? ¿Todavía lo llevas encima?

—Pero qué dices. Cuando ha llegado mi hermano, se lo he dado y me he hecho la tonta. —Miró la patata frita que tenía en la mano y la tiró al cenicero—. Aun así, no lo he visto demasiado contento.

Sin dejar de pensar en su cuñado, Carl giró por Vine Street. Cada vez que se tropezaba con Lee, cosa que, gracias a Dios, no pasaba muy a menudo, el cabrón le preguntaba:

—¿Y dónde trabajas, Carl?

Él daría lo que fuera por verlo metido hasta el cuello en algún aprieto del que no pudiera salir enseñando aquella insignia de los cojones. Más adelante vio a dos chavales de unos quince o dieciséis años que caminaban lentamente por la acera. Paró a su lado, detuvo el motor y bajó la ventanilla para llenarse los pulmones de aire frío. Miró cómo se separaban al final de la manzana y uno se iba para el este y otro para el oeste. Bajó la ventanilla del lado del pasajero y arrancó otra vez; llegó hasta la señal de *stop* y giró a la derecha.

—Eh —dijo Carl, mientras paraba junto a aquel chico flacucho, que llevaba una chaqueta azul marino con la inscripción «Meade High School» cosida a la espalda en letras blancas—. ¿Quieres que te lleve?

El chico se detuvo y miró al tipo que iba al volante de aquella ranchera desastrada. La luz de la farola le hacía relucir la cara sudorosa. Una barba castaña de tres días le cubría el cuello y los carrillos rechonchos. Tenía unos ojillos negros y crueles, como de roedor.

—¿Cómo dice? —preguntó el chico.

—Estoy dando una vuelta —dijo Carl—. A lo mejor podemos ir juntos a beber una cerveza. —Tragó saliva y se detuvo a sí mismo antes de ponerse a rogar.

El chaval soltó una risilla.

—Te equivocas de persona, amigo —le dijo—. Yo no soy de esos. —Y echó a andar otra vez, ahora más deprisa.

—Pues te vas a la puta mierda —dijo Carl entre dientes. Se sentó en el coche y miró cómo el chaval desaparecía en una casa que había a pocas puertas de distancia. Aunque se había quedado un poco decepcionado, principalmente sentía alivio. Sabía que si hubiera tenido a aquel niño de mierda en el coche no se habría podido refrenar. Casi podía imaginarse a aquel cabroncete tirado en la nieve con las tripas fuera. Un día, pensó, iba a tener que hacer una escena invernal. Volvió al White Cow Diner y vio que Bodecker ya no estaba.

Aparcó el coche y entró; se sentó a la barra y pidió una taza de café. Todavía le temblaban las manos.

—Joder, hace frío afuera —le dijo a la camarera, una chica alta y flaca que tenía la nariz roja.

—Ohio es así —dijo ella.

—No estoy acostumbrado —dijo Carl.

—Ah, ¿no eres de por aquí?

—No —dijo Carl, dando un sorbo de café y sacando una de sus pichas de perro—. Estoy de paso, vengo de California. —Luego frunció el ceño y se quedó mirando el puro. No estaba seguro de por qué había dicho aquello, a menos que simplemente hubiera querido impresionar a la chica. Normalmente, la sola mención de aquel estado le revolvió las tripas. Se habían mudado allí unas pocas semanas después de casarse. Carl había pensado que allí podría triunfar haciendo fotos de estrellas de cine y gente famosa, y de paso conseguirle trabajo a Sandy de modelo, pero habían terminado arruinados y pasando hambre, y al final él había vendido a su mujer a dos hombres a los que había conocido delante de una agencia pirata de actores y que querían hacer una película guarra. Al principio ella se había negado, pero aquella noche, después de que la doblegara con vodka y promesas, los dos se habían adentrado con su coche destartalado en la niebla de las colinas de Hollywood hasta llegar a una casita pequeña y oscura que tenía las ventanas tapadas con papel de periódico.

—Esta puede ser nuestra gran oportunidad —le dijo Carl a su mujer mientras la llevaba a la puerta—. Para hacer contactos.

Además de los dos hombres con los que había hecho el trato, allí había siete u ocho más, de pie a los lados de la sala de estar, que estaba pintada de color amarillo limón y vacía salvo por una cámara de cine montada en un trípode y una cama doble cubierta de sábanas arrugadas.

Un hombre le dio una copa a Carl y otro le pidió a Sandy con voz amable que se desnudara. Un par de ellos se dedicaron a hacerle fotografías mientras ella se quitaba la ropa. Nadie dijo nada. Por fin alguien dio una palmada y se abrió la puerta del cuarto de baño. Un enano con la cabeza afeitada y desproporcionada en relación a su cuerpo hizo entrar en la sala a un hombre alto y de aspecto aturdido. El enano llevaba unos bonitos pantalones de tela con los bajos enrollados medio palmo por encima de unos zapatos italianos de puntera estrecha y camisa hawaiana, pero el grandullón estaba completamente desnudo, y entre las piernas morenas y musculosas le colgaba un pene largo, recubierto de venas azules y más ancho que una taza de café. Cuando ella vio que el enano sonriente desenganchaba la correa del collar de perro que el hombretón llevaba en el cuello, Sandy bajó de la cama y se puso a intentar recoger frenéticamente su ropa.

Carl se puso de pie y dijo:

—Lo siento, muchachos, la señorita ha cambiado de opinión.

—Sacad de aquí a ese gilipollas —gruñó el que estaba detrás de la cámara. Antes de que Carl pudiera hacer nada, tres hombres ya lo habían sacado a rastras por la puerta y lo habían metido en el coche—. Como no te quedes quieto aquí, tu chica va a salir muy mal parada —le dijo uno de ellos. Él se dedicó a chupetear su puro, a mirar cómo las sombras se movían de un lado para otro por detrás de las ventanas empapeladas y a intentar convencerse a sí mismo de que no iba a pasar nada malo.

Al fin y al cabo, aquello era la industria del cine, no podía ocurrir ninguna desgracia demasiado grande. Dos horas más tarde se abrió la puerta principal y los mismos tres hombres trajeron a Sandy hasta el coche y la tiraron al asiento de atrás. Uno de ellos se acercó a la ventanilla del conductor y le dio veinte dólares a Carl.

—Esto no está bien —dijo Carl—. Habíamos acordado doscientos.

—¿Doscientos? Joder, pero si esa chavala no vale ni diez. En cuanto el gorila ese le ha dado por el culo, se ha desmayado y se ha quedado ahí tirada como un pescado muerto.

Carl se giró y miró a Sandy, tirada en el asiento. Estaba empezando a volver un poco en sí. Le habían puesto la blusa del revés.

—Y una mierda —dijo él—. Quiero hablar con los tipos con los que hice el trato.

—¿Con Jerry y Ted? Se fueron hace una hora —dijo el hombre.

—Pues voy a llamar a las autoridades, vais a ver —dijo Carl.

—De eso nada —dijo el hombre, negando con la cabeza. Luego metió la mano por la ventanilla, agarró a Carl de la garganta y apretó—. De hecho, como no pares de lloriquear y te largues de una puta vez, te voy a llevar adentro y voy a soltar al viejo Frankie en tu culo gordo. Así él y Tojo podrán sacarse otros cien pavos. —Mientras el hombre se volvía para la casa, Carl oyó que le decía por encima del hombro—: Y no intentes traerla otra vez. No tiene lo que hay que tener para este negocio.

A la mañana siguiente, Carl salió y se compró una Smith & Wesson del 8 de aspecto vetusto en una casa de empeños con los veinte dólares que le había dado el tipo de la peli porno.

—¿Cómo sé yo que este trasto funciona? —le preguntó al prestamista.

—Ven conmigo —le dijo el tipo. Se llevó a Carl a un cuarto trasero y le pegó dos tiros a un barril lleno de serrín y revistas viejas—. Este modelo dejaron de fabricarlo en 1940 o por ahí, pero sigue siendo una pistola de narices.

Se volvió al Blue Star Motel, donde Sandy estaba sumergida en una bañera de agua caliente y sulfato de magnesio. Le enseñó la pistola y le juró que se iba a cargar a los dos cabrones que les habían tendido la trampa; lo que hizo, en cambio, fue bajar a la calle y pasarse el resto del día sentado en un banco del parque pensando en suicidarse. Aquel día algo se le rompió por dentro. Por primera vez pudo ver que su vida entera era un absurdo. Lo único que sabía hacer era manejar una cámara, pero ¿a quién le hacía falta otro gordo que se estaba quedando calvo y que hacía fotos de bebés llorones de cara roja, de zorras con el vestido del baile de graduación y de matrimonios de caras lúgubres que celebraban sus veinticinco años de

amargura? Cuando regresó a su cuarto aquella noche, ella ya estaba dormida.

Se volvieron a Ohio la tarde siguiente. Carl conducía y Sandy iba sentada en las almohadas que habían robado de la habitación del motel. Él descubrió que le costaba mirarla a los ojos, y apenas se dirigieron dos palabras mientras cruzaban el desierto y llegaban a Colorado. Mientras empezaban a subir las Montañas Rocosas, la hemorragia por fin se detuvo y ella le dijo que prefería conducir en lugar de quedarse allí sentada acordándose de cómo la violaba el esclavo drogado de aquel enano mientras todos aquellos hombres se burlaban de ella.

Nada más sentarse al volante, encendió un cigarrillo y puso la radio. Al cabo de un par de horas, recogieron a un hombre que olía a ginebra y estaba haciendo autoestop para volver a casa de su madre, en Omaha. El hombre les contó que lo había perdido todo, incluyendo su coche, en una casa de putas —una simple caravana, en realidad, donde tres tipas hacían turnos, una tía y sus dos sobrinas— en el desierto al norte de Reno.

—Las mujeres —dijo el hombre—. Ese ha sido siempre mi problema.

—¿Qué pasa, que se adueña de ti una especie de enfermedad? —dijo Carl.

—Colega, hablas como un médico de la cabeza con el que me hicieron hablar una vez. —Se pasaron unos minutos en silencio y por fin el hombre se inclinó y pasó los brazos despreocupadamente por encima del asiento delantero. Les ofreció bebida de una petaca que llevaba, pero ninguno de los dos estaba de humor para correrse una juerga. Carl abrió la guantera para sacar la cámara. Se le había ocurrido que podía tomar unas fotos del paisaje. Tenía mucha pinta de que no iba a volver a ver nunca aquellas montañas.

—¿Esta es tu mujer? —le preguntó el tipo, después de que él se acomodara otra vez en su asiento.

—Sí —dijo Carl.

—Mira lo que te digo, colega. No sé cuál es vuestra situación, pero te doy veinte pavos si me dejas echarle un polvo rápido. Si te soy sincero, creo que no me puedo aguantar hasta Omaha.

—Se acabó —dijo Sandy. Pisó el freno y puso el intermitente—. Ya estoy hasta el gorro de cabrones como tú.

Carl echó un vistazo a la pistola que tenía en la guantera, medio escondida debajo de un mapa. Se giró y miró al hombre, que iba bien vestido, tenía el pelo negro, tez cetrina y pómulos marcados. Con el olor a ginebra se mezclaba un vago aroma a colonia.

—Pensaba que habías perdido todo tu dinero.

—Y lo perdí, todo lo que tenía, pero cuando llegué a Las Vegas llamé a mi madre. Esta vez ya no me quiso comprar otro coche, pero sí que me mandó un puñado de dólares para llegar a casa. Con esas cosas se porta bien.

—¿Y cincuenta pavos? —dijo Carl—. ¿Tienes cincuenta?

—¡Carl! —chilló Sandy. Estaba a punto de decirle que también podía bajarse del coche cagando hostias cuando vio que sacaba la pistola de la guantera. Devolvió la vista a la carretera y aceleró hasta volver a coger velocidad de autopista.

—Pues no lo sé, colega —dijo el hombre, rascándose la barbilla—. Tenerlos los tengo, pero por cincuenta pavos quiero fuegos artificiales, ¿me entiendes, no? ¿Te importa añadirle algunos extras?

—Claro, los que tú quieras —dijo Carl, con la boca secándosele mientras el corazón se le aceleraba—. Lo que pasa es que tenemos que encontrar un sitio recogido donde parar. —Metió barriga y se deslizó la pistola dentro de los pantalones.

Al cabo de una semana, cuando por fin reunió las agallas para revelar las fotografías que había sacado, a Carl le bastó con echarles un vistazo para saber, con una certidumbre que no había sentido jamás, que el inicio de la obra de su vida lo estaba mirando desde aquella cubeta de líquido fijador. Aunque le dolía ver una vez más a Sandy rodeando con los brazos el cuello de aquel putero y experimentando su primer orgasmo de verdad, supo que ya nunca iba a poder parar. Y la humillación que había experimentado en California... Juró que no iba a volverle a pasar jamás. El verano siguiente se fueron por primera vez de cacería.

Ahora la camarera esperó a que Carl se encendiera el puro y le preguntó:

—¿Y qué haces por aquí?

—Soy fotógrafo. Principalmente de estrellas de cine.

—¿En serio? ¿Le has hecho alguna foto a Tab Hunter?

—Pues la verdad es que no —dijo Carl—, pero seguro que da gusto trabajar con él.

Al cabo de unos días, Carl ya era un habitual del White Cow. Resultaba agradable estar rodeado de gente después de haberse pasado casi todo el invierno encerrado en el apartamento. Cuando la camarera le preguntó cuándo se volvía para California, él le contestó que había decidido quedarse allí una temporada y tomarse un respiro del coñazo de Hollywood. Una noche estaba sentado a la barra cuando un par de hombres con pinta de sesentones llegaron a bordo de un El Dorado negro y reluciente. Aparcaron a un par o tres de metros de la puerta principal y entraron pavoneándose. Uno de ellos llevaba un atuendo de vaquero decorado con lentejuelas centelleantes. Tenía la panza cervecera constreñida por una hebilla de cinturón diseñada para parecer un Winchester y caminaba con las piernas arqueadas, como si acabara de apearse de un caballo asombrosamente ancho, pensó Carl, o bien como si tuviera un pepino escondido dentro del culo. El otro llevaba un traje azul marino, con la pechera decorada con diversas insignias y cintas patrióticas, y una gorra cuadrada de la Asociación de Veteranos de Guerras en el Extranjero torcida en un ángulo desenfadado. Los dos tenían las caras ruborizadas por el alcohol de alta gradación y la arrogancia. Carl reconoció al vaquero por los periódicos: era un bocazas republicano del ayuntamiento, que en los plenos mensuales siempre se estaba quejando de las escenas sexuales degeneradas y explícitas que tenían lugar en el parque municipal de Meade. Aunque Carl había pasado por allí un centenar de veces de noche, lo más picante que había visto nunca era una pareja de adolescentes desgarrados intentando besarse ante el pequeño monumento conmemorativo de la segunda guerra mundial.

Los dos hombres se sentaron en un reservado y pidieron café. Después de que la camarera los sirviera, se pusieron a hablar de un hombre de pelo

largo al que habían visto caminando por la acera mientras volvían de la *American Legion*.

—Nunca pensé que vería nada parecido por aquí —dijo el tipo del traje.

—Y espérate —dijo el vaquero—. Como alguien no haga algo, dentro de un par de años tendremos más que pulgas en el culo de un burro. —Dio un sorbo de café—. Yo tengo una sobrina que vive en Nueva York y su novio es igual que una chica, con una media melena que le tapa las orejas. Yo no paro de decirle que me lo mande y yo se lo arreglo, pero ella no quiere. Dice que sería demasiado duro con él.

Bajaron un poco la voz, pero Carl todavía pudo oírlos hablar de cómo antes colgaban a los negros y de cómo habría que empezar otra vez con los linchamientos, por mucho que fuera un trabajo duro, pero esta vez con los melenudos.

—Unas cuantas corbatas en esos cuellos mugrientos —dijo el vaquero—. Así se espabilan, hostia. Por lo menos evitaríamos que vinieran por aquí.

Carl olía la loción para el afeitado de aquellos tipos desde la otra punta de la cafetería. Se quedó mirando el cuenco del azúcar que tenía delante sobre la barra y trató de imaginarse sus vidas, los pasos irrevocables que habrían dado para llegar adonde estaban en aquella noche fría y oscura de Meade, Ohio. Y la sensación que experimentó fue eléctrica, una conciencia del poco tiempo que llevaba en el mundo y de lo que había hecho con ese tiempo, y de aquellos dos viejos cabrones y la relación que tenían con todo. Era la misma sensación que experimentaba con los modelos. Ellos habían elegido un trayecto o una dirección en detrimento de otros, y de esa manera habían terminado en el coche de él y de Sandy.

¿Acaso podía explicarlo? No, no podía explicarlo, pero estaba más claro que el agua que podía sentirlo. «El misterio», Carl solamente podía denominarlo así. Sabía que al día siguiente ya nunca significaba nada. La sensación desaparecía hasta la próxima vez. Luego oyó correr el agua en el fregadero de la cocina, y la imagen nítida de cierta tumba inundada que había cavado durante una noche repleta de estrellas emergió a la superficie de su memoria. La había cavado en un sitio anegado, y una media luna, alta en el cielo y tan blanca como la nieve recién caída, se había mecido sobre el

agua acumulada en el fondo del hoyo; él no había visto nunca nada tan hermoso. Ahora intentó retener aquella imagen, puesto que llevaba una buena temporada sin acordarse de ella, pero las voces de los viejos volvieron a infiltrarse y a trastornar su paz.

Empezó a dolerle un poco la cabeza y le pidió a la joven camarera una de las aspirinas que sabía que llevaba siempre en el bolso. Ella le había confesado una noche que le gustaba fumárselas, machacarlas y meter el polvo dentro de un cigarrillo. Droga de pueblerinos, había pensado Carl, y se había tenido que contener para no reírse en la cara de aquella pobre chica idiota. Ahora ella le dio dos tabletas guiñándole el ojo, Dios mío, como si le estuviera pasando un chute de morfina o algo parecido.

Le devolvió una sonrisa y volvió a pensar en llevársela para un trayecto de prueba, ver cómo un autoestopista se lo pasaba bomba con ella mientras él les hacía unas fotos y le aseguraba a la muy tonta que era así como empezaban todas las modelos. Estaba claro que se lo tragaría. Le había contado algunas historias bastante subidas de tono, y ella ya no se hacía la escandalizada. Por fin se tragó las aspirinas y se dio un poco la vuelta en su taburete para poder oír mejor a los dos hombres.

—Los demócratas van a ser la ruina de este país —dijo el vaquero—. Lo que tenemos que hacer, Bus, es montar nuestro propio ejército. Matar a unos cuantos y así se lo hacemos entender al resto.

—¿Ahora hablas de los demócratas o de los melenudos, J. R.?

—Bueno, podemos empezar con los nenazas —dijo el vaquero—. ¿Te acuerdas de aquel puto loco al que cogieron en la carretera con un pollo encallado en sus partes? Bus, yo te aseguro que los melenudos van a ser diez veces peor que eso.

Carl dio un sorbo de café y escuchó mientras los dos fantaseaban con montar una milicia privada. Sería su contribución final al país antes de morir. Si hacía falta, estarían encantados de sacrificarse. Era su deber como ciudadanos. Luego Carl oyó que uno de ellos decía:

—¿Tú qué coño estás mirando?

Ahora los dos lo estaban observando.

—Nada —dijo Carl—. Estoy bebiéndome mi café.

El vaquero le guiñó un ojo al del traje y le dijo:

—¿A ti qué te parece, chaval? ¿Te caen bien los melenudos?

—Pues no lo sé —dijo Carl.

—Coño, J. R., lo más seguro es que tenga a uno en casa esperándolo — bromeó el del traje.

—Sí, no tiene agallas para lo que nosotros necesitamos —dijo el vaquero, volviéndose a su café—. Joder, lo más seguro es que ni siquiera haya servido nunca en el ejército. Blando como una rosquilla, ya se le ve. —Negó con la cabeza—. El puto país entero se está volviendo así.

Carl no dijo nada, pero se preguntó cómo sería matar a un par de vejstorios de mierda como aquellos. Por un momento se planteó la posibilidad de seguirlos cuando se marcharan y obligarlos a follar el uno con el otro solamente para empezar. Estaba seguro de que, para cuando se pusiera en serio con ellos, podría hacer que el vaquero se cagara en la gorrita del trajeado. Aquel par de capullos podían mirar a Carl Henderson y despreciarlo todo lo que quisieran, le traía sin cuidado. Podían rajarse hasta el día del juicio sobre la gente a la que les gustaría matar, pero ninguno de ellos tenía cojones para hacerlo. En cuestión de quince minutos podía tenerlos a los dos suplicándole que los mandara al infierno. Era capaz de cosas que les harían comerse los dedos del otro a cambio de un par de minutos de descanso. Lo único que le hacía falta era tomar la decisión. Dio otro sorbo a su café y miró a través del ventanal en dirección al Cadillac y la neblina de la calle. Claro, amigo, no era más que un gordo inofensivo. Blando como una puta rosquilla.

El vaquero encendió otro cigarrillo, carraspeó y luego escupió un gargajo marrón en el cenicero.

—Convertir a uno de esos asquerosos en mi mascota, eso es lo que me gustaría a mí —dijo él, secándose la boca con una servilleta de papel que le dio el otro.

—¿Te gustaría que fuera un hombre o una mujer, J. R.?

—Joder, tienen la misma pinta, ¿no?

El del traje sonrió.

—¿Qué le darías de comer?

—Sabes perfectamente lo que le daría de comer, Bus —dijo el vaquero, y los dos se rieron.

Carl volvió a darse la vuelta. No se le había ocurrido nunca. Una mascota. Tener una en casa no era posible ahora mismo, pero tal vez algún día. «¿Lo ves?», se dijo a sí mismo: siempre había algo nuevo y emocionante en perspectiva, incluso en esta vida. Salvo en las semanas que pasaban de cacería, siempre le costaba ser optimista, pero luego pasaba algo que le recordaba que no todo era una mierda. Por supuesto, para plantearse el mero hecho de convertir a un modelo en algo parecido a una mascota, tendrían que mudarse al campo, buscar una casa en algún sitio perdido. Les haría falta un sótano, o por lo menos alguna clase de edificación que estuviera cerca de la casa, un cobertizo o un granero. Tal vez hasta pudiera acabar adiestrando a la mascota para que hiciera todo lo que él quisiera, aunque al mismo tiempo que se lo planteaba dudó que pudiera tener la paciencia necesaria. Ya le costaba bastante tener controlada a Sandy.

28

Bodecker entró en el Tecumseh una tarde de finales de febrero, justo después de que Sandy empezara su turno, y se pidió una Coca-Cola. En el bar no había nadie más. Ella se la sirvió sin decir palabra y luego se volvió para el fregadero de detrás de la barra donde estaba lavando jarras sucias de cerveza y vasos de chupito que habían quedado de la noche anterior. Él se fijó en las ojeras que tenía su hermana y en todas las canas que le habían salido. No parecía que llegara a los cuarenta y cinco kilos, a juzgar por lo grandes que le venían los vaqueros. Le echaba la culpa a Carl de lo avejentada que estaba. A Bodecker le daba asco pensar que aquel hijo de puta vivía de ella como un parásito. Aunque hacía años que no se podía decir que él y Sandy se llevaran bien, seguía siendo su hermana. Había cumplido veinticuatro hacía poco, cinco años menos que él. Si la veías hoy, no le echabas menos de cuarenta.

Lee se trasladó a un taburete al final de la barra desde donde pudiera vigilar la puerta. A partir de la noche en que había tenido que entrar en el bar a recoger aquel sobre con dinero —la idiotez más descomunal que Tater Brown le había obligado a hacer nunca, y se lo había dejado claro al muy cabrón—, Sandy apenas le hablaba.

Le agobiaba, por lo menos un poco cuando se detenía a pensarlo, que su hermana pensara mal de él. Sospechaba que ella seguía cabreada por el pollo que le había montado porque hiciera de puta en la parte de atrás de aquel antro infecto. Ahora se volvió para mirarla. El local estaba muerto y no se oía más ruido que el de los vasos tintineando en el agua cada vez que ella recogía uno para lavarlo. A la mierda, pensó. Y se puso a hablar, mencionando de entrada que últimamente Carl se pasaba mucho tiempo

charlando con una camarera joven del White Cow mientras ella estaba allí encerrada sirviendo copas para pagar las facturas.

Sandy dejó el vaso en el escurridor de plástico y se secó las manos mientras se preguntaba qué podía contestar. Últimamente Carl la había estado llevando en coche al trabajo un montón, pero aquello no era asunto de Lee. ¿Y qué iba a hacer su marido con una chica? A Carl ya solamente se le ponía dura cuando miraba las fotografías.

—¿Y qué? —dijo ella por fin—. Se siente solo.

—Sí, y también miente como un bellaco —dijo Bodecker. La otra noche había visto la ranchera negra de Sandy estacionada frente al White Cow. Había aparcado en la acera de delante y había mirado cómo su cuñado le daba a la lengua con aquella camarera flaca. Daba la impresión de que se lo estaban pasando bien juntos, de manera que le entró la curiosidad. Después de que Carl se marchara, Bodecker entró, se sentó a la barra y pidió un café.

—Ese tipo que se acaba de marchar —dijo—. No sabrás cómo se llama, ¿verdad?

—¿Te refieres a Bill?

—¿Bill, eh? —dijo Bodecker, intentando no sonreír—. ¿Es amigo tuyo?

—No sé —dijo ella—. Nos llevamos bien.

Bodecker se sacó un pequeño cuaderno y un lápiz del bolsillo de la camisa y fingió que apuntaba algo.

—Déjate de trolas y cuéntame lo que sepas de él.

—¿Estoy metida en algún lío? —preguntó ella. Se metió un mechón de pelo en la boca y se puso a moverse nerviosamente de un lado para otro.

—Si hablas, no.

Después de escuchar a la chica repetir algunas de las historias de Carl, Bodecker se miró el reloj de pulsera y se puso de pie.

—De momento ya me vale —dijo, guardándose el cuaderno en el bolsillo—. Me da la impresión de que no es el que buscamos. —Se quedó pensando un momento y miró a la chica. Todavía estaba mordisqueándose el pelo—. ¿Cuántos años tienes? —le dijo.

—Dieciséis.

—Ese Bill nunca te habrá pedido que poses para sus fotos, ¿verdad?

A la chica se le puso la cara roja.

—No —dijo ella.

—En cuanto empiece a hablarte de esa clase de cosas tú me llamas, ¿de acuerdo? —Si no hubiera sido Carl el que intentaba follarse a aquella chavala, a él le habría traído sin cuidado. Pero aquel cabronazo había llevado a su hermana a la ruina, y Bodecker no conseguía olvidarlo, por mucho que se dijera a sí mismo que no era asunto suyo. Era algo que le comía por dentro, como un cáncer. Lo mejor que podía hacer ahora mismo era contarle a Sandy lo que estaba pasando con aquella niñata de camarera. Algún día, sin embargo, quería hacérselas pagar a Carl todas juntas. No tenía por qué ser muy difícil, pensó; no sería muy distinto de castrar a un puerco.

Después de interrogar a la chica se marchó de la cafetería y condujo hacia el parque estatal que había junto a la prisión, adonde Tater Brown tenía que llevarle su dinero. Su secretario farfulló algo por la radio sobre un atropello con fuga en la Huntington Pike, y Bodecker estiró el brazo para bajar el volumen. Unos días atrás había hecho otro trabajo para Tater y había usado su insignia para sacar a un tipo llamado Coonrod de una vieja cabaña donde estaba escondido en la vega del Paint Creek. Esposado en el asiento de atrás, el tipo creyó que el *sheriff* lo estaba llevando a la comisaría para interrogarlo hasta que el coche patrulla se detuvo en la carretera de grava que había en lo alto de Reub Hill. Bodecker no dijo palabra: se limitó a sacarlo del coche tirando de las pulseras metálicas y a arrastrarlo durante un centenar de metros hasta adentrarse en el bosque.

Mientras Coonrod pasaba de gritar que tenía derechos a suplicar piedad, Bodecker se le puso detrás y le pegó un tiro en la nuca. Ahora Tater le debía cinco mil dólares, mil más de los que el *sheriff* le había cobrado la primera vez. Aquel sádico de mierda le había pegado una paliza a una de las mejores putas que trabajaban en el piso de arriba del club de *striptease* de Tater y había intentado extraerle el útero con un desatascador de retretes. El gánster había tenido que pagarle trescientos dólares más al hospital para que le volvieran a meter todo dentro a la tipa. Al final el único que había salido ganando con el trato era Bodecker.

Ahora Sandy suspiró y dijo:

—A ver, Lee, ¿de qué cojones me estás hablando? —Bodecker se llevó el vaso a los labios y se puso a mascar hielo.

—Bueno, de acuerdo con esa chica, tu marido se llama Bill y es un fotógrafo de gran éxito de California. Le ha contado que es muy amigo de unas cuantas estrellas de cine.

Sandy se volvió al fregadero y metió unos cuantos vasos sucios más en el agua tibia.

—Lo más seguro es que le estuviera tomando el pelo y ya está. A veces a Carl le gusta engañar a la gente para echarse unas risas, solamente para ver cómo reaccionan.

—Bueno, por lo que yo he visto, la otra está reaccionando bastante bien. Tengo que decir que nunca me había imaginado que ese gordo de mierda fuera bueno para estas cosas.

Sandy tiró su trapo de secar y se dio la vuelta.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Espiarlo?

—Eh, no te quería molestar ni nada —dijo Bodecker—. Pensé que querías saberlo.

—A ti Carl nunca te ha caído bien —dijo ella.

—Hostia puta, Sandy, si te ha estado puteando.

Ella puso los ojos en blanco.

—Como si tú no hicieras nada malo.

Bodecker se puso las gafas de sol y se obligó a sonreír, enseñándole los dientes blancos y enormes a Sandy.

—Pero aquí la autoridad soy yo, chica. Y ya verás que eso es lo que importa.

Tiró un billete de cinco dólares sobre la barra, salió del local y se metió en el coche patrulla. Se pasó unos minutos allí sentado, mirando a través del parabrisas en dirección a las caravanas destartadas de Paradise Acres, el poblado de autocaravanas que había al lado del bar.

Luego reclinó la cabeza en el asiento. Ya hacía una semana y nadie había denunciado la desaparición del cabrón del desatascador. Se le ocurrió que le podía comprar un coche nuevo a Charlotte con una parte del dinero. Se moría de ganas de cerrar los ojos unos minutos, pero en los tiempos que corrían no era buena idea quedarse dormido al descubierto. Cada vez

estaban todos más hasta el cuello de mierda. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que le tocara matar a Tater o, ya puestos a pensar, antes de que algún hijo de puta decidiera cargárselo a él.

29

Un domingo por la mañana, Carl le hizo a Sandy unos panqueques, que eran su comida favorita. La noche antes había llegado a casa borracha y con una de sus depresiones. Cada vez que se empantanaba con aquellos sentimientos despreciables, él no podía decirle nada ni tampoco hacer nada para ayudarla. Tenía que salir adelante por sí misma. Un par de noches bebiendo y lloriqueando y volvería a estar como nueva. A la noche siguiente, o tal vez la otra, se follaría a alguno de sus clientes después de cerrar el bar, a algún chaval de campo con pelo cortado a cepillo, mujer y tres o cuatro criaturas mocosas en casa. El chaval en cuestión le diría a Sandy que ojalá la hubiera conocido antes de casarse con la vaca de su mujer, que era el mejor polvo de su vida, y entonces ya todo volvería a ir de perlas hasta la próxima vez que le entrara el bajón.

Carl le dejó una pistola del 22 junto al plato. Se la había comprado hacía unos días por diez dólares a un viejo al que había conocido en el White Cow. El pobre desgraciado tenía miedo de que, si no se deshacía de la pistola, acabaría pegándose un tiro. Se le había muerto la mujer el otoño pasado. Él la había tratado mal, lo admitía, hasta cuando ella ya estaba en su lecho de muerte; pero ahora se sentía tan solo que no lo podía soportar. Todo esto se lo contó a Carl y a la camarera adolescente mientras una nieve helada repicaba con suavidad contra las ventanas de cristal armado de la cafetería y el viento zarandeaba el letrero metálico de la calle. El viejo llevaba un abrigo largo que olía a humo de leña y a Vicks VapoRub y un gorro de lana salpicado de pelusa muy calado. Mientras el viejo se les estaba confesando, a Carl se le ocurrió que tal vez fuera buena idea que Sandy tuviera un arma también cuando estuvieran de cacería, solamente como refuerzo en caso de que algo se saliera de madre. Se preguntó por qué

no se le habría ocurrido antes. Aunque siempre se andaba con cuidado, hasta los mejores la cagaban a veces. Comprar la pistola le había hecho sentirse bien, pensar que se estaba volviendo más listo.

Para matar a alguien con una pistola del había que pegarle un tiro en el ojo o bien metérsela directamente en la oreja, pero aun así era mejor que nada. Él le había hecho eso mismo una vez a un universitario, le había metido una pistola en la oreja; el tipo era un capullo de pelo rizado de Purdue que había soltado una risilla cuando Sandy le había confesado que antes soñaba con ir a la escuela de belleza, pero que luego había terminado de camarera y todo había acabado saliendo tal como era de esperar. Después de atar al chaval, Carl le había encontrado un libro en el bolsillo de la chaqueta, Poemas de John Keats. Intentó preguntarle a aquel asqueroso cuál era su rima favorita, pero para entonces el listillo de mierda ya se había cagado en los pantalones y estaba teniendo dificultades para concentrarse. De manera que abrió el libro por una página al azar y se puso a leer un poema mientras el chaval lloraba pidiendo misericordia, y Carl se vio obligado a levantar más y más la voz para hacerse oír por encima de las súplicas del otro hasta llegar al último verso, que ahora se le había olvidado, alguna imbecilidad sobre el amor y la fama que tenía que admitir que por entonces le había erizado el pelo de los brazos. A continuación apretó el gatillo y una rociada de sesos mojados y grises salió disparada del otro lado de la cabeza del chico. Después de que el chaval se desplomara, la sangre le empantanó las cuencas de los ojos, dándoles aspecto de lagos diminutos de fuego. La foto resultante era buenísima, aunque había que tener en cuenta que había disparado con un arma del 38, no con una pistolilla ridícula del 22. Carl estaba seguro de que si le hubiera podido enseñar a aquel vejestorio maloliente la foto del chaval, el muy llorón se lo habría pensado dos veces antes de suicidarse, por lo menos usando pistola. A la camarera le había parecido muy hábil el modo en que le había quitado de las manos la pistola al anciano antes de que este pudiera hacerse daño. Él se la habría podido follar aquella misma noche en el asiento de atrás de la ranchera si hubiera querido, a juzgar por la forma en que ella no paraba de decirle lo maravilloso que era. Hacía unos años no le habría perdonado un polvo a

aquella zorra, pero últimamente aquella clase de líos no lo atraían demasiado.

—¿Qué es esto? —dijo Sandy cuando vio la pistola al lado de su plato.

—Es por si acaso algo sale mal alguna vez.

Ella negó con la cabeza y empujó la pistola de vuelta a su lado de la mesa.

—Ese es tu trabajo, asegurarte de que eso no pase nunca.

—Solamente te digo...

—Escucha, si ya no tienes pelotas para hacerlo, dilo. Joder, por lo menos avísame antes de que nos maten a los dos por tu culpa.

—Ya te he dicho que no me gustan esas palabrotas —dijo él. Se quedó mirando el montón de panqueques, que ya se estaban enfriando. Ella no los había tocado—. Y te vas a comer esas putas tortitas que te he hecho, ¿me oyes?

—Vete a la mierda —le dijo ella—. Voy a comer lo que me dé la gana. —Se puso de pie y él vio cómo se llevaba su café a la sala de estar y oyó que encendía el televisor. Cogió la pistola del 22 y apuntó con ella a la pared que separaba la cocina del sofá donde no cabía duda que ella acababa de apoltronar su culo flaco.

Se quedó así un par de minutos, preguntándose si sería capaz de acertarle, antes de guardar la pistola en un cajón. Se pasaron el resto de la fría mañana viendo en silencio una maratón de películas de Tarzán que estaban dando en el Canal 10. Después Carl se fue al Big Bear y compró un bote de cuatro litros de helado de vainilla y una tarta de manzana. A ella siempre le habían gustado los dulces. Si no le quedaba más remedio, la obligaría a tragarse todo aquello, pensó mientras pagaba a la dependienta.

Hacía muchos años, había oído decir a uno de los novios de su madre que en los viejos tiempos uno podía venderse a su mujer si andaba mal de dinero o bien se hartaba de ella; solamente tenía que llevarla al mercado del pueblo con un collar de arnés bien amarrado al cuello de mierda. Hacer que Sandy se asfixiara con un poco de helado tampoco sería nada del otro mundo. A veces las mujeres no sabían lo que les convenía. Estaba claro que su madre, por ejemplo, no lo sabía. Un tipo llamado Lyndon Langford, el más listo de la larga serie de cabrones con los que ella se había liado

mientras estaba viva, un operario de la fábrica de GM de Columbus que a veces leía libros de verdad cuando estaba intentando no beber, era quien le había impartido al pequeño Carl sus primeras lecciones de fotografía. «Tú acuérdate —le había dicho una vez Lyndon— de que a la mayoría de la gente le encanta que les hagas fotos. Como les apuntes con una cámara, los muy capullos son capaces de hacer casi cualquier cosa.»

Carl nunca se olvidaría de la primera vez que había visto el cuerpo desnudo de su madre, en una de las fotos de Lyndon, atada a la cama con cables eléctricos y con la cabeza tapada con una caja de cartón que tenía agujeros para los ojos. Pese a todo, cuando no bebía, Lyndon era un hombre más o menos decente. Luego Carl lo estropeó todo al comerse una loncha del jamón bueno que el hombre guardaba en su nevera para las noches en que se quedaba a dormir. Su madre tampoco le perdonó nunca aquello.

30

En cuanto Ohio empezó a reverdecer y a templarse, Carl se puso a organizar concienzudamente su próximo viaje. Esta vez planeaba ir al sur y darle un descanso al interior. Se pasaba las noches estudiando su mapa de carreteras: Georgia, Tennessee, Virginia y las Carolinas. Dos mil quinientos kilómetros por semana: aquello era lo que siempre habían planeado. Aunque normalmente se cambiaban de coche por la época en que florecían las peonías, había decidido que la ranchera todavía estaba en buen estado para una salida más. Y Sandy ya no traía tanto dinero a casa como cuando hacía de puta de forma habitual. Las gracias había que dárselas a Lee.

Una madrugada de jueves en que estaban los dos en la cama, Sandy dijo:

—He estado pensando en esa pistola, Carl. A lo mejor tienes razón.

Aunque no lo había mencionado para nada, también había estado pensando mucho en aquella camarera del White Cow. Incluso había pasado por allí un día, se había pedido un batido y le había echado un buen vistazo a la chica. Desearía que Lee no le hubiera contado nada. Lo que más le molestaba era el hecho de que la chica le recordaba a sí misma antes de que Carl entrara en su vida: nerviosa, tímida y ansiosa por complacer. Luego, hacía unas cuantas noches, mientras le ponía una copa a un hombre al que se había follado hacía poco, Sandy no había podido evitar fijarse en que el tipo ya no le echaba ni un triste vistazo. Mientras miraba cómo el mismo hombre se marchaba al cabo de unos minutos acompañado de una buenaza dentada que llevaba una chaqueta de piel falsa, se le ocurrió que tal vez Carl estuviera buscándole una sustituta. Le dolía pensar que su marido pudiera traicionarla de aquella manera, pero, bien pensado, ¿por qué iba él a ser distinto a todos los demás cabrones que había conocido? Confiaba en

estar equivocándose, pero a lo mejor no era tan mala idea que también tuviera un arma.

Carl no dijo nada. Había estado mirando el techo con cara lúgubre, deseando que su casera estuviera muerta. Le sorprendió que Sandy mencionara la pistola después de tanto tiempo, pero tal vez simplemente le había venido un ataque de sentido común. ¿Quién demonios no querría llevar pistola, haciendo las cosas que hacían? Se dio la vuelta y se sacudió su parte de la sábana de encima de sus piernas gordas. Fuera estaban a quince grados a las tres de la mañana y la muy zorra de la vieja les hacía aguantar el termostato al máximo. Estaba convencido de que lo hacía a propósito. El otro día habían tenido bronca por el hecho de que él cantara de noche. Ahora se levantó de la cama para abrir la ventana y se quedó allí, dejando que la ligera brisa lo refrescara.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le preguntó por fin.

—Pues no lo sé —dijo ella—. Como tú dijiste, nunca se sabe lo que puede pasar, ¿verdad?

Él se quedó escrutando la oscuridad y se frotó la cara mal afeitada. Le daba grima volverse a la cama. Su lado estaba empapado de sudor. Tal vez podría dormir en el suelo, junto a la ventana, pensó. Se inclinó cerca de la tela mosquitera rota y respiró hondo varias veces. Joder, tenía la sensación de que se estaba asfixiando.

—Lo está haciendo para joder, me cago en la puta.

—¿El qué?

—Dejar la puta calefacción encendida —dijo él.

Sandy se incorporó hasta apoyarse sus codos y miró la silueta oscura de Carl agachada junto a la ventana, como una bestia mítica e inquietante a punto de extender las alas y echar a volar.

—Pero me enseñarás a disparar con ella, ¿verdad?

—Claro —dijo Carl—. Eso es fácil. —Oyó que encendía una cerilla detrás de él y le daba una calada a un cigarrillo. Se giró hacia la cama—. Nos la llevamos a alguna parte cuando tengas el día libre y así practicas unos disparos.

El domingo salieron del apartamento cerca del mediodía y condujeron hasta la cima de Reub Hill para bajar por el otro lado. Él giró a la izquierda

por un camino enfangado y se detuvo cuando llegaron a un vertedero que había al final.

—¿Cómo conoces este lugar? —le preguntó Sandy.

Antes de que llegara Carl, había pasado bastantes noches dejándose follar en aquel sitio por chavales de los que ahora no le gustaba acordarse. Con todos ellos había creído que, si se dejaba follar por el siguiente, este la trataría como a su novia y tal vez hasta la llevaría a uno de los bailes que se celebraban en el Winter Garden o en el Armory, pero aquello no había sucedido jamás. En cuanto se la hincaban, ya se olvidaban de ella. Un par de aquellos tipos incluso se quedaron con sus propinas y le hicieron volver a casa andando. Ahora se asomó a la ventanilla del coche y vio tirado en la zanja del arcén un condón usado y extendido sobre la boca de una botella de sidra Boone's Farm. Los chavales solían llamar a aquel lugar el Camino de Entrenamientos; a juzgar por su pinta, supuso que todavía lo llamaban así. Ahora que lo pensaba, Sandy no había estado jamás en un baile.

—Lo vi un día que estaba dando vueltas con el coche —comentó—. Me recordó al sitio aquel de Iowa.

—¿Quieres decir donde el Espantapájaros?

—Sí —dijo Carl—. Aquel gilipollas que no paraba con lo de «Aquí vengo, California». —Estiró un brazo por delante de ella para abrir la guantera y sacó la pistola del y una caja de cartuchos—. Venga, a ver qué tal lo haces.

Cargó la pistola y colocó unas cuantas latas oxidadas encima de un colchón mojado lleno de manchas. Luego volvió para ponerse delante del coche y disparó seis veces desde una distancia de unos siete u ocho metros. Tumbó cuatro de las latas. Después de enseñarle una vez más a ella cómo se cargaba el arma, se la dio.

—La cabrona se desvía un poco hacia la izquierda —le dijo—. Pero no pasa nada. Tú no intentes apuntar, límitate a señalar igual que haces con el dedo. Luego coges aire y aprietas el gatillo mientras lo sueltas.

Sandy cogió la pistola con las dos manos y puso el ojo en la mirilla. Luego cerró los ojos y apretó el gatillo.

—No los cierres —le dijo Carl. Ella hizo los cinco disparos siguientes tan deprisa como pudo. Solamente consiguió hacerle varios agujeros al

colchón.

—Bueno, te estás acercando —dijo él. Le dio la caja de cartuchos—. Esta vez la cargas tú. —Sacó un puro y lo encendió.

Cuando por fin le acertó a la lata, soltó un chillidito como si fuera una niña que acabara de encontrar un huevo de Pascua con premio.

—No está mal —dijo él—. Déjame ver.

Justo había terminado de cargar el arma otra vez cuando oyeron una camioneta que se acercaba a toda prisa por el camino. El vehículo se detuvo a pocos metros con una sacudida, y de él salió un hombre de mediana edad y cara demacrada. Llevaba unos pantalones azules de vestir, camisa blanca y zapatos negros lustrados. Lo más seguro era que se hubiera pasado toda la mañana sin poder escaparse de la iglesia, sentado en un banco con la gorda de su mujer, pensó Carl. Ahora ya tenía la mente puesta en el pollo frito que se iba a comer y en la siesta que iba a echarse si la vieja arpía se callaba durante unos minutos. Luego, por la mañana, de vuelta al trabajo, y duro. Casi le resultaba admirable que alguien fuera capaz de pasarse la vida haciendo aquello.

—¿Quién os ha dado permiso para disparar aquí? —dijo el hombre. El tono áspero de su voz indicaba que no estaba nada contento.

—Nadie. —Carl miró a su alrededor y se encogió de hombros—. Joder, colega, pero si es un vertedero.

—Es mi propiedad, nada menos —dijo el hombre.

—Solo estamos haciendo prácticas de tiro —dijo Carl—. Estoy intentando enseñar a mi mujer a defenderse.

El hombre negó con la cabeza.

—No permito que se dispare en mi propiedad. Joder, chaval, tengo ganado por ahí. Además, ¿es que no sabéis que es el día del Señor?

Carl soltó un suspiro y echó un vistazo a los campos marrones que rodeaban el vertedero. No había ni una vaca a la vista por ningún lado. El cielo era un dosel bajo de un gris interminable e inmóvil. Pese a lo lejos que estaban de la ciudad, podía detectar en el aire el olor acre de la fábrica de papel.

—Muy bien, no me lo tiene que repetir. —Se quedó mirando cómo el granjero volvía a su camioneta, negando con la cabeza canosa—. Eh, señor

—lo llamó de repente Carl.

El granjero se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Ahora qué?

—Me estaba preguntando... —dijo Carl, dando unos pasos hacia él—. ¿Le importa si le hago una foto?

—Carl —dijo Sandy, pero él le hizo una señal con la mano para que no hablara.

—¿Y para qué coño quieres hacerme una foto? —dijo el hombre.

—Bueno, soy fotógrafo —dijo Carl—. Simplemente pienso que quedaría usted bien. Caray, a lo mejor hasta se la puedo vender a una revista o algo así. Siempre estoy atento a ver si encuentro buenos modelos como usted. —El hombre miró más allá de Carl, en dirección a Sandy, que estaba de pie al lado de la ranchera. Se estaba encendiendo un cigarrillo. No aprobaba que las mujeres fumaran. La mayoría de las que había conocido eran lo peor, pero supuso que lo más seguro era que un tipo que se ganaba la vida de fotógrafo tampoco pudiera conseguir nada decente. Costaba imaginar de dónde habría sacado a aquella. Hacía unos años, él se había encontrado a una mujer llamada Mildred McDonald en su pocilga, medio desnuda y dando caladas a un pitillo. Le había dicho que estaba esperando a algún hombre, con total naturalidad, y luego había intentado que yaciera con ella sobre la porquería. Se quedó mirando la pistola que Carl tenía en la mano y se dio cuenta de que todavía tenía el dedo en el gatillo.

—Más te vale largarte ya mismo —dijo el hombre, y apretó el paso para volver a su camioneta.

—¿Qué va a hacer usted? —dijo Carl—. ¿Llamar al *sheriff*? —Le echó una mirada a Sandy y guiñó el ojo.

El hombre abrió la portezuela y metió el brazo dentro de la cabina.

—Joder, chaval, no me hace falta ningún *sheriff* corrupto para encargarme de ti.

Al oír aquello, Carl empezó a reírse, pero al cabo de un momento levantó la vista y vio al granjero plantado detrás de la portezuela de la camioneta y apuntándolo con un rifle a través de la ventanilla abierta. Tenía una sonrisa de oreja a oreja en la cara arrugada.

—Está usted hablando de mi cuñado —le dijo Carl, con la voz repentinamente seria.

—¿Quién? ¿Lee Bodecker? —El hombre giró la cabeza para escupir—. Yo de ti no iría jactándome de eso.

Carl se quedó de pie en medio del camino, mirando fijamente al granjero. Oyó el chirrido de una portezuela detrás de su espalda mientras Sandy se metía en el coche y cerraba de un portazo. Por un segundo imaginó que se limitaba a levantar la pistola y acabar de una vez con aquel cabrón, un duelo de los de toda la vida. Empezó a temblarle un poco la mano y respiró hondo para intentar tranquilizarse. Luego se acordó del futuro. Siempre le quedaba la siguiente cacería. No faltaban más que unas semanas para que él y Sandy volvieran a echarse a la carretera. Llevaba pensando en matar a uno de aquellos melenudos desde que había oído a los republicanos hablar en el White Cow. Según las noticias que había visto últimamente por televisión, el país entero se abocaba a una ola de disturbios, y él quería estar presente para verlos. Nada le gustaría más que observar cómo reventaba todo aquel estercolero. Y últimamente Sandy había empezado a comer mejor y se estaba volviendo a llenar un poco. Estaba perdiendo su belleza a marchas forzadas —nunca le habían arreglado la dentadura—, pero todavía les quedaban un par de buenos años. No tenía sentido desperdiciarlos solamente porque a un cretino de granjero se le pusiera dura. En cuanto tomó su decisión, dejó de temblarle la mano. Se dio la vuelta y echó a andar hacia la ranchera.

—Y que no os vuelva a pillar por aquí, ¿me has entendido bien? —oyó Carl que gritaba el hombre mientras él se sentaba al volante y le daba la pistola a Sandy. Echó un último vistazo mientras arrancaba el motor, pero no vio ni una puñetera vaca por ningún lado.

QUINTA PARTE
PREDICADOR

31

De vez en cuando, si las autoridades se ponían demasiado duras o ellos pasaban demasiada hambre, se iban para el interior, lejos de aquel mar que le encantaba a Theodore, para que Roy pudiera encontrar algo de trabajo. Mientras Roy se dedicaba a recolectar fruta unos días o unas semanas, Theodore se quedaba todo el día sentado en alguna arboleda solitaria o bien a la sombra de unos matorrales, esperando a que su amigo volviera al anochecer. Su cuerpo ya no era más que una carcasa vacía. Tenía la piel gris como la pizarra y no veía bien. Se desmayaba sin razón alguna y se quejaba de dolores fuertes que le dejaban los brazos entumecidos, y de una pesadez en el pecho que a veces le hacía vomitar el fiambre del desayuno y el medio litro de vino caliente que Roy le dejaba todas las mañanas para que le hiciera compañía. Pese a todo, cada noche intentaba volver a la vida un par de horas y tocar algo de música, por mucho que los dedos ya no le funcionaran muy bien. Roy echaba a andar alrededor de su hoguera con una botella, intentando encontrar unas palabras para arrancar, algo visceral, mientras Theodore escuchaba y punteaba la guitarra. Se pasaban un buen rato ensayando su gran regreso y luego Roy se desplomaba encima de su manta, agotado por el trabajo diario en la huerta. No tardaba ni un par de minutos en empezar a roncar. Si tenía suerte, soñaba con Lenora. Su niña. Su ángel.

Últimamente pensaba cada vez más en ella, pero su única manera de tenerla cerca era dormirse.

En cuanto se apagaba la hoguera, los mosquitos regresaban en tromba y volvían loco a Theodore. A Roy no le molestaban para nada, y el lisiado deseaba tener sangre como la del otro. Una noche se despertó con aquellos bichos zumbándole en los oídos, todavía sentado en la silla de ruedas y con

la guitarra tirada en el suelo delante de él. Roy estaba encogido como un perro al otro lado de las cenizas. Llevaban dos semanas acampados en el mismo lugar. Por toda la hierba muerta había desperdigados montoncitos de mierda y vómito de Theodore.

—Demonios, a lo mejor deberíamos pensar en irnos a otra parte —le había dicho aquella misma noche Roy, al volver de la tienda que había junto a la carretera. Se abanicó la cara con la mano—. Aquí está empezando a apestar a base de bien.

Aquello lo había dicho hacía unas horas, en pleno calor del día. Ahora, sin embargo, las hojas del árbol que Theodore tenía encima de la cabeza eran agitadas por una brisa fría que traía un vago olor al agua salada que había a sesenta kilómetros de allí. Se inclinó para recoger la botella de vino que tenía a los pies. Bebió un trago, volvió a tapar la botella y miró las estrellas que había incrustadas en el cielo negro como si fueran las esquirlas diminutas de un espejo roto. Le recordaron a la purpurina que Panqueque solía ponerse en los párpados.

Una noche, en las inmediaciones de Chattahoochee, él y Roy volvieron a entrar a hurtadillas en el circo, solamente por unos minutos, un año aproximadamente después del incidente con el niño. No, les dijo el tipo que vendía los perritos calientes, Panqueque ya no estaba con ellos. «Teníamos el circo montado en las afueras de un pueblo de palurdos en Arkansas y una noche el tipo desapareció sin más. Joder, ya habíamos cruzado la mitad del estado al día siguiente antes de que alguien lo echara de menos. El jefe dijo que ya aparecería en algún momento, pero no apareció. Ya sabéis cómo es el viejo Bradford, el trabajo es lo primero. Y dijo que además Panqueque ya estaba perdiendo la gracia.»

Theodore estaba completamente cansado y harto de todo.

—Con lo bien que lo hemos pasado tú y yo, ¿verdad, Roy? —dijo en voz alta, pero el hombre que estaba en el suelo no se movió. Dio otro trago y se puso la botella en el regazo—. Con lo bien que lo hemos pasado —repitió en voz baja.

Las estrellas se volvieron borrosas y desaparecieron de su vista. Soñó con Panqueque vestido de payaso y con iglesias humildes iluminadas con fanales humeantes y con cafetines estruendosos con serrín en el suelo, y

luego un océano suave se puso a lamerle los pies. Sintió el agua fría. Sonrió, hizo avanzar la silla de ruedas y empezó a flotar por el mar, más lejos de lo que había llegado nunca. No tenía miedo. Dios lo estaba llamando para que fuera a casa, y pronto las piernas volverían a funcionarle. Por la mañana, sin embargo, se despertó tirado en el frío suelo y decepcionado de seguir con vida. Bajó la mano y se palpó los pantalones. Había vuelto a mearse encima. Roy ya se había marchado a la huerta. Él estaba tirado con la mejilla pegada a la tierra del suelo. Se quedó mirando un montículo de su propia mierda cubierto de moscas que había a un metro de distancia y trató de volver a quedarse dormido, de volver al agua.

32

Emma y Arvin estaban de pie delante del expositor de la carne en la tienda de comestibles de Lewisburg. Estaban a final de mes y la anciana no tenía mucho dinero, pero el predicador nuevo llegaba el sábado. La congregación les estaba organizando a él y a su mujer una cena en la iglesia en la que cada feligrés aportaría un plato.

—¿Te parece que está bien llevar hígados de pollo? —preguntó después de hacer unos cálculos mentales. Las vísceras eran lo más barato.

—¿Por qué no iba a estar bien? —dijo Arvin. Para entonces ya le habría parecido bien cualquier cosa; hasta los morros de cerdo. La vieja llevaba veinte minutos largos mirando las bandejas de carne sanguinolenta.

—No sé —dijo ella—. Todo el mundo dice que le gusta cómo los preparo, pero...

—Muy bien —dijo Arvin—. Pues cómprales un buen filete a todos.

—Anda ya —dijo ella—. Ya sabes que no me llega el dinero ni de lejos.

—Pues entonces compra hígados de pollo —dijo él, haciéndole un gesto al carnicero con su delantal blanco—. Abuela, deja de preocuparte. No es más que un predicador. Seguro que ha comido cosas mucho peores.

Aquel sábado por la tarde, Emma tapó su bandeja de hígados de pollo con un trapo limpio y Arvin la puso con cuidado sobre los tablones de la parte de atrás de su coche. Su abuela y Lenora estaban considerablemente nerviosas; llevaban todo el día ensayando cómo presentarse. «Encantada de conocerlo», se repetían la una a la otra cada vez que se cruzaban por la casita. Sentados en el porche de delante, Arvin y Earskell se habían dedicado a reírse de ellas, pero al cabo de un rato la cosa ya se había vuelto cansina.

—Joder, chaval, es que ya no lo aguanto —dijo por fin el viejo. Se levantó de su mecedora y dio la vuelta hacia la parte de atrás de la casa para adentrarse en el bosque.

Arvin tardó varios días en sacarse aquellas tres palabras de la cabeza, aquel rollo de «encantada de conocerlo».

Cuando llegaron, a las seis, el aparcamiento de grava que rodeaba la vieja iglesia ya estaba lleno de coches. Arvin cargó con la bandeja de hígados y la dejó sobre la mesa junto con el resto de las carnes. El nuevo predicador, que era alto y corpulento, estaba de pie en medio de la sala, estrechando manos y diciendo: «Encantado de conocerlos», una y otra vez. Se llamaba Preston Teagardin. Tenía el pelo rubio y más bien largo repeinado hacia atrás con brillantina perfumada; en una mano peluda relucía una enorme piedra preciosa en forma de óvalo, y en la otra una fina alianza de oro. Llevaba unos pantalones satinados de color azul celeste que le venían estrechos, botines y una camisa blanca de volantes que, aunque solamente era de abril y fuera todavía hacía fresco, ya estaba toda empapada de sudor.

Arvin calculó que debía de tener unos treinta años, pero su mujer parecía bastante más joven, probablemente no tuviera ni veinte. Era una chica delgada como un junco, con el pelo largo de color caoba peinado con raya en medio y la tez pálida y pecosa. Estaba a un par de pasos de su marido, masticando chicle y tirándose hacia abajo de la falda a topos de color lavanda y blanco que no paraba de subírsele por el culo redondo y esbelto. El predicador se dedicaba a presentarla todo el tiempo como «mi dulce y honrada mujer de Hohenwald, Tennessee».

El predicador Teagardin se secó el sudor de la frente ancha y lisa con un pañuelo bordado y mencionó una iglesia de Nashville de la que había sido feligrés durante una temporada y que tenía aire acondicionado de verdad.

Saltaba a la vista que estaba decepcionado con las instalaciones de su tío. Caramba, no había ni un ventilador. A mediados de verano, aquella chabola iba a ser una cámara de torturas. Empezó a ponerse más bien mustio, y ya casi se lo veía igual de soñoliento y aburrido que su mujer cuando Arvin vio que se animaba considerablemente al entrar por la puerta la señora Alma Reaster en compañía de sus dos hijas adolescentes, Beth

Ann y Pamela Sue, de catorce y dieciséis años respectivamente. Por mucho que lo intentara, no podía quitarles la vista de encima a sus cuerpos bronceados y prietos, enfundados en sus vestidos idénticos de color crema. Repentinamente inspirado, Teagardin se puso a proponerles a todos los presentes que formaran un grupo de jóvenes, que era algo que había visto que funcionaba muy bien en varias iglesias de Memphis. A continuación les juró que iba a hacer todo lo que pudiera para involucrar a los jóvenes.

—Son la vida misma de cualquier iglesia —dijo. En aquel momento su mujer se le acercó y, sin dejar de mirar a las chicas de los Reaster, le susurró algo al oído que lo debió de agitar mucho, en opinión de una parte de la congregación, a juzgar por el mohín que hizo con sus labios sonrosados y por el pellizco que le dio a ella en la parte de dentro del brazo. A Arvin le costaba creer que aquel gordito salido tuviera parentesco alguno con Albert Sykes.

Arvin salió un momento a fumar justo antes de que Emma y Lenora se aventuraran a presentarse al nuevo pastor. Se preguntó cómo reaccionarían cuando el predicador las saludara diciendo «Encantado de conocerlas». Se plantó debajo de un peral en compañía de un par de granjeros vestidos con petos y camisas con los cuellos abotonados con pulcritud y se dedicó a mirar cómo entraba más gente apresuradamente en la iglesia mientras los escuchaba hablar del precio en vigor de los terneros. Por fin alguien salió a la puerta y vociferó:

—El predicador está listo para comer.

La gente insistió en que Teagardin y su mujer se sirvieran primero, de manera que el gordito agarró dos platos y procedió a recorrer las mesas, olisqueando delicadamente la comida, destapando platos, mojando el dedo aquí y allá para probarlo todo y haciendo el payaso para las dos chicas de los Reaster, que soltaban risitas y hablaban en susurros entre ellas. De repente se detuvo y le pasó sus platos todavía vacíos a su mujer. A ella ya se le estaba empezando a poner azul la marca del pellizco que tenía en el brazo. El predicador miró hacia el techo con una mano en alto y señaló la bandeja de hígados de pollo de Emma.

—Amigos —empezó en voz bien alta—, no hay duda de que en esta iglesia somos todos gente humilde, y todos vosotros habéis sido

tremendamente amables conmigo y con mi dulce y joven esposa, y yo os doy las gracias de todo corazón por la calidez de vuestra bienvenida. Y es cierto que no hay ni uno de nosotros que tenga todo el dinero ni los coches elegantes ni la ropa bonita que nos gustaría tener, pero, amigos, la pobrecilla persona que ha traído esos hígados de pollo en esa bandeja desvencijada, en fin, digamos que me ha inspirado a predicar un momento antes de que nos sentemos a comer. Recordad si podéis lo que Jesús les dijo hace muchos siglos a los pobres de Nazaret. Ciertamente, a algunos nos va mejor que a otros, y sospecho que la gente que ha traído esos platos de ahí debe de comer bien la mayoría de días. Pero los pobres tienen que traer lo que pueden permitirse, y a veces no pueden permitirse apenas nada; de manera que esas vísceras son para mí una señal, una señal que me dice que, en calidad de nuevo predicador de esta congregación, mi deber es sacrificarme para que esta noche todos vosotros podáis repartiros la carne buena. Y eso mismo voy a hacer, amigos, me voy a comer esas vísceras para que vosotros podáis repartiros lo mejor. No os preocupéis, yo es que soy así. Tomo como modelo a Nuestro Señor Jesucristo siempre que me da la oportunidad, y esta noche me ha bendecido con otra ocasión para seguir sus pasos. Amén. —A continuación el predicador Teagardin le dijo algo en voz baja a la pelirroja de su mujer y ella se fue directa a los postres, tambaleándose un poco sobre sus tacones altos de cartón, para llenarse los platos de tarta de crema, pastel de zanahoria y de las galletas de azúcar de la señora Thompson, mientras él se llevaba la bandeja de hígados a su sitio en la cabecera de una de las mesas alargadas de contrachapado que había para comer en la parte de delante.

—Amén —repitió la congregación. Algunos parecían confusos, mientras que otros, los que habían traído platos de carne buena, sonreían con expresiones satisfechas.

Unos cuantos echaron vistazos a Emma, que estaba de pie cerca del final de la cola junto a Lenora. Cuando vio que la estaban mirando, le dio un pequeño vahído, y la chica tuvo que agarrarla del codo. Arvin se acercó desde la puerta abierta de la iglesia y la ayudó a salir. La hizo sentarse sobre la hierba de debajo de un árbol mientras Lenora le traía un vaso de agua. La

anciana dio un sorbo y se echó a llorar. Arvin le dio unas palmaditas en el hombro.

—No pasa nada —le dijo—. No te preocupes por ese fanfarrón barrigudo. Lo más seguro es que sea más pobre que una rata. ¿Quieres que hable con él?

Ella se secó los ojos con los bajos de su vestido de los domingos.

—En mi vida he pasado tanta vergüenza —dijo ella—. Me quería esconder debajo de la mesa.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Hizo unos cuantos pucheros más y por fin suspiró.

—No sé qué hacer. —Miró hacia la puerta de la iglesia—. Os aseguro que no es el predicador que me esperaba.

—Carajo, abuela, ese imbécil no es ningún predicador —dijo Arvin—. Es igual de malo que esos que tienen en la radio pidiendo dinero.

—Arvin, no tendrías que hablar así —dijo Lenora—. El predicador Teagardin no estaría aquí si no nos lo hubiera mandado el Señor.

—Ya, claro. —Arvin ayudó a su abuela a levantarse—. Ya has visto cómo se estaba zampando esos hígados —bromeó, intentando arrancarle una sonrisa—. Carajo, lo más seguro es que ese chaval no haya comido nada tan bueno en años. Es por eso que los quería todos para él solo.

Preston Teagardin estaba leyendo su viejo manual universitario de psicología, tumbado en el sofá de la casa que la congregación había alquilado para él y para su mujer. Era un cubículo con cuatro ventanas sucias y una letrina exterior rodeada de sauces llorones al final de un camino de tierra. La cocina de gas destartada estaba llena de ratones momificados, y los muebles rescatados del vertedero que les habían suministrado olían a perro o a gato o a alguna otra criatura inmunda. Por Dios, teniendo en cuenta cómo vivía la gente de aquel sitio, no le sorprendería nada que fuera a cerdo. Aunque no llevaba más que dos semanas en Coal Creek, ya le daba asco el lugar. Estaba convencido de que el hecho de que lo hubieran asignado a aquella avanzadilla dejada de la mano de Dios era una especie de prueba espiritual que le ponía directamente el Señor, aunque en realidad era básicamente cosa de su madre. Estaba claro: aquella vez lo había jodido bien, le había dado por el culo, la vieja arpía. Ella no pensaba darle ni un centavo más de asignación hasta que demostrara un poco de temple, le había dicho al enterarse finalmente —la misma semana en que ya se estaba preparando para asistir a la ceremonia de graduación— de que había dejado de ir al Heavenly Reach Bible College al final del primer semestre.

Y justo entonces, un par de días más tarde, su hermana la había llamado para contarle que Albert estaba enfermo. Qué oportuno. Ella había ofrecido voluntario a su hijo sin molestarse en preguntarle.

El curso de psicología que había hecho con el doctor Phillips era lo único bueno que Preston había sacado de su experiencia universitaria. Además, ¿qué demonios importaba una licenciatura de un sitio como el Heavenly Reach cuando existían centros como la Universidad de Ohio y el

Harvard College? Venía a ser como adquirir un diploma de aquellos de venta por correo que se anunciaban en la contraportada de los tebeos. Él había querido ir a una universidad normal a estudiar Derecho, pero no, con el dinero de ella ni hablar. Su madre quería que fuera un humilde predicador, igual que su cuñado Albert. Tenía miedo de haberlo malcriado, le decía. Siempre le estaba soltando toda clase de rollos, rollos chiflados, pero lo que de verdad quería su madre, en opinión de Preston, era que siguiera dependiendo de ella, tenerlo atado a su delantal, para que siempre tuviera que hacerle la pelota. A Preston siempre se le había dado bien analizar a la gente, adivinar sus deseos y carencias más mezquinos, y sobre todo a las chicas adolescentes.

Cynthia era uno de sus mayores éxitos. No era más que una niña de quince años cuando él había ayudado a uno de sus profesores del Heavenly Reach a sumergirla bajo las aguas del Flash Fish Creek durante una ceremonia de bautismo. Aquella misma noche se había follado a aquella criatura delicada debajo de unos rosales, en los terrenos de la universidad, y al cabo de un año se había casado con ella para poder trabajársela sin que los padres fisgaran en sus asuntos. En los últimos tres años, Preston le había enseñado todas las cosas que se imaginaba que un hombre podía hacerle a una mujer. No quería ni pensar en cuántas horas de su vida le había costado, pero ahora la chica estaba tan bien entrenada como el mejor de los perros. Solamente tenía que chasquear los dedos y a ella se le empezaba a hacer la boca agua pensando en lo que a él le gustaba denominar su «cetro».

Ahora Preston miró a su mujer, encogida en ropa interior en la poltrona grasienta que venía con aquella pocilga de casa, con la raja de vello sedoso pegada a la tela desgastada de color amarillo. Estaba mirando con el ceño fruncido un artículo sobre los Dave Clark Five publicado en un número de la revista Hit Parader; intentando averiguar cómo sonaban las palabras. Algún día, pensó él, si decidía quedársela, tenía que enseñarle a leer. Recientemente había descubierto que era capaz de durar el doble sin correrse si una de sus jóvenes conquistas se dedicaba a leer en voz alta las Escrituras mientras se la tiraba por detrás. A Preston le encantaba la voz jadeante con que ellas leían los pasajes sagrados, la forma en que tartamudeaban y arqueaban la espalda y luchaban para no perderse —

porque podía enfadarse mucho si se equivocaban con alguna palabra—. Justo antes de que se le disparara el cetro. Pero Cynthia... Joder, hasta una alumna de segundo de primaria con lesiones cerebrales que viniera de la hondonada más recóndita de los Apalaches podía leer mejor. Cada vez que su madre mencionaba el hecho de que su hijo, Preston Teagardin, que tenía en su haber cuatro años de Latín en la secundaria, había terminado casándose con una analfabeta de Hohenwald, a la vieja poco le faltaba para tener otra crisis nerviosa.

De manera que lo de quedarse con Cynthia era debatible. A veces le echaba un vistazo y tardaba un par de segundos en acordarse de cómo se llamaba.

Boquiabierta y entumecida por sus muchos experimentos, todo lo que antaño había tenido de fresco y prieto ya no era más que un recuerdo distante, y también lo era la excitación que solía provocarle. Su mayor problema con Cynthia, sin embargo, era que ella ya no creía en Jesucristo. Preston podía soportar casi cualquier cosa menos aquello. Necesitaba a una mujer que creyera estar haciendo algo malo cuando se iba a la cama con él, que experimentara el temor de ir al infierno. ¿Cómo podía excitarse con alguien que no entendía la batalla desesperada que tenía lugar entre el bien y el mal, entre la pureza y la lujuria? Cada vez que se follaba a una jovencita, Preston se sentía culpable, sentía que aquello lo ahogaba, por lo menos durante un par de minutos largos. Para él, una emoción así demostraba que seguía teniendo posibilidades de ir al cielo, por muy corrupto y cruel que pudiera ser; solamente tenía que arrepentirse de sus costumbres horribles y sucias antes de exhalar su último suspiro. Todo se reducía a calcular bien los tiempos, lo cual, por supuesto, hacía que todo fuera mucho más emocionante. A Cynthia, no obstante, todo aquello parecía traerle sin cuidado. Últimamente follársela era como meter su cetro en el agujero de una rosquilla grasienta y sin alma.

La tal Laferty, en cambio, pensó Preston, pasando otra página del libro de psicología y frotándose la polla medio dura a través de la tela del pijama, Dios, aquella chica sí que tenía fe. Se había pasado los dos últimos domingos observándola con atención en la iglesia. Ciertamente, no era ninguna belleza, pero había estado con algunas peores en Nashville durante el mes

que había pasado trabajando de voluntario en el hospicio. Estiró el brazo para coger una galleta salada de un paquete que tenía sobre la mesilla del café y se la metió en la boca. Se la dejó sobre la lengua como si fuera una hostia, hasta que se deshizo y se convirtió en una pasta insípida. Sí, de momento se conformaría con la señorita Lenora Laferty, por lo menos hasta que pudiera ponerle las manos encima a una de las chicas de los Reaster. Le iba a plantar una sonrisa en aquella cara triste y constreñida en cuanto le quitara aquel vestido descolorido. De acuerdo con los cotilleos de la iglesia, mucho tiempo atrás su padre había hecho de predicador en aquel mismo condado, pero luego —o por lo menos así se lo habían contado— había asesinado a la madre de la chica y había desaparecido. Dejando a la pobrecita Lenora, que no era más que un bebé, con aquella anciana que se había disgustado tanto por lo de los higadillos de pollo. Aquella chica iba a ser pan comido, predijo.

Se tragó la galleta y una pequeña chispa de alegría le recorrió repentinamente el cuerpo, desde la coronilla rubia hasta las piernas y las puntas de los pies. Gracias a Dios, gracias a Dios, su madre había decidido mucho tiempo atrás que él tenía que ser predicador. Ahora podía conseguir toda la carne joven y fresca que a un hombre le cupiera en el cuerpo, si jugaba bien sus cartas. La vieja bruja le había rizado el pelo todas las mañanas, le había enseñado hábitos higiénicos y le había hecho ensayar sus expresiones faciales en el espejo. Había estudiado la Biblia con él todas las noches, lo había llevado en coche a distintas iglesias y lo había vestido con ropa buena.

Preston no había jugado jamás a béisbol pero era capaz de llorar a voluntad. Nunca había tomado parte en una pelea a puñetazos, pero podía recitar el Apocalipsis de San Juan dormido. De manera que sí, joder, ahora iba a hacer lo que ella le había pedido, iba a ayudar a aquel desecho de cuñado enfermo que tenía su madre, viviría en aquella pocilga de casa y hasta fingiría que le gustaba. Le iba a enseñar el «temple» que tenía, por Dios. Y luego, cuando Albert se recuperara, le pediría el dinero. Lo más seguro es que tuviera que engañarla, venderle alguna trola, pero al hacerlo sentiría al menos una punzada de culpa, de manera que no pasaba nada. Cualquier cosa con tal de llegar a la Costa Oeste. Era su nueva obsesión.

Últimamente había estado oyendo cosas en las noticias. Allí había algo que tenía que presenciar. Amor libre y chicas fugadas de su casa que vivían en las calles con flores en el pelo apelmazado. Presas fáciles para un hombre bendecido con los talentos que él tenía.

Preston marcó la página del libro con la vieja bolsita de tabaco de su tío y cerró el libro. ¿Five Brothers? Dios, ¿qué clase de persona era capaz de poner su fe en algo así? Le echó un vistazo a Cynthia, que se había quedado medio dormida, con un hilo de baba colgándole de la barbilla. Chasqueó los dedos y ella abrió los ojos de golpe.

Frunció el ceño y trató de cerrarlos otra vez, pero le fue imposible. Hizo lo que pudo para resistirse, pero finalmente se levantó de su butaca y se arrodilló junto al sofá. Preston se bajó los pantalones del pijama y separó un poco las piernas gordas y peludas. Mientras ella se lo metía en la boca, rezó una pequeña oración para sí mismo: «Señor, tú dame solamente seis meses en California y después yo volveré al camino recto, me asentaré con un rebaño de buena gente, lo juro por la tumba de mi madre». Empujó la cabeza de Cynthia más abajo y oyó cómo se atragantaba y le venían arcadas. Luego los músculos de la garganta se le relajaron y dejó de resistirse. La aguantó así hasta que la cara se le puso primero roja y después morada por falta de aire. Así era como le gustaba a él, claro que sí. Viendo cómo ella se iba.

34

Un día, cuando estaba volviendo de la escuela, Lenora se paró en la Iglesia del Espíritu Santo Santificado de Coal Creek. La puerta principal estaba abierta de par en par y el coche deportivo inglés destartado del predicador Teagardin —regalo de su madre cuando había ingresado en Heavenly Reach— estaba aparcado a la sombra, igual que el día anterior y que hacía dos días. Corría una tarde cálida de mediados de mayo. Ella había dado esquinazo a Arvin y se había quedado mirando desde dentro de la escuela cómo se cansaba de esperar y se iba sin ella. Ahora se metió en la iglesia y dejó que los ojos se le acostumbraran a la penumbra. El predicador nuevo estaba sentado en uno de los bancos, hacia la mitad del pasillo. Tenía pinta de estar rezando. Ella esperó hasta oírle decir «amén» y echó a andar lentamente hacia él. Teagardin sintió que se le acercaba por detrás. Ya llevaba tres semanas esperando pacientemente a Lenora. Había estado yendo casi todos los días a la iglesia y abriendo la puerta sobre la hora de la salida de la escuela.

La mayor parte de días la veía pasar en aquel Bel Air de mierda con aquel medio hermano que tenía o lo que fuera, pero en un par de ocasiones la había visto volver andando sola a casa. Ahora oyó sus pasos suaves sobre la madera áspera del suelo. Mientras la chica se le acercaba, le llegó su olor a chicle Juicy Fruit; en materia de muchachas y de sus distintos olores, Preston tenía olfato de sabueso.

—¿Quién anda? —dijo él, levantando la cabeza.

—Soy Lenora Laferty, predicador Teagardin.

Él se santiguó y se giró hacia ella con una sonrisa.

—Anda, menuda sorpresa —dijo. Luego le echó un vistazo con mayor atención—. Hija, tienes cara de haber estado llorando.

—No es nada —dijo ella, negando con la cabeza—. Unos chavales de la escuela. Les gusta meterse conmigo.

Él miró un momento a lo lejos, en busca de una respuesta adecuada.

—Supongo que están celosos —dijo—. La envidia suele sacar lo peor de la gente, sobre todo de los jóvenes.

—Dudo que sea eso —dijo ella.

—¿Cuántos años tienes, Lenora?

—Casi diecisiete.

—Me acuerdo de cuando yo tenía tu edad —dijo él—. Allí estaba yo, lleno del Señor, y los demás chavales se burlaban de mí día y noche. Era espantoso, las cosas horribles que me pasaban por la cabeza.

Ella asintió con la cabeza y se sentó en el banco del otro lado del pasillo.

—¿Y qué hizo usted?

Pasó por alto la pregunta, aparentando estar enfrascado en sus pensamientos.

—Sí, fue una época dura —dijo por fin, dejando escapar un largo suspiro—. Gracias a Dios que se acabó. —Luego volvió a sonreír—. ¿Tienes que estar en algún sitio en las próximas dos horas?

—Pues no —dijo ella.

Teagardin se puso de pie y le cogió la mano.

—Bueno, pues; creo que ya es hora de que tú y yo demos una vuelta en coche.

Veinte minutos más tarde, estaban aparcados en un viejo camino rural que había estado vigilando desde su llegada a Coal Creek. Antaño había conducido hasta unos campos de heno situados a un par de kilómetros de la carretera principal, pero ahora los campos estaban invadidos de sorgo de Alepo y de espesos matorrales. Las únicas huellas de neumáticos que había visto por allí durante las dos últimas semanas eran las suyas. Nada más apagar el motor, rezó una breve oración, le puso la mano caliente y rechoncha en la rodilla a Lenora y le dijo exactamente lo que ella quería oír. Joder, si es que todas querían oír más o menos lo mismo, hasta las fanáticas de Jesucristo. Habría deseado que se resistiera un poco más, pero todo resultó muy fácil, tal como había predicho. Aun así, pese a las muchas

veces que había hecho aquello, durante todo el tiempo que la estuvo desnudando pudo oír hasta el último pájaro, el último insecto y el último animal que se movía en el bosque en varios kilómetros a la redonda. Siempre era así la primera vez que lo hacía con una chica nueva.

Al terminar, Preston alargó el brazo para recoger las bragas grises y sucias que habían quedado tiradas en el suelo de madera. Las usó para limpiarse la sangre y se las devolvió. Apartó de un manotazo una mosca que le zumbaba en la entrepierna; a continuación se subió los pantalones de color marrón y se abotonó la camisa blanca mientras miraba cómo ella se volvía a poner torpemente su vestido largo.

—No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad que no? —dijo él. Ya estaba deseando haberse quedado en casa leyendo su manual de psicología y tal vez hasta intentando cortar el césped con la cortadora manual que Albert les había mandado después de que Cynthia pisara una serpiente negra que había enroscada delante de la casa. Por desgracia, nunca había sido uno de esos hombres a los que se les daba bien el trabajo físico. La mera idea de ponerse a empujar aquella cortadora de un lado a otro por aquel jardín pedregoso le provocaba un poco de náuseas.

—No —dijo ella—. Nunca haría eso. Lo prometo.

—Así me gusta. Hay quien no lo entendería. Y yo creo sinceramente que la relación que una persona tenga con su predicador tiene que ser privada.

—Lo que me ha dicho usted, ¿lo piensa de verdad? —le preguntó ella, tímidamente.

Él se esforzó por recordar cuál de sus embustes le había contado.

—Pues claro que sí. —Tenía la garganta reseca. Tal vez se iría en coche hasta Lewisburg y se bebería una cerveza fría para celebrar que acababa de desflorar a otra virgen—. Para cuando acabemos —le dijo—, esos chavales de tu escuela ya no podrán quitarte la vista de encima. A algunas chicas simplemente les cuesta empezar. Pero yo ya veo que tú eres de las que se van volviendo guapas a medida que se hacen mayores. Tendrías que darle gracias al Señor. Sí, te esperan unos cuantos años de lo más dulces, señorita Lenora Laferty.

35

A finales de mayo, Arvin se graduó en la Escuela Secundaria de Coal Creek, junto con otros nueve alumnos de último curso. El lunes siguiente ya estaba trabajando con una cuadrilla de albañiles que estaban poniendo una capa nueva de asfalto en el tramo de la ruta 50 que pasaba por el condado de Greenbrier. Lo había contratado un vecino del otro lado de la colina llamado Clifford Baker. Él y el padre de Arvin solían irse de juerga juntos antes de la guerra, y Baker suponía que el chaval se merecía que alguien le diera una oportunidad igual que cualquier otro. Era un trabajo bien pagado, casi con sueldo de sindicato, y aunque a él le tocaba hacer de peón, que supuestamente era el peor trabajo de la cuadrilla, en el pasado Earskell lo había hecho trabajar más en el huerto de detrás de la casa. El día en que le dieron su primer cheque, Arvin le compró a Tragaperras un par de botellas de *whisky* del bueno para el viejo, le encargó a Emma una lavadora de rodillo del catálogo de Sears y le compró a Lenora un vestido nuevo para ir a la iglesia en el Mayfair's, que era la tienda más cara en tres condados a la redonda.

Mientras la chica estaba intentando encontrar algo de su talla, Emma le dijo:

—Dios mío, no me había dado cuenta hasta ahora, pero te están empezando a salir curvas.

Lenora se volvió hacia el espejo y sonrió. Siempre había sido recta de arriba a abajo, sin caderas ni pechos. El invierno pasado alguien le había pegado con cinta adhesiva a su armario del instituto una foto de la revista *Life* que mostraba una pila de víctimas de un campo de concentración y había escrito encima con tinta «Lenora Laferty», con una flecha que señalaba el tercer cadáver empezando por la izquierda. De no ser por Arvin,

ella ni siquiera se habría molestado en despegar la foto. Pero por fin estaba empezando a tener aspecto de mujer, tal como le había prometido el predicador Teagardin. Ahora se juntaba con él tres, cuatro y hasta cinco tardes por semana. Cada vez que lo hacían sentía remordimientos, pero era incapaz de decirle que no. Era la primera vez que ella se daba cuenta de lo poderoso que podía ser el pecado. No era de extrañar que a la gente le costara tanto entrar en el cielo. Cada vez que se juntaban, Preston quería probar algo nuevo. El día anterior, sin ir más lejos, se había traído un pintalabios de su mujer.

—Ya sé que parece una tontería, con todo lo que hemos estado haciendo —dijo ella con timidez—, pero yo creo que las mujeres no tendrían que pintarse la cara. No te enfadas, ¿verdad?

—Caray, no, quita, cariño, no pasa nada —le dijo él—. Si yo admiro tus creencias. Ojalá esa mujer mía amara tanto a Jesucristo como tú. —Luego sonrió, le subió el vestido, le pasó el pulgar por la goma de las bragas y se las bajó—. Además, yo estaba pensando en pintarte otra cosa.

Una noche, mientras estaba lavando los platos de la cena, Emma miró por la ventana y vio que Lenora salía del bosque del otro lado de la carretera. La habían estado esperando unos minutos y al final habían decidido cenar sin ella.

—Últimamente esa chica está pasando mucho tiempo en el bosque —dijo la anciana.

Arvin estaba reclinado en su silla terminándose el café y mirando cómo Earskell intentaba liarse un cigarrillo. El viejo estaba encorvado sobre la mesa, con un gesto de intensa concentración en la cara arrugada. Arvin miró cómo le temblaban los dedos y se preguntó si su tío abuelo no estaría empezando a chochar un poco.

—Conociéndola —dijo Arvin—, lo más seguro es que esté hablando con las mariposas.

Emma miró cómo la chica trepaba por el terraplén en dirección al porche. Tenía la cara ruborizada como si hubiera estado corriendo. La anciana se había fijado en que la chica había cambiado mucho en las últimas semanas. Un día estaba contenta y al día siguiente completamente desesperada. Muchas chicas se volvían un loco locas cuando empezaba a

bajarles la sangre, razonó Emma, pero Lenora ya había pasado por aquello hacía dos años. Todavía la veía estudiar la Biblia, sin embargo, y parecía que le encantaba ir a la iglesia más que nunca, a pesar de que el predicador Teagardin no le llegaba a la suela de los zapatos a Albert Sykes en materia de dar sermones. A veces Emma se preguntaba si al tipo realmente le importaba un pimiento predicar el Evangelio, a juzgar por el modo en que se perdía todo el tiempo, como si tuviera otras cosas en mente. Ya estaba otra vez, se dio cuenta, agobiándose por aquellos hígados de pollo. Iba a tener que volver a rezar para pedir perdón cuando se fuera a dormir por la noche. Se dio la vuelta para mirar a Arvin:

—Tú no crees que pueda tener un novio, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Lenora? —dijo él, y puso los ojos en blanco como si fuera una de las ideas más ridículas que había oído en su vida—. Creo que por eso no tienes que preocuparte, abuela. —Echó un vistazo y vio que Earskell había echado a perder su cigarrillo y estaba allí sentado sin más, mirando fijamente los ingredientes que tenía sobre la mesa. El chico estiró el brazo para coger la bolsita de tabaco y los papeles y se puso a liarle otro al viejo.

—El físico no lo es todo —dijo Emma en tono áspero.

—Eso no es lo que estoy diciendo —espetó, avergonzado por haber bromeado a costa de la chica. Ya había demasiada gente que se dedicaba a eso. De pronto cayó en la cuenta de que ya no iba a estar más en la escuela para evitar que se metieran con ella. El otoño próximo Lenora iba a tener una buena papeleta por delante—. Simplemente no creo que haya ningún chico por aquí que pueda interesarle.

La puerta mosquitera de la entrada se abrió y cerró con un chirrido y a continuación oyeron a Lenora tararear una canción. Emma escuchó atentamente y reconoció «Poor Pilgrim of Sorrow». Satisfecha de momento, sumergió las manos en el agua tibia y se puso a restregar una sartén de hierro. Arvin devolvió su atención al cigarrillo. Lamió el papel, le dio una vuelta más y se lo pasó a Earskell. El anciano sonrió y se puso a rebuscar una cerilla en el bolsillo. Se pasó un buen rato buscando antes de encontrarla.

36

A mediados de agosto, Lenora se dio cuenta de que estaba en apuros. Había tenido dos faltas y el vestido que le había comprado Arvin apenas le cabía ya. Teagardin había roto con ella hacía un par de semanas. Le había dicho que tenía miedo de que, si seguía viéndose con ella, su mujer se acabaría enterando, y tal vez la congregación también.

—Ninguno de los dos quiere que eso pase, ¿verdad? —le dijo.

Ella estuvo pasando por la iglesia varios días antes de encontrarlo allí, con la puerta abierta y el cochecito aparcado a la sombra del árbol. Cuando entró estaba sentado en las sombras de los primeros bancos, con la cabeza gacha, igual que el primer día que había acudido a él, pero esta vez el predicador no sonrió cuando se dio la vuelta y vio quién era.

—No tendrías que estar aquí —dijo Teagardin, aunque no estaba del todo sorprendido. Había algunas que no podían dejarlo de golpe. No pudo evitar fijarse en cómo las tetas de la chica le abultaban por debajo de la pechera del vestido. Había visto en más ocasiones cómo aquellos cuerpos jóvenes empezaban a llenarse en cuanto las chicas lo hacían de forma habitual. Echó un vistazo a su reloj y le comentó que le sobraban unos minutos. Se estaba planteando echarle tal vez un último polvo cuando Lenora le soltó, con la voz entrecortada e histérica, que estaba embarazada de él. Preston se levantó de un salto, fue corriendo a la puerta principal y la cerró. Se miró las manos, que eran anchas pero blandas como las de una mujer. Se preguntó, en el tiempo que tardaba en coger aire, si sería capaz de estrangularla con ellas, pero sabía perfectamente que no tenía agallas para algo así. Además, si se daba el caso de que lo pillaban, la cárcel, y en especial algún calabozo repugnante de Virginia Occidental, sería demasiado para una persona tan delicada como él. Tenía que haber otra salida. Pero

necesitaba pensar a toda prisa. Pensó en la situación de ella, una huérfana pobre preñada y medio desquiciada por la preocupación. Todos aquellos pensamientos le pasaron por la cabeza mientras se demoraba en cerrar la puerta con llave. Por fin caminó hasta el frente de la iglesia donde ella estaba sentada en uno de los bancos, con las lágrimas cayéndole por la cara temblorosa.

Decidió ponerse a hablar, que era lo que mejor hacía. Le dijo que había oído casos como el suyo, en que una persona estaba tan confusa y asqueada por algo que había hecho, por algún pecado terrible que había cometido, que empezaba a imaginarse cosas. Caramba, había leído historias de gente, gente normal y corriente, alguna prácticamente analfabeta, que estaba convencida de que era el presidente o el papa o alguna estrella famosa de cine. Aquella clase de gente, la avisó Teagardin con voz triste, solía terminar en el manicomio, violada por los conserjes y forzada a comerse sus propios excrementos.

Lenora ya había dejado de sollozar. Se secó las lágrimas con la manga del vestido.

—No entiendo de qué me habla —le dijo—. Estoy embarazada de usted.

Él levantó las manos y soltó un suspiro.

—Eso forma parte del problema, dice el libro: la confusión. Pero piensa en ello. ¿Cómo podría ser yo el padre? Yo jamás te he tocado, ni una vez. Mírate. Tengo una esposa en casa que es cien veces más guapa que tú y que está dispuesta a hacer todo lo que le pida, y me reafirmo en lo de todo.

Ella levantó la vista con expresión perpleja.

—¿Me está usted diciendo que no se acuerda de todas las cosas que hemos hecho en su coche?

—Te estoy diciendo que debes de estar loca para entrar en la casa del Señor y decir esas inmundicias. ¿Te piensas que alguien va a creerte a ti en vez de a mí? Soy un predicador.

—Joder, pensó, plantado allí y mirando a aquel adefesio lloroso de nariz roja, ¿por qué no se había esperado hasta que llegara la chica de los Reaster? Pamela había resultado tener el mejor polvo que había echado desde su primera época con Cynthia.

—Pero usted es el padre —dijo Lenora con voz suave y aturdida—. No ha habido nadie más.

Teagardin volvió a mirarse el reloj de pulsera. Se tenía que librar rápidamente de aquella moza o bien iba a echarle a perder la tarde entera.

—El consejo que te doy, chica —dijo, pasando a un tono bajo y amenazador—, es que encuentres una manera de sacarte eso de dentro, es decir, si es cierto que estás preñada como dices. Si te lo quedas, no será más que un pequeño bastardo hijo de una puta. Aunque sea solamente por el bien de esa pobre vieja que te ha criado y que te trae todos los domingos a la iglesia. La vas a matar de la vergüenza. Y ahora sal de aquí antes de que causes más problemas.

Lenora no dijo una palabra más. Miró la cruz de madera que colgaba de la pared de detrás del altar y se puso en pie. Teagardin abrió la puerta con la llave y se la aguantó, con una mueca de disgusto en la cara, hasta que ella pasó por delante de él con la cabeza gacha. Lenora oyó cómo la puerta se cerraba rápidamente tras ella. Aunque se sentía débil, se las apañó para caminar un par de centenares de metros antes de desplomarse bajo un árbol a un par o tres de metros del borde del camino de grava. Todavía veía la iglesia, la misma a la que llevaba yendo toda la vida. Allí había sentido la presencia de Dios muchas veces, pero ni una sola, se le ocurrió ahora, desde la llegada del nuevo predicador. Al cabo de unos minutos vio cómo Pamela Reaster subía por el otro lado del camino y entraba con una expresión de felicidad en su bonita cara. Aquella noche, después de cenar, Arvin llevó en coche a Emma a la iglesia para el servicio vespertino del jueves. Lenora dijo que no se encontraba bien y que le parecía que iba a estallarle la cabeza. No había tocado su comida.

—Bueno, no tienes buen aspecto, eso está claro —dijo Emma, tocándole la mejilla para ver si tenía fiebre—. Quédate en casa esta noche. Les diré que recen por ti.

Lenora esperó en su dormitorio hasta oír cómo arrancaba el coche de Arvin y luego se aseguró de que Earskell seguía dormido en su mecedora del porche. Salió al ahumadero y abrió la puerta. Se quedó allí plantada esperando a que se le acostumbraran los ojos a la oscuridad. Encontró una cuerda enrollada detrás de unas trampas para pescar y le hizo un lazo toscó

en una punta. Luego llevó una cubeta de manteca vacía hasta el centro del cobertizo. Se subió a ella y enrolló el otro extremo de la cuerda siete u ocho veces alrededor de una de las vigas maestras. Por fin se bajó de un salto de la cubeta y cerró la puerta. El cobertizo estaba a oscuras.

Volvió a subirse a la cubeta de metal, metió el cuello en el lazo y lo tensó. Le caía un hilo de sudor por la cara y se sorprendió a sí misma pensando que debería hacer aquello bajo la luz del sol, al aire cálido del verano, y hasta tal vez esperar un par de días. Tal vez Preston cambiaría de opinión. No podía haberle dicho todo aquello en serio. Estaba trastornado, simplemente. Se puso a aflojar el lazo y la cubeta de la manteca se tambaleó. Luego le resbaló el pie y la cubeta rodó y la dejó colgando en el aire. Solamente había caído un palmo, no lo bastante como para romperse el cuello. Casi podía tocar con las puntas de los pies, tenía el suelo a un par de dedos nada más. Pataleó, agarró la cuerda y trató como pudo de trepar hasta la viga, pero no tenía la fuerza suficiente. Intentó chillar, pero los ruidos ahogados que le salieron no llegaron ni al otro lado de la puerta. A medida que la sogla le cerraba lentamente la tráquea, se puso más frenética y empezó a arañarse el cuello con las uñas. Fue vagamente consciente de la orina que le caía por las piernas. Los vasos sanguíneos de los ojos empezaron a estallarle, y todo se volvió más y más oscuro. No, pensó ella. Puedo tener este bebé, Dios. Puedo simplemente marcharme de este lugar, escaparme como hizo mi padre. Puedo simplemente desaparecer.

37

Más o menos una semana después del funeral, Arvin salió del trabajo y se encontró a Tick Thompson, el nuevo *sheriff* del condado de Greenbrier, esperándolo junto a su coche.

—Tengo que hablar contigo, Arvin —le dijo el agente de la ley—. Es sobre Lenora.

Tick había sido uno de los hombres que habían ayudado a sacar el cuerpo del ahumadero después de que Earskell viera la puerta abierta y la encontrara. A lo largo de los años lo habían llamado por unos cuantos suicidios, aunque sobre todo de hombres, que se volaban los sesos por una mujer o por algún negocio que había salido mal; nunca de una chica que se ahorcara. Cuando él los había interrogado aquella misma noche, justo después de que la ambulancia se marchara, tanto Emma como el chaval le habían dicho que últimamente Lenora parecía más contenta que nunca. Había algo en aquel asunto que no le cuadraba. Llevaba toda la semana sin dormir bien. Arvin tiró su fiambarrera en el asiento de delante del Bel Air.

—¿Qué me quiere decir?

—He pensado que sería mejor contártelo a ti que a tu abuela. Por lo que me han dicho, no se está tomando esto demasiado bien.

—¿Contarme qué?

El *sheriff* se quitó el sombrero y lo sostuvo en las manos. Esperó a que un par de hombres pasaran y se metieran en sus vehículos y luego carraspeó.

—Bueno, carajo, no sé cómo decirlo, Arvin, más que diciéndolo. ¿Tú sabías que Lenora estaba embarazada?

Arvin se quedó mirándolo un momento largo con una expresión perpleja en la cara.

—Y una mierda —dijo por fin—. Algún cabrón está mintiendo.

—Entiendo cómo debes de sentirte, en serio, pero acabo de llegar del despacho del forense. Puede que el viejo Dudley sea un borracho, pero mentiroso no es. Por lo que ha podido calcular, estaba de unos tres meses.

El chico se alejó del *sheriff*, sacó un trapo sucio del bolsillo de atrás y se secó los ojos.

—Joder —dijo, intentando evitar que le temblara el labio superior.

—¿Crees que tu abuela lo sabía?

Arvin negó con la cabeza, respiró hondo y soltó el aire lentamente. Por fin dijo:

—*Sheriff*, mi abuela se moriría si se enterara de eso.

—Bueno, ¿y Lenora tenía algún novio, alguien con quien estuviera saliendo? —preguntó el *sheriff*.

Arvin se acordó de la noche, hacía unas cuantas semanas, en que Emma le había preguntado lo mismo.

—Que yo sepa no. Joder, era la persona más religiosa que he visto en mi vida.

Tick volvió a ponerse el sombrero.

—Mira, esto es lo que pienso —dijo—. De esto no se tiene que enterar nadie más que tú, yo y Dudley; y él no va a decir nada, te lo garantizo. O sea que de momento no diremos nada. ¿Qué te parece?

Arvin volvió a secarse los ojos y asintió con la cabeza.

—Se lo agradezco —dijo—. Ya es bastante malo que todo el mundo sepa lo que se hizo. Hostia, ni siquiera pudimos convencer al predicador nuevo para que... —De repente se le ensombreció la cara y desvió la vista hacia la silueta lejana de Muddy Creek Mountain.

—¿Qué pasa, hijo?

—No, nada —dijo Arvin, mirando otra vez al *sheriff*—. Que no lo pudimos convencer para que dijera unas palabras en el funeral, nada más.

—Bueno, hay gente que es muy estricta con esas cosas.

—Sí, supongo que sí.

—¿O sea que no tienes ni idea de con quién podía estar liada Lenora?

—Lenora era muy reservada —dijo el chico—. Además, ¿qué podría usted hacer al respecto?

Tick se encogió de hombros.

—Supongo que no gran cosa. Tal vez no tendría que haberte dicho nada.

—Lo siento, no quería faltarle al respeto —dijo Arvin—. Y me alegro de que me lo haya dicho. Por lo menos ahora sé por qué lo hizo. —Volvió a guardarse el trapo en el bolsillo y le estrechó la mano a Tick—. Y gracias también por pensar en mi abuela.

Se quedó mirando cómo el *sheriff* se alejaba en su coche y por fin se metió en el suyo y condujo los veinticinco kilómetros que lo separaban de Coal Creek. Puso la radio al máximo volumen y se detuvo en la choza del contrabandista de Hungry Holler para comprarle dos botellas de *whisky*. Cuando llegó a casa, entró a echarle un vistazo a Emma. Que él supiera, llevaba toda la semana sin salir de la cama. Estaba empezando a oler mal. Le sirvió un vaso de agua y le hizo beber un poco.

—Escucha, abuela —le dijo—. Quiero que por la mañana salgas de la cama y nos hagas el desayuno a mí y a Earskell, ¿de acuerdo?

—Déjame quedarme aquí —dijo ella. Se dio la vuelta en la cama y cerró los ojos.

—Un día más y ya está —le dijo él—. No estoy bromeando.

Arvin entró en la cocina, frió unas patatas y preparó bocadillos de salchicha ahumada para él y para Earskell. Después de comer, lavó la sartén de hierro y los platos y le echó otro vistazo a Emma. Luego sacó las dos botellas al porche y le dio una al viejo. Se sentó en una silla y por fin se permitió pensar en lo que le había contado el *sheriff*. De tres meses. Estaba claro que no había sido ningún chaval de por allí el que había dejado embarazada a Lenora. Arvin conocía a todo el mundo y sabía qué era lo que todos pensaban de ella. El único sitio al que ella le gustaba ir era a la iglesia. Se volvió a acordar del día en que había llegado el nuevo predicador. Debió de ser en abril, hacía poco más de cuatro meses. Se acordó de cómo Teagardin se había emocionado al entrar las dos chicas de los Reaster la noche de la cena de bienvenida. Aparte de él, la única que parecía haberse dado cuenta era la joven esposa del predicador. Lenora incluso había guardado sus gorritos poco después de que llegara Teagardin. Él había creído que por fin se habría hartado de que se burlaran de ella en la escuela, pero tal vez lo hubiera hecho por una razón distinta.

Sacudió el paquete para sacar dos cigarrillos, los encendió y le dio uno a Earskell. El día antes del funeral, Teagardin les había dicho a algunos feligreses que no se sentía cómodo predicando para una suicida. Y le había pedido a su pobre tío enfermo que dijera unas palabras en su lugar. Dos hombres habían traído a cuestas a Albert en una silla de cocina de madera. Era el día más caluroso del año y la iglesia parecía un horno, pero el viejo había estado a la altura de las circunstancias. Un par de horas más tarde, Arvin había salido a dar una vuelta en coche por las carreteras secundarias, que era lo que hacía siempre que no entendía algo. Había pasado frente a la casa de Teagardin y había visto al predicador salir a la letrina con unas alpargatas y un gorro blando de color rosa como el que llevaría una mujer. Su esposa estaba tomando el sol en bikini, tumbada sobre una manta en el jardín invadido de maleza.

—Coño, qué calor hace —dijo ahora Earskell.

—Sí —dijo Arvin al cabo de un par de minutos—. Tal vez deberíamos dormir aquí esta noche.

—No entiendo cómo Emma lo aguanta en ese dormitorio. Es como un horno.

—Por la mañana se va a levantar y nos va a hacer el desayuno.

—¿En serio?

—Sí —dijo Arvin—. En serio. —Y lo hizo, bizcocho con huevos y bechamel con carne picada; ya estaba levantada una hora antes de que ellos salieran de debajo de sus mantas en el porche. Arvin se fijó en que se había lavado la cara, se había cambiado de vestido y se había anudado un pañuelo limpio sobre el pelo gris y ralo. No les dijo gran cosa, pero cuando se sentó con ellos y se sirvió el desayuno, él supo que ya podía dejar de preocuparse por ella. Al día siguiente, en cuanto el capataz salió de su camioneta y señaló su reloj de pulsera para indicarles que ya era hora de terminar, Arvin se apresuró en llegar a su coche y volvió a pasar frente a la casa de Teagardin. Aparcó unos cuatrocientos metros carretera abajo y volvió a pie, usando el bosque como atajo. Se sentó en la bifurcación del tronco de un algarrobo y se quedó vigilando la casa del predicador hasta que se puso el sol. Todavía no sabía qué estaba esperando ver, pero sí que tenía cierta idea de dónde encontrarlo.

38

Tres días más tarde, a la hora de salir del trabajo, Arvin le dijo a su jefe que ya no iba a volver.

—Oh, venga, chaval —le dijo el capataz—. Joder, pero si eres el mejor trabajador que tengo. —Escupió un espeso salivazo de jugo de tabaco sobre el neumático delantero de su camioneta—. ¿No te quedas un par de semanas? Para entonces ya estaremos terminando.

—No es el trabajo, Tom —dijo Arvin—. Es que ahora mismo tengo que ocuparme de otra cosa.

Fue en coche a Lewisburg, compró dos cajas de balas de 9 mm y pasó por casa para ver cómo estaba Emma. Se la encontró a cuatro patas en la cocina, restregando el linóleo del suelo. Entró en su dormitorio y sacó la Luger alemana del cajón de abajo de su cajonera. Era la primera vez que la cogía desde que Earskell le había pedido que la guardara, hacía más de un año. Después de decirle a su abuela que volvería pronto, se fue para Stony Creek. Se demoró en limpiar el arma, luego le puso ocho cartuchos en la recámara y desplegó una fila de latas y botellas.

Durante la hora siguiente volvió a cargar el arma cuatro veces más. Para cuando la guardó en la guantera, ya volvía a tener la sensación de que la pistola formaba parte de su mano. Solamente había fallado tres disparos.

De camino a casa, pasó por el cementerio. Habían enterrado a Lenora al lado de su madre. El tipo de los monumentos todavía no le había puesto la lápida. Arvin se quedó mirando la tierra seca y marrón que marcaba la tumba de la chica y se acordó de la última vez que había venido aquí con ella a visitar la de Helen. Se acordaba vagamente de que aquella tarde Lenora, con su torpeza característica, había intentado flirtear con él, hablándole de huérfanos y de amantes desventurados, y de que lo había

puesto de bastante mal humor. Si le hubiera prestado un poco más de atención, pensó ahora, y si la gente no se hubiera burlado tanto de ella, tal vez las cosas no habrían acabado como habían hecho.

A la mañana siguiente salió de casa a la hora de costumbre e hizo ver que se iba a trabajar. Aunque el instinto le decía claramente que había sido Teagardin, tenía que asegurarse. Empezó a seguir hasta el último movimiento del predicador. En menos de una semana vio al cabrón follarse tres veces a Pamela Reaster en un viejo camino rural que salía de Ragged Ridge Road. Ella cruzaba los campos que venían de la granja de sus padres para reunirse allí con él, día sí y día no, siempre a las doce en punto de la mañana. Después de la tercera vez que los vio juntarse allí, Arvin se pasó una tarde amontonando ramas secas y hierba carnícera para hacerse un escondite a pocos metros del sitio donde el predicador aparcaba siempre, a la sombra de un roble alto. Teagardin tenía la costumbre de echar a la chica en cuanto terminaba con ella. Luego le gustaba entretenerse un poco a solas bajo el árbol, vaciar la vejiga y escuchar música desenfadada por la radio del coche. De vez en cuando Arvin lo oía hablar solo, pero nunca podía entender lo que estaba diciendo. Al cabo de veinte o treinta minutos el coche arrancaba y Teagardin daba la vuelta al final del camino para volverse a casa.

La semana siguiente, el predicador añadió a la hermana pequeña de Pamela a su colección, aunque los encuentros con Beth Ann tenían lugar dentro de la iglesia. Para entonces Arvin ya no tenía duda alguna, y cuando se despertó la mañana del domingo con el tañido de las campanas de la iglesia resonando por la hondonada, decidió que había llegado el momento. Tenía miedo de perder los nervios como esperara un poco más. Sabía que Teagardin siempre se encontraba los lunes con la hermana mayor. Por lo menos aquel salido de mierda era regular en sus hábitos.

Arvin contó el dinero que había conseguido ahorrar en los últimos dos años. En la lata de café de debajo de su cama tenía trescientos quince dólares. Después de cenar el domingo fue a ver a Tragaperras, le compró una botella de *whisky* y se pasó la velada bebiendo en el porche con Earskell.

—Te portas muy bien conmigo, muchacho —le dijo el viejo. Arvin tuvo que tragar saliva varias veces para no llorar. Pensó en el día siguiente. Iba a ser la última vez que compartirían una botella.

Hacía una noche preciosa, la más fresca desde hacía meses. Entró a buscar a Emma y los tres se sentaron un rato con su Biblia y un vaso de té helado. Ella no había vuelto a la Iglesia del Espíritu Santo Santificado de Coal Creek desde la noche de la muerte de Lenora.

—Creo que este año el otoño va a llegar pronto —dijo ella, usando un dedo huesudo para guardar la página y echando un vistazo a las hojas del otro lado de la carretera, que ya estaban empezando a ponerse de un color herrumbroso—. Pronto vamos a tener que empezar a pensar en llenar la leñera, ¿verdad, Arvin?

Él miró a su abuela. Ella seguía contemplando los árboles de la ladera.

—Sí —dijo él—. No nos daremos cuenta y ya hará frío.

Se odiaba a sí mismo por engañarla, por fingir que no iba a pasar nada. Tenía muchas ganas de decirles adiós, pero a ellos les convenía más no saber nada en caso de que las autoridades vinieran a por él. Aquella noche, después de que se fueran a la cama, metió algo de ropa en una bolsa de deporte y la guardó en el maletero del coche. Se apoyó en la barandilla del porche y escuchó el retumbar lejano de un tren de transporte de carbón que pasaba por la franja vecina de colinas con rumbo norte. Volvió a entrar y metió cien dólares en la lata donde Emma guardaba las agujas y el hilo. Aquella noche no durmió, y por la mañana no desayunó más que café.

Llevaba dos horas sentado dentro del escondite cuando la chica de los Reaster llegó corriendo campo a traviesa, unos quince minutos antes de tiempo. Se la veía preocupada y no paraba de mirarse el reloj de pulsera. Cuando por fin apareció Teagardin, aproximándose lentamente con el coche por el camino lleno de roderas, ella no entró de un salto en el coche como hacía siempre. En cambio, se mantuvo a un par de metros de distancia y esperó a que apagara el motor.

—Pero entra, cariño —oyó Arvin que decía el predicador—. Que tengo las pelotas llenas.

—Hoy no me quedo —dijo ella—. Tenemos problemas.

—¿Qué quieres decir?

—Se suponía que no tenías que tocar a mi hermana —dijo la chica.

—Oh, joder, Pamela, para mí no ha significado nada.

—No, no lo entiendes —dijo ella—. Ella se lo ha contado a mi madre.

—¿Cuándo?

—Debe de hacer una hora. A punto he estado de no poder venir.

—Esa pequeña zorra —la insultó Teagardin—. Pero si apenas la toqué.

—Eso no es lo que ella cuenta —dijo Pamela. Echó un vistazo nervioso al camino.

—¿Y qué cuenta exactamente?

—Créeme, Preston, lo ha contado todo. Se ha asustado porque no dejaba de sangrar. —La chica lo señaló con el dedo—. Más te vale que no le hayas hecho daño y ahora no pueda tener hijos.

—Mierda —dijo Teagardin. Salió del coche y se pasó unos minutos caminando de un lado a otro, con las manos juntas detrás de la espalda, como si fuera un general en su tienda de campaña planeando un contraataque. Se sacó un pañuelo de seda del bolsillo de los pantalones y se secó suavemente la boca—. ¿Qué crees que va a hacer tu madre? —dijo por fin.

—Bueno, conociéndola, después de llevar a Beth Ann al hospital, lo primero que hará será llamar al puto *sheriff*. Y, para que lo sepas, el *sheriff* es primo de mi madre.

Teagardin le puso las manos en los hombros a la chica y la miró a los ojos.

—Pero tú no has contado nada de nosotros, ¿verdad?

—¿Me tomas por loca? Antes muerta.

Teagardin la soltó y se apoyó en el coche. Echó un vistazo al campo que tenían delante. Se preguntaba por qué ya no lo cultivaba nadie. Se imaginó un viejo caserón de dos plantas en ruinas, con unas cuantas piezas oxidadas de maquinaria vetusta desperdigadas entre la hierba y tal vez un pozo cavado a mano de agua fresca y limpia, cubierto con tablones viejos y podridos. Por un momento se imaginó a sí mismo arreglando la casa, asentándose allí para vivir una vida sencilla, predicando los domingos y trabajando en la granja durante la semana con las manos callosas, leyendo buenos libros en el porche por las noches después de una buena cena y con

unos cuantos bebés sonrosados jugando en las sombras del jardín. Oyó que la chica decía que se marchaba, y cuando por fin se giró para mirar, ya había desaparecido.

Luego se planteó la posibilidad de que tal vez Pamela estuviera mintiéndole, intentando asustarlo para que no se acercara a su hermana pequeña. No lo descartaba tratándose de ella, pero si lo que la chica le había contado era cierto, solamente tenía un par de horas para hacer las maletas y largarse del condado de Greenbrier. Ya estaba preparándose para arrancar el coche cuando oyó una voz que decía:

—No tienes mucho de predicador, ¿verdad?

Teagardin levantó la vista y vio al chaval de los Russell de pie junto a la ventanilla del coche, apuntándolo con una especie de pistola. Él nunca había tenido una pistola, y lo único que sabía de ellas era que solían causar problemas. De cerca el chico parecía más grande. Tenía el pelo oscuro, los ojos verdes, y el predicador se fijó en que no había ni un gramo de grasa en su cuerpo. Se preguntó qué pensaría de él Cynthia. Aunque sabía que era ridículo, con todas las chavalitas que él se follaba, sintió una punzada de celos. Era triste darse cuenta de que nunca iba a ser tan atractivo como aquel chico.

—¿Qué cojones estás haciendo? —dijo el predicador.

—He estado viendo cómo te tirabas a esa chica de los Reaster que acaba de largarse. Y, como intentes arrancar ese coche, te vuelo la puta cabeza.

Teagardin soltó la llave del contacto.

—No sabes de qué estás hablando, chaval. No la he tocado. Lo único que hemos hecho es hablar.

—Hoy tal vez no, pero te la has estado tirando todo lo que has querido.

—¿Cómo? ¿Me has estado espiando? —Tal vez el chico era un *voyeur* de esos, pensó, recordando haber leído el término en su colección de revistas de nudismo.

—Sé absolutamente todo lo que has hecho en las dos últimas putas semanas.

Teagardin miró a través del parabrisas en dirección al roble enorme que había al final del camino. Se preguntaba si podía ser cierto. Contó mentalmente las veces que había estado allí con Pamela en las últimas dos

semanas. Por lo menos seis. Era un desastre, pero al mismo tiempo se sintió un poco aliviado. Por lo menos el chico no lo había visto tirarse a la hermana pequeña. Aunque era difícil de imaginar lo que podía haber hecho aquel palurdo chiflado.

—No es lo que parece —dijo.

—¿Pues qué es? —preguntó Arvin. Quitó el seguro del arma.

Teagardin se puso a explicarle que aquella zorrita no lo dejaba en paz, pero luego se recordó a sí mismo que debía tener cuidado con las palabras que usaba. Se planteó la posibilidad de que aquel gorila estuviera enamorado de Pamela. Tal vez solamente se trataba de eso. De celos. Intentó acordarse de lo que había escrito sobre el tema Shakespeare, pero las palabras no le vinieron a la cabeza.

—Oye, ¿tú no eres el nieto de la señora Russell? —preguntó el predicador. Miró el reloj del salpicadero. Ya podría estar a medio camino de casa. Empezaron a caerle chorretones de sudor grasiento por la cara rosada y bien afeitada.

—El mismo —dijo Arvin—. Y Lenora Laferty era mi hermana.

Teagardin giró lentamente la cabeza, sin quitarle la vista de encima a la hebilla del cinturón del chico. Arvin se imaginó perfectamente las ruedecillas que estaban girándole dentro de la cabeza, y lo vio tragar saliva varias veces.

—Menuda lástima lo que hizo esa pobre chica —dijo el predicador—. Rezo todas las noches por su alma.

—¿Y también por la del bebé?

—Mira, amigo, estás completamente equivocado. Yo con eso no tuve nada que ver.

—¿Con qué?

El hombre cambió de postura en el estrecho asiento del coche y echó un vistazo a la Luger alemana.

—Ella acudió a mí, me dijo que quería confesarme una cosa y me contó que estaba embarazada. Yo le prometí que no se lo contaría a nadie.

Arvin dio un paso atrás y dijo:

—Seguro que sí, gordo hijo de puta. —Y disparó tres veces: le reventó los dos neumáticos del lado del pasajero y con la última bala atravesó la

portezuela de atrás.

—¡Para! —chilló Teagardin—. ¡Para, joder! —Y levantó las manos.

—Se acabaron las mentiras —dijo Arvin, acercándose y clavándole el cañón de la pistola en la sien—. Sé que fuiste tú el que la preñó.

Teagardin apartó la cabeza de la pistola.

—Vale —dijo. Respiró hondo—. Te juro que iba a hacerme cargo de todo, en serio, y de pronto... de pronto me entero de que se ha matado. Estaba loca.

—No —dijo Arvin—. Solamente se sentía sola. —Apretó el cañón contra el pescuezo de Teagardin—. Pero no te preocupes, no voy a hacerte sufrir como sufrió ella.

—Pero espera un momento, hostia. Joder, hombre, no serías capaz de matar a un predicador, ¿verdad que no?

—Tú no eres ningún predicador, asqueroso de mierda —dijo Arvin.

Teagardin se echó a llorar, con lágrimas de verdad surcándole la cara por primera vez desde que era un niño.

—Déjame rezar antes —sollozó. Empezó a juntar las manos.

—Ya he rezado yo por ti —dijo Arvin—. He elevado una de esas peticiones especiales de las que siempre estáis hablando los cabrones como tú y le he pedido a Dios que te mande directo al infierno.

—No —dijo Teagardin, justo antes de que la pistola disparara. Un fragmento de la bala le salió por encima de la nariz y aterrizó con un repiqueteo en la guantera. Su corpachón se desplomó hacia adelante y su cara se estampó contra el volante. El pie izquierdo dio un par de patadas al freno. Arvin esperó a que dejara de moverse para meter la mano dentro, recoger el trozo pegajoso de cartucho de la guantera y tirarlo entre las hierbas. Ahora se arrepentía de haber disparado las otras balas, pero no había tiempo para ponerse a escarbar en su busca.

Desmontó a toda prisa el escondite que había apañado y recogió la lata que había usado para meter las colillas. En cinco minutos ya estaba de vuelta en el coche. Tiró la lata de las colillas al arcén. Mientras guardaba la Luger debajo de la guantera, se acordó de repente de la joven esposa de Teagardin. Lo más seguro es que ahora mismo estuviera sentada en su casita, esperando a que su marido volviera, igual que Emma lo estaría

esperando a él aquella noche. Se reclinó en su asiento y cerró los ojos un instante, tratando de pensar en otras cosas. Arrancó el motor, condujo hasta el final de Ragged Ridge y giró a la izquierda por la ruta 60. Si todo salía según los cálculos y no hacía ninguna parada, podía llegar aquella misma noche a Meade, Ohio. Más allá de eso no tenía nada planeado.

Cuatro horas más tarde, a unos setenta y pico kilómetros de Charleston, Virginia Occidental, empezó a oír unos golpes extraños debajo del Bel Air. Consiguió salir de la autopista y entrar en el aparcamiento de una gasolinera antes de que la transmisión se rompiera del todo. Se puso a cuatro patas y vio cómo la caja terminaba de quedarse sin líquido.

—Me cago en la puta —dijo. Al levantarse vio a un hombre flaco con un mono de trabajo azul holgado que se le acercaba y le preguntaba si necesitaba ayuda—. No, a menos que tenga usted una transmisión para ponerle a este trasto —dijo Arvin.

—Se te ha muerto, ¿eh?

—Del todo.

—¿Adónde vas?

—A Michigan.

—Si quieres llamar a alguien, puedes usar el teléfono.

—No tengo a quien llamar. —Nada más decirlo, se dio cuenta de lo cierta que era aquella afirmación. Pensó un momento. Aunque odiaba la idea de deshacerse del Bel Air, no podía quedarse allí. Iba a tener que hacer un sacrificio. Se giró hacia el hombre y trató de sonreír—. ¿Cuánto me da usted por él? —le preguntó.

El hombre le echó un vistazo al coche y negó con la cabeza.

—No lo quiero para nada.

—El motor está bien. Le cambié los platinos y las bujías un par de días atrás.

El hombre echó a andar hacia el Chevy y se puso a palpar los neumáticos con el pie y a buscar enmasillados.

—No sé —dijo, frotándose la barba canosa de dos días.

—¿Cincuenta pavos? —dijo Arvin.

—No será robado, ¿verdad?

—Los papeles están a mi nombre.

—Te doy treinta.

—¿No puede darme más que eso?

—Muchacho, tengo cinco hijos en casa —dijo el hombre.

—Vale, es suyo —dijo Arvin—. Déjeme sacar mis cosas.

Vio cómo el hombre se metía en la gasolinera. Sacó su bolsa del maletero y se sentó en el coche por última vez. El día que lo había comprado, él y Earskell se habían chupado un depósito entero conduciendo por ahí, habían llegado hasta Beckley y habían vuelto. De pronto tuvo la sensación de que antes de que aquello terminara iba a perder mucho más. Metió la mano debajo de la guantera, sacó la Luger y se la metió en la cintura de los pantalones. Luego cogió de la guantera los papeles del coche y una caja de balas. Cuando entró, el hombre le puso treinta dólares sobre el mostrador. Arvin firmó los papeles, les puso la fecha y se guardó el dinero en la billetera. Se compró un Zagnut y una botella de RC Cola. Era lo primero que comía o bebía desde el café que se había tomado aquella mañana en la cocina de su abuela. Miró por el ventanal en dirección al tráfico interminable de coches que circulaba por la carretera mientras masticaba la chocolatina.

—¿Alguna vez ha hecho usted autoestop? —le preguntó al hombre.

39

Aquel día Roy terminó de cosechar naranjas sobre las cinco de la tarde y recogió su paga, que eran trece dólares. Fue a la tienda que había en el cruce y se compró media libra de mortadela, media libra de queso, un pan de centeno, dos paquetes de Chesterfield y tres botellas de White Port. Estaba muy bien que te pagaran todos los días. Mientras caminaba de vuelta al sitio donde él y Theodore estaban acampados, se sintió un hombre rico. El jefe era el mejor que había tenido nunca, y Roy llevaba tres semanas recolectando sin parar. Hoy el tipo le había dicho que tal vez solamente les quedaran cuatro o cinco días más de trabajo. Theodore se alegraría de oír aquello. Se moría de ganas de volver al océano. En el último mes habían ahorrado casi cien dólares, más dinero del que habían tenido en mucho, mucho tiempo. Su plan era comprarse ropa decente y empezar a predicar otra vez. Roy estaba convencido de que en el Goodwill podrían encontrar un par de trajes por tal vez diez o doce dólares. Theodore ya no podía tocar la guitarra como antes, pero saldrían adelante de todas maneras.

Roy cruzó una zanja de desagüe y se encaminó hacia el campamento que tenían montado debajo de una pequeña arboleda de magnolios raquíuticos. Vio a Theodore dormido en el suelo junto a su silla de ruedas y con la guitarra tirada al lado. Roy negó con la cabeza y sacó una de las botellas de vino y un paquete de cigarrillos. Se sentó en un tocón y dio un trago antes de encenderse el cigarrillo. Ya se había bebido media botella para cuando se dio cuenta de que el lisiado tenía la cara cubierta de hormigas. Fue corriendo a su lado y le dio la vuelta hasta ponerlo boca arriba.

—¿Theodore? Eh, venga, colega, despierta —le suplicó Roy, zarandeándolo y quitándole los bichos a manotazos—. ¿Theodore?

En cuanto intentó levantarlo en brazos, Roy supo que estaba muerto, pero aun así se pasó quince minutos tratando por todos los medios de devolverlo a la silla de ruedas. En cuanto lo consiguió, se puso a empujar la silla por el suelo de arena en dirección a la carretera, pero se detuvo al cabo de un par de metros. Las autoridades le harían muchas preguntas, pensó, mientras miraba pasar un coche caro a lo lejos. Echó un vistazo al campamento. Tal vez fuera mejor quedarse allí. A Theodore le gustaba el océano, pero también le gustaba la sombra. Y aquella arboleda era tan acogedora como cualquier otro sitio en el que hubieran estado después de su época con Bradford Amusements.

Roy se sentó en el suelo al lado de la silla de ruedas. A lo largo de los años habían hecho muchas cosas malas, de manera que se pasó varias horas rezando por el alma del lisiado. Confiaba en que alguien hiciera lo mismo por él cuando le llegara su hora. Cuando ya anochecía, por fin se levantó y se hizo un sándwich. Se comió una parte y tiró el resto entre la hierba. En mitad de otro cigarrillo, se dio cuenta de que ya no tenía por qué escapar. Ahora podía volver a casa y entregarse. Podían hacerle lo que quisieran, siempre y cuando le dejaran ver una última vez a Lenora. Theodore jamás había conseguido entender cómo era posible que Roy echara de menos a alguien a quien en realidad no conocía. Era cierto que apenas se acordaba de la carita de la niña, pero aun así, se había preguntado miles de veces cómo le estaría yendo la vida. Para cuando se terminó el pitillo, ya estaba ensayando unas palabras que decirle.

Aquella noche se emborrachó por última vez con su amigo. Encendió una hoguera y se puso a hablar con Theodore como si todavía estuviera vivo; volvió a contarle las mismas historias de siempre, la de Panqueque, la de la Mujer Flamenco, la del Comegranos y las de todas las demás almas perdidas que se habían encontrado mientras iban de un lado para otro. En varias ocasiones se sorprendió a sí mismo esperando a que Theodore se riera o añadiera algo que él se había olvidado de contar. Al cabo de unas horas a Roy se le acabaron las historias, y se sintió más solo que nunca en la vida.

—Mira que hemos hecho cosas desde Coal Creek, ¿eh, muchacho? — fue lo último que dijo antes de tumbarse sobre su manta.

Se despertó justo antes del amanecer. Mojó un trapo con agua de la garrafa que siempre llevaban atada a la parte de atrás de la silla de ruedas. Le limpió la mugre de la cara a Theodore y lo peinó; a continuación le cerró los ojos a la fuerza con el pulgar. En la última botella quedaba una pizca de vino, y él lo puso en el regazo del lisiado y le colocó el sombrero de paja raído en la cabeza. Luego Roy envolvió sus pocas pertenencias en una manta y se quedó de pie con la mano sobre el hombro del muerto. Cerró los ojos y dijo unas cuantas palabras más. Era consciente de que nunca volvería a predicar, pero ya daba igual. De todas maneras, nunca se le había dado demasiado bien. La mayoría de gente solamente quería oír tocar al lisiado.

—Ojalá te vinieras conmigo, Theodore —dijo Roy.

Para cuando consiguió encontrar a un conductor que lo llevara, ya se había alejado tres kilómetros por la carretera.

SEXTA PARTE
SERPIENTES

40

Gracias a Dios, se estaba terminando el mes de julio. Carl se moría de ganas de volver a salir a la carretera. Llevó los dos frascos de las propinas de Sandy al banco y los cambió por billetes; a continuación se pasó los días previos a las vacaciones comprando suministros: dos conjuntos nuevos y ropa interior de volantes del JC Penney para Sandy, una garrafa de aceite para el motor, bujías de repuesto, una sierra de arco que encontró de rebajas y se compró por puro capricho, quince metros de cuerda, varios mapas de carreteras de los estados sureños procedentes de la oficina de la AAA, dos cartones de cigarrillos Salem y una docena de pichas de perro. Después de hacer todas sus compras y llevar el coche al taller para que le pusieran pastillas de freno, ya no les quedaron más que ciento treinta y cuatro dólares, pero ese dinero todavía podía llevarlos lejos. Joder, pensó mientras se sentaba a la mesa de la cocina y volvía a contar el dinero: con aquella cantidad podían pasarse una semana viviendo como reyes. Se acordó del verano de hacía dos años en que habían salido de Meade con cuarenta dólares. Se habían pasado el viaje entero comiendo carne enlatada y patatas fritas rancias, birlando gasolina de otros depósitos y durmiendo en el calor sofocante del coche, aunque se las apañaron para alargar la cosa dieciséis días con el dinero que les habían rapiñado a los modelos. En comparación con aquello, esta vez estaban forrados. Pese a todo, había algo que le preocupaba. Una noche estaba revisando sus fotos, intentando inspirarse para la cacería, cuando se encontró con una de Sandy abrazada al recluta del verano pasado. Carl era vagamente consciente de que ella no había vuelto a ser la misma después de que él matara al recluta, como si aquella noche le hubiera quitado algo precioso. Pero, en la foto que ahora sostenía en la mano, Sandy tenía una mirada de asco y de decepción en la cara en la

que no había reparado nunca hasta entonces. Sentado allí y mirándola, empezó a desear no haberle comprado la pistola. También estaba el asunto de la camarera del White Cow. Sandy había empezado a preguntarle adónde iba por las noches mientras ella estaba en el trabajo, y, aunque nunca había llegado a acusarlo directamente de nada, Carl se preguntaba si acaso era posible que se hubiera enterado de algo. La camarera tampoco actuaba de forma tan amistosa como antes. Lo más seguro era que estuviera paranoico, pero ya resultaba bastante duro tratar con los modelos como para tener que preocuparse encima de que el cebo también se volviera en su contra. Al día siguiente hizo una visita a la ferretería de Central Center. Esa misma noche, después de que Sandy se fuera a la cama, le descargó la pistola —ella había empezado a llevarla en el bolso— y le cambió las balas de punta hueca por otras de fogueo. De todas maneras, cuanto más pensaba en ello, menos podía imaginarse una situación en que ella se viera forzada a disparar.

Uno de los últimos preparativos que hizo para el viaje fue revelar una copia nueva de su fotografía favorita. La dobló y se la guardó en la billetera. Sandy no lo sabía, pero siempre que salían llevaba una copia encima. Era una fotografía en que ella tenía en el regazo la cabeza de un modelo, uno con el que habían trabajado en su primera cacería, el verano después de matar al maníaco sexual de Colorado. No era una de las mejores, pero tampoco estaba mal teniendo en cuenta que por entonces todavía estaba aprendiendo. A Carl le recordaba a una de aquellas pinturas de María con el niño Jesús, por la forma en que Sandy estaba mirando al modelo con una expresión dulce e inocente en la cara, una expresión que había podido captarle un par de veces durante el primer año o dos, pero que después desaparecería para siempre. ¿Y el chico? Por lo que recordaba, se habían pasado cinco días sin encontrar a un solo autoestopista. No tenían dinero y no paraban de discutir. Sandy quería irse a casa y él insistía en continuar. Luego doblaron un recodo de una carretera de dos carriles llena de baches justo debajo de Chicago y allí se lo encontraron haciendo dedo, como un regalo del cielo. Estaba hecho todo un payaso, aquel chaval, siempre lleno de buen humor y de chistes malos, y si Carl se concentraba lo bastante en la foto, todavía podía verle aquel genio en la cara. Y cada vez

que la miraba, la foto le recordaba también que jamás encontraría a otra chica con la que trabajar que lo hiciera tan bien como Sandy.

41

Corría una mañana calurosa de domingo, de agosto, y Carl ya tenía la camisa empapada de sudor. Estaba sentado en la cocina mirando las molduras mugrientas de madera y la capa de grasa rancia que cubría la pared de detrás de los fogones. Se miró el reloj de pulsera y vio que era mediodía. Tendrían que llevar ya cuatro horas en la carretera, pero la noche anterior Sandy había vuelto a casa apestando a alcohol, había entrado con malos modos y con una expresión feísima en la cara roja y se había puesto a rajarse sin parar, diciendo que para ella aquel era el último viaje. Ahora llevaba toda la mañana intentando recuperarse. Cuando por fin salieron para meterse en el coche, ella se paró a hurgar en el bolso en busca de sus gafas de sol.

—Hostia puta —dijo—. Todavía me encuentro mal.

—Tenemos que detenernos para llenar el depósito antes de salir del pueblo —dijo él, sin hacerle caso.

Mientras esperaba a que estuviera lista aquella mañana, Carl había tomado la decisión de no dejar que Sandy le estropeará el viaje. Si era necesario, se pondría duro con ella en cuanto se alejaran del condado de Ross y de aquel puto fisgón de hermano que tenía.

—Joder, pero si has tenido toda la semana para llenarlo —dijo ella.

—Te estoy avisando en serio, chica, ten cuidado con lo que dices.

En la gasolinera Texaco de Main Street, Carl salió a llenar el bidón. Cuando el ruido agudo y estridente de una sirena rasgó el aire, pegó un salto que casi provocó que lo atropellara un Mustang que salía de la gasolinera. Se giró y vio que detrás de la ranchera acababa de aparecer el coche patrulla, con Bodecker sentado dentro. El *sheriff* apagó la sirena y salió riendo del coche.

—Coño, Carl —le dijo—. Espero que no te hayas ensuciado los pantalones. —Eché un vistazo al interior de su coche mientras pasaba y vio sus cosas amontonadas en la parte de atrás—. ¿Os estáis yendo de viaje?

Sandy abrió la portezuela y salió.

—Nos vamos de vacaciones —le dijo.

—¿Adónde? —le preguntó Bodecker.

—A Virginia Beach —dijo Carl. Notó humedad y cuando bajó la vista vio que se había mojado todo el zapato de gasolina.

—Pensaba que ya habíais ido allí el año pasado —dijo Bodecker. Se preguntaba si su hermana estaría haciendo de puta otra vez. En caso de que fuera así, estaba claro que lo llevaba con más discreción. Él no había oído ni una sola queja desde la llamada de aquella mujer el verano pasado.

Carl le echó un vistazo a Sandy y dijo:

—Sí, es que nos gusta el sitio.

—Yo también he estado pensando en tomarme unas vacacioncillas —dijo Bodecker—. Entonces, vale la pena ir allí, ¿no?

—Es bonito —dijo Sandy.

—¿Y qué os gusta de Virginia Beach?

Ella miró a Carl en busca de ayuda, pero él ya volvía a estar inclinado sobre el bidón, rellenándolo. Llevaba los pantalones caídos, y Sandy confió en que Lee no se diera cuenta de que se le veía toda la raja de su blanco culo.

—Pues que es bonito.

Bodecker se sacó un mondadientes del bolsillo de la camisa.

—¿Y cuánto tiempo vais a estar allí?

Sandy se cruzó de brazos y lo miró con mala cara.

—¿A qué viene este puto interrogatorio? —Le estaba empezando a doler la cabeza otra vez. No tendría que haber mezclado cerveza con el vodka.

—A nada, hermana —dijo—. Es simple curiosidad.

Ella se lo quedó mirando un momento. Intentó imaginarse la expresión que aparecería en aquella cara petulante si le dijera la verdad.

—Unas dos semanas —le contestó.

Se quedaron mirando los dos cómo Carl le enroscaba el tapón al bidón de gasolina. Cuando por fin entró en la gasolinera para pagar, Bodecker se sacó de la boca el mondadientes y soltó un soplido de burla.

—De vacaciones —dijo.

—Para ya, Lee. Lo que hagamos es asunto nuestro.

Jamie Johansen era el primero de su clase al que recogían; llevaba el pelo largo hasta los hombros y unos pendientes de aros finos y dorados. Eso fue lo que le explicó la mujer en cuanto entró en aquella guarrada de coche que tenían, como si fuera lo más emocionante que le había pasado en la vida. Jamie se había escapado de su casa en Massachusetts el año anterior y llevaba desde entonces sin ir al barbero. No se consideraba *hippie* —los pocos que había conocido en las calles actuaban como si fueran retrasados—, pero ¿qué más daba, joder? Que la tipa pensara lo que quisiera. Llevaba los últimos seis meses viviendo con una familia de travestidos en una casa ruinosa e infestada de gatos en Philadelphia. Había decidido largarse de una vez después de que dos de las hermanas mayores decidieran que Jamie tenía que darles una parte mayor del dinero que se ganaba en los lavabos de la estación de autobuses de Clark Street. Que se fueran a la mierda aquellas brujas, pensó Jamie. Toda aquella gente no eran más que una panda de pringados con maquillaje cutre y pelucas baratas. Se iba a Miami en busca de un marica viejo y rico que se contentara con jugar con su hermosa melena y exhibirlo por la playa.

Ahora miró por la ventanilla del coche en dirección a un letrero que decía no sé qué de Lexington. Ni siquiera se acordaba de cómo había terminado en Kentucky. ¿Quién coño va a Kentucky?

Y aquellos dos que lo acababan de recoger, otra pareja de pringados. La mujer parecía creerse que era sexy o algo por el estilo, a juzgar por cómo le sonreía por el retrovisor y se relamía, pero el mero hecho de mirarla le ponía los pelos de punta. De algún lugar del coche venía un olor rancio como de pescado, y Jamie sospechaba que debía de tratarse de ella. Se daba cuenta de que el gordo se moría de ganas de chuparle la polla, a juzgar por

cómo no paraba de darse la vuelta y hacerle preguntas idiotas para poder echarle otro vistazo a su entrepierna. No se habían alejado más que ocho o nueve kilómetros cuando Jamie decidió que, en cuanto tuviera oportunidad, les iba a robar el coche. Hasta aquella chatarra con ruedas era mejor que hacer autoestop. El hombre que lo había recogido la noche anterior, con su sombrero negro y rígido y sus dedos largos y blancos, le había metido un miedo de muerte hablándole de bandas de palurdos rabiosos y tribus de vagabundos famélicos, y de las cosas espantosas que les hacían a los pobres y dulces chicos sin hogar a los que cazaban en la carretera. Después de contarle unas cuantas historias que había oído —chicos enterrados vivos, clavados de cabeza en hoyos diminutos, como si fueran postes de cerca, y otros convertidos en estofado gelatinoso para los vagabundos, sazonados con cebollas silvestres y manzanas caídas del árbol—, el hombre le ofreció un buen pellizco de dinero y una noche en un motel caro a cambio de alguna clase de fiesta que por alguna razón requería una bolsa de bolas de algodón y un embudo; sin embargo, por primera vez desde que se había marchado de casa, Jamie rechazó el dinero: se imaginó a la mujer de la limpieza que lo encontraba a la mañana siguiente destripado en la bañera, como si fuera una calabaza de Halloween. Comparados con aquel loco de los cojones, estos dos de ahora eran como Ma y Pa Kettle.

Pese a todo, le sorprendió que la tipa se saliera de la autopista y el hombre le preguntara directamente si estaría interesado en follarse a su mujer mientras él sacaba unas cuantas fotos. Jamie no se había esperado aquello para nada, pero se lo tomó con calma. La verdad era que no le gustaban las mujeres, sobre todo las feas; pero si podía convencer al gordo para que se desnudara también, robarle el coche iba a ser pan comido. De manera que le dijo al tipo que sí, que le interesaba, pero solamente si estaban dispuestos a pagarle. Apartó la vista del hombre para mirar por el parabrisas manchado de tripas de insectos muertos. Ahora estaban en un camino de grava. La mujer había aminorado la marcha al mínimo y era evidente que estaba buscando un sitio donde aparcar.

—Yo pensaba que los de tu clase creían en esos rollos del amor libre —dijo el hombre—. Eso dijo Walter Cronkite la otra noche en las noticias.

—Aun así, los chavales tenemos que ganarnos la vida, ¿no? —dijo Jamie.

—Supongo que es justo. ¿Qué te parecen veinte pavos?

La mujer puso el freno de mano y apagó el motor. Ahora estaban sentados en el borde de un campo de soja.

—Joder, por veinte dólares me lo monto con los dos —dijo Jamie con una sonrisa.

—¿Con los dos? —El gordo se giró y se quedó mirándolo con unos ojos fríos y grises—. Parece que me encuentras guapo. —La mujer soltó una risita.

Jamie se encogió de hombros. Se preguntó si todavía seguiría riéndose cuando se alejara con su coche.

—Los he visto peores —dijo.

—Uy, eso lo dudo —dijo el hombre, abriendo su portezuela.

43

—¿Solamente has traído una camisa? —le preguntó Sandy. Llevaban seis días en la carretera y ya se habían trabajado a dos modelos, el chaval de la melena y un tipo con una armónica que creía que se iba a Nashville a convertirse en estrella de la música Country, es decir, hasta unos minutos después de que lo oyeran cargarse por completo «Ring of Fire» de Johnny Cash, que resultó ser la canción favorita de Carl aquel verano.

—Sí —dijo Carl.

—Vale, pues vamos a tener que lavar ropa —dijo ella.

—¿Por qué?

—Pues porque apestas.

Un par de horas más tarde encontraron una lavandería automática en un pueblecito de Carolina del Sur. Sandy le hizo quitarse la camisa. A continuación entró llevando una bolsa de la compra llena de ropa sucia y la metió en una de las lavadoras. Él la esperó sentado en el banco que había en la salida, contemplando los coches que pasaban de rato en rato y chupeteando un puro, con las tetas caídas casi tocándole la panza de color blanquecino. Sandy salió, se sentó en la otra punta del banco y se escondió detrás de sus gafas de sol. Tenía la blusa pegada a la espalda con sudor. Apoyó la cabeza en el edificio y cerró los ojos.

—Lo que le hicimos era lo mejor que le podía pasar —dijo Carl.

«Joder —pensó Sandy—, todavía está hablando de aquel capullo de la armónica.» Llevaba toda la mañana cascando sobre lo mismo.

—Ya lo has dicho —dijo ella.

—A ver si me entiendes; para empezar, no tenía ni puta idea de cantar. ¿Y cuántos dientes tenía en la boca, tres? ¿Tú has visto alguna vez a esas estrellas del Country? Tienen dentaduras carísimas, joder. No, se le habrían

reído en la puta cara hasta obligarlo a marcharse. Él se habría ido a casa, habría dejado preñada a alguna vaca y se habría encontrado atado a una camada de críos, y ahí se habría acabado todo.

—¿Qué se habría acabado?

—Pues se habría acabado su sueño. Tal vez anoche él no lo entendiera, pero a ese chaval le he hecho un favor enorme.

—Joder, Carl, ¿pero qué coño te pasa? —Oyó que se paraba la lavadora, se puso de pie y extendió la mano—. Dame un cuarto de dólar para la secadora.

Él le dio unas monedas; a continuación se agachó para desatarse los zapatos y se los quitó con los pies. No llevaba calcetines. Se había quedado en pantalones nada más. Sacó la navaja del bolsillo y se puso a limpiarse las uñas de los pies. Justo mientras estaba dejando un pegote de porquería gris sobre el asiento del banco, aparecieron doblando el recodo a toda pastilla en sus bicicletas dos chavales de unos nueve o diez años. Por un segundo, mientras pasaban dándole a las piernas y riéndose como si no tuvieran preocupaciones en la vida, le hicieron desear ser otra persona.

En su duodécimo día se les escapó uno. Era la primera vez que les pasaba. Se trataba de un expresidiario llamado Danny Murdock, el cuarto modelo que recogían en lo que llevaban de viaje. En el antebrazo derecho tenía un tatuaje de dos serpientes entrelazadas en una lápida que le dio ganas a Carl de hacer algo especial con él en cuanto lo abatieran. Se habían pasado la tarde entera bebiendo cerveza y compartiendo una bolsa extragrande de cortezas de cerdo con él para hacer que se relajara. Por fin encontraron un sitio donde aparcar, en la orilla de un lago estrecho y alargado, adentrándose un kilómetro y medio por el Sumter National Forest. En cuanto Sandy apagó el motor, Danny abrió la portezuela y echó a andar hacia el agua, quitándose la ropa por el camino.

—¿Qué haces? —le gritó Carl.

Danny tiró su camisa al suelo y se giró para mirarlos.

—Eh, no tengo ningún problema en follarme a tu parienta, pero primero déjame que me lave —dijo, bajándose los calzoncillos—. Pero te aviso, colega, cuando yo llegue más allá de la parte usada ya no va a estar satisfecha contigo nunca más.

—Caray, menuda lengua tiene, ¿no? —dijo Sandy, dando la vuelta a la ranchera. Se apoyó en el guardabarros y miró cómo el tipo se tiraba al agua.

Carl apoyó la cámara en la capota y sonrió.

—No por mucho tiempo —dijo. Compartieron otra cerveza y ella observó cómo el tipo nadaba, moviendo vigorosamente los brazos y pateando el agua con las piernas, hasta llegar al centro del lago y luego de vuelta.

—Tengo que admitir que eso parece divertido —dijo Sandy. Se quitó las sandalias con los pies y extendió la manta sobre la hierba.

—Joder, cuesta ver lo que hay en ese cenagal —dijo Carl. Abrió otra cerveza y trató de disfrutar del hecho de pasar un rato fuera del coche apestoso. Al final, sin embargo, el nadador le agotó la paciencia. Ya llevaba una hora allí jugando. Caminó hasta la orilla del agua y se puso a gritarle y a hacerle señales a Danny para que volviera, y cada vez que el tipo se sumergía y volvía a emerger soltando gritos de alegría y chapoteando como un niño pequeño Carl se cabreaba un poco más. Cuando por fin salió del lago sonriente, con la polla colgando hasta la mitad de los muslos y con el sol vespertino arrancándole destellos de la piel mojada, Carl se sacó la pistola del bolsillo y le dijo:

—¿Ya estás lo bastante limpio?

—¿Qué coño haces? —dijo el tipo.

Carl le hizo una señal con la pistola.

—Me cago en la puta, ponte en esa manta tal como te hemos dicho. Joder, nos estamos quedando sin luz. —Miró a Sandy y le hizo una señal con la cabeza. Ella se llevó una mano detrás de la cabeza y empezó a soltarse la coleta.

—¡Vete a tomar por el culo! —oyó Carl que le gritaba el hombre.

Para cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, Danny Murdock ya estaba entrando a la carrera en el bosque del otro lado de la carretera. Carl hizo dos disparos a lo loco y se fue tras él. Se adentró en las profundidades del bosque resbalando y dando tumbos, hasta que temió que ya no iba a poder encontrar el camino de vuelta al coche. Se paró a escuchar, pero no oyó más que el ruido de su propia respiración jadeante. Estaba demasiado gordo y era demasiado lento para perseguir a nadie, ya no digamos a un capullo de piernas largas que llevaba toda la tarde jactándose ante ellos de haberse escapado corriendo de tres coches patrulla por el centro de Spartanburg la semana antes. Para entonces ya estaba anocheciendo, y de pronto Carl se dio cuenta de que el tipo podía haber dado la vuelta hasta el sitio donde Sandy lo estaba esperando junto al coche. Pero aunque las balas de ella fueran de fogueo, habría oído el disparo, es decir, a menos que el cabrón la hubiera cogido por sorpresa. Que se fuera a la mierda aquel hijo de puta traicionero. Odiaba volver al coche con las manos vacías. Sandy no

iba a parar de quejarse hasta el día del juicio. Vaciló un segundo, luego apuntó al aire con la pistola y disparó dos veces.

Ella estaba de pie junto a la portezuela abierta del conductor, con la pistola del en las manos, cuando él salió dando tumbos de la maleza del borde de la carretera, ruborizado y jadeante.

—Tenemos que salir de aquí —gritó. Agarró la manta que habían extendido en el suelo detrás del coche y fue corriendo a recoger de la hierba la ropa y los zapatos del hombre.

—Joder, Carl, ¿qué ha pasado? —dijo ella mientras arrancaba el coche.

—No te preocupes, lo he cogido al muy cabrón —dijo él—. Le he metido dos balas en la cabeza.

Ella se quedó mirándolo.

—¿Has alcanzado a ese tipo?

Notó el recelo en su voz.

—Calla un momento —dijo él—. Tengo que pensar. —Sacó un mapa y lo estuvo examinando un momento largo, moviendo el dedo de un lado para otro—. Parece que estamos a quince kilómetros de la frontera. Si damos la vuelta y giramos a la izquierda por donde hemos venido, tenemos que encontrarnos con la autopista.

—No te creo —dijo ella.

—¿Qué?

—Ese tipo corría como un ciervo. Es imposible que lo hayas alcanzado.

Carl respiró hondo dos veces.

—Estaba escondido debajo de un tronco. A punto he estado de pisarlo.

—¿Entonces qué prisa hay? —dijo ella—. Volvamos a sacarle unas fotos.

Carl dejó la pistola del 8 sobre el salpicadero y se levantó la camisa para secarse el sudor de la cara. El corazón le aporreaba el pecho como si fuera un martillo.

—Sandy, arranca el puto coche, ¿quieres?

—Se ha escapado, ¿verdad?

Él miró el bosque en penumbra a través de la ventanilla del pasajero.

—Sí, el cabronazo se ha escapado.

Ella puso el coche en marcha.

—No vuelvas a mentirme, Carl —dijo—. Y otra cosa, ya que estamos: si me entero de que vuelves a tontear con esa zorra del White Cow, te vas a arrepentir. —A continuación pisó el acelerador a fondo, y veinte minutos más tarde cruzaron la frontera estatal con Georgia.

45

Aquella misma noche Sandy aparcó en el margen de una parada de camiones situada a unos kilómetros al sur de Atlanta. Comió un tasajo y se metió a dormir en el asiento de atrás. Sobre las tres de la madrugada empezó a llover. Carl estaba sentado en el asiento de delante, escuchando cómo la lluvia tamborileaba encima del coche y acordándose del expresidiario. «De esto se puede aprender una lección», pensó. Él solamente le había dado la espalda un segundo a aquel cobarde de mierda, pero eso ya había bastado para cagarlo todo. Sacó la ropa del hombre de debajo del asiento y se puso a examinarla. Encontró una navaja automática, una dirección de Greenwood, Carolina del Sur, escrita dentro de un librito de cerillas y una billetera con once dólares. Debajo de la dirección había escrito: BUENAS MAMADAS. Se guardó el dinero en el bolsillo y con todo lo demás hizo una pelota; a continuación cruzó el aparcamiento y la tiró a un cubo de basura.

Seguía lloviendo cuando Sandy despertó por la mañana. Mientras desayunaba con ella en la parada de camiones, Carl se preguntó si alguno de los camioneros que tenían sentados a su alrededor habría matado alguna vez a un autoestopista. Si alguien tenía esa inclinación, la verdad es que era un trabajo perfecto. Mientras empezaban a tomarse la tercera taza de café, la lluvia amainó y el sol asomó en el cielo como un forúnculo enorme e infectado. Para cuando pagó la cuenta, ya se levantaban volutas de vapor del asfalto del aparcamiento.

—Sobre lo que pasó ayer —dijo Carl mientras caminaban de vuelta al coche—. Lo que hice estuvo mal.

—Como te dije —le dijo Sandy—, no me mientas más. Si nos pillan, a mí me toca comerme el mismo marrón que a ti.

Carl volvió a acordarse de las balas de fogueo que le había metido en la pistola, pero decidió que era mejor no mencionarlo. Pronto llegarían a casa, y él volvería a cambiárselas sin que se enterara.

—Nadie va a pillarnos —dijo él.

—Sí, bueno, seguramente tampoco pensabas que se nos fuera a escapar uno.

—No te preocupes —dijo él—, que eso no volverá a pasar.

Condujeron por Atlanta y se pararon a poner gasolina en un sitio llamado Roswell. Les quedaban veinticuatro dólares y pico para volver a casa. Cuando Carl ya estaba volviendo a entrar en la ranchera, se le acercó tímidamente un hombre demacrado que llevaba un traje negro raído.

—Por casualidad no irán ustedes hacia el norte, ¿verdad? —les dijo el hombre.

Carl recogió tranquilamente su puro del cenicero antes de girarse para mirar al que acababa de hablar. El traje le venía varias tallas grande. Se había dado varias vueltas al dobladillo de los pantalones para que no le arrastrara por el suelo. Carl vio que en la manga del traje todavía llevaba pegada la etiqueta del precio. El hombre llevaba, a modo de equipaje, una esterilla de dormir enrollada, y aunque aparentaba unos sesenta años, Carl sospechó que el caminante era más joven. Por alguna razón, Carl le vio pinta de predicador, de aquellos de verdad que ya no se veían: no de esos cabrones avariciosos y perfumados que solamente querían quedarse con el dinero de la gente y vivir a lo grande a costa de Dios, sino de los que realmente creían en las enseñanzas de Jesucristo. Aunque, bien pensado, seguramente estaba dejándose llevar por su fantasía; lo más seguro era que el tipo fuera un simple vagabundo.

—Es posible —dijo Carl. Echó un vistazo a Sandy en busca de alguna indicación de que se apuntaba a aquello, pero ella se limitó a encogerse de hombros y ponerse las gafas de sol—. ¿Adónde vas?

—A Coal Creek, Virginia Occidental.

Carl se acordó del que se les había escapado la noche anterior. Aquel hijo de puta de polla grande iba a dejarle un mal sabor de boca durante mucho tiempo.

—Venga, va, ¿por qué no? —le dijo al tipo—. Súbete atrás.

En cuando cogieron la carretera, el tipo dijo:

—Se lo agradezco, señor. Tengo los pies reventados.

—Te está costando que te cojan, ¿verdad?

—He caminado más que otra cosa, eso se lo aseguro.

—Sí —dijo Carl—. No entiendo a la gente que no quiere coger a desconocidos. Debería ser una buena obra, ayudar a alguien.

—Habla usted como un cristiano —dijo el hombre.

Sandy se aguantó la risa, pero Carl no le hizo ni caso.

—En cierta manera supongo que lo soy —le dijo al hombre—. Pero tengo que admitir que no le dedico tanto tiempo como antes.

El hombre asintió con la cabeza y miró por la ventanilla.

—Cuesta vivir como es debido —dijo—. Parece que el diablo no cesa nunca.

—¿Cómo te llamas, cielo? —le preguntó Sandy. Carl le echó un vistazo y sonrió; después estiró el brazo para tocarle la pierna. Tras la cagada del día anterior, había tenido miedo de que ella se pasara el resto del viaje haciéndole la vida imposible.

—Roy —dijo el hombre—. Roy Laferty.

—¿Y qué hay en Virginia Occidental, Roy? —dijo ella.

—Voy a casa a ver a mi niña.

—Qué bonito —dijo Sandy—. ¿Cuánto hace que no la ves?

Roy lo pensó un momento. Dios, no había estado tan cansado en la vida.

—Hace casi diecisiete años. —Ir en el coche le estaba dando sueño. No quería ser maleducado para nada, pero, por mucho que lo intentó, no consiguió mantener los ojos abiertos.

—¿Qué has estado haciendo tanto tiempo lejos de casa? —le preguntó Carl. Después de esperar un par de minutos a que el hombre respondiera, se dio la vuelta para mirar al asiento de atrás.

—Hostia, se ha quedado dormido —le dijo a Sandy.

—Déjalo que descansa —dijo ella—. Y, de que me lo folle, ya te puedes ir olvidando. Huele peor que tú.

—Vale, vale —dijo Carl, sacando de la guantera el mapa de carreteras de Georgia. Treinta minutos más tarde, señaló una salida de la carretera y le dijo a Sandy que la tomara. Se adentraron cuatro o cinco kilómetros por un

camino polvoriento de arcilla y al final encontraron un pequeño descampado con restos de una fiesta y un piano roto—. Habrá que conformarse con esto —dijo Carl, saliendo del coche. Abrió la portezuela del autoestopista y lo zarandeó—. Eh, colega —le dijo—. Ven, que quiero enseñarte una cosa.

Al cabo de un par de minutos, Roy se encontró en una arboleda de altos pinos amarillos. El suelo que pisaban estaba cubierto por una alfombra de agujas secas y marrones. No se acordaba de cuánto tiempo llevaba viajando, tal vez unos tres días. No había tenido demasiada suerte a la hora de encontrar quien le llevara, así que había caminado hasta tener los pies llenos de ampollas. Aunque no se veía capaz de caminar más, tampoco quería quedarse quieto. Se preguntaba si los animales ya habrían encontrado a Theodore. Luego vio que la mujer se estaba desnudando y aquello lo confundió. Buscó con la mirada el coche en el que lo habían traído y vio que el gordo lo estaba apuntando con una pistola. Llevaba una cámara negra colgando del cuello y tenía un puro apagado entre los gruesos labios. Tal vez estuviera soñando, pensó Roy, pero, joder, aquello parecía muy real. Podía oler la savia que el calor hacía manar de los árboles. Vio que la mujer se tumbaba sobre una manta roja a cuadros, como las que la gente usaba para irse de *picnic*, y luego el hombre le dijo algo que terminó de despertarlo.

—¿Qué? —preguntó Roy.

—Digo que estoy haciéndote un favor —le repitió Carl—. A ella le gustan los machos larguiruchos como tú.

—¿Qué está pasando aquí, señor?

Carl soltó un suspiro.

—Joder, hombre, presta atención. Ya te lo he dicho, tú te vas a follar a mi mujer y yo os voy a hacer unas fotos, eso es todo.

—¿A su mujer? —dijo Roy—. En mi vida he oído nada parecido. Y yo que pensaba que era usted un buen tipo.

—Calla la boca y quítate ese traje de la beneficencia.

Roy echó un vistazo a Sandy y levantó las manos.

—Señora —le dijo—. Lo siento, pero cuando murió Theodore me prometí a mí mismo que en adelante iba a llevar una vida recta, y tengo

intención de hacerlo.

—Oh, venga, cielo —dijo Sandy—. Nos van a sacar unas cuantas fotos y luego ese gordo cabrón nos dejará en paz.

—Mujer, mírame. Las he pasado putas. Joder, ni siquiera me acuerdo de la mitad de sitios donde he estado. ¿De verdad quieres que te toquen estas manos?

—Hijo de la gran puta, vas a hacer lo que yo te diga —dijo Carl.

Roy negó con la cabeza.

—No, señor. La última mujer con la que estuve era un pájaro, y va a seguir siendo la última. Theodore le tenía miedo, así que no se lo conté, pero Priscilla era un flamenco de verdad.

Carl se rio y tiró el puro al suelo.

—Vale, parece que nos ha tocado un chiflado.

Sandy se puso de pie y empezó a vestirse.

—Vámonos de una puta vez —dijo.

Cuando se dio la vuelta para ver cómo la mujer echaba a andar hacia el coche aparcado junto a la carretera, Roy sintió el cañón de la pistola contra el costado de su cabeza.

—Ni se te ocurra correr —le dijo Carl.

—De eso no tiene que preocuparse —dijo Roy—. Ya se ha acabado mi época de correr. —Levantó la vista y buscó un trozo de cielo azul visible a través de las ramas verdes y frondosas de los pinos. Pasó un jirón blanco de nube. «Así será morir —se dijo a sí mismo—. Flotar en el aire. No tiene nada de malo.» Sonrió un poco—. Supongo que no me va a dejar volver al coche, ¿verdad?

—Has acertado —dijo Carl. Y empezó a apretar el gatillo.

—Una cosa nada más —dijo Roy, con voz apremiante.

—¿Qué?

—Se llama Lenora.

—¿De quién coño estás hablando?

—De mi niña —dijo Roy.

46

Costaba de creer, pero el chiflado de los cojones del traje sucio llevaba casi cien dólares en el bolsillo. Comieron parrillada con ensalada de repollo en un chiringuito de un barrio negro de Knoxville, y aquella noche durmieron en un Holiday Inn de Johnson City, Tennessee. Como de costumbre, Sandy tardó una eternidad en arreglarse por la mañana. Para cuando anunció que estaba lista, Carl ya estaba de bastante mal humor. Con la excepción de las del chaval de Kentucky, la mayoría de fotos que había sacado durante aquel viaje eran una porquería. Nada le había salido bien. Se había pasado la noche atormentándose con aquello, sentado en una silla junto a la ventana de la tercera planta, contemplando el aparcamiento y manoseando una picha de perro hasta que se le deshizo entre los dedos. No paraba de buscar señales, algo que hubiera pasado por alto. Pero no se le ocurría nada, salvo la actitud más bien chungueta de Sandy y el expresidiario que se había escapado. Juraba que nunca más volvería a cazar en el Sur.

Llegaron al sur de Virginia Occidental sobre el mediodía.

—Mira, todavía tenemos el resto del día de hoy —dijo—. Si no es mucho pedir, joder, me gustaría hacer otro carrete de fotos antes de volver a casa, fotos que estén bien. —Habían parado en una estación de servicio para que él pudiera comprobar el aceite del coche.

—Adelante —dijo Sandy—. Ahí puedes hacer todas las fotos que quieras. —Señaló el ventanal—. Mira, en aquel árbol acaba de posarse un azulejo.

—Muy graciosa —dijo él—. Ya sabes a qué me refiero.

Ella puso el coche en marcha.

—Me da igual lo que hagas, Carl, pero esta noche yo quiero dormir en mi cama.

—Muy bien —dijo él.

Se pasaron las cuatro o cinco horas siguientes sin encontrar ni un solo autoestopista. Cuanto más se acercaban a Ohio, más nervioso se ponía Carl. No paraba de decirle a Sandy que redujera la velocidad, y la hizo pararse un par de veces más para estirar las piernas y tomar café solamente para dilatar un poco más su esperanza. Para cuando pasaron por Charleston y se dirigieron a Point Pleasant, ya estaba desesperado y lleno de dudas. Tal vez el expresidiario fuera realmente una señal. En caso de que sí, pensó Carl, solamente podía querer decir una cosa: que tenían que dejarlo ahora que aún podían. Eso estaba pensando mientras se acercaban a la larga caravana de coches que esperaban para cruzar el puente metálico plateado que los llevaría a Ohio. En aquel momento vio al joven guapo y moreno que esperaba en la pasarela para peatones con una bolsa de deporte en la mano, a siete u ocho coches de distancia por delante de ellos. Se inclinó e inhaló el humo de los coches y la peste procedente del río. El tráfico avanzó un par de metros y volvió a detenerse. Alguien que estaba por detrás de ellos en la hilera de coches hizo sonar la bocina. El chico se giró para mirar el final de la hilera, entornando los ojos bajo el sol.

—¿Ves eso? —dijo Carl.

—¿Pero qué pasa con tus putas reglas? Joder, pero si estamos entrando en Ohio.

Carl no le quitó los ojos de encima al chico y rezó porque nadie se ofreciera para llevarlo antes de que ellos se acercaran lo bastante para recogerlo.

—Veamos solamente adónde va. Joder, eso no tiene ningún riesgo, ¿verdad?

Sandy se quitó las gafas de sol y echó un vistazo más de cerca al chico. Conocía lo bastante a Carl como para saber que no se iba a conformar con llevarlo un rato, pero, por lo que ella podía ver, probablemente fuera el más guapo que se habían encontrado nunca. Y estaba claro que en este viaje no había habido ningún ángel.

—Supongo que no —dijo ella.

—Pero necesito que hables un poco, ¿vale? Ponle esa sonrisa tuya, caliéntalo un poco. No me gusta decir esto, pero en este viaje te has

descuidado mucho. Yo no puedo hacerlo solo.

—Claro, Carl —dijo ella—. Lo que tú digas. Joder, en cuanto ponga el culo en el asiento me ofrezco para comerle el rabo. Eso debería funcionar.

—Joder, pero qué deslenguada.

—Puede ser —dijo ella—. Pero quiero acabar con esto de una vez.

SÉPTIMA PARTE
OHIO

Daba la impresión de que había habido un accidente más adelante, a juzgar por lo despacio que estaba avanzando el tráfico. Arvin acababa de decidir que iba a cruzar el puente a pie cuando se le acercó el coche y el gordo le preguntó si quería que lo llevase. Después de vender el Bel Air, había salido a la carretera y se había subido al coche de un vendedor de fertilizantes —camisa blanca arrugada, corbata manchada de salsa, el hedor del alcohol de la noche anterior manándole de los poros enormes— que iba de camino a una convención de piensos y semillas en Indianápolis. El vendedor lo había dejado en la ruta a la altura de Nitro, y unos minutos más tarde lo había vuelto a coger una familia de color en una camioneta que lo había llevado a las afueras de Point Pleasant. Se había sentado en la parte de atrás junto con una docena de canastos de tomates y judías verdes. Luego el negro le señaló por dónde se iba al puente y Arvin echó a andar. Olió el río Ohio varias manzanas antes de poder ver su superficie grasienta y de color gris azulado. Le costaba creer que pudiera viajar tan deprisa haciendo dedo. Cuando se metió en la ranchera negra, la mujer que iba al volante lo miró con una sonrisa. Daba la impresión de que se alegraba de verlo. Se llamaban Carl y Sandy, le dijo el gordo.

—¿Adónde estás yendo? —preguntó Carl.

—A Meade, Ohio —dijo Arvin—. ¿Lo conocéis?

—Pues... —empezó a decir Sandy.

—Claro —la interrumpió él—. Si no me equivoco, creo que tiene una fábrica de papel. —Se sacó el puro de la boca y miró a la mujer—. De hecho, vamos a pasar justo al lado, ¿verdad, cielo? —Aquello tenía que ser una señal, pensó Carl: recoger a un chico tan guapo que iba a Meade, allí abajo entre las ratas del río.

—Sí —dijo ella. El tráfico empezó a moverse otra vez. Lo que estaba causando la retención era un accidente en el lado de Ohio: dos coches todos abollados y el pavimento lleno de cristales rotos. Una ambulancia encendió la sirena y arrancó justo delante de él, evitando por los pelos una colisión. Un policía hizo sonar su silbato y levantó la mano para hacer parar a Sandy.

—Joder, ten cuidado —dijo Carl, cambiando de postura en su asiento.

—¿Quieres conducir tú? —dijo Sandy, dándole al freno demasiado fuerte. Se pasaron unos cuantos minutos allí sentados, mientras un hombre con mono de trabajo barría a toda prisa los cristales. Sandy ajustó el retrovisor y echó otro vistazo al chico. Se alegraba de haberse bañado aquella mañana. Todavía estaría bien limpia para él. Cuando metió la mano en el bolso para buscar un paquete de cigarrillos sin abrir, sus dedos rozaron la pistola. Mientras miraba cómo el hombre terminaba de limpiar, fantaseó con la idea de matar a Carl y escaparse con el chico. Lo más seguro era que solamente tuviera seis o siete años menos que ella. Ella podría hacer funcionar algo así. Tal vez hasta podrían tener un par de criaturas. Luego cerró el bolso y se puso a abrir el paquete de Salem. Nunca lo haría, por supuesto, pero era una fantasía agradable.

—¿Cómo te llamas, cielo? —le preguntó al chico, después de que el policía les hiciera una señal para que pasaran.

Arvin se permitió un suspiro de alivio. Había estado seguro de que la mujer iba a conseguir que los pararan. La volvió a mirar. Era flaca como un palillo y se la veía sucia. Tenía la cara embadurnada de maquillaje y los dientes manchados de amarillo oscuro por culpa del exceso de cigarrillos y el abandono. Del asiento de delante venía un fuerte olor a sudor y mugre, y supuso que a aquellos dos les hacía bastante falta bañarse.

—Billy Burns —le dijo. Era como se llamaba el viajante de fertilizantes.

—Es un nombre bonito —dijo ella—. ¿De dónde vienes?

—De Tennessee.

—¿Y para qué vas a Meade? —le preguntó Carl.

—Pues de visita nada más.

—¿Tienes familia ahí?

—No —dijo Arvin—. Pero viví allí hace mucho tiempo.

—Lo más seguro es que no haya cambiado mucho —dijo Carl—. La mayoría de pueblos pequeños no cambian.

—¿Y dónde vivís vosotros? —preguntó Arvin.

—Somos de Fort Wayne. Venimos de estar de vacaciones en Florida. Nos gusta conocer a gente nueva, ¿verdad, cariño?

—Ya lo creo —dijo Sandy.

Cuando pasaron frente al letrero que anunciaba la entrada en el condado de Ross, Carl se miró el reloj de pulsera. Probablemente deberían haber parado antes de llegar tan lejos, pero conocía un sitio seguro cerca adonde podían llevar al chico. Había pasado por allí el invierno anterior en uno de sus paseos en coche. Ya estaban a quince kilómetros de Meade y eran las seis de la tarde pasadas. Eso quería decir que solamente les quedaba una hora y media más o menos de luz aceptable. Era la primera vez que violaba una de las reglas importantes, pero ya había tomado su decisión. Aquella noche iba a matar a un hombre en Ohio. Joder, y si le salía bien quizá hasta podía eliminar la regla. Tal vez ese fuera el sentido que tenía aquel chico, o tal vez no. No había tiempo para pensar en ello. Cambió de postura en su asiento y dijo:

—Billy, mi vejiga ya no es lo que era. Vamos a detenernos para que yo pueda echar una meada, ¿vale?

—Sí, claro. Yo os agradezco que me llevéis.

—Aquí a la derecha sale un camino —le dijo Carla Sandy.

—¿A qué distancia? —preguntó Sandy.

—Quizá un kilómetro y medio.

Arvin se inclinó un poco y miró más allá de la cabeza de Carl, en dirección al parabrisas. No vio ninguna señal de que hubiera un camino, y le pareció un poco raro que el hombre supiera que había uno más adelante si no era de por allí. «Tal vez tenga un mapa», se dijo a sí mismo. Volvió a sentarse en su asiento y contempló el paisaje. Salvo por el hecho de que las colinas eran más pequeñas y más redondeadas, se parecía mucho a Virginia Occidental. Se preguntó si alguien habría encontrado ya el cuerpo de Teagardin.

Sandy salió de la ruta para coger un camino de tierra y grava. Pasó por delante de una granja bastante grande que había en la esquina. Al cabo de

un kilómetro, aminoró la marcha y le preguntó a Carl:

—¿Aquí?

—No, sigue un poco más.

Arvin puso la espalda recta y miró a su alrededor. Llevaban sin ver una casa desde que habían dejado atrás la granja. La Luger le presionaba en la entrepierna, y movió el arma un poco.

—Este parece un buen sitio —dijo por fin Carl, señalando los restos poco visibles de un camino para coches que llevaba a una casa destartada. Era obvio que el sitio llevaba años vacío. Las pocas ventanas estaban rotas y el porche se hundía por un lado. La puerta principal estaba abierta y colgaba de una bisagra. Al otro lado de la carretera había un campo de maíz, con los tallos marchitos y amarillentos por culpa del clima tórrido y ventoso. En cuanto Sandy apagó el motor, Carl abrió la guantera. Sacó una cámara de aspecto caro y la sostuvo en alto para que Arvin la viera.

—Seguro que nunca te habrías imaginado que soy fotógrafo, ¿verdad? —dijo.

Arvin se encogió de hombros.

—Seguramente no. —Oyó el zumbido de los insectos en las hierbas secas que rodeaban el coche. Miles de ellos.

—Pero, oye, no soy uno de esos imbéciles que hacen fotos idiotas como las que salen en el periódico, ¿verdad que no, Sandy?

—No —dijo ella, volviendo la vista hacia Arvin—. Para nada. Es muy bueno.

—¿Has oído hablar de Miguel Ángel o de Leonardo...? Ay, carajo, me he olvidado del apellido. ¿Sabes cuál te digo?

—Creo que sí —dijo Arvin. Se acordó de que Lenora le había enseñado un libro donde salía una pintura titulada Mona Lisa. Ella le había preguntado si la veía parecida a la mujer del cuadro, y se alegraba de haberle dicho que era más guapa.

—Pues a mí me gusta pensar que un día la gente va a mirar mis fotografías y pensará que son igual de buenas que cualquiera de las cosas que hizo esa gente. Las fotos que yo hago, Billy, son como arte, como lo que hay en el museo. ¿Has ido alguna vez a un museo?

—No —dijo Arvin—. No he ido.

—Bueno, tal vez vayas algún día. ¿Qué me dices, pues?

—¿Qué te digo de qué? —dijo Arvin.

—¿Por qué no salimos y me dejas que te haga unas fotos con Sandy?

—No, mejor que no. He tenido un día bastante duro y prefiero no entretenerme. Solamente quiero llegar a Meade.

—Oh, venga, hijo, si no son más que unos minutos. A ver, óyeme. ¿Y si ella se desnuda para ti?

Arvin echó mano de la manecilla de la puerta.

—No, gracias —dijo—. Me vuelvo andando a la carretera. Vosotros quedaos aquí y sacad todas las fotos que queráis.

—Espera, me cago en la puta —dijo Carl—. No era mi intención molestarte. Pero, joder, preguntar no hace daño a nadie, ¿verdad? —Dejó la cámara en el asiento y suspiró—. Muy bien, déjame echar mi meada y nos largamos.

Carl sacó su corpachón del coche y echó a andar hacia la parte de atrás. Sandy sacó un cigarrillo del paquete. Arvin la miró y vio cómo le temblaban las manos mientras hacía varios intentos de encender una cerilla. Una sensación, a la que no podía poner nombre, le hurgó de pronto en la tripa como si fuera un cuchillo. Ya se estaba sacando la Luger de la cintura del peto cuando oyó que Carl decía:

—Sal del coche, chaval. —El gordo estaba a poco menos de un metro de la portezuela de atrás, apuntándolo con una pistola de cañón largo.

—Si lo que queréis es dinero —dijo Arvin—, tengo un poco. —Le quitó el seguro a la pistola—. Os lo podéis quedar.

—De pronto te has vuelto amable, ¿eh? —dijo Carl. Escupió en la hierba—. Pues mira lo que te digo, mariconcillo, de momento quédate con tu dinero. Sandy y yo ya lo decidiremos después de que yo haga mis puñeteras fotos.

—Será mejor que hagas lo que te dice, Billy —dijo Sandy—. Si las cosas no salen como quiere, se puede poner bastante nervioso.

Cuando ella volvió a mirarlo y le dedicó otra sonrisa, Arvin asintió para sí mismo y abrió su portezuela. Antes de que la mente de Carl entendiera qué era lo que el chaval tenía en la mano, la primera detonación ya le había abierto un boquete en el vientre.

La fuerza de la bala le hizo dar media vuelta sobre sí mismo. Retrocedió tres o cuatro pasos tambaleantes y recobró el equilibrio. Intentó levantar el arma y apuntar al chico, pero en ese momento otra bala lo alcanzó en el pecho. Aterrizó boca arriba con un fuerte golpe sobre las hierbas. Aunque todavía notaba la pistola del 8 en la mano, los dedos ya no le funcionaban. Oyó la voz de Sandy desde algún lugar lejano. Parecía que estaba repitiendo su nombre una y otra vez: «Carl, Carl, Carl». Quería responderle, y pensó que si descansaba un momento de nada todavía podía arreglar aquel desastre. Algo frío empezó a reptarle por encima. Sintió que el cuerpo se le empezaba a hundir en un agujero que parecía estar abriéndose en el suelo debajo de él. Rechinó los dientes y luchó por salir de allí antes de hundirse demasiado. Sintió que empezaba a elevarse. Sí, por Dios, todavía estaba a tiempo de arreglar las cosas, y luego lo dejarían. Vio a aquellos dos niños en bicicleta que pasaban y lo saludaban con la mano. Se acabaron las fotos, quería decirle a Sandy, pero le estaba costando encontrar aire. Luego algo provisto de unas alas negras y enormes se le posó encima, empujándolo de nuevo hacia abajo, y aunque intentó frenéticamente agarrarse a la hierba y a la tierra con la mano izquierda para no hundirse más, esta vez no consiguió detenerlo.

Cuando la mujer empezó a llamar al hombre a gritos, Arvin se giró y la vio en el asiento de delante, sacando algo del bolso.

—No lo hagas —dijo él, negando con la cabeza. Se apartó del coche y la apuntó con la Luger—. Te lo pido por favor.

A ella le caían por la cara chorretones negros de pintura de ojos. Gritó una vez más el nombre del tipo y de pronto se detuvo. Respiró hondo varias veces y se quedó mirando las suelas de Carl mientras se calmaba. Se fijó en que una de ellas tenía un agujero tan grande como una moneda de cincuenta centavos. No lo había mencionado en todo el viaje.

—Por favor —le dijo Arvin cuando la vio sonreír.

—A la mierda —dijo ella en voz baja, justo antes de sacar una pistola por encima del asiento y disparar. Y, aunque había apuntado directamente al centro del cuerpo del chico, este ni se inmutó. Volvió a echar frenéticamente el percutor hacia atrás con los pulgares, pero antes de que pudiera hacer el segundo disparo Arvin le disparó en el cuello. La pistola del 22 cayó en los

tablones del suelo mientras el balazo la mandaba despedida contra la portezuela del conductor. Apretándose la garganta con las manos, ella intentó detener el chorro rojo que le manaba de la herida. Empezó a ahogarse y tosió vomitando un chorro de sangre sobre el asiento. Su mirada se clavó en la cara del chico. Los ojos se le dilataron unos segundos y luego se cerraron lentamente.

Arvin escuchó cómo respiraba varias veces de forma entrecortada y por fin experimentaba una última sacudida. No podía creerse que la mujer no le hubiera dado. Joder, con lo cerca que estaba.

Se sentó en el borde del asiento trasero y vomitó un poco sobre la hierba que tenía entre los pies. Trató de sacudirse de encima la desesperación abrumadora que se estaba cerniendo sobre él. Salió al camino de tierra y caminó en círculos. Volvió a guardarse la Luger en los pantalones y se arrodilló al lado del hombre. Le metió la mano por debajo, le sacó la billetera del bolsillo de atrás y le echó un vistazo rápido. No vio ningún permiso de conducir, pero sí que encontró una fotografía y unos cuantos billetes. De pronto volvieron a entrarle náuseas.

Era una imagen de la mujer acunando con los brazos la cabeza de un muerto, como si fuera un bebé. Iba en bragas y sujetador. El muerto tenía un agujero que parecía de bala encima del ojo derecho. Ella lo estaba mirando con un matiz de pena en la cara.

Arvin se guardó la fotografía en el bolsillo de la camisa y dejó caer la billetera sobre el pecho del gordo. A continuación abrió la guantera, pero no encontró nada más que mapas de carreteras y rollos de película. Volvió a escuchar por si oía acercarse algún coche y se secó el sudor que le caía sobre los ojos.

—Piensa, hostia, piensa —se dijo a sí mismo. Pero lo único que sabía con certeza era que tenía que salir deprisa de aquel lugar. Cogió su bolsa de deporte y echó a andar en dirección oeste por entre las hileras de maíz reseco. Ya se había adentrado veinte metros en el campo cuando se detuvo y dio media vuelta. Volvió a toda prisa al coche, sacó un par de los carretes de la guantera y se los guardó en el bolsillo de los pantalones. Luego sacó una camisa de su bolsa y la usó para limpiar todo lo que pudiera haber tocado. Los insectos volvieron a zumbar.

48

Arvin decidió mantenerse lejos de las carreteras, y ya era medianoche cuando por fin llegó a Meade. En medio del pueblo, al lado mismo de Main Street, encontró un motel achaparrado de ladrillo llamado Scioto Inn que todavía tenía puesto el letrero de HAY HABITACIONES. Nunca se había alojado en un motel. El recepcionista, un chaval no mucho mayor que él, estaba mirando con cara de aburrimiento una película antigua, Abbott y Costello contra la momia, en un pequeño televisor en blanco y negro que había en el rincón. La habitación costaba cinco pavos por noche.

—Cambiamos las toallas todos los días —dijo el recepcionista.

Al llegar a su habitación se quitó la ropa y se pasó un rato largo en la ducha, intentando lavarse. Nervioso y agotado, se tumbó encima de la colcha y se puso a beber a sorbos de una botella de *whisky*. Estaba alegre de haberse acordado de traerla, joder. En la pared vio un cuadro de Jesucristo crucificado. Cuando se levantó para mear, le dio la vuelta al cuadro. Le recordaba demasiado al que había en la cocina de su abuela. A las tres de la mañana ya estaba lo bastante borracho para irse a dormir.

Se despertó sobre las diez de la mañana, después de tener un sueño con la mujer. En el sueño, ella le disparaba igual que había hecho la tarde anterior, pero esta vez le acertaba en toda la frente y era él quien moría en su lugar.

Los demás detalles eran vagos, pero creía recordar que ella le hacía una foto. Casi estaba deseando que hubiera sucedido aquello cuando fue a la ventana y se asomó al otro lado de la cortina, esperando encontrarse el aparcamiento lleno de coches de policía. Contempló el tráfico que pasaba por Bridge Street mientras se fumaba un cigarrillo y se volvió a duchar. Después de vestirse fue a la recepción a preguntar si se podía quedar la

habitación un día más. El chaval de la noche anterior seguía en su puesto. Estaba medio dormido, masticando un chicle de color rosa.

—Debes de trabajar un montón de horas.

El chaval bostezó, asintió con la cabeza y anotó otra noche en el registro.

—A mí me lo vas a decir —dijo él—. Mi padre es el dueño, o sea que cuando no estoy en la universidad soy más o menos su esclavo. —Le dio cambio de veinte—. Aunque peor sería que me mandaran a Vietnam.

—Sí, supongo que sí —dijo Arvin. Se metió los billetes sueltos en la billetera—. Antes había un restaurante por aquí que se llamaba Wooden Spoon. ¿Sigue abierto?

—Claro. —El chaval fue hasta la puerta y señaló la calle—. Ve hasta ese semáforo de allí y gira a la izquierda. Lo verás desde la estación. Hacen bien el chili.

Se quedó unos minutos delante de la puerta del Wooden Spoon, mirando la estación de autobuses del otro lado de la calle y tratando de imaginarse a su padre mientras bajaba de un Greyhound y veía por primera vez a su madre, hacía más de veinte años. Una vez dentro, pidió jamón con huevos y tostadas. Aunque llevaba sin comer desde la chocolatina de la tarde anterior, se dio cuenta de que no tenía mucha hambre. Al final la camarera vieja y arrugada vino a recogerle el plato sin decir una palabra. Apenas lo miró, pero cuando él se levantó para marcharse le dejó un dólar de propina de todos modos.

Cuando estaba saliendo, tres coches patrulla pasaron a toda velocidad en dirección este con las luces centelleando y las sirenas aullando. Le pareció que el corazón se le detenía un momento en el pecho y luego empezaba a latirle a toda velocidad. Se apoyó en el costado del edificio de ladrillo y trató de encenderse un cigarro, pero las manos le temblaban demasiado para encenderse la cerilla, igual que le había pasado a la mujer la tarde anterior. Las sirenas se apagaron a lo lejos y se calmó lo bastante como para encendérselo. En aquel preciso momento paró un autobús en el callejón de al lado de la estación. Vio como se bajaba una docena aproximada de personas. Un par de ellas llevaban uniformes militares. El conductor del

autobús, un tipo de expresión agria y carrillos colgantes con camisa gris y corbata negra, se reclinó en su asiento y se caló la gorra hasta los ojos.

Arvin caminó hasta el motel y se pasó el resto del día paseando por la moqueta verde y raída. Era una simple cuestión de tiempo que las autoridades descubrieran que a Preston Teagardin lo había matado él. Se dio cuenta de que largarse tan de repente de Coal Creek era la idiotez más grande que podía haber hecho. ¿Acaso podía haber sido más obvio? Cuanto más caminaba por la sala, más claro veía que al dispararle al predicador había puesto en marcha algo que iba a pasarse el resto de su vida siguiéndolo. Tenía la intuición de que debería intentar salir inmediatamente de Ohio, pero no soportaba la idea de marcharse sin ver una vez más su vieja casa y el tronco de rezar. Daba igual qué más pasara, se dijo a sí mismo: tenía que intentar hacer las paces con aquellas cosas de su padre que seguían royéndolo por dentro.

Se preguntó si alguna vez volvería a sentirse limpio. En la habitación no había televisor, solamente una radio. La única emisora que pudo encontrar sin estática era de Country and western. De vez en cuando alguien tosía en la habitación de al lado, y a Arvin el ruido le recordaba a la mujer ahogándose en su propia sangre. Todavía se estaba acordando de ella cuando llegó la mañana.

49

—Lo siento, Lee —dijo Howser mientras Bodecker se acercaba—. Esto es un puto desastre.

Estaba de pie junto a la ranchera de Carl y Sandy. Era el martes, cerca del mediodía. Bodecker acababa de llegar. Hacía más o menos una hora que un granjero había encontrado los cuerpos y había parado un camión de Wonder Bread en la carretera. En el camino había cuatro coches patrulla en fila india y varios hombres con uniformes grises de pie y abanicándose con sus sombreros, a la espera de órdenes. Howser era el ayudante principal de Bodecker, el único en quien se podía confiar para algo que no fueran hurtos y poner multas de tráfico. En opinión del *sheriff*, los demás no servían ni para hacer de guardias de tráfico delante de una escuela con una sola aula.

Le echó un vistazo al cuerpo de Carl y luego miró a su hermana. El ayudante ya le había dicho por la radio que estaba muerta.

—Joder —dijo, con la voz casi temblándole—. Hostia puta.

—Sí —dijo Howser.

Bodecker cogió aire varias veces para no perder el equilibrio y se metió las gafas de sol en el bolsillo.

—Dadme un par de minutos a solas con ella.

—Claro —dijo el ayudante. Echó a andar hasta donde estaban esperando los demás hombres y les dijo algo en voz baja.

En cuclillas junto a la portezuela abierta del pasajero, Bodecker examinó de cerca a Sandy, las arrugas de su cara, los dientes en mal estado y los moretones descoloridos de las piernas. Siempre había sido un poco chungueta, pero seguía siendo su hermana. Cogió el pañuelo y se secó los ojos. Sandy llevaba unos pantalones muy cortos y una blusa ajustada. Seguía vistiendo como una puta, pensó. Se subió al asiento delantero, la cogió de

cerca y la miró por encima del hombro. La bala le había atravesado el cuello y le había salido por la parte superior de la espalda, un poco a la izquierda de la columna y cinco dedos por debajo del orificio de entrada. Se había quedado incrustada en las almohadillas de la portezuela del lado del conductor. Usó la navaja para sacar el casquillo. Parecía de nueve milímetros. Vio una pistola del tirada al lado del pedal del freno.

—¿Esa portezuela de atrás estaba abierta así cuando habéis llegado? — le gritó a Howser.

El ayudante dejó a los hombres en el camino y correteó de vuelta hasta la ranchera.

—No hemos tocado nada, Lee.

—¿Dónde está el granjero que los ha encontrado?

—Ha dicho que tenía que atender a una novilla enferma. Pero lo he interrogado bastante bien antes de que se marchara. No sabe nada.

—¿Ya has sacado las fotos?

—Sí, acababa de terminar cuando has llegado.

Le dio la bala a Howser; a continuación volvió a inclinarse sobre el asiento delantero y recogió la pistola del con su pañuelo. Olió el cañón, sacó el cilindro y vio que se había disparado una vez. Pulsó el extractor y las cinco balas le cayeron en la mano. Las puntas estaban dobladas.

—Coño, pero si son de fogueo.

—¿De fogueo? ¿Por qué coño iba a hacer alguien eso, Lee?

—Pues no lo sé, pero fue un error grave, está claro. —Dejó la pistola en el asiento, al lado del bolso y de la cámara. Luego salió del coche y fue adonde estaba tirado Carl. El muerto seguía teniendo la pistola del 8 en la mano derecha y un puñado de hierba y tierra en la otra. Parecía que hubiera estado arañando el suelo. Tenía varias moscas paseándole por las heridas y otra posada en el labio inferior. Bodecker comprobó la pistola—. Y este capullo no disparó ni una bala.

—Eso explica cualquiera de los dos agujeros que tiene —dijo Howser.

—Tampoco hacía falta mucho para tumbar a Carl —dijo Bodecker. Giró la cabeza y escupió—. Era lo más inservible que he visto en la vida. —Cogió la billetera que había encima del cuerpo y contó cincuenta y cuatro dólares. Se rascó la cabeza—. Bueno, supongo que robo no fue, ¿verdad?

—¿Alguna posibilidad de que Tater Brown haya tenido algo que ver con esto?

A Bodecker se le puso la cara roja.

—¿Y eso a qué coño viene?

El ayudante se encogió de hombros.

—No lo sé. Solamente estoy planteando ideas. O sea, ¿quién más hace esta clase de cosas por aquí?

Bodecker se puso de pie y negó con la cabeza.

—No, esto está demasiado a la vista para que haya sido ese maricón baboso. Si lo hubiera hecho él, no los habríamos encontrado tan fácilmente. Se habría asegurado de que los gusanos pasaran primero unos días a solas con ellos.

—Supongo que sí —dijo el ayudante.

—¿Y qué pasa con el forense? —dijo Bodecker.

—Se supone que está de camino.

Bodecker señaló con la cabeza a los demás ayudantes.

—Haz que echen un vistazo en ese campo de maíz, a ver si encuentran algo, y luego quédate a esperar al forense. —Se secó el sudor del cuello con el pañuelo. Esperó a que se alejara Howser y se sentó en el asiento del pasajero de la ranchera. Al lado del bolso de Sandy había una cámara tirada. La guantera estaba abierta. Debajo de unos mapas doblados de cualquier manera había unos cuantos carretes de película y una caja de cartuchos del 8. Echando un vistazo para asegurarse de que Howser seguía hablando con los ayudantes, Bodecker se metió los carretes en el bolsillo de los pantalones y se puso a mirar en el bolso. Encontró un recibo de un Holiday Inn de Johnson City, Tennessee, con fecha de hacía dos noches. Se acordó del día en que los había visto en la gasolinera.

Calculó que haría unos dieciséis días. Habían estado a punto de llegar a casa.

Al final se fijó en algo que parecía vómito seco sobre la hierba, lleno de hormigas. Se sentó en el asiento de atrás y puso los pies en el suelo, a ambos lados del revoltijo. Echó un vistazo al sitio donde su cuñado estaba tirado sobre la hierba. «Quien sea que haya vomitado estaba sentado justo aquí al hacerlo —se dijo a sí mismo Bodecker—. De manera que Carl está

fuera con una pistola y Sandy está delante, y hay otra persona atrás.» Carl ni siquiera tuvo tiempo de disparar antes de que alguien pegara tres tiros. Y en algún momento, probablemente después de que se terminara el tiroteo, aquella persona se había encontrado mal. Se acordó de la primera vez que había matado a un hombre para Tater. Aquella noche había estado a punto de vomitar. Así pues, pensó, lo más probable es que quien hubiera hecho aquello no estuviera acostumbrado a matar, aunque estaba claro que el cabrón sí que sabía usar una pistola.

Bodecker miró cómo los ayudantes cruzaban la zanja y empezaban a adentrarse lentamente por el campo de maíz, con las espaldas de las camisas oscurecidas por el sudor. Oyó que se acercaba un coche, se dio la vuelta y vio que Howser echaba a andar por el camino para recibir al forense.

—Mierda, chica, ¿qué coño estabas haciendo aquí? —le dijo a Sandy.

Estiró el brazo sobre el asiento, sacó a toda prisa un par de llaves que colgaban del mismo aro de metal que la del contacto y se las metió en el bolsillo de la camisa. Oyó a Howser y al forense detrás de él. El médico se paró en cuanto estuvo lo bastante cerca como para ver a Sandy en el asiento de delante.

—Dios bendito —dijo.

—No creo que Dios haya tenido nada que ver con esto, Benny —dijo Bodecker. Le echó un vistazo al ayudante—. Trae a Willis para que te ayude a echar el polvo de las huellas antes de que movamos el coche. Examinad ese asiento de atrás con mucha atención.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó el forense.

Dejó su bolsa negra sobre la capota del coche.

—La impresión que me da a mí es que a Carl le disparó alguien que estaba sentado atrás. Luego Sandy consiguió pegarle un tiro con esa pistolilla del 22, pero, coño, no tuvo nada que hacer. Ese puto chisme está cargado con balas de fogueo. Y, a juzgar por el sitio por donde le ha salido la bala, el que le pegó el tiro a ella se había puesto de pie. —Señaló un punto del suelo situado a unos pasos de la puerta de atrás—. Probablemente ahí mismo.

—¿Balas de fogueo? —dijo el forense.

Bodecker no le hizo caso.

—¿Cuánto tiempo te parece que llevan muertos?

El forense se apoyó en una rodilla para levantarle el brazo a Carl; se lo intentó mover un poco y presionó sobre la piel con motas azules y grises.

—Oh, ayer a última hora de la tarde, diría yo. Por ahí.

Todos se quedaron mirando a Sandy en silencio durante un minuto aproximadamente y a continuación Bodecker se giró hacia el forense.

—Asegúrate de que se encargan de ella, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —dijo Benny.

—Que la recoja Webster cuando termines. Diles que pasaré más tarde para hablar del entierro y esas cosas. Me vuelvo a la oficina.

—¿Y qué hacemos con el otro? —preguntó Benny mientras Bodecker empezaba a alejarse.

El *sheriff* se detuvo para escupir en el suelo y le echó un vistazo al gordo.

—Móntatelo como quieras, Benny, pero asegúrate de que a ese le toca una tumba de pobre. Sin lápida, sin nombre y sin nada.

50

—Lee —dijo el secretario—. Me ha llamado un tal *sheriff* Thompson de Lewisburg, Virginia Occidental. Quiere que lo llames en cuanto puedas. — Le dio a Bodecker un papel con un número garabateado.

—Willis, ¿eso es un cinco o un seis?

El secretario miró el papel.

—No, es un nueve.

Bodecker cerró la puerta de su despacho y se sentó; abrió un cajón del escritorio y sacó un caramelo. Después de ver muerta a Sandy, lo primero que le había venido a la cabeza era un vaso de *whisky*. Se metió el caramelo en la boca y marcó el número de teléfono.

—¿*Sheriff* Thompson? Soy Lee Bodecker, de Ohio.

—Gracias por llamarme, *sheriff* —dijo el hombre, arrastrando las palabras al estilo del sur rural—. ¿Cómo les va por ahí?

—No ando entusiasmado.

—La razón por la que le llamo, bueno, puede que no sea nada, pero en algún momento de ayer por la mañana alguien cometió un homicidio con arma de fuego, mató a un predicador, y el chaval del que sospechamos solía vivir donde ustedes.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo cometió el homicidio?

—Le pegó un tiro en la cabeza a la víctima mientras estaba sentada en su coche. Le puso la pistola en la nuca. Lo dejó todo perdido, pero por lo menos no le hizo sufrir.

—¿Qué clase de arma usó?

—Una pistola, probablemente una Luger, alemana. Sabemos que el chaval tenía una. Se la trajo su padre de la guerra.

—Nueve milímetros, ¿verdad?

—Eso mismo.

—¿Cómo me ha dicho que se llama el sospechoso?

—No se lo he dicho, pero se llama Arvin Russell. De segundo nombre Eugene. Por lo que tengo entendido, sus padres murieron ahí donde ustedes. Creo que su padre se pudo haber suicidado. Lleva unos siete u ocho años viviendo aquí, en Coal Creek, con su abuela. —Bodecker frunció el ceño y miró los pósteres y pasquines pegados a la pared del otro lado de la sala. ¿Russell? ¿Russell? ¿De qué le sonaba aquel nombre?

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó a Thompson.

—Arvin tiene dieciocho. Escuche, no es mal chico, yo hace tiempo que lo conozco. Y, por lo que he oído, es posible que ese predicador se mereciera que lo mataran. Parece que estaba molestando a niñas. Pero supongo que eso no lo justifica.

—¿El chaval va en coche?

—Tiene un Chevy Bel Air azul, modelo del 54.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bueno, envergadura media, pelo oscuro, bastante apuesto —dijo Thompson—. Arvin es callado, pero no es de los que aguantan pullas. Y, joder, es posible que el chaval no esté metido en esto, pero es que no lo encuentro por ningún lado y es la única buena pista que tengo.

—Mándenos cualquier información que tenga de la matrícula del coche o lo que sea y nosotros nos mantendremos alerta por si lo vemos. Y si vuelve a aparecer por ahí, me avisa usted, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Una cosa más —dijo Bodecker—. ¿Tienen una foto suya?

—No, todavía no. Estoy seguro de que su abuela tendrá un par, pero ahora mismo no está de humor para cooperar. En cuanto consiga una, nos aseguraremos de mandarles copia.

En cuanto Bodecker colgó el teléfono, todo le volvió a la cabeza: el tronco para rezar y aquellos animales muertos y el niño que tenía la cara manchada de jugo de tarta. Arvin Eugene Russell.

—Ya me acuerdo de ti, chaval.

Caminó hasta un mapa enorme de Estados Unidos que tenían en la pared. Encontró Johnson City y Lewisburg, recorrió con el dedo Virginia

Occidental y cruzó hasta Ohio y la ruta por Point Pleasant. Se detuvo en el punto aproximado de la carretera donde habían muerto Carl y Sandy. Así pues, si los había matado aquel chaval, tenían que haberse encontrado en algún lugar de por allí.

Pero Sandy le había dicho que se iban a Virginia Beach. Volvió a examinar el mapa. No tenía sentido que se hubieran alojado en Johnson City. Eso era dar un rodeo espectacular para volver a casa. Y, además, ¿qué coño hacían llevando aquellas armas?

Condujo hasta el apartamento de la pareja con las llaves que había sacado del llavero. Cuando abrió la puerta lo golpeó el olor a basura podrida. Después de abrir un par de ventanas, examinó las habitaciones, pero no encontró nada raro. «¿Pero qué coño estoy buscando?», pensó. Se sentó en el sofá de la sala de estar. Sacó uno de los carretes que había cogido a hurtadillas de la guantera y se quedó manoseándolo. Llevaba allí unos diez minutos sentado cuando por fin se le ocurrió que algo no encajaba en aquel apartamento. Volvió a recorrer las habitaciones y no encontró ni una sola fotografía. ¿Cómo era que Carl no tenía ninguna foto colgada en las paredes ni a la vista por ningún lado? Pero si el cabrón no pensaba en otra cosa que en sus fotos. Se puso a buscar otra vez, ahora a conciencia, y no tardó en encontrar una caja de zapatos debajo de la cama, escondida debajo de unas mantas sobrantes.

Más tarde se quedó sentado en el sofá, mirando aturdido un agujero del techo por donde se había colado la lluvia. Justo debajo había un montón de trozos de yeso sobre la alfombra trenzada. Se acordó de un día de la primavera de 1960. En aquella época ya llevaba casi dos años de ayudante del *sheriff*, y como su madre había aceptado por fin que Sandy dejara los estudios, la chica estaba trabajando a tiempo completo en el Wooden Spoon. Por lo que Bodecker podía ver, el trabajo no había hecho gran cosa por ayudar a su hermana a abrirse al mundo; parecía igual de retraída y desamparada que siempre. Pero él había oído historias de chicos que se presentaban allí a la hora de cerrar, la convencían para que se subiera a su coche a echar un polvo rápido y luego la dejaban tirada en medio de la nada para que volviera a casa como pudiera. Cada vez que pasaba a verla por la cafetería, esperaba que ella le anunciara que tenía un bastardo de camino. Y

sospechaba que aquel día lo tenía, aunque no de la clase que él se estaba imaginando. Era el día del Bufet Libre de Pescado.

—Vengo enseguida —le dijo Sandy, pasando apresuradamente con otro plato atiborrado de perca para Doc Leedom—. Tengo que contarte una cosa.

El podólogo iba todos los viernes y trataba de suicidarse a base de comer pescado frito. Era el único momento en que pasaba por la cafetería. El buffet libre de lo que fuera, les decía a sus pacientes, era la idea más estúpida que podía tener un propietario de restaurante.

Ella cogió la cafetera y le sirvió una taza a Bodecker.

—Ese gordo cabrón me está haciendo currar como una loca —susurró.

Bodecker se giró y vio cómo el médico se metía en la boca un trozo grande de pescado rebozado y se lo tragaba.

—Joder, ni siquiera lo mastica, ¿no?

—Y se puede pasar así el día entero —dijo ella.

—¿Y qué me tienes que contar?

Ella se apartó un mechón suelto de la cara.

—Bueno, quería decírtelo antes de que te enteres por otro lado.

Ya estaba, pensó él, una criatura de camino y otra preocupación que añadir a su propia úlcera. Lo más seguro era que ella ni siquiera supiera quién era el padre.

—No te habrás metido en un lío, ¿verdad? —le dijo.

—¿Qué? ¿Si estoy embarazada, dices? —Ella se encendió un cigarrillo—. Joder, Lee. Lo tuyo conmigo es increíble.

—Vale, ¿pues entonces qué pasa?

Expulsó un aro de humo por encima de su cabeza y le guiñó el ojo.

—Me he comprometido.

—¿Para casarte, dices?

—Pues claro —dijo ella, soltando una risita—. ¿Para qué va a ser si no?

—Madre mía. ¿Y cómo se llama él?

—Carl. Carl Henderson.

—Henderson —repitió, mientras se echaba leche en el café con una jarrita metálica—. ¿Es uno de aquellos con los que ibas a la escuela? ¿De aquellos que viven en Plug Run?

—Oh, joder, Lee —dijo ella—. Pero si esos chavales son medio retrasados, ya lo sabes. Carl ni siquiera es de por aquí. Creció en la parte sur de Columbus.

—¿Y qué hace? Me refiero a su trabajo.

—Es fotógrafo.

—Ah, ¿tiene un estudio de esos?

Ella aplastó el cigarrillo en el cenicero y negó con la cabeza.

—De momento no —dijo ella—. Montar una cosa así cuesta dinero.

—Bueno, ¿pues cómo se gana la vida?

Ella puso los ojos en blanco y soltó un suspiro.

—No te preocupes, sale adelante.

—En otras palabras, no trabaja.

—Pero si yo le he visto la cámara y todo.

—Joder, Sandy, Florence tiene una cámara, pero no por eso voy a decir que es fotógrafa. —Miró en dirección a la cocina, donde el cocinero de la parrilla estaba de pie delante de una nevera abierta y con la camiseta subida para intentar refrescarse. No podía evitar preguntarse si Henry se habría follado a su hermana. Se decía que tenía un rabo digno de un poni de las islas Shetland—. ¿Dónde coño has conocido a ese tipo?

—Ahí mismo —dijo Sandy, señalando una mesa del rincón.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Pues una semana —dijo ella—. No te preocupes, Lee. Es buen tipo. —Y en menos de un mes estaban casados.

Dos horas más tarde estaba de vuelta en la cárcel. Llevaba una botella de *whisky* en una bolsa de papel. En el maletero del coche patrulla tenía la caja de las fotografías y los carretes de película. Se encerró con llave en su oficina y se sirvió una copa en una taza de café. Era la primera que se bebía en más de un año, pero no puede decirse que la disfrutara. Florence lo llamó justo cuando estaba listo para tomarse otra.

—Me he enterado de lo ocurrido —le dijo ella—. ¿Por qué no me has llamado?

—Tendría que haberte llamado, ya lo sé.

—¿Entonces es verdad? ¿Sandy está muerta?

—Ella y ese inútil asqueroso.

—Dios mío, cuesta de creer. ¿No estaban de vacaciones?

—Me parece que Carl era mucho peor de lo que nunca me temí.

—Se te ve alterado, Lee. ¿Por qué no te vienes a casa?

—Todavía me queda trabajo. Parece que igual tengo que quedarme toda la noche.

—¿Alguna idea de quién lo ha hecho?

—No —dijo él, mirando la botella que tenía sobre la mesa—. La verdad es que no.

—¿Lee?

—Sí, Fio.

—No habrás estado bebiendo, ¿verdad?

51

Arvin vio el periódico en el expositor frente a la tienda de rosquillas cuando fue a comprarse un café la mañana siguiente. Compró un ejemplar y se lo llevó a su habitación para leer la noticia de que habían encontrado asesinados a la hermana del *sheriff* y a su marido. La pareja estaba regresando de unas vacaciones en Virginia Beach. No se mencionaba a ningún sospechoso, pero la noticia venía acompañada de una foto del *sheriff* Lee Bodecker. Arvin lo reconoció como el hombre que estaba de servicio la noche en que su padre se había suicidado.

«Mierda», murmuró. Metió sus cosas a toda prisa en la bolsa y empezó a salir por la puerta. Se detuvo y entró de nuevo. Descolgó de la pared el cuadro del calvario, lo envolvió en papel de periódico y se lo guardó en la bolsa. Arvin echó a andar en dirección oeste por Main Street. Al llegar a las afueras del pueblo, un camión maderero que iba a Bainbridge lo recogió y lo llevó hasta el cruce de la ruta 50 con Blaine Highway. Cruzó a pie el Paint Creek por el puente de Schott y una hora más tarde llegó a las afueras de Knockemstiff. Salvo por un par de casas nuevas estilo rancho que se levantaban donde antes solamente había un campo de maíz, todo estaba más o menos como lo recordaba. Caminó un poco más y luego pasó por la pequeña colina que había en medio de la hondonada.

En la esquina seguía estando la tienda de Maude, y detrás de ella la misma autocaravana que hace ocho años. Se alegró de verla. Al entrar, se encontró con el tendero sentado en un taburete detrás del armario de las golosinas. Seguía siendo Hank, aunque un poco mayor y un poco más envejecido.

—Qué tal —dijo, mirando la bolsa de deporte de Arvin.

El chico saludó con la cabeza y dejó la bolsa en el suelo de cemento. Abrió la portezuela de la nevera de los refrescos y buscó una botella de refresco de raíces. La abrió y dio un trago largo.

Hank encendió un cigarrillo y dijo:

—Tienes pinta de haber estado viajando.

—Sí —dijo Arvin, apoyándose en la nevera.

—¿Y adónde vas?

—No lo sé exactamente. Antes había una casa en la cima de esa colina de ahí detrás que era propiedad de un abogado. ¿Sabes a cuál me refiero?

—Sí, claro. En las Mitchell Fiats.

—Pues yo vivía allí. —En cuanto lo dijo, deseó no haberlo hecho.

Hank lo examinó un momento y dijo:

—Madre mía. Eres el chico de los Russell, ¿verdad?

—Sí —dijo Arvin—. Quería pasar a ver una vez más mi vieja casa.

—Hijo, me sabe fatal decírtelo, pero esa casa se quemó hace un par de años. Creen que lo hicieron unos chavales. Después de ti y de tu familia ya no vivió nadie allí. La mujer del abogado y el salido de su novio fueron a la cárcel por matarlo, y, que yo sepa, el asunto de la casa lleva desde entonces en los tribunales.

A Arvin le sobrevino una oleada de decepción.

—¿Y no queda nada de nada? —preguntó, intentando que no le temblara la voz.

—Básicamente los cimientos. Y creo que todavía está el cobertizo, o por lo menos una parte. Ahora está todo invadido de maleza.

Cuando se terminó el refresco, Arvin se quedó mirando el ventanal enorme de cristal reforzado que daba a la iglesia. Se acordó del día en que su padre había abatido al cazador sobre el barro. Después de todo lo sucedido en el último par de días, ya no le parecía tan buen recuerdo. Puso unas galletas saladas sobre el mostrador y pidió dos lonchas de salchicha ahumada y queso. Se compró un paquete de Camel, una caja de cerillas y otra botella de refresco.

—Bueno —dijo, cuando el dependiente terminó de meterle la compra en una bolsa—. Supongo que voy a subir de todas maneras. Carajo, ya que

he llegado hasta aquí... ¿Todavía se puede subir por el bosque de allí detrás?

—Sí, tú corta por el pasto de Clarence. No te dirá nada.

Arvin metió la compra dentro de la bolsa de deporte. Desde donde estaba veía la parte superior de la vieja casa de Wagner.

—¿Todavía vive por aquí una chica que se llama Janey Wagner? —preguntó.

—¿Janey? No, se casó hace un par de años. Lo último que oí es que vivía en Massieville.

El chaval asintió con la cabeza y se fue para la puerta, pero se detuvo antes de llegar. Se dio la vuelta y miró a Hank.

—Nunca te di las gracias por la noche en que murió mi padre —dijo—. Te portaste de maravilla conmigo, y quiero que sepas que no me he olvidado.

Hank sonrió. Le faltaban un par de dientes frontales.

—Llevabas toda la cara llena de tarta. El puto Bodecker creyó que era sangre. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo de todo lo de aquella noche.

—Acabo de oír por la radio que han matado a su hermana.

Arvin cogió el pomo de la puerta.

—¿Ah, Sí?

—Yo no la conocía, pero seguramente tendría que haber caído él en lugar de ella. Ese tipo es de lo peor del mundo, y encima es la autoridad en este condado.

—Bueno —dijo el chaval, abriendo la puerta—. A lo mejor te veo luego.

—Vuelve por la noche y nos sentaremos al lado de la caravana a beber unas cervezas.

—De acuerdo.

—Eh, déjame que te haga una pregunta —dijo Hank—. ¿Has estado en Cincinnati?

El chico dijo que no con la cabeza.

—Todavía no, pero me han hablado mucho de allí.

52

Unos minutos después de que Bodecker colgara el teléfono tras hablar con su mujer, entró Howser con un sobre marrón donde estaban los casquillos que el forense le había sacado del cuerpo a Carl. Los dos eran de 9 milímetros.

—Iguales que el que alcanzó a Sandy —dijo el ayudante.

—Ya lo suponía. Disparó una sola persona.

—Me ha comentado Willis que te ha llamado un *sheriff* de Virginia Occidental. ¿Tenía algo que ver con esto?

Bodecker echó un vistazo al mapa de la pared. Se acordó de las fotografías que tenía en el maletero.

Necesitaba encontrar a aquel chaval antes que nadie.

—No, era una memez sobre un predicador. Para serte sincero, no entiendo muy bien por qué nos ha llamado.

—Bueno.

—¿Has encontrado huellas en el coche?

Howser negó con la cabeza.

—Parece que alguien limpió la parte de atrás. Todas las demás que hemos encontrado eran de Carl y de Sandy.

—¿Habéis encontrado algo más?

—Pues no. Debajo del asiento de delante había un recibo de una gasolinera de Morehead, Kentucky. La guantera estaba atiborrada de mapas. Y en la parte de atrás había un montón de trastos, almohadas, mantas, un bidón de gasolina, cosas de esas.

Bodecker asintió con la cabeza y se frotó los ojos.

—Vete a casa a descansar un poco. Parece que ahora mismo lo único que podemos hacer es esperar a que aparezca algo.

Aquella noche se terminó la botella de *whisky* en su despacho y por la mañana se despertó en el suelo con la garganta seca y un fuerte dolor de cabeza. Recordó que en algún momento de la noche había soñado que iba andando por el bosque en compañía del chaval de los Russell y que se encontraba con todos aquellos animales podridos. Entró en el cuarto de baño para lavarse, y al terminar le pidió al secretario que le trajera el periódico, un café y un par de aspirinas. De camino al aparcamiento, Howser lo abordó y le sugirió que comprobaran los moteles y la estación de autobuses. Aunque Bodecker quería encargarse en persona del problema, no podía hacerlo de forma demasiado obvia.

—No es mala idea —dijo Bodecker—. Manda a Taylor y a Caldwell.

—¿A quiénes? —dijo Howser, frunciendo el ceño.

—A Taylor y Caldwell. Asegúrate de que entienden que ese chiflado de los cojones es capaz de volarles la cabeza a simple vista. —Dio media vuelta y salió por la puerta antes de que el ayudante pudiera protestar.

Teniendo en cuenta lo gallinas que eran aquellos dos, Bodecker dudaba que después de oír aquello salieran ni siquiera del coche. Condujo hasta la licorería y se compró una botella de Jack Daniels. Luego pasó por el White Cow para coger un café de los de llevar. Al entrar, todo el mundo guardó silencio. Mientras se giraba para marcharse, pensó que tal vez debería decir algo, como por ejemplo que estaban haciendo lo posible para coger al asesino, pero no dijo nada. Se sirvió un chorro de *whisky* en el café y fue hasta el viejo vertedero de Reub Hill Road. Abrió el maletero, sacó la caja de fotografías y las miró por última vez. Contó a veintiséis hombres distintos. Había por lo menos doscientas fotos distintas, agrupadas con gomas elásticas.

Dejó la caja en el suelo para arrancar unas cuantas páginas manchadas y crujientes de un catálogo del Fredericks de Hollywood que encontró en el montón de basura y meterlas dentro de la caja. Por fin puso encima los tres carretes de fotografías y encendió una cerilla. Allí de pie bajo el sol de justicia, se terminó el café mientras miraba cómo las fotos se convertían en cenizas. Cuando no quedó nada de ellas, sacó del maletero una Ithaca 37.

Comprobó que la escopeta estuviera cargada y la dejó en el asiento de atrás. Notaba el efluvio de la bebida de la noche anterior manándole de la

piel. Se pasó una mano por la barba. Era la primera mañana en que se olvidaba de afeitarse desde su época en el ejército.

Cuando Hank vio que el coche patrulla se detenía en el aparcamiento de grava, dobló el periódico y lo dejó sobre el mostrador. Vio cómo Bodecker se llevaba una botella a los labios. La última vez que recordaba haber visto al *sheriff* en Knockemstiff era la tarde de Halloween en que se había puesto a repartirles manzanas agusanadas delante de la iglesia a los chavales como parte de su campaña electoral. Estiró el brazo y apagó la radio. Las últimas notas de «You re the Only World I Know» terminaron justo cuando el *sheriff* entraba por la puerta mosquitera.

—Confíaba en encontrarte —le dijo a Hank.

—¿Por qué? —le preguntó el dependiente.

—¿Te acuerdas de cuando aquel chiflado de los cojones de Russell se mató en esos bosques de ahí detrás? Aquella noche su chaval estuvo contigo. Arvin, se llamaba.

—Me acuerdo.

—¿El mismo chaval ha vuelto a pasar por aquí esta mañana, o tal vez anoche?

Hank se quedó mirando el mostrador.

—Siento lo de su hermana...

—Te he hecho una pregunta, me cago en la puta.

—¿Qué ha hecho el chaval? ¿Se ha metido en líos?

—Más bien sí —dijo Bodecker. Cogió el periódico del mostrador y sostuvo la portada delante de la cara de Hank.

Al dependiente se le arrugó el ceño mientras volvía a leer los titulares en tinta negra.

—Pero no ha sido él, ¿verdad?

Bodecker tiró el periódico al suelo, sacó el revólver y apuntó al dependiente.

—No tengo tiempo para oír idioteces, subnormal de los cojones. ¿Lo has visto?

Hank tragó saliva, volvió la mirada hacia el ventanal y vio que el coche trucado de Talbert Johnson aminoraba la marcha al pasar frente a la tienda.

—¿Qué va a hacer, pegarme un tiro?

—No te creas que no soy capaz —dijo Bodecker—. Solo tengo que desparramar tus sesos de mosca por el mostrador de las golosinas y luego ponerte en la mano ese cuchillo de carnicero que tienes ahí al lado de esa birra de máquina de cortar fiambre. Será un caso fácil de autodefensa: «Juez, ese chiflado de los cojones estaba intentando proteger a un asesino».

—Amartilló la pistola—. Hazte un favor a ti mismo. Estamos hablando de mi hermana.

—Sí, lo he visto —dijo Hank, a su pesar—. Ha pasado por aquí hace un rato. Se ha comprado un refresco y unos cigarrillos.

—¿Qué coche llevaba?

—No he visto ningún coche.

—¿O sea que iba andando?

—Es posible que fuera andando, sí.

—¿Y hacia dónde ha ido cuando se ha marchado?

—No lo sé —dijo Hank—. No le estaba prestando atención.

—No me mientas. ¿Qué te ha dicho?

Hank echó un vistazo a la nevera de los refrescos donde el chaval se había estado bebiendo su refresco de raíces.

—Ha dicho no sé qué de la vieja casa donde vivía, nada más.

Bodecker volvió a enfundar la pistola.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad? —Se fue hacia la puerta—. Algún día serás un buen chivato.

Hank miró cómo se metía en el coche patrulla y salía hacia Black Run Road. Colocó las palmas de las manos en el mostrador y agachó la cabeza. Detrás de él, con una voz débil como un susurro, el locutor de la radio mandaba otra sentida petición.

Desde lo alto de las Fíats, Arvin se quedó mirando hacia el sur. Ahora la espesura del margen del bosque era más frondosa, pero no tardó más que un par de minutos en encontrar el sendero de ciervos que él y su padre cogían para ir al tronco de rezar. Vio el tejado metálico del cobertizo y apretó el paso. La casa ya no estaba, tal como le había dicho el dependiente de la tienda. Dejó su bolsa en el suelo y entró por donde antes estaba la puerta de atrás. Continuó por la cocina y por el pasillo hasta la habitación donde había muerto su madre. Dio varias patadas a las cenizas negras y a los trozos calcinados de madera, confiando en encontrar alguna reliquia de ella o alguno de los pequeños tesoros que él había tenido en la ventana de su dormitorio. Pero, salvo un pomo de puerta herrumbroso y sus recuerdos, no quedaba nada. En una esquina de los cimientos de roca alguien había desplegado una fila de botellas vacías de cerveza, como recuerdo de la noche que se había pasado allí bebiendo.

El cobertizo ya no era más que un almacén. Le habían volado todos los paneles de madera. Al tejado oxidado le habían salido agujeros por todos lados y los elementos habían descolorido y arrancado la pintura roja. Arvin entró para cobijarse del sol y en un rincón se encontró el cubo de pienso que Willard había usado para transportar su preciosa sangre. Lo movió hasta dejarlo cerca de la entrada y lo usó de asiento mientras almorzaba. Miró cómo un gavián de cola roja trazaba círculos perezosos en el aire. Por fin sacó la fotografía de la mujer con el muerto. ¿Por qué la gente hacía aquellas cosas? Volvió a preguntarse cómo era posible que la bala de ella no lo alcanzara si lo tenía a menos de un metro y medio de distancia. En el silencio que reinaba se acordó de la voz de su padre: «Aquí tienes una señal, hijo. Mejor será que le prestes atención». Se guardó la foto en el

bolsillo y escondió el cubo debajo de una bala de paja mohosa. Luego empezó a cruzar el campo de vuelta.

Volvió a encontrar el sendero de ciervos y no tardó en llegar al claro en el que tanto empeño había puesto Willard. Casi todo estaba invadido de hierba negra y de helechos silvestres, pero el tronco de rezar seguía en su sitio. También quedaban cinco de las cruces en pie, con vetas de un rojo apagado que venían del óxido de los clavos. Las otras cuatro estaban tiradas en el suelo, y sobre ellas se enroscaban los rosales trepadores de flores anaranjadas. El corazón se le detuvo un segundo cuando vio que de la primera cruz que su padre había levantado todavía colgaban algunos restos del perro. Se apoyó en un árbol y se acordó de los días previos a la muerte de su madre y de cómo Willard había querido con todas sus fuerzas que viviera. Habría hecho lo que fuera por ella, daban igual la sangre y el hedor y los insectos y el calor.

Lo que fuera, se dijo a sí mismo Arvin. Y de pronto se dio cuenta, plantado una vez más en la iglesia de su padre, de que Willard había tenido que irse adonde estaba Charlotte a fin de poder seguir cuidando de ella. Arvin llevaba todos aquellos años odiándolo por lo que había hecho, como le había traído sin cuidado lo que le pasara a su chaval después de que ella muriera. Luego se acordó del trayecto de vuelta del cementerio, y de que Willard le había propuesto ir a Coal Creek a visitar a Emma. Jamás se le había ocurrido, pero aquello era lo más cerca que su padre podía llegar a estar de decirle que él también iba a marcharse, y que lo sentía. «Tal vez pasar allí una temporada —le había dicho Willard aquel día—. Te gustará.»

Se secó unas lágrimas de los ojos, dejó la bolsa de deporte encima del tronco y echó a andar hasta la cruz del perro para arrodillarse delante. Apartó unas cuantas hojas muertas. El cráneo estaba medio enterrado en el mantillo, y entre las cuencas de los ojos todavía se le veía el agujerito que le había hecho el rifle del 22. Encontró el collar mohoso, con un pequeño puñado de pelos todavía enganchados al cuero que rodeaba la hebilla metálica oxidada.

—Eras un buen perro, Jack —dijo.

Recogió todos los restos que pudo encontrar por el suelo —las finas costillas, las caderas, una sola pata— y arrancó los frágiles trozos que

seguían clavados a la cruz.

Los puso suavemente en un montoncito. Usando la punta afilada de una rama y las manos, cavó un agujero en la tierra húmeda y negra que había al pie de la cruz. Llegó a medio metro de profundidad, más o menos, y lo colocó todo con cuidado al fondo de la tumba. Luego volvió a su bolsa, sacó el cuadro de la crucifixión que había cogido del motel y lo colgó de uno de los clavos de la cruz.

Volvió al otro lado del tronco y se arrodilló en el sitio donde antaño había rezado junto a su padre. Se sacó la Luger de los vaqueros y la colocó encima del tronco. El aire llegaba cargado y podrido por el calor y la humedad.

Miró a Jesucristo colgado de la cruz y cerró los ojos. Hizo lo que pudo para imaginarse a Dios, pero no conseguía concentrarse lo suficiente. Al final se rindió; le resultaba más fácil imaginarse a sus padres mirándolo desde las alturas. Le dio la impresión de que su vida entera, todo lo que había hecho, dicho o visto, lo había conducido a aquel momento: por fin a solas con los fantasmas de su infancia. Se puso a rezar, por primera vez desde la muerte de su madre. Al cabo de un par de minutos una ráfaga repentina de viento bajó de la colina por detrás de él y algunos de los huesos que todavía colgaban de los árboles empezaron a tintinear como si fueran móviles de campanillas.

Bodecker giró por el camino de tierra que llevaba a la antigua casa de los Russell, con el coche patrulla bamboleándose suavemente sobre los baches. Amartilló su pistola y la dejó en el asiento. Pasó lentamente por encima de los frágiles arbolitos y las matas altas de hierba carnícera y por fin se detuvo a unos cincuenta metros de donde había estado la casa. Pudo distinguir a duras penas el borde superior de los cimientos asomando sobre el sorgo de Alepo. Lo poco que quedaba del cobertizo estaba a otros cincuenta metros a la izquierda. Tal vez compraría aquella propiedad cuando se acabara aquel puto jaleo, pensó. Podía construir otra casa y plantar un huerto. Que Matthews se quedara con el puto puesto de *sheriff*. A Florence le gustaría. Aquella mujer vivía preocupada.

Metió la mano debajo del asiento, sacó la botella y dio un trago. También tendría que hacer algo con Tater, pero eso no podía ser muy difícil.

Y, sin embargo, el chaval de los Russell podía ser exactamente lo que él necesitaba para ganar otras elecciones. Alguien capaz de matar a un predicador por tirarse a alguna chavalita debía de tener un tornillo flojo, daba igual lo que le hubiera dicho aquel palurdo de *sheriff* de Virginia Occidental. No costaría nada hacer que aquel bruto pareciera un maníaco calculador; y la gente siempre votaba a los héroes. Dio otro trago de la botella y la guardó debajo del asiento.

—De esas cosas es mejor preocuparse después —dijo Bodecker en voz alta. Ahora mismo tenía un trabajo entre manos. Aunque no se volviera a presentar al cargo, no soportaba la idea de que alguien supiera la verdad sobre Sandy. Ni siquiera podía expresar con palabras lo que le había visto hacer en algunas de aquellas fotos.

Una vez fuera del coche, guardó el revólver en la guantera y cogió la escopeta de la parte de atrás. Tiró el sombrero al asiento de delante. Tenía el estómago revuelto por la resaca y se encontraba fatal. Le quitó el seguro a la escopeta y echó a andar lentamente por el camino que llevaba a la casa. Se detuvo varias veces para escuchar y reanudar su marcha. No se oía nada más que el canto de unos pocos pájaros. Al llegar al cobertizo se quedó a su sombra, mirando los restos de la casa. Se relamió y deseó beberse otra copa. Una avispa voló cerca de su cabeza y él la abatió con la mano y la aplastó con el tacón. Al cabo de unos minutos, echó a andar por el campo, sin apartarse de la línea de los árboles. Cruzó por entre algodoncillos resecos, ortigas y bardanas. Intentó acordarse de hasta dónde había seguido al chaval aquella noche antes de encontrarse con el sendero que llevaba al sitio en que se había desangrado su padre. Volvió a mirar hacia el cobertizo, pero no se acordaba. Tendría que haberse traído a Howser, pensó. A aquel cabrón le encantaba la caza.

Ya estaba empezando a pensar que se había pasado de largo cuando encontró unas hierbas pisoteadas. Notó que se le aceleraba un poco el corazón y se secó el sudor de los ojos. Se agachó, miró el bosque que se extendía más allá de la maleza y las hierbas y vio que el contorno del antiguo sendero de ciervos estaba solamente a un par de metros. Echó otro vistazo por encima del hombro y vio tres cuervos negros que volaban bajo sobre el campo, graznando. Agachó la cabeza para pasar bajo unas zarzamoras, dio unos pocos pasos y ya estaba en el sendero. Respiró hondo y se puso a bajar lentamente la colina, con el arma lista para disparar. Notaba que por dentro estaba temblando de miedo y emoción, igual que cuando había matado a aquellos dos hombres para Tater. Confiaba en que este de ahora fuera igual de fácil.

La brisa se apagó y los huesos dejaron de tintinear. Ahora Arvin oyó otros ruidos, sonidos débiles y cotidianos que subían desde la hondonada: una puerta mosquitera que se cerraba de golpe, niños chillando y el rumor de una cortadora de césped. Luego las cigarras detuvieron un momento su agudo zumbido y abrió los ojos. Giró un poco la cabeza y le pareció oír un ruido débil detrás de sí, una hoja seca que crujía bajo un pie o tal vez una ramita que se partía. No podía estar seguro. Cuando las cigarras se pusieron a cantar otra vez, cogió la pistola de encima del tronco. Agachado, dio la vuelta a una rosaleta silvestre situada a la izquierda de lo que quedaba del claro y echó a andar colina arriba. No llevaba más que siete u ocho metros cuando se acordó de que se había dejado la bolsa de deporte al lado del tronco de rezar.

—¿Arvin Russell? —oyó que lo llamaba una voz estridente.

Se agachó detrás de un nogal y se puso de pie muy despacio. Conteniendo la respiración, se asomó al otro lado del tronco y vio a Bodecker con una escopeta en las manos. Al principio solamente pudo verle una parte de la camisa marrón y de las botas. Luego el agente de la ley dio unos cuantos pasos más y pudo distinguir buena parte de su cara roja.

—¿Arvin? Soy el *sheriff* Bodecker, hijo —le gritó el *sheriff*—. No he venido a hacerte daño, te lo prometo. Solamente necesito hacerte unas preguntas.

Arvin vio que escupía y se secaba el sudor de los ojos.

Bodecker se apartó un par de metros y un urogallo salió volando de su escondrijo y cruzó el claro batiendo las alas con furia. Levantando de golpe la escopeta, Bodecker disparó y metió a toda prisa otro cartucho en la recámara.

—Joder, chaval, lo siento —gritó—. Ese puto bicho me ha asustado. Ahora sal para que podamos hablar. —Siguió gateando y se detuvo al borde del claro inundado de maleza. Vio la bolsa de deporte en el suelo y al Cristo enmarcado que colgaba de la cruz. «Tal vez ese hijoputa esté chiflado de verdad», pensó. Pese a la penumbra del bosque, pudo distinguir unos cuantos huesos colgando de alambres—. Me imaginaba que vendrías aquí. ¿Te acuerdas de la noche que me trajiste? Fue horrible lo que hizo tu padre.

Arvin le quitó el seguro a la Luger; cogió un trozo de leña seca que tenía a sus pies y lo tiró bien alto por una obertura que había entre las ramas. Cuando rebotó en un árbol más abajo del tronco de rezar, Bodecker hizo dos disparos más en rápida sucesión. Enseguida metió otro cartucho en la recámara. Por el aire flotaban trozos de hojas y de corteza.

—Hostia puta, chaval, no juegues conmigo —gritó. Se dio la vuelta bruscamente, mirando en todas direcciones con expresión frenética, y se acercó un poco más al tronco.

Arvin salió en silencio al sendero que había detrás de él.

—Será mejor que tire ese arma, *sheriff* —dijo el chaval—. Lo tengo encañonado.

Bodecker se quedó petrificado en mitad de un paso y por fin bajó el pie muy despacio. Su mirada descendió hasta la bolsa de deporte abierta y vio un ejemplar de la Meade Gazette de aquella mañana que había encima de unos vaqueros. Su propia foto le devolvió la mirada desde la portada. A juzgar por el sonido de la voz, calculó que el chaval estaba justo detrás de él, a unos seis metros.

Le quedaban dos cartuchos en la escopeta. Contra una pistola, tenía toda la ventaja.

—Hijo, ya sabes que eso no lo puedo hacer. Joder, es una de las primeras reglas que te enseñan cuando eres agente de la ley. Nunca puedes entregar tu arma.

—Lo que les enseñan no es cosa mía —dijo Arvin—. Déjela en el suelo y apártese de ella. —Notó que el corazón le aporreaba bajo la camisa. De pronto parecía que el aire se había secado.

—¿Cómo? ¿Para que me puedas matar igual que has matado a mi hermana y a ese predicador de Virginia Occidental?

A Arvin empezó a temblarle un poco la mano cuando oyó que el *sheriff* mencionaba a Teagardin. Pensó un segundo.

—En el bolsillo tengo una foto en que ella está abrazando a un muerto. Si suelta usted esa escopeta, se la enseño. —Vio que al *sheriff* se le ponía rígida la espalda y cogió con más fuerza la Luger.

—Hijo de la gran puta —dijo Bodecker entre dientes.

Volvió a mirar su retrato en el periódico. Se lo habían hecho justo después de que resultara elegido. Había jurado defender la ley. A punto estuvo de entrarle la risa.

Luego levantó la Ithaca y empezó a darse la vuelta. El chaval disparó.

A Bodecker se le disparó la escopeta y los perdigones abrieron un agujero irregular en los rosales que Arvin tenía a la derecha. El chaval se encogió sobresaltado y volvió a apretar el gatillo. El *sheriff* soltó un grito estridente y cayó boca abajo sobre las hojas. Arvin esperó un par de minutos y se acercó con cautela. Bodecker estaba tirado de lado mirando el suelo. Una bala le había destrozado la muñeca y la otra le había entrado por debajo del brazo. A juzgar por su aspecto, tenía por lo menos un pulmón perforado. Cada vez que el hombre respiraba pesadamente, le manchaba la pechera de la camisa otro chorro de sangre de color rojo intenso.

Cuando Bodecker vio las botas desgastadas del chaval, intentó sacarse la pistola de la cartuchera, pero Arvin se inclinó, se la cogió y la tiró a unos metros de allí.

Dejó la Luger encima del tronco y, tan suavemente como pudo, puso a Bodecker de espaldas.

—Sé que era su hermana, pero mire esto —dijo Arvin. Sacó la fotografía de la billetera y la sostuvo para que el *sheriff* pudiera verla—. No tuve opción. Lo juro: le supliqué que dejara el arma. —Bodecker miró la cara del chico y luego movió los ojos para mirar a Sandy y al muerto que ella tenía en brazos. Hizo una mueca y trató de agarrar la foto con el brazo bueno, pero estaba demasiado débil para llevar a cabo nada que no fuera un esfuerzo desganado. Luego se quedó boca arriba y empezó a toser sangre, igual que había hecho ella.

Aunque a Arvin le pareció que pasaban horas mientras escuchaba al *sheriff* luchar por su vida, la verdad fue que el hombre solamente tardó unos

minutos en morir.

«Ahora sí que ya no hay vuelta atrás», pensó. Pero tampoco podía seguir así. Se imaginó la puerta de una habitación triste y vacía que se cerraba con un ruidito metálico y jamás se volvía a abrir, y aquello lo tranquilizó un poco. Cuando oyó que Bodecker exhalaba su último aliento borboteante, tomó una decisión. Recogió la Luger y caminó hasta el hoyo que había cavado para Jack. Se puso de rodillas sobre la tierra húmeda, acarició muy despacio el cañón de metal gris con la mano y se acordó de que había sido su padre quien había traído la pistola a casa muchos años atrás. Luego la puso en el hoyo entre los huesos del animal. Volvió a meter toda la tierra en el hoyo con las manos y la aplanó a golpes. Usó hojas muertas y unas pocas ramas para tapar todo rastro de la tumba. Descolgó el cuadro del Redentor, lo envolvió y se lo guardó en la bolsa de deporte. Tal vez algún día tendría un sitio donde colgarlo. A su padre le habría gustado. Le dejó la fotografía de Sandy y los dos carretes de película a Bodecker en el bolsillo de la camisa.

Arvin echó un último vistazo al tronco cubierto de musgo y a las cruces grises y podridas. Jamás volvería a ver aquel lugar; lo más seguro era que tampoco volviera a ver a Emma ni a Earskell. Dio media vuelta y echó a andar por el sendero de ciervos. Cuando llegó a la cima de la colina, apartó de un manotazo una tela de araña y salió de la penumbra del bosque. El cielo despejado era del azul más intenso que había visto jamás, y el campo parecía inflamado por la luz. Daba la impresión de no tener fin. Echó a andar hacia el norte en dirección al Paint Creek. Si se daba prisa, podía llegar en menos de una hora a la ruta 50. Y, si tenía suerte, alguien lo cogería para llevarlo.

Agradecimientos

Les estoy extremadamente agradecido a las siguientes personas y organizaciones, sin las cuales este libro no habría sido posible: a Joan Bingham y al PEN por la Beca PEN/Robert Bingham 2009; al Ohio Arts Council por su Premio a la Excelencia Individual de 2010; a la Universidad Estatal de Ohio por una Beca Presidencial en 2008; a mi amigo Mick Rothgeb por su asesoramiento sobre armas de fuego; al doctor John Gabis por contestar mis preguntas sobre la sangre, y a James E. Talbert de la Greenbrier Historical Society por su información sobre Lewisburg, Virginia Occidental. Les debo un agradecimiento especial a mis agentes y lectores, Richard Pine y Nathaniel Jacks de la agencia Inkwell Management; y por fin, por su fe, paciencia y orientación, quiero darle las gracias a mi editor, Gerry Howard, además de a toda la gente maravillosa de Doubleday.